THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY

986
C 81r5
1915 ser. 3
v.3 1915

SOUTH
AMERICAN
COLLECTION

Return this book on or before the
Latest Date stamped below.

University of Illinois Library

DEC -9 1955

APR 07 2003

L161—H41

Digitized by the Internet Archive
in 2017 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign Alternates

https://archive.org/details/reminiscencias03cord

REMINISCENCIAS

SANTAFE Y BOGOTA

POR

JOSE MARIA CORDOVEZ MOURE

SERIE TERCERA

5ª EDICIÓN CORREGIDA

Librería Americana
BOGOTA
Calle 14, Núms. 107 a 111
1915

Imprenta de La Luz. Bogotá, carrera 7.ª, N.° 590

326
C8175
Ser. 3
1915

Prólogo

Quiere el señor Cordovez que la tercera serie de sus deliciosas *Reminiscencias* vaya precedida por algunos renglones nuéstros. El compromiso es difícil, porque el libro fue ya apadrinado, en su primera parte, por un literato de renombre, y la segunda mereció también llevar al frente la firma y el elogio de uno de los primeros poetas de América, gloria de las letras colombianas. No obstante, el deseo cariñoso y benévolo del autor del libro nos obliga. Habituada la pluma que esto escribe a otras tareas, no debiera alternar con la que, en hermosas hojas de estilo sencillo, sin pretensiones ni amaneramientos, cautiva a la vez que enseña; pero el autor que adrede revuelve y confunde en sus relatos los episodios sangrientos y sublimes de la Historia nacional con los grotescos y ridículos pasajes de nuestra vida social; que se solaza en poner al lado de personajes eminentes, de reales merecimientos, el nombre de algún soldadote improvisado, para que resalten las figuras y se proyecten bien las sombras, acaso busca también contrastes entre las *literaturas* de sus prologuistas.

Macaulay dice que la Historia se forma, en gran parte y por necesidad, con las minuciosas y aparentes pequeñeces de los decires y tradiciones del vulgo, y sus propios escritos históricos están sembrados de

381270

anécdotas, que pudiéramos llamar familiares, lo que no es el menor de sus atractivos: De esa verdad resulta que son los autores de *Memorias* y *Reminiscencias* quienes en realidad y en definitiva vienen a dar las bases o los datos para la Historia, con lo cual forman cartilla de provechosa enseñanza para los que, teniendo ojos, oídos y discernimiento, quieran ver, escuchar y aprender.

La publicación de *Memorias* se multiplica hoy en el mundo entero, especialmente en Francia, tierra que sabe enseñar, propagar ideas y métodos, y tales escritos, casi todos, vienen a rectificar la *Historia*, lo que contribuye a demostrar la tesis de Le Bon, de que los libros históricos conocidos hasta hoy deben ser considerados como obras de pura imaginación, o relatos fantásticos de hechos mal observados, con explicaciones y comentarios apropiados para ciertos fines diferentes de la enseñanza de la verdad.

Y es muy sostenible tal tesis, porque ¿quién no ve todos los días hechos que casi pasan delante de nosotros, y en que acaso hayamos intervenido más o menos directamente, se mudan, se disfrazan, se transfiguran para obedecer a determinados intereses del momento, que lo dominan todo? Y si hay quien se atreva a tocar algún incidente de las glorias de un vencedor, verbigracia, aunque se trate de nuestras miserables lides, será una sorpresa, porque la pluma veraz e imparcial tropezará con la hojarasca de oropeles gloriosos, o se verá asaltada y combatida por tántos de esos admiradores que escriben el elogio a destajo y que tienen por obligación o tarea pintar aureolas o hacer fábulas para crear héroes.

Por ello, bien visto, no debería sorprender la solemne gravedad con que cierto extravagante escritor moderno sostiene que no existió Napoleón, y que las

victorias de Arcole y Austerlitz son puro mito: acaso vivió el autor en una época de las que señalamos, en que la grita de unos pocos ahoga la voz de todos, y en que la actualidad aparece cambiada *por el voto popular*.... El ánimo en tiempos tales se inclina a un escepticismo que lo abarca todo, y que confunde lo sucedido en el pasado con lo que se cumple en el presente.

Pero nos apartamos del tema principal....

El señor Cordovez relata por primera vez episodios importantes, por varios aspectos, de nuestra historia, y como cuenta en las más de las veces lo que él mismo vio, sus dichos tienen mucha novedad e interés; cuando no lo vio todo, tuvo esmerado empeño en ocurrir a fuentes veraces que complementaran sus datos, y remataran, si así podemos decirlo, la monografía de cada hecho.

Por otra parte, como el autor tiene buena conciencia, y es hombre a quien no ligan entronques de aquellos que se llaman *políticos* —que por lo general nublan los ojos y oscurecen los entendimientos,— y como no juega nada en la partida de las ambiciones mezquinas, habla con la sencilla ingenuidad de quien dice la verdad, sin amaneramientos o adornos literarios, que desdeña, como mira también con desdén la toga roja de abogado que adquirió allá en sus mocedades.

En los trajines de la vida ha visto el autor del libro muchos sucesos de nuestra existencia pública, muy de cerca, y ha palpado los móviles pequeños de graves actos, con lo cual ha comprobado que no siempre lo que se ve corresponde a lo que no se ve, como diría Bastiat, y de ahí que en algunas de sus relaciones se sienta el murmullo de la amarga carcajada en que hace prorrumpir la experiencia de la vida.....

En el último tomo de *Reminiscencias*, como ya lo decíamos, los episodios sangrientos se confunden y se atenúan con los recuerdos de horas de recreo y de solaz; magnos acontecimientos históricos, con ridículos pasajes; al lado de sanguinario caudillo, la aldeana taumaturga; junto con el cruento sacrificio político de imperecedera memoria, la aventura juvenil de novelesca trama. En todos, sin diferencia, cautiva la pluma y enseña; cada página despierta interés, cada línea que se corta o se suspende deja pendiente la imaginación del desenlace del relato, y así por todos conceptos el libro es excelente compañero en horas de descanso y de meditación.

¿Quién no ha de estremecerse y conmoverse al leer aquellas páginas en que se relata el martirio de las tres víctimas del 19 de julio de 1861? ¿Quién no se enrojece de ira y no se estremece de pavor cuando se dicta la orden fatal de sacrificar a aquellos tres desgraciados, sin fórmula de juicio, a usanza salvaje, para presentar un holocausto a la implacable Victoria? ¿Quién no oye, por la verdad y por la sencillez del relato, la descarga fatal? ¿Quién no ve, como si estuviera presente, rodar en el lodo de apartada plazuela los tres cadáveres sangrientos y despedazados? ¿Y quién no recibe, con esa lectura, benéfica lección sobre los resultados funestos de las luchas civiles, y en especial sobre lo pernicioso de la sumisión de una sociedad o de un partido a la omnímoda voluntad del caudillo que nada respeta cuando suena el triunfo, pero que aun obrando solo compromete siempre a los que forman en sus filas y no saben resistirle ni poner valla a sus voluntades?

Ni habrá, mirando a otras cosas, quien no pase buenas horas con la lectura de las amenas páginas autobiográficas de la vida del mozo atolondrado que

cándidamente viaja en busca de una fortuna con que no se encuentra, pero que había de llegarle a la postre, años adelante, no representada en muchos bienes materiales, pero sí, y lo que es mejor, en excepcional dicha de incomparable hogar, en la tranquilidad del deber cumplido, y en el conocimiento profundo de los hombres y de sus actos, cosa que harto vale y que no hay nunca con qué pagar.

Cumplido el tributo de amistad, deseamos que todos obtengan en estas páginas la buena enseñanza que en ellas hemos obtenido, y que no se deje enmohecer la pluma que las escribió, que de cierto tiene mucho bueno aún, que no habrá de quedar inédito.

José Vicente Concha

Bogotá, diciembre 17 de 1895

RAZA MALDITA

"Maldito sea Chanaan!
Esclavo será de los esclavos
de sus hermanos."

TALES son las palabras que pone la Biblia en boca de Noé, en la escena origen de la maldición lanzada por aquel Patriarca contra el desgraciado Cham, en castigo del irrespeto y la falta de caridad con que contempló al autor de sus días en vengonzosa desnudez.

Lección severa ofrecen los libros santos en el pasaje transcrito, y en él enseñan a cuánta veneración es acreedora la dignidad paterna, puesto que después de la culpa de nuestros primeros padres, transmitida a todos sus descendientes, el anatema del segundo genitor de la especie humana se cumple aún después de cuatro mil años de pronunciada.

En realidad, el prestigio de los padres sobre sus hijos se impone en la ley natural, y siempre ha sido objeto de preferente atención por parte de todos los pueblos, aun de los que se hallan sumidos en la barbarie, llegando algunos legisladores hasta conceder al *pater familias* el derecho de vida y muerte sobre el hijo culpable de ciertas faltas.

Después de Dios, todo lo debemos a quienes nos dieron el sér.

¿Queréis saber con probabilidad de acierto en cualquier circunstancia de la vida si debéis confiar en alguien? Averiguad por los antecedentes de la persona en

cuestión, y si sabéis que fue mal hijo, huíd de ella como de la peste más mortífera, porque con toda evidencia el anatema que arranca a un padre en la tierra la rebeldía de su hijo, se confirma en el Cielo, según lo vemos, entre muchos otros casos, en el cumplimiento de la maldición con que principia este relato.

Por antítesis feliz, si logramos alcanzar de nuestros padres la bendición postrera, será ella egida contra el mál y garantía infalible de que saldremos avante en las rudas pruebas de la tormenta humana.

*

Si hemos de dar crédito a los primeros historiadores que tuvo América, los países que conquistó España se hallaban poblados por muchos millones de habitantes, entregados en su mayor parte a la agricultura, algunos a la minería de oro y esmeraldas, y muy pocos al comercio; porque el *raizalismo* parece que tuviera su procedencia en los aborígenes, a juzgar por lo apegados que aquéllos fueron y nosotros somos al terruño en donde vinimos al mundo.

Nada tenemos que observar respecto a lo que se ha escrito sobre lo exuberante de la población de los imperios de los Aztecas y de los Incas: no sucede lo mismo con el país de los Chibchas. Los cronistas del tiempo de la Conquista nos refieren que esta altiplanicie y sus contornos estaban habitados por varios millones de indios; pero si se tiene en cuenta que las sabanas de Bogotá y Ubaté no producen hoy lo necesario para la subsistencia de los trescientos mil habitantes que las pueblan, sacaremos necesariamente la deducción de que aquellos cómputos están muy lejos de expresar la verdad. Pocas reflexiones nos bastarán para justificar nuestra aserción a este respecto.

Los edificios que sugirieron al conquistador Quesada el pomposo nombre de "Valle de los alcázares," que dio a la parte alta de lo que hoy se llama Bogotá, eran

chozas a estilo de los tiempos primitivos, construídas con cañas secas de maíz y cubiertas de paja, rodeadas de *arbolocos* y *salvios* donde trepaban los *cŭrubos*, *borracheros*, *arrayanes*, *uvas camaronas*, y *de anís*, *mortiños*, *papayos*, *raques* y otros arbustos de que dieron cuenta los alfareros para cocer sus tejas y ladrillos; y en las inmediaciones de los pueblos se veían sementeras de *papas*, *maíz*, *ibias*, *ullucos* y *arracacha*, únicos productos alimenticios que conocían y cultivaban con grande imperfección los indígenas de la altiplanicie; los habitantes de las tierras calientes cultivaban *cacao*, *yuca*, *plátano*, y *algodón*, que cambiaban por sal a los indios de tierra fría. No era más abundante la fauna, pues excepción hecha de los perros mudos de apariencia de zorros, que eran domésticos, sólo había en estas alturas venados, leones sin melena, liebres raquíticas, armadillos, zorros y *runchos*; los pájaros, que contaban variadísimas especies, los hemos destruído.

Con el algodón tejían los aborígenes toscas telas, que empleaban para cubrirse a medias: los hombres con la ruana, y las mujeres con el *chircate*, especie de falda envuelta al rededor de la cintura, que las cubría hasta las rodillas, sujeta con una faja roja de la misma materia, y una mantilla; todo lo cual se confeccionaba con lana desde que los españoles introdujeron las ovejas.

Un pueblo que se alimentaba con escasos artículos y no comía carne sino cuando se cogía algún venado en trampa; avasallado por el frío; mal vestido, y con la costumbre de embriagarse con la nauseabunda *chicha* de maíz fermentado y sin dulce, porque no conocía la miel de caña; con el ítem de la poligamia ilimitada, sancionada por la tradición, que profesaba como culto las más absurdas supersticiones; perezoso y sin aspiración ni asomos de cultura intelectual, tenía que ser, más que salvaje, una masa humana inconsciente y dispuesta a recibir la servidumbre de quien quisiera imponérsela,

*

No hay menos exageración en lo que concierne a las fabulosas riquezas que la leyenda atribuye a los súbditos *Chibchas.*

Mucho dinero y muchas vidas ha costado buscar los pretendidos depósitos de oro que una tradición sin fundamento racional supone que deben de existir en las lagunas de Siecha, de Churuguaco y de Guatavita. Los *buscadores de santuarios* sostienen a pie juntillas que el Cacique de Guatavita tenía la costumbre de adorar a sus ídolos introduciéndose cubierto de oro en polvo en las heladas linfas de Siecha, y que arrojaba a su fondo, en unión de sus cortesanos, dijes del mismo metal, a fin de tener propicia la divinidad; y respecto de la laguna de Guatavita, se asegura, como si fuese un hecho comprobado, que los súbditos de los Zaques, de los Zipas y de los Caciques de la comarca duraron tres días con sus noches arrojando al agua el inmenso tesoro de sus señores, a fin de salvarlo de la rapacidad española.

Cruel desengaño han sufrido los que creyeron en semejantes patrañas, porque después de gran brega sólo se extrajeron del lago de Siecha algunas mezquinas figurillas de oro de baja ley y ollitas de barro dorado, prueba evidente de la escasez del codiciado metal entre los *Chibchas*, y del gran aprecio en que lo tenían. En cuanto al tesoro de Guatavita, se sabe que se hallaron allí unas pocas planchas o escudos de oro mezclados con cobre.

Nada más fantástico que la conseja de las minas de plata aurífera en lugares inmediatos a la ciudad de ese nombre, al sur del Tolima.

Los empresarios en estos aventurados negocios afirman con admirable aplomo que en dichas minas se cortaba a cincel el precioso metal, hasta el día en que tuvo lugar la invasión de los *Paeses*, quienes degollaron a los mineros y demás habitantes de la comarca, levantaron una alta colina de varias millas de extensión para ocultar la mina que enriquecía a los *chapetones*, e infundieron tal

terror, que hasta hace poco tiempo volvió a darse con el rastro de aquel *Dorado;* todo esto sin parar mientes en que, si a los conquistadores no los detuvo en sus empresas la lucha con verdaderos enjambres de indios constituídos en nación, mucho menos pudieron infundirles pánico unos pocos indios de Tierradentro.

Además, basta observar que si la ciencia de la ingeniería moderna, con poderosas máquinas y un ejército de trabajadores inteligentes, hasta ahora ha podido excavar el Canal de Panamá, después de treinta años de labor de titanes y de gastar muchos millones de pesos, ¿puede acaso atribuírse racionalmente a un número reducido de salvajes, sin otras herramientas que las uñas y estacas de *guayacán,* la colosal empresa de cambiar la configuración de extenso terreno, como si dijéramos hacer surgir la América de las ondas?

Como prueba de la gran población indígena de la altiplanicie que riega el Funza, refieren los cronistas del tiempo de la Conquista que el Zipa Nemequene se dirigía con setenta y cinco mil guerreros a hacer la guerra al Zaque de Tunja, que lo esperaba con cincuenta mil soldados, cuando los españoles subieron a la Sabana, acontecimiento que favoreció las operaciones de éstos.

¿Quién contó los beligerantes indígenas de los dos bandos? Hacemos esta pregunta, porque nos asalta la duda de que no fueron los aborígenes, porque no sabían contar sino escasas unidades, por medio de nudos en una cuerda, o cortadas hechas en trozos de madera, y, por consiguiente, no tenían ni sospecha de lo que fueran las cifras antes apuntadas; menos pudieron pasarlos en revista los españoles, por la sencilla razón de que se hallaban muy distantes los unos de los otros.

*

Todavía estamos por dar con el paradero de *El Hoyo del Venado* y el trono del Cacique de Anolaima, tradiciones que relataremos para solaz de nuestros lectores.

Se refiere en las antiguas crónicas que un soldado español, después de cometer un homicidio en Santafé, huyó hacia la cordillera y pernoctó en una cueva en cuyo recinto había un venado de oro macizo, de tamaño natural, con enorme cornamenta, "porque era macho el animalito." Volver a la ciudad habría sido un despropósito del fugitivo, porque lo ahorcarían, según todas las probabilidades; y no podía permanecer oculto en la cueva sin morirse de hambre y sed. En tan dura alternativa resolvió el homicida llevar consigo una parte de la cornamenta; cubrió con tierra y maleza la entrada de la cueva que encerraba el venado, y como segura señal para no extraviarse al volver por su tesoro, clavó en el sitio, hasta la empuñadura, la espada que tenía al cinto; luégo trazó una línea imaginaria que, partiendo de la cima de la cordillera, pasara por la espada enterrada y terminara en el ojo de la cerradura de la puerta de la capilla de Jesús Nazareno en la iglesia de San Agustín, según unos, y de Guadalupe al ojo del cerrojo de La Veracruz, según otros; pues parece que el tal soldado debía llevar muy buen anteojo de larga vista, que lo ponía en capacidad de señalar uno de los dos ojos citados. Después de transcurridos muchos años volvió el soldado, pero no dio con la cueva, como suele acontecer a los ratones arsenicados, porque alguien debió de tropezar con la empuñadura de la espada y llevársela, razón por la cual quedó perdido el venado de oro.

Somos del número de los muchos gaznápiros que perdieron su tiempo en busca del *Hoyo del Venado*. En el año de 1848 vino a Bogotá el renombrado matemático francés Aimé Bergeron, contratado por el Gobierno para que enseñara ciencias exactas en unión de D. Lino de Pombo, en el único verdadero Colegio Militar que hemos tenido, y en donde se educaron, entre otros, Manuel Ponce de León, Rafael Pombo, Indalecio Liévano, Joaquín Barriga, Juan E. Zamarra y Nepomuceno Santamaría.

Desde que un individuo emigra de su país, acaricia

el ideal de hacerse rico en poco tiempo, mediante el menor trabajo posible; y como nada hay más económico que hallarse un *santuario*, éste viene a ser el *desideratum* casi universal, de cuyo influjo no pudo sustraerse el profesor Bergeron.

Alguien que supo la inclinación del matemático francés por buscar tesoros escondidos, le estafó cien francos por la copia de la *escritura reservada* que aseguraba existía en la antigua Escribanía de Joaquín Zapata y Porras, en donde constaba la historia del *Hoyo del Venado* que dejamos referida.

Aguijoneada la codicia de Bergeron al considerarse poseedor del secreto que debía hacerlo inmensamente rico, se dedicó afanoso a levantar el plano del terreno que debía explorar. Dio principio planteando el correspondiente problema científico por medio de un plano geométrico de grande aliento, en que todo era triángulos, rectángulos, catetos, tangentes e hipotenusas, a fin de hallar con precisión matemática el punto en donde el soldado enterrara la espada como señal infalible de la línea que, partiendo del ojo de la cerradura de la puerta de la precitada capilla de Jesús, terminaba en el oriente de la cordillera. El resultado de tántos desvelos fue resolver el problema propuesto, señalando la ubicación del hoyo apetecido en el farallón de forma cónica que existe arriba de la iglesia de La Peña, el mismo sobre el cual se ve hoy colocada una gran cruz de piedra.

Plenamente satisfecho el sabio con su importante descubrimiento, invitó a cuatro jóvenes, discípulos suyos, a pasar un día domingo por los lados de La Peña, sin decirnos el verdadero objeto de la excursión; mas al llegar al pie de la roca que nos cerraba el paso, nos salieron al encuentro tres peones provistos de comestibles, cuerdas, grandes clavos de hierro y bastones ferrados de distintas formas. Bergeron nos llamó aparte de éstos, y con ademán solemne y expresión de profeta, alzó el brazo, señalándonos un agujero practicado en la parte superior de la roca, y parodiando a Bonaparte en las Pirámides, exclamó en castellano afrancesado:

—¡Compañerros! En la cima de esta mole de granito encontraremos algo que nos hará millonarios: ¡viva la Francia!

Al oír a nuestro maestro creímos que se le había trastornado la chaveta; pero el buen gabacho nos tranquilizó al comunicarnos sus fantásticos proyectos, a tiempo que, como hombre de conciencia, hizo la distribución del venado de oro en las siguientes proporciones: las cuatro patas, para los cuatro estudiantes; el cuerpo para él, como actor principal; y la cola para los tres peones. Aunque el reparto parecía hecho por el león de la fábula, aceptamos la parte que se nos adjudicó, y dimos principio a la faena, quitándonos el calzado y la levita, a fin de quedar más expeditos.

No dejaba de inquietarnos el procedimiento que nos indicó el matemático para subir por una roca cuasi perpendicular; pero la juventud se atreve a todo. De pie sobre los hombros de uno de los peones, empezámos a vanguardia el atrevido escalamiento por introducir el primer clavo en una grieta que tenía el peñasco, con el propósito de hacerlo servir de peldaño y atarle una cuerda o maroma para seguridad de los ascensores; el último de la cuasi aérea caravana era el insigne Bergeron, de constitución pletórica, abultado abdomen, piernas cortas, barba negra de zapador, ojos bizcos y abundante cabellera rizada, no muy listo para avanzar en aquella ruta apropiada para presentar certamen de acróbata, por lo cual no pudo subir sino hasta el segundo clavo, a contar de abajo hacia arriba.

Los estudiantes continuámos trepando, uno en pos de otro, asidos a las raíces que encontrábamos y a la cuerda que íbamos atando a los clavos que introducíamos en las grietas que presentaba la roca; los peones permanecían al pie del farallón, listos para recibir al expedicionario que se desprendiera de aquella peligrosa ruta, en que parecíamos moscas prendidas a una pared.

Un esfuerzo más, y el buen éxito habría coronado nuestro temerario escalamiento; pero desgraciadamente

no teníamos los clavos suficientes para continuar subiendo, y, lo que fue más desalentador, el famoso hoyo que buscábamos es un agujero circular que tendrá menos de un metro de diámetro y cincuenta centímetros de profundidad, labrado casi en la cima de las rocas, y probablemente formado en los tiempos primitivos de la edad volcánica.

Hasta entonces habíamos tenido fijos los ojos hacia arriba, sin darnos cuenta del punto de partida; mas al recibir de Bergeron la orden de descenso, volvimos la cara y vimos con espanto la altura a que nos hallábamos, como quien dice del atrio de La Catedral a la cruz que remata una de las torres, doblando la altura. Si la subida había sido penosa y difícil, el descenso fue peligrosísimo: en ocasiones bajábamos de espaldas contra las rocas, asidos a las cuerdas, dejando a trechos rastros del vestido y de las desgarraduras *in utroque*, percance que nos impidió *sentarnos bien* durante una semana. El primero que llegó a tierra firme fue el malaventurado matemático, que a cada contusión o rasguño que sufría soltaba un.... *cré nom!* que hacía estremecer la montaña. Para completar el chasco, el maestro cayó de espaldas cuando quiso sentar el pie, sin advertir que el farallón arrancaba de una rampa formada por el terreno que le servía de base.

—*Dis donc, Monsieur de Bergeron*, preguntámos al matemático cuando despachábamos a dos carrillos el apetitoso fiambre con que nos obsequió: ¿Por dónde y cómo subió y bajó el soldado que descubrió el venado de oro entre el hoyo?

—*¡Ah, mon ami, cela est très fort!* Lo preguntaré al canalla que me engañó con la escritura del Zapata de Porras, nos contestó el chasqueado francés.

*

Del trono del Cacique de Anolaima se asegura, por personas que no lo han visto, que es de oro macizo, de tres metros de altura y metro y medio de ancho, con multitud de incrustaciones de esmeraldas, *sin jardín, del tamaño de los bocadillos de guayaba*, sumergido por los aborígenes en cierta ciénaga misteriosa que debe hallarse en un lugar recóndito de las montañas que rodean o rodeaban la corte de Anolaima.

El último *santuario* de que se tiene noticia, se buscó por una respetable compañía en la iglesia de San Carlos de Bogotá, en la creencia de que los Jesuítas expulsados por Carlos III lo habían dejado oculto entre los cimientos de dicho templo. Al efecto, se trabajó con tánto empeño, que el día menos pensado se hundió el suelo de la iglesia en que se hallaba el confesonario del Padre Carlos Torrente, amenazando con la catástrofe al confesor y a las penitentes que lo asediaban.

Los Jesuítas sí dejaron medio millón de pesos en onzas de oro, pero no en Santafé, sino en la iglesia del Sagrario en Quito, donde lo encontró el sacristán, y se lo apropió el Gobierno del Ecuador, presidido por D. Gabriel García Moreno, como cosa perteneciente al Fisco.

*

No cansaremos la atención del lector, refiriendo otros ejemplos comprobantes de los que han servido para formar nuestro juicio acerca del relativo escaso número de habitantes del país de los *Chibchas* y de su pobreza.

Acaso se nos arguya que testigos oculares, entre ellos el mismo Gonzalo Jiménez de Quesada, y otros historiadores que vinieron en los primeros tiempos próximos a los de la Conquista, afirman lo contrario.

Contestamos al argumento exponiendo que la imaginación fantástica de los pueblos de origen meridional,

y la extremada vanidad de los conquistadores, contribuyeron en mucho a presentar los verdaderos portentosos hechos de los españoles en América, con un aspecto exagerado, propio del espíritu fanfarrón de los andaluces, como si fuese poco el descubrimiento y conquista de medio mundo con un puñado de aventureros. Según nuestros modos de apreciar los sucesos de entonces, Quesada y sus pocos compañeros fueron más heroicos al subir el ignoto río Magdalena e internarse en las mortíferas selvas del Opón, luchando con todos los elementos naturales y con tribus aguerridas conjuradas contra ellos, que en la conquista de los humildes y cuasi inofensivos *Chibchas.* No debe perderse de vista que la jactancia de Quesada en la Corte de Valladolid lo hizo caer en desgracia, y que allá tuvo que rogar e importunar mucho para que se le permitiera volver a completar la obra de sus descubrimientos.

*

Terminada la Conquista se dio principio a la organización del Gobierno colonial, y como en España estaba en decadencia la caballería andante, los conquistadores de América se contentaron con el modesto título de encomenderos, que en sus preeminencias equivalía a las prerrogativas de los antiguos señores feudales de horca y cuchillo, con derecho a las tierras conquistadas y a los semovientes, esto es, los infelices indios convertidos de hecho en esclavos.

Los españoles que vinieron a América en aquella época, opusieron resistencia a las bulas pontificias del Papa Paulo III, de fechas 2 y 9 de junio de 1537, en las cuales se declara que los indios son realmente hombres, y en consecuencia, seres racionales con alma inmortal, en estado de abrazar la fe de Jesucristo, susceptibles de educación y aptos para el trabajo proporcionado al organismo humano, no debiendo continuar en condición de esclavos. De esta obcecación fundada en el célebre

principio de utilidad que después comentó y ensanchó Bentham, provino el maltrato que se dio por los primeros colonos a la raza conquistada. Se la consideró inferior a los brutos; y como se carecía en absoluto de animales apropiados a los trabajos agrícolas, que eran de primera necesidad, los indios suplieron a los bueyes para arar la tierra, y a las acémilas en los transportes por las veredas fragosas, que entonces se llamaban caminos reales.

Luégo empezó a tomar vuelo la industria minera, que tánto halagó a los españoles; pero les faltaban brazos en los climas ardientes, donde yacían los veneros, para suplir los cuales se obligó a los indios de las tierras altas al duro trabajo de los climas húmedos y cálidos, a que no estaban acostumbrados; de manera que el exceso de trabajo, el paludismo que los hizo sus víctimas, la tristeza de verse sujetos a la humillante condición de siervos, la debilidad física consiguiente a la mala alimentación y desabrigo, la peste que se cebó en los desgraciados indios, y los que prefirieron el suicidio a la existencia de oprobio y miseria que se les esperaba, fueron los agentes de que se valió la muerte para empezar a despoblar los países conquistados, hecho que alarmó a los españoles y les sugirió la idea de añadir una iniquidad más a las ya cometidas, introduciendo en sus colonias negros plagiados en Africa, para que reemplazaran con ventaja las bajas que la crueldad y codicia de los encomenderos causaban en la población indígena.

La historia conserva con piadoso respeto y cariño los nombres de Domingo y Bartolomé Las Casas, de San Luis Beltrán, frailes de la Orden dominicana, y de Venero de Leyva, que afrontaron intrépidos la ira de sus crueles compatriotas, con el propósito de contenerlos en sus desmanes y aliviar la suerte infausta de la raza conquistada. Los informes que aquellos dos humildes religiosos dieron en la Corte española acerca de los abusos y atrocidades que habían presenciado en la América, debieron de contribuír para la expedición de las

Reales cédulas y Leyes de Indias en favor de los indígenas, leyes que si no fueron estrictamente cumplidas por los mandones de las colonias, a lo menos hacen honor al gobierno que las dictó.

*

La esclavitud del hombre por el hombre existió en la más remota antigüedad: la encontramos elevada a institución en todos los pueblos que formaron la civilización antigua con anterioridad a la éra cristiana. Homero dijo que la esclavitud quitaba al hombre la mitad del alma; el mundo romano la admitió en sus leyes y costumbres, y consideraba como cosas a los esclavos; los bárbaros la continuaron, la Edad Media la aceptó y las naciones modernas la explotaron, hasta que la civilización cristiana dirigida por el gran Pontífice León XIII la anatematizó y persiguió en sus últimos baluartes de la barbarie africana, eficazmente secundado por el eximio Arzobispo de Argel y Túnez, el Cardenal Lavigerie.

La esclavitud es la síntesis de la fuerza contra el débil, y sus manifestaciones varían según sea el espíritu de la época en que se ha ejercitado. En los tiempos primitivos no hubo distinción de razas para escoger sus víctimas: el vencido en la guerra pasaba a ser propiedad del vencedor, con derecho al rescate.

Si los medios escogidos para procurarse los esclavos diferían entre sí, sucedía lo propio con el destino que se les daba. En las sociedades paganas de la antigüedad, los esclavos negros, trocados en eunucos, servían para custodiar las beldades que debían sacrificarse en los nefandos altares de la concupiscencia de sus amos; y los blancos podían llegar a ser libertos si triunfaban en los sangrientos juegos de los gladiadores en los circos.

En la aurora del siglo XX, la Europa que se precia de ser cristiana, con nueve millones de soldados armados de poderosas máquinas de destrucción, tolera im-

pasible el comercio de odaliscas y favoritas que pueblan el serrallo en donde distrae sus ocios el Gran Señor, degenerado representante de una raza que debiera relegarse a los confines del Asia, en previsión de que, si en los arcanos que encierra el porvenir de las naciones, estuviese decretado el retroceso de la civilización occidental, tal vez volverían los tiempos ominosos de los cautivos en los baños de Berbería y del infame tributo de doncellas cristianas, para abastecer los alcázares de los califas.

Entregado el continente negro a su propia suerte después de la invasión de los bárbaros en Europa, sólo sabíamos que en su interior se encontraban elefantes que producen el marfil, una fauna de prodigiosa variedad, y negros que alimentaban el comercio de esclavos; pero se necesitó el transcurso de varios siglos y el arrojo de atrevidos y heroicos exploradores, para patentizar ante el mundo las escenas de horror y crueldad empleadas al procurarse la mercancía humana.

Se atribuye a Las Casas, Obispo de Chiapas, el consejo sugerido al Gobierno español para que permitiese la introducción de negros esclavos en las Antillas, con el fin de aliviar en parte la suerte acerba de los indios; laudable propósito cuyas ulteriores consecuencias no pudo prever su bien intencionado autor, pues se cumplió abrumando con el peso de las cadenas a las dos razas oprimidas, y se hizo extensivo a todo el continente americano, planteándose así desde entonces el problema social y económico de la esclavitud del hombre, que ha costado siglos de tiempo, torrentes de sangre y millones de pesos para que se resuelva en el sentido de la libertad.

El *éxodo* de la raza negra para la América principió en 1511, con los esclavos que envió por vía de ensayo el Rey D. Fernando el Católico a sus dominios del Nuevo Mundo, de los tomados a los Moros en la guerra de Granada. Si los blancos barbados causaron asombro a los sencillos naturales, el hombre negro les produjo im-

presión de terror, porque lo creían un genio funesto, auxiliar obligado de sus conquistadores en sus crueldades sistemáticas; después supieron los indios la triste condición de los nuevos huéspedes que les traían de países desconocidos para ellos, y, por accidente natural entre los que sufren, simpatizaron con los que estaban condenados a llevar la vida de los cautivos.

*

Corresponde al flamenco La Brusse la menguada celebridad de haber sido el primero que dio forma práctica al infame negocio de la *trata*, mediante el privilegio que le otorgó el Emperador Carlos V en 1516, para introducir en la isla de Santo Domingo, en cada año, cuatro mil negros de Guinea, privilegio que aquél vendió a los genoveses por veinticinco mil ducados. La baratura a que se adquiría la mercancía humana en Africa, y la exorbitante ganancia que se obtenía vendiéndola en América, despertó la codicia de los gobiernos europeos que tenían colonias, y éstos patrocinaron el inicuo negocio que les proporcionaba pingüe renta por el derecho de introducción de esclavos en sus dominios; para ello se extrajeron, durante el espacio de tres siglos, CUARENTA MILLONES de negros de Angola, Congo, Guinea, Mungiolos y Anchicos en Africa, comprados por los odiosos tratantes llamados *Mangones*, o se los robaban en las islas de Santo Tomé, Carabal, Arda y Mina, adonde iban los negros a trabajar en la agricultura.

El Gobierno español también hizo concesiones a los genoveses y portugueses, de 1580 a 1640, y dio privilegio a los franceses por doce años, de 1701 a 1713, para importar negros en sus dominios de América; privilegio que reclamó Inglaterra y lo obtuvo en el tratado de Utrecht, en 1713, por el término de treinta años, quedando de hecho esta Nación con el uso exclusivo de la *merced de asiento*. Así se llamaba la facultad de trasladar negros a las colonias de España, lo que dio origen

a la creación de una compañía para explotar negros africanos, cuyas acciones se distribuyeron así:

¼ al Rey Felipe V de España; ¼ a la Reina Ana de Inglaterra, y ½ reservada al público.

Tocó a Sir John Hawkings hacer póstuma competencia al flamenco La Brusse en la *trata* de negros, pues fue el primer inglés que hizo cargamento de esclavos en 1562, en compañía de la Reina Isabel de Inglaterra, y hasta el año de 1789, en que, repletos de negros los países codiciados por la Gran Bretaña, cayó en la cuenta esta nación de que el comercio de carne humana era inmoral y anticristiano, por lo cual trató de abolirlo.

"La constante propensión de Inglaterra—dice el historiador Cantú—a ser la dominadora de las demás con arte de incomprensible política, hizo dudar si esta noble empresa atendería más a su engrandecimiento que a la filantropía, y si con el derecho de *visita* aspiraba a detener las naves de sus émulos, al mismo tiempo que con la abolición de la *trata* procuraba asegurar el incremento de sus colonias en la India, sostenidas, aunque no por negros, por otro género de esclavos."

Hé aquí la severidad con que Tomás Jefferson censuró en el Acta Original de Independencia de los trece Estados Unidos de Norte América, la protección que dispensó a la *trata* de negros el Rey de la Gran Bretaña, Jorge III:

"El Rey ha declarado una guerra cruel a la naturaleza humana, ha violado los sagrados derechos de la vida y de la libertad en las personas de un pueblo lejano que nunca lo ha ofendido. A esos hombres inocentes los ha reducido a la cautividad, y los hace transportar de uno a otro hemisferio para que sean esclavos, y perezcan miserablemente en la travesía!

"Esta conducta de piratas, oprobio de las naciones infieles, es la conducta del Rey Cristiano de la Gran Bretaña. Resuelto a sostener abierto el mercado en que se venden y se compran los hombres, ha *prostituído su veto* al anular todas las decisiones de nuestras Asam-

bleas, que tenían por objeto prohibir o restringir ese execrable comercio.

"Para que aquel conjunto de horrores sea completo se excita a las poblaciones esclavistas a rebelarse en medio de nosotros, a fin de que compren la libertad, de la cual se les ha privado, con la muerte de aquellos que se les señalen, vendiéndoles así, al precio del asesinato, la libertad de que los despojó el Rey por medio de un crimen."

En realidad, desde que el Gobierno británico quiso asumir el carácter de tutor de las otras naciones, y estableció el célebre derecho llamado de *visita*, en virtud del cual se consideró soberano del Océano, como consecuencia de los gajes que obtuvo en el Congreso europeo de Viena, que autorizó el reparto de los débiles en beneficio de los fuertes, amparados por el hipócrita calificativo de "Santa Alianza," la marina de guerra inglesa persiguió, como si fuesen piratas, a los buques puestos al servicio de la *trata* de negros. Esta medida fue ineficaz, porque a más de ser odiosa por la humillación que imponía a las marinas pertenecientes a otras nacionalidades, la eludían fácilmente los *Mangones* o tratantes, ora entendiéndose con los comandantes de los buques encargados de perseguirlos, ora clasificando en los respectivos manifiestos como madera de ébano la mercancía humana; y si llegaba el caso posible de que se diera caza al buque *negrero*, su capitán salía de la dificultad arrojando en tiempo los infelices negros al mar; en seguida presentaba patente limpia al que lo perseguía, seguía el viaje hasta perderse de vista del inoportuno visitante, y viraba con dirección al Africa, a reponer la mercancía averiada, porque el negocio daba para indemnizarse de estos percances.

Aceptado como lícito el comercio de negros, sin cuidarse de los medios empleados para adquirirlos, se dio principio desde el siglo XVI a la reglamentación de la *trata* o *asientos* del Gobierno español en beneficio de su erario y de las enormes ganancias que dejaba a los

tratantes, no sólo en el negocio de los esclavos, sino también en la introducción clandestina de mercancías que no eran españolas, por lo cual el privilegio para el comercio de negros en las colonias de la Madre patria fue muy solicitado por otros gobiernos en favor de sus súbditos y rodeado de toda clase de garantías y exenciones.

De los diversos contratos celebrados, relativos al asunto que nos ocupa, señalaremos los siguientes:

Una Compañía portuguesa se comprometió a suministrar DIEZ MIL TONELADAS DE NEGROS en el tiempo comprendido de 1696 a 1701; y

Don Simón de Bolívar, uno de los antecesores del Libertador, obtuvo privilegio para introducir en Caracas CUATRO MIL TONELADAS de mercancía humana en cada año.

A principios del siglo XIX habían cambiado los tiempos, según puede colegirse por el hecho de que el gran Bolívar, antes de emprender la obra de emancipación de su patria, empezó por dar libertad a sus propios esclavos.

*

La importancia de la ciudad de Cartagena de Indias, que dominaba el mar Caribe con sus fortificaciones y su tranquila bahía, contribuyó a que el Gobierno español eligiera esta plaza fuerte para lugar del *situado* o depósito de mercancías y de caudales que le enviaban de sus colonias americanas del Pacífico, en espera de galeones que los condujeran con seguridad a su destino, salvados de la rapacidad de los piratas que en aquellas épocas infestaban los mares; esas mismas condiciones influyeron para que se designase a la futura "Ciudad Heroica" como puerto de arribo, bazar de expendio, y distribución de negros africanos en el mundo que descubrió Colón.

Todo era inicuo en la especulación de esclavos: los medios empleados para adquirirlos, el modo de llevarlos

al puerto de Cartagena, y su venta en almoneda pública para conducirlos a su problemático destino.

Los viajeros que se han internado en el continente negro, describen los horrores que presenciaron en las comarcas proveedoras de esclavos, cuyos huesos señalan la ruta de los infortunados cautivos que murieron antes de ser vendidos, o saciaron el voraz apetito de otros negros antropófagos.

Generalmente las tribus se hacían la guerra sin otro motivo aparente que el de atrapar prisioneros para venderlos, y dedicar el sobrante a sus repugnantes festines ; sólo por lo prolífico de esta raza se explica que no se haya extinguido después de tántos siglos que yace sumida en la más brutal de las barbaries. Otras veces los jefes negros condenaban a sus súbditos a la esclavitud por faltas ligeras, y si llegaba el caso de que por cualquier causa no pudiesen cumplir con el compromiso de entregar determinado número de cautivos a los *Mangones*, se ocurría al robo de los incautos que hallaban a mano; todo esto por obtener una mezquina utilidad, puesto que el precio más alto a que se pagaba en Africa un esclavo de buena medra, no pasaba de cuatro pesos nominales, representados en baratijas que valdrían tal vez la mitad; pero al exportador se le convertían cuando menos en doscientos duros en oro al vender su mercancía en Cartagena.

El Dante, con el idealismo ardiente del genio que lo inflamaba, y el Padre Nieremberg, ilustrado por sus especulaciones teológicas sobre la expiación de los réprobos en el infierno, habrían puesto más hórridos colores en sus aterradoras descripciones, si hubiesen presenciado algo de lo que pasaba en los barcos negreros y en los depósitos de esclavos en Cartagena.

Reunido en las costas africanas el rebaño de negros, sin distinción de sexo, edad ni procedencia, agarrotados por medio de cepos, a manera de yugo sobre la nuca de varios cautivos, sufriendo la burla sangrienta de sus implacables enemigos o robadores, extenuados

por el hambre y la sed, poseídos de indefinible angustia y tristeza los de índole apacible, terriblemente irritados los que cayeron en desigual pelea que los redujo a la condición de esclavos, sin entenderse unos con otros por la diversidad de dialectos que hablaban, y privados por esta causa hasta del triste consuelo de comunicarse sus penas, los hacían pasar a latigazos a bordo del buque de vela, de construcción ligera, cuya lóbrega bodega ocupaba toda la eslora de la nave, sin otra puerta de entrada y ventilación que las escotillas guarnecidas de fuertes rejas de hierro sobre la cubierta, como seguridad de los pocos tripulantes puestos al servicio del infame barco, porque era muy natural suponer que los negros aprovecharían la primera oportunidad que se les presentara para recobrar su libertad.

No fueron raros los casos de rebelión de los esclavos a bordo para sacrificar a sus verdugos y adueñarse de la nave; pero en este caso los negros cambiaban el cautiverio por la muerte, porque sin tener los rudimentos indispensables para navegar en alta mar, aquellos desgraciados quedaban sin rumbo determinado, a merced de las olas en la inmensidad del Océano, hasta que, devorados los débiles por los fuertes, perecían estos últimos atormentados por el hambre y la sed.

En el vientre de esos monstruos que se llamaban buques negreros, venía hacinada una muchedumbre de seres vivientes en completa desnudez y confuso montón de hombres, mujeres y niños, sumidos en asqueroso fangal de estiércol, porque no se les permitía salir de aquella sucursal del infierno ni aun a cumplir con las más premiosas necesidades propias de todo animal, predispuestos al contagio de la viruela que se desarrollaba en aquellos cuerpos preparados para fecundar los microbios de cualquier epidemia, acometidos por crueles disenterías y el escorbuto, respirando en aquella atmósfera ardiente, envenenada y nauseabunda, no sólo por las causas apuntadas, sino también por el hedor peculiar de la raza. En ese antro de dolor y miseria se oían gri-

tos roncos semejantes a gruñidos de leones enjaulados, llanto de niños que inocentemente exasperaban a sus compañeros de infortunio, y alaridos desesperados de las madres que veían morir de hambre a sus hijos en lactancia, porque ya no brotaban lágrimas de sus ojos, ni leche de sus pechos!

El acto de nutrirse aquellos enjambres de negros amontonados en las bodegas de los buques, semejaba riña de fieras famélicas que se disputan su presa; por las escotillas les arrojaban escasos y malos alimentos, que no llegaban sino a manos de los más esforzados, quedando reducidos los demás a esperar otro reparto de víveres para entretener el hambre.

Si eran pocos los alimentos que recibían los cautivos, respecto del agua se observaba aún más rigurosa economía, porque así lo exige la navegación impulsada por el viento; en el caso de que llegara a escasear aquel indispensable elemento para vivir, los esclavos eran los primeros en sufrir sus consecuencias, y si de los aullidos que daban éstos pidiendo alimento, pasaban al tumulto y confusión con el fin de arrebatarse unos a otros algo de lo que caía por la escotilla, los marineros cuidaban de ponerlos en paz, baldeándolos con el agua del mar que les echaban, o los arponeaban de arriba para separar a los contendores.

Nada exaspera tanto el carácter como el hambre; pero si esta necesidad se siente entre individuos que no han recibido ni aun nociones de la vida civilizada, el apetito no satisfecho les produce accesos de furor y temible arrojo; no era, pues, extraño que si en el cargamento de esclavos venían antropófagos, éstos se aprovecharan de la muerte de alguno de sus compañeros, ya fuese por causa de enfermedad, o los desesperados que se suicidaban introduciéndose la lengua en las fauces y morían asfixiados, para saciar con ellos su apetito, hasta roer con deleite de glotones los huesos de los difuntos. También se presentaban otras escenas, con el solo recuerdo de las cuales se estremece la naturaleza humana:

hubo madres que dieron a luz en aquellas mazmorras y se comieron el fruto de sus entrañas, lo que equivale a ser antropófago de sí mismo, porque hasta allá puede llegar la degradación del hombre!

*

Cualquier accidente de los muchos que suelen ocurrir en una larga navegación de los buques de vela y comprometen la vida de sus tripulantes o la suerte de la nave, se resolvía aligerando la bodega y echando al agua los negros enfermos, los de mala apariencia o los de más edad; pero al llevarse a cabo esta cruel medida, ocurrían escenas desgarradoras, especialmente si llegaba el caso de separar un padre o una madre de sus hijos; en su ininteligible dialecto y con señales nada equívocas, aquellos infelices imploraban la gracia de que los arrojaran al mar o los salvaran juntos, súplicas inútiles, que no eran atendidas, porque la piedad era un sentimiento desconocido de los crueles *tratantes*, que sólo tenían en mira la utilidad de su negocio.

Por regla general, en el transporte moría el veinte por ciento de los esclavos embarcados en los puertos de Africa, y su número era tan crecido, dice el jesuíta José Fernández, en la *Vida de San Pedro Claver*, que "en el discurso del año pasaban de diez a doce mil los que se traían a Cartagena, y en el de 1633 se vieron catorce navíos juntos en el puerto, sin otra mercadería que los negros, con la carga de ochocientos a novecientos cada uno."

*

Surto el buque en la bahía de Cartagena, desembarcaban los esclavos que venían vivos, se les hacía pasar por la Aduana con el fin de pagarse el derecho de *asiento*, o sean nueve pesos por cabeza, y se les marcaba con el *carinibar* o hierro candente en la cara, como señal indeleble de que no eran contrabando: éste era el

beso de bienvenida que los amos de la virgen América daban a la humanidad importada del Africa.

En seguida se almacenaba la mercancía en los depósitos, sujetos a un régimen semejante al establecido en las bodegas de los buques negreros, hasta que se vendían los esclavos al por mayor, en lotes, o al menudeo, según conviniera a sus dueños; ni más ni menos que si se tratara de la enajenación de ganado, porque a la crueldad de venderlos, sin tenerse en cuenta las relaciones de sangre o de afecto de los negros, se añadía la barbaridad de marcarlos sus dueños en el pecho o en la espalda con un herrete candente, operación que se repetía en cada vez que el esclavo pasaba a poder de nuevo amo.

Respecto de los esclavos muertos que llegaban a Cartagena en unión de los vivos, servían para cebar los tiburones que el Gobierno de la colonia protegía en la bahía en clase de policiales marítimos que impedían la fuga de los presidiarios y de los que quisieran evadirse sin permiso del capitán del puerto; a los cautivos negros se les negaba hasta el derecho de desearles que la madre tierra les fuera ligera.

Así terminaba el primer cuadro del sombrío drama de la esclavitud en América; a sus protagonistas pasivos no se les concedía ni la gracia de recordar que allá, en el país de la naturaleza bravía y del sol de fuego que ennegreció su piel, de donde fueron arrebatados por la más inicua de las violencias, en medio de esbeltas plataneras que dieron sombra a sus primeros amores, y a orillas del risueño arroyo en donde su amada llenaba el cántaro y abrevaba sus ganados, había una madre anciana, una esposa adorada y unos huérfanos de su padre vivo aún, que a tarde y a mañana gemían, con la mirada fija en los confines que limita lejana colina, esperando a los que nunca habrían de volver a ver, porque su implacable destino los redujo a siervos del látigo que se encargaba de despertarlos de la ilusión que acariciaban, para tornarlos a la terrible realidad de su mísera existencia.

Aceptado el principio de que un hombre podía ser propiedad de otro hombre, fue preciso dictar leyes que reglamentaran los privilegios del amo sobre el esclavo; de aquí se derivaron las penas impuestas al negro reputado cosa en el Derecho Civil español, cuando trataba de reivindicar sus derechos como sér racional.

Fácil es guardar los ganados en las dehesas y corrales, porque el instinto de los brutos se limita a cumplir las leyes naturales de conservarse y reproducirse; no sucede lo mismo con el hombre, por limitadas que tenga sus facultades intelectuales. El cautivo tiene la obsesión de recuperar su libertad a cualquier precio; el amo no duerme, acosado por la justicia que asiste al esclavo para fugarse. Con el fin de matar en germen la esperanza del primero y tranquilizar la zozobra del último, los gobiernos dictaron terribles leyes penales, que señalan con lujo de crueldad los castigos aplicables, a voluntad del amo, al negro fugitivo o *cimarrón*.

La Ley 21, Título V, Libro VII de la Recopilación de Indias, fijó las penas de los negros prófugos, así:

Al que se ausentaba por cuatro días, se le aplicaban cincuenta azotes en el *rollo* o picota, y lo dejaban allí atado, desde que tenía lugar la ejecución hasta la puesta del sol.

La ausencia de ocho días se castigaba con cien azotes y con una cadena de doce libras de peso, asegurada al pie con un grillete, durante dos meses.

Doscientos azotes sufría el negro que se ausentaba hasta por cuatro meses; y se le ahorcaba si la ausencia era de seis meses.

La Ley 23 de dicha Recopilación, en 1540, prohibió que se mutilara a los negros, y dispuso que se les juzgara conforme a derecho y leyes del mismo libro; pero no se dijo nada respecto al modo de aprehender a los prófugos, dejando así a los amos libres de aplicar los procedimientos que se creyeran eficaces, verbigracia, el de perros de presa, que despedazaban vivo al negro que cogían, si los cazadores no llegaban a tiempo.

*

Tánto infortunio reclamaba algún paliativo, y el Cielo se encargó de ello al suscitar un hombre superior que, abrasado en sublime caridad, se constituyó voluntariamente en esclavo de los negros cautivos; les hizo cambiar en resignación los sentimientos de rabia y temor de que venían poseídos, porque creían que se les destinaba para matarlos con el objeto de carenar los buques con su grasa, y teñir con su sangre las banderas de los blancos; dioles a comprender los principales rudimentos de la religión de amor y abnegación que debían aceptar, en vez de las absurdas prácticas supersticiosas que profesaban; sirvióles de padre, amigo, médico y compañero; los vistió, alimentó y ejecutó acciones generosas en favor de aquellos infortunados, que parecerían increíbles si no constaran en documentos fehacientes, tales como refundirse entre aquellas masas de negros vivos en putrefacción, estrecharlos con amor sobre su pecho, besarles las llagas, inculcarles amor y respeto a sus amos, regenerarlos en las aguas del bautismo y ofrecerles el Cielo en recompensa de su prolongado martirio. Tal fue la portentosa tarea de San Pedro Claver, jesuíta, uno de los primeros que afrontaron la crueldad inhumana de los *Mangones*, y les demostraron con entereza que los negros, como los blancos, recibieron el beneficio de la Redención, que se cosumó en la tragedia del Calvario!

La previsión de aquel apóstol de los negros en Cartagena llegó hasta procurarse esclavos que hablaran los diferentes dialectos de los africanos, con el fin de que le sirvieran de intérpretes con los catecúmenos que ganaba para la religión del Crucificado; y como la sórdida avaricia incitaba a los desalmados tratantes a introducir negros que no pasaran por la Aduana, con el propósito de eludir el correspondiente derecho de *asiento*, el santo se veía obligado a emprender correrías en busca de los

cautivos que con aquel fraude quedaban expuestos a perder los beneficios del bautismo.

No era menos solícito el heroico jesuíta en conducir los nuevos cristianos a que presenciaran los esplendores de las fiestas religiosas en los templos, aunque para ello tuviese que vencer la repugnancia que manifestaban los colonos blancos de verse reunidos con los negros, pretextando la fetidez que exhalaban estos desgraciados, como si todos no fuésemos hijos del Padre que está en los Cielos.

Vendidos los esclavos en el mercado de Cartagena, y marcados con el hierro del amo que los había comprado, se les llevaba encadenados a distintos países, ya fuese para venderlos, o bien con el fin de hacerlos trabajar en las minas, en la agricultura de las haciendas de las tierras calientes, o en otros trabajos, a cual más pesados; no importaba que los negros careciesen de los rudimentos del oficio a que se les destinaba, porque el cetro del mayoral o capataz al cual quedaban sujetos, era el látigo, para poner en vigor el refrán que dice: "la letra con sangre entra, y la razón con dolor"; atando a sus víctimas a la picota y azotándolas sin piedad.

Los esclavos que tenían la fortuna de pertenecer a buenos amos, llegaban a considerarse como una parte de la familia, eran tratados con humanidad, se les inculcaban sentimientos religiosos, se les vestía convenientemente, se les enseñaba algún oficio, se atendía a sus legítimas pretensiones en los asuntos matrimoniales y en la crianza de los hijos, se les permitía emplear algún tiempo en trabajos propios, para fomentar el ahorro, que algún día debía producirles con qué manumitirse, y, en el servicio doméstico, eran modelos de fidelidad y cariño para con sus dueños.

*

Muy diversa era la suerte que tocaba a los infelices esclavos que caían bajo el dominio de amos crueles y brutales, acostumbrados a tratar a los negros peor aún

que a las bestias de carga, por las que tenían mayor cuidado.

Generalmente se les dedicaba a la minería y agricultura; los hombres llevaban por todo vestido un calzoncillo de lienzo de algodón que les cubría de la cintura a las rodillas, y las mujeres una falda de la misma tela y dimensiones; regularmente alimentados; a las tres de la mañana se les hacía levantar al trabajo hasta las seis de la tarde, en que volvían en cuadrillas para tomar una ligera colación de plátanos y guarapo, y luégo se les encerraba a oscuras, en el bohío, en confuso hacinamiento, sin distinción de sexos ni edades.

Fácil es figurarse las escenas de horrible inmoralidad a que se entregarían aquellos cuasi brutos, privados de instrucción religiosa, domados por el látigo que les caía a voluntad de los mayorales, y entregados a sus malos instintos, no sólo por temperamento, sino como funesta compensación de las penalidades a que estaban sujetos.

Mrs. Harriet Beecher Stowe en su *Cabaña del Tío Tom* reveló al mundo las crueldades y el trato inicuo que se daba a los esclavos en la patria de George Washington; sublime inspiración que inició la idea de dar libertad a la raza oprimida, y quitar ese borrón de las instituciones del pueblo norteamericano.

En materia de crueldades ejecutadas con los esclavos, se lleva la palma la raza anglosajona; entre los franceses y españoles recibían los negros un tratamiento menos brutal, sin que esto quiera decir que no se presenciaran escenas innobles por parte de muchos amos.

Repugna al sentido común el solo recuerdo de la impune violación de los más triviales preceptos naturales y de moral de que era victima la porción femenina de los esclavos, de parte de los amos corrompidos que sacrificaban a sus brutales instintos las indefensas jóvenes nacidas de madres sujetas a servidumbre; las más de las veces eran mulatas de formas seductoras, inteligentes y apasionadas por temperamento, excluídas de

sentimiento del pudor innato en la mujer, cualquiera que sea su condición, porque desde antes de salir de la edad de la inocencia quedaban sujetas aquellas víctimas a la impudicia. Como consecuencia inevitable de estos antecedentes, resultaban hijos esclavos de sus progenitores; y matrimonios contraídos dentro de grados de parentesco rechazados por la naturaleza, en razón de que la malicia de los amos ocultaba la procedencia de los cónyuges cuando así convenía a sus intereses.

Los vínculos de familia, tan necesarios para vivir en sociedad, casi no existían entre los esclavos, porque el medio que los rodeaba y el régimen de envilecimiento a que se les tenía sometidos, los hizo resignarse a la condición de brutos, obligados a servir incondicionalmente a sus amos, sin cariño a los hijos que podían perder al capricho de la voluntad de otro, sin amor a su compañera de esclavitud, de la que se les podía separar en el momento menos esperado, y sin apego a la tierra que trabajaban a impulsos del látigo, y cuyos frutos habían de recoger otros!

No eran menos apropiados para extinguir los restos de dignidad y sentimientos de altivez que aún quedaran a los esclavos, los castigos que se les imponían y los términos eminentemente depresivos empleados para expresarse respecto de los negros.

" Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar," era la fórmula para que los esclavos saludaran, con la mirada en el suelo, a sus amos.

Según el vocabulario esclavista, los negros tenían *pasa* o *motas* en lugar de cabello, trompa por nariz, jeta en vez de boca, quijadas y no mandíbulas, espinazo por espaldas, barriga por vientre, jarretes y no corvas, zancas en lugar de piernas, y patas en vez de pies; tampoco tenían niños, lo que se habría considerado como una profanación de tan bello nombre, sino negritos a quienes se les aplicaba indistintamente el despreciativo apodo de *facicos*.

Si alguien hubiese dicho que un negro sufría neural-

gias, insomnios, miopía, debilidad de la vista, que hiciese necesarios los anteojos, o cualquiera de tántas otras dolencias ocultas que exigen seria atención, se le habría tenido por mentecato, porque los esclavos tenían ineludible obligación de ser bien configurados y gozar perfecta salud para emplearla en servicio de sus amos.

*

A Darwin se le atribuye la teoría del hombre descendiente del mono; pero en los tiempos de la esclavitud se consideraba a los negros como si fuesen monos pelados. Así se explica el *sans-façon* de una bella marquesa en la Habana, que se bañaba como la Diana mitológica, con la diferencia de que en lugar de Acteon, eran los esclavos quienes admiraban las formas seductoras de la indolente castellana. " Los negros no comprenden," dijo aquélla con la mayor buena fe a uno que se atrevió a reconvenirla por su falta de pudor.

Consecuentes con la idea de que los negros eran monos parlantes, los amos les infligían castigos apropiados a corregir defectos de los irracionales, al mismo tiempo que se les exigía severa cuenta por la infracción de los preceptos morales que no se les habían enseñado, y por acciones que eran delito en los esclavos y hechos inocentes entre los blancos.

A las negras estériles se las calificaba de machorras y se las destinaba a trabajos hombrunos, o se las vendía ocultando el defecto Igual procedimiento se observaba respecto de los esclavos viciosos o ineptos para el trabajo, de lo cual se vengaba el amo engañado atormentándolos como cómplices en el fraude.

Ya hemos visto los castigos que las leyes de Indias permitían imponer a los esclavos; pero los amos y mayorales pusieron en práctica sistemas de tortura cruelísimos. Como aditamento al número de azotes que legalmente podían aplicarse a los esclavos *huilones*, latigazos que sentía la víctima, pero de los cuales nadie se encargaba de llevar la cuenta, se les cortaban las orejas des-

pués de infructuosas diligencias para salir del cimarrón, y, si éste reincidía, se le volvía cojo cortándole uno o dos jarretes.

En un trapiche situado en jurisdicción de Anolaima, se siguió causa criminal al amo que hizo sacar los ojos a un negro que se le insolentó, y lo puso a meter caña al trapiche, hasta que perdió las manos, molidas en aquel oficio peligroso aun para los que ven.

En una hacienda del valle del Cauca, una esclava de dieciocho años de edad se dejó seducir por otro esclavo, y huyeron al bosque inmediato, donde algún tiempo después se les dio caza, como si fuesen fieras. Al negro se le colgó de un pie a una viga de la techumbre del bohío durante toda una noche; a la joven se le ataron las manos, se le suspendió a la misma viga, junto a su amante, y se la azotó desnuda. En la intensidad de aquel martirio y en la forzada posición en que estaba, dio a luz aquella víctima. Tan monstruosa iniquidad quedó sin castigo en la tierra; pero hay un Juez que habrá tomado cuenta de ella a sus autores!

No sólo en América, en la misma España, que era el país más civilizado de Europa en el siglo XVI, se cometían atrocidades con los negros, motivadas por el desprecio en que se tenía su vida.

Antonio Pérez, el gran privado de Felipe II, hizo varias tentativas infructuosas para envenenar a Juan Escobedo, secretario de D. Juan de Austria, en cumplimiento de órdenes expresas de aquel monarca. Con tal fin logró Pérez que un marmitón suyo entrara al servicio de Escobedo, y le pusiera veneno en un potaje que éste comió, pero que no surtió el efecto deseado. El asunto se hizo trascendental, se siguió el correspondiente proceso, y por un indicio sin fundamento condenaron a muerte a una negra que tenía el encargo de aderezar los manjares en la casa de Escobedo. Tanto Felipe II como Antonio Pérez tenían persuasión íntima de la inocencia de la esclava; y sin embargo la hicieron ahorcar en la plaza de Madrid, sin culpa, según consta eu la historia de aquellos dos personajes, escrita por Mignet.

*

Se necesitaron más de dos siglos de labor constante de los que abogaban generosamente por aliviar a los infelices negros en la América, y descorrer ante el Soberano de España el velo que encubría las crueldades sistemáticas que se empleaban en sus dominios de Ultramar, con el objeto de explotar el horrible derecho de los amos sobre los esclavos. Atendida la época de atraso de la metrópoli entonces, y las preocupaciones que dominaban en su corte, el bondadoso Carlos IV, digno de mejor suerte, merece ocupar puesto honroso en la historia de la esclavitud, porque a lo menos hizo un esfuerzo para contener en sus dominios los desmanes de los dueños de esclavos y aliviar la dura suerte de estos infelices, por medio de la famosa Real Cédula que expidió en Aranjuez el 31 de mayo de 1789, sobre el trato que debían dar los amos a sus esclavos, y regulación de sus tareas, cuyas principales disposiciones pueden compendiarse así:

Los poseedores de esclavos debían instruírlos suficientemente en los principios de la Religión católica, a fin de que pudieran ser bautizados dentro del primer año de residir en los dominios de España, y facilitarles los medios de observar las prácticas del Catolicismo, para lo cual se costearía el servicio permanente de un capellán.

Las justicias de los distritos de las haciendas, de acuerdo con el ayuntamiento, y del síndico, en calidad de protector de los esclavos, debían señalar y determinar la calidad y cantidad de los alimentos y vestuario que los amos debían suministrar a los negros, atendiendo a las costumbres del país y al clima donde existieran, de manera que fuesen iguales a los que consumían los trabajadores libres.

La principal ocupación de los esclavos debía ser la agricultura y minería; pero el trabajo sería *de sol a sol*, proporcionado a su edad, fuerza y robustez, a contar

desde los diecisiete hasta los setenta años de edad, dejándolos dos horas libres en cada día, para que las emplearan en beneficio propio, pagando los amos *dos pesos anuales* a los esclavos a quienes se dedicaba al servicio doméstico, y permitiéndoles honestas diversiones en los días de fiesta, con separación de sexos, después de asistir a la misa y a la explicación de la doctrina cristiana.

Los dueños de esclavos debían dar a éstos habitaciones distintas para los dos sexos, si no eran casados; bien abrigadas, con camas en alto y ropa suficiente, asistirlos en piezas adecuadas cuando enfermaban, o enviarlos al hospital pagando su asistencia, y costear el entierro del que falleciera. También debían los dueños alimentar y vestir a los esclavos que por su avanzada edad o por enfermedad fuesen incapaces de trabajar, lo mismo que a los niños y menores de edad, sin que pudieran darles libertad por descargarse de ellos, a no ser que los proveyesen del peculio suficiente a juicio del síndico.

A los dueños o mayordomos que dejasen de dar cumplimiento a lo prevenido en dicha Real Cédula, se les debía castigar imponiéndoles multas de cincuenta a doscientos pesos, sin perjuicio de la responsabilidad criminal en que hubiesen podido incurrir por causa de los maltratos, heridas o muerte de un esclavo.

El hecho de injuriar, castigar, herir o dar muerte a un esclavo por otra persona que no fuera su dueño, quedó erigido en delito sujeto a la acción de la justicia criminal.

Los párrocos de los distritos donde hubiera haciendas servidas por esclavos, debían hacer frecuentes visitas, con el fin de averiguar concienzudamente el tratamiento que se les diera, y dar parte a la autoridad civil de las irregularidades que notara, a fin de remediarlas, especialmente si algún esclavo tenía razones suficientes para cambiar de amo, lo cual debía facilitársele, y hacer la correspondiente investigación respecto de los hechos criminosos que hubiesen cometido con los esclavos sus amos o mayordomos.

Los amos debían llevar una lista en que se determinaran con toda precisión las altas y bajas que ocurriesen por compra, venta, fuga o muerte de sus esclavos.

Además de los castigos que podían imponer los amos a los esclavos, quedaban éstos sujetos a sufrir las penas impuestas en las leyes por delitos comunes, entre ellas la de muerte y mutilación de miembros. Este doble sistema penal a que estaban sujetas las víctimas de la servidumbre, fue causa de monstruosas injusticias legales. Citaremos uno de tántos hechos criminosos ejecutados por esclavos sin discernimiento ni medios para resistir órdenes perentorias de sus amos.

*

En la casa situada en la esquina sudeste del monasterio del Carmen, en Popayán, vivía, a fines del siglo XVIII, D. Pedro Crespo, con su esposa infiel, que deseaba deshacerse del marido para quedar en posibilidad de ocultar su adulterio. Al efecto, concertó con dos de sus esclavos que lo asesinaran de una puñalada a tiempo en que pasara por la puerta de la casa un toro bravo; arreglado el complot, se aprovechó de la costumbre que tenía D. Pedro de entrar a su morada a las siete de la noche. Mientras que el infeliz marido caía en el zaguán con el corazón atravesado por uno de los esclavos, el otro negro conducía en la calle un novillo en soga, advirtiendo a gritos que huyesen los transeúntes del temible animal.

En la misma noche circuló en la ciudad la noticia de que a D. Pedro lo había matado un toro de una cornada, al entrar a su casa; los numerosos amigos ocurrieron a consolar a la viuda por aquel acontecimiento, que se creía fortuito, porque se decía que en la herida del señor Crespo había quedado un cuerno del toro, que se descornó con la violencia del golpe. Realmente, el muerto tenía un cuerno entre el pecho; pero no el del novillo, porque éste apareció con las dos astas intactas.

Descubierta la superchería, se forjó un sumario en que aparecían los dos imbéciles esclavos como únicos responsables de aquel homicidio, a virtud de las declaraciones que con falaces promesas y engaños se les arrancaron, sin saber ellos lo que aparecía escrito, por lo cual los ahorcaron después de darles tormento. Se presume que el fruto de aquel triple crimen fue uno de los hombres públicos más populares y desgraciados que haya conocido el país.

*

Las autoridades de las colonias de España estaban acostumbradas a considerar como letra muerta las órdenes que recibían de la Metrópoli cuando éstas contrariaban sus intereses personales. Si la Real Cédula que impuso algunas obligaciones a los amos en favor de sus esclavos, no tuvo fiel cumplimiento, sí contribuyó a que disminuyeran en algo los bárbaros castigos, de que eran víctimas los negros, porque sus dueños temieron que se empezase a hacer luz en los tenebrosos antros de la esclavitud.

Las ideas filosóficas de Montesquieu, Juan Jacobo Rousseau, Voltaire, Filangiere, y de muchos otros estadistas que privaban en las postrimerías del siglo XVIII, anatematizaban la esclavitud de los negros, y la Convención francesa, que ordenó sangrientos actos de pasión e injusticia, y privó de la libertad a centenares de franceses, a proposición de los Diputados Vadier, Lavasseur y La Croix, abolió la esclavitud en la sesión del 4 de febrero de 1794. Esta fue la antorcha que señaló al mundo en toda su desnudez la monstruosidad que engendraba la inicua institución y el modo de hacerla desaparecer de la haz de la tierra, después de formular este sublime aforismo: "Sálvense los principios, aunque se pierdan las colonias." Laudable ejemplo adoptado con tardía timidez por las demás naciones que se precian de cristianas.

Por motivos incomprensibles en el genio de Bona-

parte, derogó aquel acto el 19 de mayo de 1802; pero la segunda República francesa decretó la libertad de los esclavos, de una manera irrevocable, el 4 de marzo de 1848.

Desde que el General Antonio Nariño reprodujo en Santafé los *Derechos del hombre*, proclamados por la Asamblea Constituyente de Francia, germinó en el cerebro de nuestros próceres el pensamiento de que la esclavitud era antagónica de la República; desgraciadamente se tropezó entonces con el obstáculo del interés particular, que se opone a todo lo grande y trascendental que se emprenda en la vida.

Según dejamos apuntado, Bolívar dio principio a su misión libertadora emancipando a sus propios esclavos; digno ejemplo de desprendimiento seguido por muchos patriotas.

El acto más antiguo que registran nuestros anales patrios respecto de los negros esclavos, es la ley expedida por el Estado de Antioquia el 20 de abril de 1814, a virtud de un mensaje del Gobernador Juan B. del Corral, por la cual se declararon libres todos los partos de las esclavas, y se impuso a sus dueños la obligación de mantener a los libertos hasta que cumplieran dieciseis años de edad; se prohibió que los hijos fueran vendidos separadamente de sus padres, y la importación o exportación de esclavos; se dispuso que los testadores manumitieran uno de cada diez cuando tenían herederos forzosos, y la cuarta parte de sus esclavos en caso de no tenerlos; se estableció, además, una capitación anual de dos pesos por cada varón, y de un peso por cada hembra que cualquiera tuviese en su poder como esclavo.

Esta ley, que honra a sus autores, fue acordada y firmada por D. José Miguel de la Calle, D. Antonio Arboleda, de Popayán, Pedro Arrubla, José Pardo y Antonio Benítez. Para conmemorar aquel hecho se acuñaron medallas de oro con este lema: "Amigos de la humanidad." Dicha ley permaneció en vigencia hasta el año de 1816, en que los españoles reconquistaron la provincia.

También hay justicia en recordar que la incipiente República de Mariquita consignó en su Constitución del año de 1815 el principio de la abolición paulatina de la esclavitud.

*

Entre las principales leyes que dictó el Congreso Constituyente de Colombia reunido en Cúcuta, se cuenta la de 21 de julio de 1821, sobre libertad de los partos y manumisión y abolición del tráfico de esclavos, al mismo tiempo que declaró perpetua e irrevocablemente libres todos los esclavos y partos de esclavas, que habiendo obtenido su libertad en fuerza de leyes y decretos de los diferentes gobiernos republicanos, fueron después reducidos nuevamente a la esclavitud por el Gobierno español.

Trazada la ruta que debía seguirse en el sentido de abolir paulatinamente la odiosa institución, los legisladores de Colombia y Nueva Granada, de 1825 a 1850, expidieron diversos actos que propendían a cortar abusos, a conminar con pena capital como piratas a los que traficaran con negros de Africa, y la consiguiente libertad de los cautivos, a fundar juntas de manumisión encargadas de manumitir esclavos con el producto de las contribuciones creadas con tal fin, a prohibir la venta de esclavos separando los esposos e hijos menores, o a venderlos para llevarlos a distinto país o provincia.

En los mismos actos legislativos se impuso la obligación a los dueños de esclavos de atender a los hijos libres de las esclavas hasta la edad de dieciocho años; se declaró libre a todo esclavo que procedente de país extranjero pisara el territorio granadino; se impuso al Poder Ejecutivo el deber de hacer formar el censo que diera a conocer, en un momento dado, el número de esclavos que existiesen en la República, con las indicaciones conducentes a demostrar el movimiento anual de la esclavitud con todos sus detalles, autorizándolo para hacer los gastos necesarios en hacer salir de Nueva Gra-

nada, considerados como libres, los esclavos introducidos de otros países, y otras disposiciones secundarias de carácter transitorío, relativas al modo de conducirse con los jóvenes hijos de esclavas, hasta su mayor edad, y a los oficios a que debía destinárseles.

Las leyes que dejamos citadas establecieron de hecho la lucha entre los amos resistidos a desprenderse de lo que entonces se consideraba su propiedad, y los amigos de la emancipación; lucha que no fue estéril, porque ella condujo necesariamente al desenlace final iniciado después de medio siglo.

La mayoría de los esclavos de Nueva Granada vivía en las apartadas regiones del Chocó, en los valles del Cauca y del Patía, en las costas del Atlántico, a orillas del Magdalena, y en Antioquia. Por consiguiente, quedaban fuera del radio de acción efectiva de las leyes que los favorecían en razón a que generalmente los gamonales y dueños de minas o haciendas, de acuerdo con los alcaldes, tenían especial cuidado en mantener a los esclavos en completa ignorancia de sus derechos.

Así se explica el hecho de que a fines del año de 1851, esto es, treinta años y medio después de puesta en ejecución la ley de 21 de julio de 1821, que declaró libres los partos de las esclavas, y sin la introducción de negros al país, permaneciera casi estacionario el número de esclavos, contándose entre éstos muchos jóvenes nacidos, con toda evidencia, después de la fecha que los hizo nacer libres: tal era la probidad de los amos sin conciencia.

*

Tocó a la Administración ejecutiva que presidía el General José Hilario López la gloria de haber encauzado la opinión para llegar a la meta deseada, en el sentido de borrar de nuestros Códigos el infamante estigma de la esclavitud de los negros. El asunto presentó muy serios conflictos, entre ellos el de la guerra civil, secundada por los esclavos de Antioquia, a quienes se les hizo

creer que la libertad los reduciría a la mendicidad si se veían abandonados de sus amos; hasta allá llega la obcecación humana cuando se trata de oponerse a lo que no nos conviene, y la degradación del siervo bajo la presión del látigo.

Los dueños de esclavos pusieron en juego todas las argucias que puede sugerir el egoísmo aguijoneado por el interés con el fin de curarse en salud; los profetas de mal agüero vaticinaban la esclavitud de los blancos por los negros, los economistas macarrónicos auguraron la ruina de la agricultura y de la minería, porque suponían que a los negros libres no les dejaría trabajar su indolente pereza; algunos dueños de negros sí aceptaban la emancipación de los suyos, siempre que se los pagasen de contado y se les resarcieran los daños y perjuicios que sufrirían al verse privados de su propiedad, y los pesimistas aseguraban, como un hecho real, que la libertad convertiría a los negros en malhechores capitaneados por los más ladinos para vengarse del mal tratamiento de sus antiguos dueños; y como la opinión de la casi totalidad del país deseaba la medida, algunos amos creyeron que no debían dejar pasar la ocasión de dar un postrimer ejemplo de inhumanidad haciendo exportar sus esclavos por tandas al Perú, de donde los hizo repatriar el Presidente López por medio de su Ministro el filántropo D. Manuel Ancízar, después de manumitirlos en tierra extraña.

Las Sociedades democráticas tenían gran influencia en aquella época, y pidieron al Poder Ejecutivo el cumplimiento de varias de las reformas ofrecidas en el programa de la Administración que se inauguró el 1.º de abril de 1849, entre ellas la abolición de la esclavitud y la descentralizacion de rentas.

La exacerbación de los ánimos era cada día más intensa, especialmente después de la expulsión de los jesuítas, decretada el 18 de mayo de 1850, que lastimó el sentimiento religioso de Nueva Granada con esa medida impolítica que no produjo ningún buen resultado prác-

tico, y sí dislocó los establecimientos de instrucción pública a cargo de los expulsados, a virtud de la Pragmática sanción de Carlos III, ya en desuso; la vehemencia de las pasiones políticas de aquella época era comparable a un cielo cargado de nubes siniestras, en que el más ligero choque produce el rayo.

En medio de la expectativa general, y casi en vísperas de hacer explosión la guerra civil de 1851, presentaron los diputados José María Rojas Garrido y Carlos Martín, que formaban mayoría de la Comisión respectiva, en la sesión de la Cámara de Representantes del día 10 de mayo de dicho año, el proyecto sobre libertad de esclavos, que pasó a ser la Ley de 21 de mayo de 1851; los principales artículos, que reproducimos, dejan comprender el espíritu de aquel excelso acto de justicia.

"Art. 1.° Desde el día 1.° de enero de 1852 serán libres todos los esclavos que existan en el territorio de la República; en consecuencia, desde aquella fecha gozarán de los mismos derechos y tendrán las mismas obligaciones que la Constitución y las leyes garantizan e imponen a los demás granadinos.

"Art. 14. Son libres de hecho todos los esclavos procedentes de otras naciones que se refugien en el territorio de la Nueva Granada; y las autoridades locales tendrán el deber de protegerlos y auxiliarlos por todos los medios que estén en la esfera de sus facultades.

"Art. 15. Autorízase al Poder Ejecutivo para que pueda celebrar un tratado público con el Gobierno de la República del Perú, por medio del cual se obtenga la libertad de los esclavos granadinos que han sido importados al territorio de aquella nación, abonando la Nueva Granada la indemnización que haya de darse a los actuales poseedores de aquellos esclavos, en parte de pago de la cantidad que corresponde a esta República, en la que adeudaba la del Perú a la antigua Colombia."

Las demás disposiciones de la ley a que nos referimos se reducían a ensanchar las rentas creadas para amortizar con su producto los vales de manumisión destina-

dos al pago de los esclavos redimidos, y al procedimiento que debía seguirse con el fin de hacer efectivos los derechos de todos, tanto de los dueños de los esclavos como de los que nacían a la vida de hombres libres por virtud de aquel munífico acto autorizado con las siguientes firmas:

El Presidente del Senado, Juan N. Azuero, presbítero—El Presidente de la Cámara de Representantes, José Caicedo Rojas—El Secretario del Senado, Ramón González—El Representante, Secretario, Antonio María Pradilla—El Presidente de la República, José Hilario López—El Secretario de Relaciones Exteriores, Victoriano de Diego Paredes.

Así quedó borrada para siempre de nuestros Códigos la infame institución de la esclavitud del hombre; la ley que la extinguió tuvo puntual cumplimiento, y la República pagó su valor a los dueños de esclavos con más prontitud de lo que se esperaba, porque en toda grande obra entra como factor la cooperación de lo Alto.

El 1.° de enero de 1852 se engalanó la República con el pabellón nacional izado en todas las poblaciones, para que a su sombra se agrupasen sus hijos en fraternal abrazo, puesto que ya no existían las odiosas distinciones de amo y siervo: los esclavos de la víspera se presentaron cubiertos con el gorro frigio de la libertad que los hizo ciudadanos de un país libre.

*

El Barón Goury du Roslan, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Francesa, Decano del Cuerpo Diplomático en Bogotá, en la visita de felicitación al Jefe del Estado establecida para el primer día del nuevo año, emitió los siguientes conceptos:

"Señor Presidente:

"El Cuerpo Diplomático se os presenta hoy con motivo de la renovación del año, a ofreceros como a primer

magistrado de la República el homenaje de su respeto, y a aseguraros de los votos ardientes que hace por la dicha y prosperidad del pueblo granadino.

"Feliz por ser llamado a expresároslos en un día consagrado por este país a un grande acto de humanidad, yo no cumpliría sino con una parte del agradable encargo que se me confiara, si no uniese a ella nuestras sinceras felicitaciones por el pronto restablecimiento de la paz en la Nueva Granada.

"Este precioso resultado es la obra del buen sentido y del espíritu de conciliación de todos. Cumple, señor Presidente, a vuestro Gobierno el completarlo, haciéndolo duradero. Pueda él haberlo conseguido, como nosotros lo esperamos, por la moderación laudable que ha ejercido en el cumplimiento de sus difíciles deberes."

En la respuesta que dio D. José de Obaldía, Vicepresidente de la República, Encargado del Poder Ejecutivo, se leen las siguientes elocuentes frases:

"Aquí debía terminar mi breve discurso, si una alusión del vuéstro, señor Ministro, no me autorizase a añadir una palabra más, y si la aurora del día que nos ha reunido en esta ceremonia no hubiese alumbrado el más grande, el más glorioso y el más fecundo en bienes de los que forman el orgullo de la Nación, después del día inmortal de nuestra Independencia. Hoy son libres, por virtud de esa ley santa y sin par cristiana y filosófica de veintiuno de mayo último, todos los esclavos en la República. Entre las páginas de oro de nuestros anales habrá una que esté consagrada a hacer imperecedera la memoria de este suceso, que envuelve la redención de millares de seres humanos, y que coloca sobre las sienes de los legisladores de 1851 el premio que da la virtud a los que rompen las cadenas de los infortunados siervos.

"Unid, señores, vuestros corazones al mío para tributar a la Divina Providencia el homenaje del más cordial reconocimiento por la ayuda que ha dispensado a la Administración granadina, para realizar uno de aque-

llos pensamientos puros como la luz, desinteresados como la caridad, sublimes como el Cristianismo."

Quedó así terminado en Colombia el arduo problema de la abolición de la esclavitud. Los fatídicos vaticinios empleados como empírico recurso de parte de los adversarios de la emancipación, sólo tuvieron cumplimiento en los deplorables sucesos ocurridos en el valle del Cauca, donde algunos libertos, azuzados por ciertos demagogos, pusieron en planta por algún tiempo el imperio del *perrero*, empleado como represalia sobre adversarios políticos y determinados antiguos amos, y la destrucción de las cercas en algunos predios, en señal de comunidad de tierras, actos de barbarie que fueron calificados por un célebre político con el desgraciado epíteto de *retozos democráticos*. Situación de alarma y malestar que terminó con el triunfo de la legitimidad sobre el dictador Melo.

Las escenas que dejamos apuntadas dieron asidero a D. Carlos Holguín para increpar en la Cámara de Representantes al partido liberal los atropellos y violencias de que fueron víctimas los conservadores del Cauca en la época del *perrero*.

D. Guillermo Pereira era el contendor del señor Holguín en la Camara, y al contestarle el cargo, dijo estas frases gráficas, que produjeron hilaridad en los circunstantes:

"Señor Presidente: en la cuestión del *perrero* sólo hallo la diferencia de color; antes caía el látigo sobre los.... negros, y después cayó sobre los blancos!"

Chile fue el primer país que abolió la esclavitud; aceptado el principio, siguieron el ejemplo las demás naciones de América, y las europeas en sus colonias, en el orden siguiente:

Chile, en 1823; Inglaterra, en 1833; México, en 1837; Francia, en 1848; Nueva Granada, en 1851; Ecuador, en 1852; Perú y Venezuela, en 1854; Estados Unidos de América, en 1863; Holanda, en 1876; Portugal, en 1878; España, en 1886; Brasil, en 1888.

Es muy digna de notarse la suerte infausta que cupo a varios protagonistas de la libertad de los esclavos.

Abraham Lincoln afrontó la colosal guerra de secesión y luchó con fe incontrastable hasta que proclamó la abolición de la esclavitud el 1.º de enero de 1863; murió alevosamente asesinado por el sastre John Wilkes Booth.

El Zar Alejandro II emancipó los siervos de su imperio, y fue despedazado con una bomba de dinamita que los nihilistas armaron en nombre de la libertad! . . .

D. Pedro II, Emperador del Brasil, fue destronado y murió en el destierro, después de que decretó la abolición de la esclavitud en sus estados.

En Nueva Granada se vilipendió en vida, cuando ejercía la Presidencia de la República, al General José Hilario López, y se le caricaturó en *El Día* de bausán con orejas de asno, trabuco de bandolero, puñal de asesino, botella de borracho y dados de jugador; nos consta que solían hacer uso de los dados para jugar entre caballeros; pero esta circunstancia le proporcionó la ocasión de regalar a la esposa de uno de sus compañeros de juego la espléndida casa que le había ganado.

La posteridad perdona las faltas del patriota sincero, porque en la balanza de la justicia pesa más la emancipación de los esclavos que los errores cometidos; hoy se recoge el óbolo de la gratitud nacional para levantar una estatua a José Hilario López, libertador de los negros.

*

La preocupación de la raza blanca contra la negra existe desde tiempo inmemorial.

En el Libro de los Números de la Biblia se refiere que Aarón y María hablaron contra Moisés, a causa de su mujer la Etiopisa, por lo cual la hermana del gran caudillo fue castigada con el terrible flagelo de la lepra.

"Negra soy, hijas de Jerusalén; pero soy bien parecida," dice la esposa en el *Cantar de los Cantares.*

La Reina de Sabá, fastuosa dominadora del Yemen, que se hizo célebre por su visita al Rey Salomón, era negra.

El Redentor del mundo aceptó en el establo, sobre la base de perfecta igualdad, la adoración y los homenajes de los tres Magos que, según la tradición, representaban las tres razas descendientes de Noé: Baltasar era negro; Melchor blanco y Gaspar indio, como para enseñarnos en aquel episodio simbólico que ante Dios todos somos iguales.

Algunos autores respetables sostienen que la raza de Cham estuvo representada en el Colegio Apostólico por San Simón, que era hombre de color; y a medida que las ideas de igualdad cristiana empezaron a prevalecer en el mundo, empezó también a decrecer la injusta repulsión de los blancos respecto de los negros, hasta que las teorías democráticas que irradiaron de la Revolución francesa hicieron su camino; hoy todos somos iguales ante la ley, y desapareció para siempre la esclavitud entre las naciones civilizadas, como resultado de titánicos esfuerzos iniciados por el Pontificado católico.

Podríamos señalar innumerables acciones sublimes ejecutadas por hombres de color, para dar prueba concluyente de que la virtud, el talento, el heroísmo y la abnegación se anidan en el pecho del hombre digno, sin parar mientes en el tinte de su piel; como un corolario de esta verdad, la Iglesia que fundó Jesucristo ha dado el ejemplo de presentar sobre los altares de sus templos, las imágenes de negros y mulatos que fueron el asombro de sus contemporáneos y alcanzaron la santidad que sólo concede Dios a sus escogidos.

En 1524 nació de una esclava, en el Villorrio de San Fratello, en Sicilia, un negrillo llamado Benito Monacario, quien desde muy joven vistió el sayal de San Francisco en Santa María de Jesús de Palermo, después de vencer la repugnancia de los buenos religiosos del convento, que no querían recibir por hermano a un negro, descendiente de los paganos de Africa.

Andando el tiempo, Benito llegó a ser un dechado de virtud y santidad; sin haber hecho estudios, resolvía las cuestiones arduas de Teología; dedicado a los más humildes oficios del convento, se le trocaban en flores las basuras que recogía en la falda del hábito después de barrer; resucitó muertos, multiplicó el pan y el vino, e hizo tales portentos, que siendo apenas lego, se le nombró guardián del monasterio.

Aunque la virtud y el talento se imponen, los frailes de Santa María manifestaron repugnancia de que el lego Benito presidiera la comunidad en el coro, y no asistieron a rezar el oficio divino la primera noche que el negro iba a figurar como prelado.

Al ver el taumaturgo negro la afrenta que le querían inferir los frailes en rebeldía, se puso de pie en su sitial, dio un fuerte golpe sobre la mesa que tenía al frente, evocó las almas de los frailes difuntos, y exclamó con voz imperiosa:

—" ¡Salgan los espíritus de los hermanos muertos, a cantar al Señor las alabanzas que no quieren tributarle los hermanos vivos! " y entonó con imponente solemnidad:

—*Deus, in adjutorium meum intende.*
—*Domine, ad adjuvandum me festina.*

que resonó en las bóvedas oscuras del templo con las palabras proferidas por una legión de frailes invisibles.

Advertidos los religiosos del prodigio, y atemorizados por demás, se postraron de rodillas ante su prelado negro, y en lo sucesivo quedaron curados de las veleidades de raza.

*

En la Ciudad de los reyes que fundó Pizarro, la opulenta y sensual Lima, nació el mulato Martín de Porres, hijo natural de un caballero blanco y de una negra de Panamá, esclava, el 9 de diciembre de 1579, fecha sim-

bólica, de cuya explicación se encargaron las legiones libertadoras del Perú, doscientos cuarenta y cinco años después, en el campo de Ayacucho.

Es un hecho digno de notarse que la Providencia acude a salvar las sociedades, suscitando varones que hagan brillar las virtudes contrarias a los vicios que las dominan.

El juego y la crápula, favorecidos por la suavidad del clima de las vegas del Rimac, y las costumbres licenciosas de las *tapadas limeñas*, necesitaban un ejemplo viviente de castidad y caridad que sirviera de incentivo para corregir aquellos vicios.

Un mulatico de humilde apariencia y aspecto simpático logró, a fuerza de importunos ruegos, que lo admitieran como donado en el convento de Nuestra Señora del Rosario, de la Orden de Predicadores en Lima. Sin otra recomendación que su actitud de humilde fámulo, al novicio pardo se le destinó primero como ayudante del cocinero del convento, y después al oficio de enfermero; este fue el escenario escogido por Dios para que el popular lego Fray Martín obrara los prodigios que el mundo conoce, en el ejercicio de amor y caridad, no sólo para con sus semejantes, sino también para con los irracionales.

Del rigorosísimo proceso que se instruye para canonizar a un santo, resulta comprobado, entre muchos otros portentos, que el mulato San Martín poseyó en vida los dones de agilidad, sutilidad e impasibilidad, en virtud de los cuales emprendió viaje hasta el Japón, sin que se notara su ausencia en el convento; penetraba en los aposentos que estaban a puerta cerrada; curaba dolencias graves con la simple imposición de manos; resucitó muertos; las plantas medicinales que cultivaba para los enfermos pobres, le florecían en pocas horas; profetizaba los acontecimientos, y mantuvo íntimas relaciones con las ratas, los gatos y los perros, en términos tan ingenuos como instructivos.

Advirtió Fray Martín que las ratas le hacían destro-

zos en la ropería del hospital del convento, y otro lego armó una trampa en que cayó una muy reverenda; el santo manifestó a su compañero que la caridad debía extenderse a los irracionales, impidió que volvieran a poner trampas, y entabló el siguiente diálogo con la rata, antes de darle libertad:

—Hermano ratón: tú y tus compañeros me hacen muchos daños en la ropa de mis enfermos; esto es mal hecho, y debe tener fin.

La rata se asentó sobre sus cuartos traseros y puso las orejas en movimiento, como si quisiera dar a entender que *necessitas caret lege.*

—Puesto que estamos de acuerdo, hermano, hagamos un pacto, dijo el santo, alzando una mano con el índice levantado: no hagáis daños en la ropería, y yo os doy pitanza diaria en la huerta del convento, a las diez de la mañana.

La rata se lamió los bigotes, dio un ligero chillido y tomó el portante para su cueva, con el propósito de llevar el feliz anuncio a su tribu.

El contrato quedó perfeccionado: cesó el destrozo en la ropería, y la república ratoniana acudía, con la puntualidad de los ingleses, a la hora convenida a la huerta, donde se hartaba con la pitanza que le daba San Martín.

La afición que tenían los dominicanos de Lima a los perros y los gatos, hacía que el convento estuviese plagado de estos animales, que vivían en perenne riña, visto lo cual por nuestro lego, los congregó un día en su celda, y les enderezó la siguiente admonición:

—Hermanos gatos y hermanos perros: la paz es un dón de Dios, que vosotros turbáis con los escándalos que alborotan el convento durante la noche, con los refunfuños de los unos y los aullidos de los otros; especialmente las riñas con que os disputáis los alimentos han extinguido entre vosotros el amor al prójimo; de hoy en adelante os esperaré todos los días a las diez de la mañana en la huerta, donde os serviré para que comáis

juntos en un mismo plato, y viváis como buenos amigos y hermanos.

Los contendores aceptaron la tregua que les propuso el santo, y desde entonces cesó en el convento la gazapera entre los perros y los gatos, siendo lo mejor del cuento que todos ellos, en unión de los ratones y de un gallinazo a quien un muchacho rompió una pierna, que le curó San Martín, comían en fraternal compañía. En una ocasión un ratoncillo presenciaba el festín desde su cueva, temeroso de presentarse ante el respetable concurso; mas al verlo el caritativo mulato lo tranquilizó:

—Salga, hermano ratón, le dijo, y tome sin recelo su parte de pitanza en compañía de las otras criaturas, que lo recibirán con cariño.

Hoy están expuestos a la veneración de los fieles en nuestros templos, las efigies del negro Benito y del mulato Martín, ante las cuales se postra de hinojos lo más selecto de la sociedad creyente, en demanda de alguno de los muchos favores que diariamente se obtienen cuando se implora la intercesión de aquellos humildes siervos de Dios.

*

Antonia Castrillón, esclava del prócer de la Independencia D. Manuel José Castrillón, sufrió con heroico valor, entre otros martirios, la amputación de los pechos, porque no denunciaba el lugar donde se hallaba oculto su amo, al que después torturaron los españoles con refinada crueldad, a fin de cerciorarse de que no era simulada la demencia que fingió aquel patriota, como estratagema para salvarse del cadalso a que lo tenían condenado los peninsulares.

Un esclavo altanero dio a D. Joaquín Mosquera una contestación que el gran patricio castigó en acto primo con una bofetada, a tiempo que el negro tenía la boca entreabierta, lo que hizo que uno de sus incisivos quedara clavado en la falange del dedo índice del señor Mosquera. Dos mortificaciones tuvo este noble caballe-

ro con aquel incidente: inculparse la ligereza del procedimiento, y la violenta inflamación que le causó la herida producida por el diente, que lo puso a pique de perder la mano, sin la oportuna asistencia del notable médico inglés doctor Gray, que se vio en el caso extremo de cortar el dedo lastimado.

La mano del señor Mosquera quedó muy estropeada y rígida, visto lo cual por otro esclavo del expresado señor, le propuso que le permitiera ir a la hacienda de *Ensolvado*, en busca de ciertas víboras. D. Joaquín consintió, y a los pocos días se le presentó el esclavo con la grasa y la piel de la culebra para untar la mano lastimada y envolverla en la piel; con esta medicación quedó el enfermo curado física y moralmente.

En otra ocasión se presentó al señor Mosquera un esclavo llamado Francisquito, que le era muy adicto, y le dijo:

—Hágame su merced la caridad de mandar que me hagan las exequias ahora que estoy vivo.

—¿Por qué quieres que sea desde ahora? ¿No sabes que de nada te servirá? replicó D. Joaquín.

—Perdóneme su merced si le hago una pregunta,—interrumpió el negro—cuando su merced sale de noche, ¿no me lleva con un farol por delante para que le alumbre ?

—Es cierto; pero eso es para ver por dónde camino, respondió el señor Mosquera.

—Pues yo también quiero llevar delante la luz que me conduzca al cielo, insistió el esclavo con la ingenuidad de su fe.

El señor Mosquera cumplió los deseos de su siervo fiel.

Un negro asistente de Nelson fue quien, afrontando sobre la cubierta del navío almirante la tempestad de balas y metralla que caían a torrentes, lanzadas de las cofas y bordas de los buques aliados en la tremenda batalla naval de Trafalgar, se acercó el primero a recoger al héroe inglés herido mortalmente.

*

Mucho debe la emancipación americana a los hombres de color; un ligero recuento bastará para demostrar la exactitud de nuestro aserto.

Alejandro Petión, después de asegurar la independencia de Haití, auxilió a Bolívar en 1816 para la expedición de los Cayos.

Manuel Carlos Piar, cuyo fin trágico oculta un misterio, combatió con singular heroísmo en Venezuela, y entre muchos hechos de armas ganó la famosa batalla de *San Félix*.

Pedro Camejo, conocido con el apodo de *Negro primero* por su arrojo en los combates, fue un esclavo puesto por su amo al servicio de las armas del Rey; pero en la primera oportunidad que se le ofreció se presentó a Páez, a quien acompañó en sus empresas temerarias, hasta su muerte gloriosa en la batalla de Carabobo, herido por la primera bala que dispararon los españoles.

Juan Carvajal combatió en Venezuela y Nueva Granada, y se halló en el sinnúmero de combates que libraron los ejércitos de independientes, desde Chire hasta el Jenoy, donde rindió la vida "con la muerte de los bravos."

Juan José Rondón, que semejante a los centauros de la fábula, rendía las flotas realistas con caballería; el que con veinte lanceros provocó a los cinco mil españoles al mando de Morillo en la insigne locura de las "Queseras del Medio," y mereció que el incomparable Páez le gritara:

—¡Bravo! ¡Bravísimo, Comandante!

—Así se baten los hijos del Alto Llano, contestó Rondón.

El mismo que al saber la tenacidad de la lucha en la batalla de Boyacá, gritó con altivez:

—Mal puede ganarse la batalla cuando yo todavía no he cargado.

Rondón continuó combatiendo por su patria hasta

que murió en el cerro de Valencia, agotado por las heridas que recibió.

Leonardo Infante fue otro héroe legendario que hizo raya entre los valientes a órdenes de los Jefes más distinguidos de Colombia, y llevó a cabo el inaudito acto de arrojo de lanzarse a caballo al salto de Honda en persecución del Virrey Sámano, hazaña que no tuvo antecesores ni ha tenido imitadores.

José Padilla, el Nelson colombiano, que se halló con Gravina en Trafalgar y venció en desigual pelea las flotas españolas en diversas ocasiones, especialmente en el lago de Maracaibo, forzando la barra bajo los fuegos de la fortaleza de *San Carlos*.

En la escuela del negro *Manuelote* "aprendió a ser hombre" José Antonio Páez, el Aquiles venezolano, de lo cual se jactaba el inflexible administrador del hato donde pasó su primera juventud el inmortal *llanero*.

Después de establecido el gobierno republicano en la América latina, hemos visto negros inteligentes que han servido con lucimiento a su país en el dosel presidencial, en las carteras de los Ministerios de Estado, en las curules de los cuerpos legislativos, en la magistratura, en el comercio, en las carreras eclesiástica y diplomática, en milicia, medicina, instrucción pública, ingeniería, bellas artes, agricultura, y en los diversos ramos del saber humano, que sólo anidan en los cerebros privilegiados.

Los Estados Unidos de América, que siempre han sido refractarios a la nivelación de otras razas con la negra, no han podido impedir que en sus congresos y asambleas ocupen puesto como legisladores los hombres de color.

*

Los negros que nos dejó la esclavitud eran indolentes por falta de aspiraciones, pero no haraganes; ejemplo de esto nos queda en el memorable *champán* que aún subsiste como vehículo para navegar en nuestros

ríos, en donde es imposible en los veranos el movimiento de los vapores, y en los trabajos agrícolas que los han trocado en gente acomodada y laboriosa, que ya no sirve de escabel a los ambiciosos políticos como antes sucedía en los Departamentos del litoral Atlántico y del Cauca.

Del *champán* que le sirve de escenario surge el personaje conocido con el nombre de *boga del Magdalena*, donde éste ostenta su prodigiosa agilidad y fuerza, y exhibe su hermosa musculatura de atleta, que lo hace un Apolo de ébano, porque ni el clima, ni la rudeza del trabajo le permiten recargarse con ningún vestido: mucho es si se cubre la cabeza con sombrero de palma.

Tres meses se empleaban en subir el río Magdalena de Calamar a Honda en la primitiva embarcación cubierta de hojas de palma en una techumbre abovedada, que sirve de abrigo a los pasajeros y cargamento. En la proa se sitúa el contramaestre con cuatro bogas para *empuntar* la embarcación; el piloto, provisto de enorme canalete, va de pie sobre la *patilla* o plataforma de popa; al frente de éste el fogón para cocinar el sabroso *sancocho*, que se sirve sobre los canaletes, y en la cubierta el escuadrón de bogas, con palanca en mano, listos a emprender viaje río arriba.

Antes de soltar la amarra, el piloto hace solemne invocación a la Virgen del Carmen, a las ánimas benditas del Purgatorio, a los tres arcángeles, a las once mil vírgenes y a una extensísima lista de santos y santas, que según él tienen poder para proteger a los viajeros; hace terribles imprecaciones al *mandinga* o *diablo*, y se echa una gran bendición, que cada uno de los tripulantes imita, respondiendo con un prolongado amén.

Cualquiera que ve y oye por primera vez a los bogas antes de emprender viaje, podría creer que se halla en compañía de cenobitas negros; pero qué cambio tan brusco se efectúa en el mismo instante en que éstos, con algazara, afianzan la horquilla de sus palancas en el barranco del río, apoyan en el pecho el otro extremo

para dar impulso contra la corriente a la pesada embarcación, dan gritos inarticulados y hacen piruetas sobre la cubierta, que recorren unos, en tanto que los otros vuelven a empezar la brega y duplican el trayecto que recorren con sus idas y venidas, como acontece a los perros que van de camino!

Allí se admira la maravillosa fluidez de groserías, obscenidades e inmundicias que salen de la boca de los bogas para animarse en el trabajo, al rayo del sol, de seis a seis, tomando descanso en algún punto del río durante el almuerzo y comida, siempre gesticulando y refiriéndose las aventuras amorosas en que se hallan empeñados. Si de la charla entre ellos resulta alguna querella motivada por celos con la hembra que los atormenta, la dirimen en una sesión de *peinilla*, rodeados de los compañeros que los aplauden en su jerga, o los escarnecen, según sean las peripecias del duelo, que regularmente no va más allá de algunas cortadas, pues es raro que se ataquen con la punta del arma.

Puesto el *champán* en movimiento, continúa su marcha ascendente bajo un sol tropical de 40° centígrado, que reverbera sobre las aguas del río y calcina el aire respirable. Entretanto, el viajero permanece bajo la cubierta que le da sombra; pero atormentado por el continuo pisoteo de los bogas sobre la techumbre en que se apoyan para que se mueva la embarcación.

De repente suele oírse el grito de ¡avispero! palabra más temible en un *champán* que la voz de fuego a bordo. Los bogas no se la dejan decir dos veces, porque temen más que al diablo los aguijonazos de aquellos insectos, que a veces hacen su morada en las ramas de los árboles inmediatos a las orillas del río y atacan con furia al que los alborota, razón por la cual nuestros hombres desnudos sueltan las palancas y se arrojan al agua, suceda lo que sucediere; percance que trae por consecuencia que el *champán* queda sin dirección, a merced de la corriente de las aguas, y pierde en el retroceso de pocos minutos el camino que había hecho en un día,

hasta que los bogas vuelven al sitio que abandonaron y siguen el viaje. Otras veces lucha sin éxito la embarcación, con el propósito de vencer un chorro a fuerza de palanca y remolque, penosa labor en que se avanza como uno y se retrocede en la proporción de diez.

Si el *champán* atraca a la orilla de algún pueblo o caserío donde haya venta de aguardiente y comadres venteras, se complica la situación del viaje, porque los bogas no abandonan aquel lugar, de delicias para ellos, sino después de apurar la última gota de licor y arreglar el finiquito de sus asuntos amorosos; y ni aun así se les arranca de aquel sitio encantado, hasta que alguien se finja espíritu en pena durante la noche entre los jarales, y los amenace con hacerles compañía. Es tál el terror que esto infunde entre los supersticiosos bogas, que vuelven apresurados a la embarcación, y ofrecen mandar cantar responsos por el alivio y descanso del alma del compadre que los asustó.

El cruzamiento de un *champán* que suba en el río con otro que baje, produce confusa algazara en los respectivos tripulantes por los improperios, gesticulaciones y obscenidades que se lanzan unos a otros, no sólo entre los presentes, sino también a sus parentelas pretéritas y futuras hasta la quinta generación.

La algarabía de los bogas en ejercicio de sus funciones no es un asunto de poca importancia: aquellos gritos inarticulados, las groserías, reniegos y sarcasmos que sueltan, son el estimulante entre ellos para mantener latente la energía necesaria en el durísimo oficio de hacer andar contra la corriente un *champán* repleto de carga. La contravención a este precepto produce serias perturbaciones en la navegación, como sucedió en el caso ocurrido al Obispo de Antioquia, doctor Juan de la Cruz Gómez Plata, cuando se embarcó en Nare para venir al Congreso en el año de 1850.

En atención a la respetabilidad del personaje que venía a bordo, el patrón del *champán* ordenó a los bogas el silencio y circunspección que debían guardar ante

aquel prelado. Al caer de la tarde el señor Gómez Plata observó con asombro que ni aun siquiera se había perdido de vista el punto de donde se había zarpado por la mañana; reconvenido el piloto por la lentitud en el andar del *champán*, contestó que los bogas estaban flojos porque se les obligaba a que guardasen silencio.

—Si en esto consiste, replicó Su Señoría Ilustrísima, yo los faculto para que digan lo que quieran con la condición de que vayamos ligero.

¡Quién dijo tál!

Autorizados los bogas para romper el silencio, dieron vigoroso impulso al *champán* y se desquitaron del ayuno forzado de palabras, dando suelta a un torrente de insolencias, groserías y blasfemias contra el Obispo, en términos que éste prefirió andar despacio a verse obligado a oír aquella tempestad de improperios, capaces de hacerlo zozobrar.

*

Antes de que la navegación en buques de vapor se estableciera de una manera regular en el río Magdalena, era Mompós, con sus astilleros para construír *champanes*, la metrópoli de los bogas y su albarrada, el lugar de reunión o lonja donde se les hallaba para contratarlos como tripulantes. En dicha ciudad encontraban los bogas los medios de satisfacer sus más caprichosos deseos: trabajo remunerado, tabernas bien provistas y hembras que galantear. La Meca tiene menos atractivos para los musulmanes, que los de la ciudad donde vio la luz el patriota Pinillos, y a la cual debió su gloria el Libertador, para los negros. Esta era la causa para que en cualquier circunstancia de su vida que se les viniese a las mientes el recuerdo de Mompós, dieran el frente al sitio de la tierra en que suponían se hallaba el lugar de sus placeres, y exclamaran entusiasmados con los ojos rebosándoles en lágrimas de gratitud: "*Mompó, Mompó de la cru*, donde se peca sin malicia!"

El boga del bajo Magdalena es inteligente y malicio-

so en grado superlativo, no deja pasar ocasión de zaherir con desprecio a los blancos, y no se humilla ni aun para mendigar; cuando pide, emplea esta fórmula:

—¡Blanco, déme una peseta para tomar un trago!

De franqueza ingénita, los bogas dicen lo que les viene a las mientes, sin cuidarse de la mortificación que puedan causar.

Viajaban dos *champanes* en el río, uno que bajaba y otro en que iba un caballero de facciones y color de indio.

—¿Qué llevas tú, *compare* que bajas? preguntó el patrón de la nave que subía.

—Un blanco que no es blanco, respondió el piloto que bajaba.

Otro caballero tenía manchas de carate en la cara y en las manos.

—Este blanco no se parece a *naides*, le dijo un boga cuando lo vio subir a bordo.

Una señorita muy bella casó en Bogotá con un caballero de color, y juntos emprendieron viaje a Europa para disfrutar de la luna de miel. La joven esposa manifestó a su marido el deseo de ver funcionar la máquina del buque en el río; al efecto bajaron juntos al entrepuente; la bogotana tuvo también la curiosidad de conocer la cocina, y solicitó del cocinero, que era un negro tuerto, el permiso para visitar sus dominios.

—Entre usted, *blanca*, que nadie se la come *crúa*, contestó el cocinero, a tiempo que entró uno de los fogoneros, quien al ver la feliz pareja, exclamó con despecho:

—Si yo fuera *dictadó*, ni la camisa la permitiría blanca.

—Hombre, no seas *invidioso*, véte a Bogotá y te casas con una como ésta que te revuelve la sangre, replicó el tuerto señalando a los recién casados, a quienes no les quedaron deseos de volver a contemplar las máquinas.

Los bogas del río Dagua eran humildes y más diestros que los del Magdalena. "Cada boga es un Dios y

su palancazo un milagro," exclamó el Barón Alejandro de Humboldt al ver los prodigios de agilidad que hacían los negros que lo conducían por aquel torrentoso río. Todos ellos son igualmente atrevidos y temerarios para luchar con los caimanes y tiburones en su elemento, ciencia que consiste en aprovechar el instante en que estos monstruos abren las mandíbulas para hacer presa, e introducirles, atado a una cuerda, un zoquete que les impida cerrarlas. Si la suerte sale bien, se ahoga el animal y se le retira del agua halando de la cuerda; de lo contrario el atrevido pescador perece entre los dientes de su enemigo.

Otra de las condiciones que distingue a los bogas es su probidad y poco apego a los bienes ajenos, bien que tienen invencible pasión por el juego.

Cuando los cargamentos de mercancías se conducían de la Costa hasta Honda en *champanes*, era muy raro el caso de la pérdida de alguno de los muchos bultos que solían quedar abandonados por causa de siniestro en las orillas del río; y si llegaba el caso de que se rompiera el empaque de los licores, se tomaban a veces algo del contenido del envase y volvían a colocar la botella en su lugar.

El equipaje de los bogas en viaje consiste sólo en una muda de ropa que llevan en una mochila, y su mosquitero es la arena de la playa, en que se sumen hasta el pezcuezo: en esta actitud charlan refiriéndose sus aventuras amorosas, en las que no campea el pudor ni la verdad, y se quedan dormidos—con la tranquilidad de los justos, sin preocupación para lo por venir ni remordimiento de lo pasado.

De vuelta a su rancho, el boga trae para sus *morenas* regalos comprados en los puertos donde arribó, como cigarros de Ambalema, pañuelitos estampados con emblemas amorosos, dijes de chuchería u otras baratijas de poco valor, aunque de gran efecto para los predesti-

nados, en prueba de que sus imágenes no se apartaron de su mente en ninguna ocasión del viaje.

*

Muy distinto es el aspecto de los bogas cuando en los días de fiesta se presentan flamantes en las poblaciones, vestidos de blanco dril, aplanchada camisa de lino con botonadura de oro, sombrero de paja terciado sobre una oreja, a estilo de matasiete, cigarro encendido y facha de provocación.

El negro que conocimos bogando desnudo en el *champán*, lo vemos ahora trocado en terrible D. Juan Tenorio de color; para todo envite que le hagan a jugar, acepta cuantos tragos de licor le ofrezcan y los retribuye a la vista; escupe por el colmillo en actitud de desafiar a quien lo mire, pasa en jactanciosa revista a las negras y zambas que se lo disputan celosas; entra con los amigos en la venta cercana y les hace servir ron, bollos de masa de maíz y pescado bocachico frito, que engulle por el lado derecho de la boca, y cuyas espinas arroja por el izquierdo, habla con todos a un mismo tiempo, gesticula, y entre trago y trago concierta los preliminares del popularísimo *currulao*, en el sitio que se juzgue más a propósito para bailarlo con entera libertad, en unión de las preferidas, por que la prueba concluyente de amorosa decisión que da un boga a la chica que lo tiene *asoleao*, consiste en ofrecerle puesto de preferencia en el baile.

En algún sitio plano se reúnen los danzantes al amparo de la bóveda estrellada del cielo; las mujeres llevan en cada mano, envuelto en pañuelo de seda, un paquete de velas estéaricas encendidas, que les alumbra y hace resaltar los rostros negros, peinados de moño, con incrustaciones de flores rojas entre las pasas, gargantilla de abalorio, grandes zarcillos, traje de indiana de color vivo y pañolón ceñido a la cintura. Las damas

así ataviadas, forman un círculo que mira hacia afuera, encerrado dentro de otro círculo que forman los hombres, que mira hacia adentro, de manera que cada uno da frente a su pareja.

Preparados los actores, suena el tamboril acompañado de un pífano, o bien de una gaita que, en monótona cadencia llevan el compás a los bailarines de ambos sexos, en un movimiento de rotación, durante el cual los negros ejecutan sin rubor ante sus parejas movimientos lascivos, saturados de palabras obscenas, que arrancan mayores aplausos mientras más impúdicos son.

Ya oímos a los críticos europeos hacer justas censuras por el escándalo del *currulao*, que las más de las veces se baila fuera del concurso de la gente culta; pero ¿qué diremos de los disolutos *can-can* y *tango*, que han subido a la escena en los principales centros sociales del Viejo y del Nuevo Mundo?

La música, en todas sus manifestaciones, ejerce poderosa influencia en la raza africana, y le llaman especialmente la atención los instrumentos de sonido agudo, como el pífano, el clarinete requinto y el triángulo; por antítesis de contrapunto, le encantan los cobres de voces graves de bajo, pero siempre que hagan juego al bombo con platillos y cascabeles. Al sentir los negros un tamboril que haga són al pífano, les entra tal cosquilla nerviosa, que no pueden estarse quietos; así se explica que en Fort de France se aprovisione de carbón un gran buque en pocas horas, por hombres de color puestos en incesante movimiento con el sonido de un tambor, sobre el cual baila sentado y golpea uu negro con las manos.

En lo que concierne a relumbrones y grados de milicia, los negros no pueden prescindir de los primeros, y prefieren el título de coronel al de general, tal vez en inconsciente acatamiento a la supremacía que establece la sentencia bíblica respecto de Sem y de Jafet, hermanos mayores de Cham; pero los accidentes de la alegría y la

burla de los sucesores del último, tienen peculiaridad de ser muy expresivos y pegadizos.

El dulce cuanto desgraciado poeta, Candelario Obeso, de raza negra, estereotipó en los versos que reproducimos a continuación, el sentimiento de tristeza que domina al negro ausente de su amada:

CANCIÓN DER BOGA AUSENTE

Qué trijte que ejtá la noche,
La noche qué trijte ejtá:
No hay en er cielo una ejtreya....
Remá! remá!

La negra re mi arma mía,
Mientra yo brego en la má,
Bañao en suró por eya,
Qué hará? qué hará?

Tar vej por su zambo amao
Doriente sujpirará,
O tar vej ni me recuerda....
Yorá! Yorá!

La jembras son como toro
Lo rejta tierra ejgraciá;
Con acte se saca er peje
Der má, der má!....

Con acte se abranda er jierro,
Se roma la mapaná....
Cojtante y ficmej la penaj;
No hay má, no hay má!...

.....

Qué ejcura que ejtá la noche;
La noche qué ejcura ejtá;
Asina ejcura ej l'ausencia....
Bogá! Bogá!....

*

Propiamente hablando, el boga no tiene familia, porque es casi un fenómeno, que el matrimonio se cuente como factor entre sus primogenitores; funesto ejemplo que lo ha conducido a hundirse en las brutalidades del amor libre, cuyas primeras víctimas son los hijos nacidos de uniones ilícitas.

En las orillas de nuestros ríos se ven grupos de niños de color en absoluta desnudez, sin nociones de religión, que nadie les enseña; viven en chozas levantadas en medio de la platanera y el yucal, que los alimentan con sus abundantes frutos. Mientras su padre corta leña en el bosque, o se entrega a la pesca con su compañera, los chicuelos vagan a la ventura, entregados a sus infantiles travesuras, sin cuidarse del peligro que corren cuando se aproximan al río o se internan en el bosque, donde los esperan el caimán o el tigre alevoso para devorarlos. Esta circunstancia, el descuido con que se atiende a los hijos naturales, y las epidemias que se desarrollan en los climas ardientes, son, a no dudarlo, las causas de que no prospere la población que mora en las cercanías de nuestras principales arterias de navegación.

El eminente Arzobispo de Bogotá, señor Velasco, tenía el proyecto de mantener lanchas de vapor provistas de sacerdotes misioneros que recorrieran el río Magdalena y sus tributarios, para que evangelizasen las gentes y administraran los sacramentos; esta idea, esencialmente cristiana, llevada a cabo, y el impulso que diera el Gobierno con el fomento de la fundación de poblaciones situadas en terrenos higiénicos, harían otro

Misisipí del río Magdalena. Desgraciadamente la muerte nos arrebató prematuramente al santo Prelado, y las contiendas políticas absorben nuestros recursos y el tiempo que empleamos en destruírnos.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que la raza negra es en Colombia un elemento de progreso, y aunque se distingue por una extremada altivez respecto de los blancos, no hay peligro de colisión entre las dos razas, ni con ninguna de las otras de que se compone la gran masa de nuestros habitantes, porque el movimiento iniciado de fusión se efectúa sin esfuerzo.

Creemos oportuno referir dos incidentes que ocurrieron al gran escritor Alejandro Dumas, padre, que era hombre de color.

En un almuerzo que dio el Duque d'Aumale en París, invitó a Dumas con otros caballeros de alta distinción; en medio de los humos del champagne, un comensal creyó que abochornaría al insigne novelista inquiriendo su origen, lo que dio lugar al siguiente interesante diálogo:

—Dumas, ¿quién era tu padre? preguntó el noble.

—Un mulato, contestó a secas el interpelado.

—¿Y tu abuelo? insistió el preguntador.

—Un negro, respondió Dumas.

—¿Y tu bisabuelo? volvió a insistir el necio.

—Un mono, le replicó el inagotable escritor, lo cual quiere decir que yo empecé por donde tú acabas.

En otra ocasión un noble imbécil, de pergaminos rancios, se permitió exigir a Dumas que mostrara sus títulos de familia.

—Yo pertenezco a la aristocracia del talento, dijo el mulato con altivez, y volvió la espalda a su interlocutor.

Ponemos término luminoso que disipe en el lector el tedio consado por la lectura de este largo capítulo, reproduciendo las frases pronunciadas por el inmortal Abraham Lincoln, al tomar posesión por segunda vez de la Presidencia de los Estados Unidos de América, el

4 de marzo de 1865, cuando la guerra de secesión alcanzaba su mayor intensidad, cuarenta y dos días antes de que sellara con su sangre de mártir, la libertad de los esclavos en su patria, el Viernes santo, 14 de abril:

"En los dos campos leemos una misma Biblia, adoramos a un mismo Dios, y cadá uno lo invoca contra su adversario. Puede parecer extraño que haya hombres que se atrevan a invocar al Dios justo, cuando comen el pan con el sudor de la frente de otros hombres; pero no los juzguemos para que no seamos juzgados....."

.....

"Si la voluntad de Dios es que la guerra continúe hasta que se consuma toda la riqueza adquirida por el trabajo de los esclavos durante doscientos cincuenta años, y hasta que cada gota de sangre extraída por el látigo se pague con otra gota vertida por la espada, debemos repetir lo que se dijo hace tres mil años:

"LOS JUICIOS DEL SEÑOR SON JUSTOS Y RECTOS EN TODO."

DOÑA MANUELA SAENZ

La gloria militar ejerce irresistible prestigio en la imaginación de los pueblos, a quienes fascina el héroe, fenómeno que se ha visto desde los tiempos primitivos, y se repetirá en tanto que haya hombres en el mundo. En vano pretenden algunos atenuar la influencia de las armas en la marcha regular de las naciones, con el propósito de amenguarlas en beneficio del poder civil sin caer en la cuenta de que éste no llenaría las condiciones de tál, si no tuviera el apoyo de la fuerza que lo hace respetar y obedecer, llegado el caso.

"Quítenseme de delante los que dijeren que las letras hacen ventaja a las armas," dice el inmortal Cervantes por boça del hidalgo manchego en el famoso discurso que éste improvisó en la venta; y si bien es cierto que las letras son en muchos casos el alma de las armas, no lo es menos que el brillo del soldado ofusca el juicio y atrae a los hombres como el imán al acero.

Y si el fenómeno apuntado se cumple en la generalidad de los hombres, en las mujeres llega al extremo de que no hay osbtáculo que no salven ni acción que no ejecuten para llegar al foco de luz que las fascina, como las mariposas, para ser devoradas por él, cuando no lo extinguen con el soplo de sus alas seductoras, como ha acontecido a muchos héroes.

No necesitamos presentar la prueba del invencible atractivo que tienen los entorchados y las vueltas rojas

para la mujer; quizá busque ésta el equilibrio de la fuerza varonil con la debilidad de su sexo; pero es una verdad de a puño que la pasión que se apodera de algunas hijas de Eva para con los hijos de Marte, las lleva hasta aceptar con heroica resignación los mayores sacrificios.

Esto no quiere decir que los militares venzan en todas ocasiones a las Safos que llevan uncidas al carro triunfal, porque no son raros los casos en que aquellos quedan enredados como moscas en la mañosa red que teje la astuta araña; díganlo, si no, entre otros famosos capitanes de la antigüedad, Marco Antonio y Aníbal, a quienes entontecieron Cleopatra y las capuanas.

Uno de los hechos más notables que presenta la historia en este género, sucedió 494 años antes de Jesucristo, cuando desembarcó en el Pireo la bellísima milesia Aspasia y vio a Pericles dirigiendo un elocuente discurso a sus conciudadanos: se comprendieron mutuamente, se amaron y se unieron con vínculo indisoluble, al extremo de que la posteridad no puede separar esas dos grandes figuras de la Grecia antigua.

Matilde, la hija de los Reyes Cruzados, quedó vencida ante la altiva y terrible personalidad de Malek Adel, uno de los héroes del Islam, en Palestina.

Luisa de La Vallière despreció a su prometido, y olvidó los deberes que le imponía la sangre, para ser la favorita de LUIS EL GRANDE.

Descendamos y veremos a la hija del pueblo, que abandona la familia y la risueña campiña en que vivió feliz, para seguir al soldado en la incierta ruta que, las más de las veces, la conduce al desamparo o a la muerte.

Todas, pues, en la esfera social en que les toca vivir, rinden tributo al valiente y desdeñan al cobarde, acatando en esto el sentimiento que dominaba a las espartanas, que gritaban con noble altivez a sus hijos cuando partían a combatir por la patria:

"Vuélve con el escudo o sobre el escudo." Esto es: vénce o muére.

*

El 16 de junio de 1822 se notaba grande animación en la ciudad de Quito. Ese día se esperaba al Libertador Simón Bolívar, quien se dirigía a la tierra de Atahualpa, para dar cima a la gloriosa empresa de redimir un mundo!

Ninguno de los quiteños que moraban en la ciudad y sus alrededores, tenía la más ligera idea de lo que fuefa festejar la entrada triunfal de un general vencedor; así fue que se extremaron y llevaron a cabo todos los caprichos que sugirió la fantástica imaginación, aguzada por el vehemente deseo de hacer demostraciones prácticas de amor y gratitud al Padre de la Patria y a sus dignos tenientes, entre quienes sobresalía el General Sucre, que libró la célebre batalla de Pichincha el 24 de mayo del mismo año, cuyos episodios pasaron a la vista de los habitantes de la gran ciudad.

Al acercarse Bolívar al ejido de Añaquito, al norte de la capital, empezó a encontrar grupos de gentes que salían a recibirle, entre éstos el sobrino del acaudalado patriota Aguirre, *el tío biche*, quien envió un soberbio caballo *yunga* para que el Libertador montara en él.

En las afueras de la ciudad se preparó espléndido refresco bajo una tolda de campaña. Apenas se desmontó Bolívar tuvo la penosa sorpresa de ver a sus plantas a un sujeto *en cuatro pies*, suplicándole *que lo montara, para tener el orgullo de decir que había sustentado al Libertador de Sur América....*

No tenemos frases para expresar con entera precisión las escenas de entusiasmo, cariño y gratitud de toda la población al ver la apuesta figura de Bolívar sobre el hermoso corcel que dominaba como consumado jinete, en el vigor de la vida, vestido con el sencillo y elegante uniforme de Capitán general, contestando los innumerables saludos y víctores de la multitud embriagada de felicidad, llevando en la mano el sombrero elástico, que

dejaba al descubierto su cabeza de héroe, adornada de cabellos castaños sedosos y ondulados, lanzando a las preciosas quiteñas miradas de águila con dos ojos negros, centellantes, cuya expresión era imposible afrontar, dejando entrever la sonrisa que asomaba a los labios velados por un bigote fino, y recibiendo la multitud de coronas que le arrojaban de los balcones.

Hay ciertos incidentes, al parecer insignificantes, en la vida de los hombres, pero que tienen decisiva influencia en los acontecimientos futuros.

Al llegar Bolívar a la esquina nordeste de la plaza principal de Quito, al frente de la casa que pertenece a la distinguida familia Arteta,— según nos lo refirió en aquella ciudad la respetable marquesa doña Mariana de Solanda, que fue esposa del Mariscal de Ayacucho,— sintió que le caía encima una magnífica corona de laurel y olivo, adornada con cintas tricolores; levantó la cabeza para ver de qué mano había partido *el golpe*, y sus miradas se encontraron con dos grandes ojos negros fijos en él con tal tenacidad, que por primera vez en su vida se vio forzado a desviar la mirada.

Al siguiente día obsequió la sociedad quiteña al Libertador con un baile, en que se le presentó lo más distinguido de las familias de aquella ciudad. Bolívar contestaba a todos con la más fina galantería. Llegó el turno a la hermosa mujer que le arrojó la corona que estuvo a pique de derribarlo del caballo. MANUELITA SÁENZ DE THORME, dijo D. Juan Larrea al presentarla al Libertador, quien hizo un ligero movimiento de disgusto al oír el DE THORME: evidentemente se sintió contrariado — tal vez celoso,—sin saber por qué.

Tál fue el principio de las relaciones que unieron a Bolívar con la mujer cuyo nombre encabeza estas líneas. No podemos seguir en los detalles de la intimidad que se estableció entre estos dos personajes de distintas condiciones, separados por un obstáculo infranqueable, aunque unidos por similitud de caracteres, y, más que todo, por la fuerza de los acontecimientos.

Pero antes de seguir en este delicado asunto, debemos advertir a nuestros lectores, que a Manuela Sáenz no la guió el vil interés o cualquiera otra pasión mezquina en su inclinación por Bolívar, sino el amor sublime e imposible de vencer que le inspiró uno de los más grandes hombres conocidos en el planeta que habitamos.

Manuela Sáenz no abandonó a su esposo por seguir a Bolívar. Hija de una familia distinguida de Quito contrajo matrimonio, impuesto, con un inglés flemático, Jaime Thorme, médico, a propósito para cualquier cosa, menos para hacer la felicidad de una quiteña ardiente, de imaginación volcánica, de ánimo varonil y dotada por el cielo de una belleza deslumbradora; mujer de aquellas que no pueden creerse dichosas en tanto que no tengan por dueño y señor absoluto a un hombre superior que las domine. No podía ser, pues, y no fue de larga duración el lazo matrimonial de doña Manuela con Thorme.

Bolívar continuó su viaje al Perú, dejando en Quito a *Manuelita*, que era patriota exaltada y que gustaba de las aventuras guerreras, para lo cual no excusaba seguir las huellas de la celebérrima monja alférez, doña Catalina Erazo, cambiando las faldas por el uniforme de húsar, y enristrando la lanza, a la que siempre tuvo afición, como lo demostró en los motines militares de Quito y de Lima, encabezado este último por D. Pedro José Bustamante contra el Gobierno del Libertador, cuyo resultado la obligó a salir del territorio del Perú para emprender viaje á Bogotá, donde se reunió con Bolívar.

En las inmediaciones de Lima plantó Bolívar sus reales de vencedor. Allí se alzaba la magnífica tienda de campaña sobre la cual flameaba el iris de Colombia, en medio de otros pabellones que hacían recordar el espléndido campamento de Darío con su lujo oriental. De todo el continente americano acudían viajeros ansiosos de conocer al héroe legendario que arrancó la

joya más preciada de la corona de España, para presentarla en el altar de la libertad de un mundo.

El Perú reconocido ofreció a sus libertadores todo lo que puede dar un pueblo rico y entusiasta. En aquel concierto de ovaciones, sin precedentes en la América del Sur, apareció Manuela Sáenz resuelta a sostener la competencia que pudieran hacerle las hijas del Rímac, y a disputar el puesto de favorita del Libertador, a quien quisiera arrebatárselo....

Los sucesos políticos que se cumplían aquende el Carchi, obligaron a Bolívar a regresar a Colombia, y el 14 de noviembre de 1826 entró en Bogotá. La primera sorpresa que tuvieron los santafereños fue el aspecto del Libertador. Le habían conocido en la plenitud del vigor corporal, ágil en sus movimientos, la tez bronceada por la rudeza de los climas que había recorrido en sus terribles campañas, con un timbre de voz aguda, pero siempre enérgica, adornada la fisonomía con el fino y sedoso bigote que retorcía en los frecuentes momentos de impaciencia, y con ojos negros, de mirar altivo y escudriñador; en tanto que el Bolívar que llegaba del Perú era un hombre macilento, de mirada incierta y apagada, ojos hundidos, cara rasa de color cetrino, pómulos pronunciados con tinte sonrosado, frente prolongada por prematura calvicie y débil la voz: el conjunto de su persona denotaba, en fin, los estragos que habían hecho en él el genio que lo consumía, el exceso de trabajo intelectual y material, y el abuso de una constitución fuerte, aunque no invulnerable. A nadie le quedó la menor duda de que el Libertador tenía contados los días por implacable dolencia que lo consumía lentamente.

Los acontecimientos políticos de aquella época se sucedían con vertiginosa rapidez; no se ocultaba que la disolución de la gran Colombia se imponía como única solución posible a las dificultades que surgían en las tres secciones unidas para lograr la autonomía nacional,

pero ansiosas de formar Estado independiente cada una, de acuerdo con las costumbres y tradiciones locales que establecen notables diferencias entre ellas, e imposibilitan su reunión en un cuerpo homogéneo. Estas causas, y otras que no vienen al caso, contribuyeron a que los colombianos se dividieran en dos partidos denominados boliviano y antiboliviano, y a que este último se declarara en abierta oposición con la política del Libertador, hasta el extremo de conspirar no sólo contra el orden establecido, sino también contra la vida del héroe.

Doña Manuela Sáenz llegó a Bogotá a fines del año de 1826, y se instaló en la casa situada al frente del costado norte del Salón de Grados, la misma que hoy pertenece a la familia del finado doctor Leopoldo Arias Vargas. Con el tacto que distingue a las mujeres inteligentes, comprendió ella los peligros que rodeaban al Libertador, y desde entonces se propuso conjurarlos, poniendo en juego toda la astucia de que era capaz. Relacionada con las altas clases sociales, y en intimidad con los jefes militares más connotados, vivía en constante acecho; y si este noble proceder no tuvo completo éxito, a lo menos le alcanzó la grata satisfacción de salvar por dos veces la vida de Bólívar, y a Colombia del estigma del parricidio.

Tres tentativas hicieron los conjurados contra Bolívar: la primera, en el paseo que tuvo lugar al Salto de Tequendama, tentativa que el General Santander impidió.

Algunos días antes del 25 de septiembre de 1828, invitaron al Libertador a un baile de disfraz en el Coliseo. El Alcalde, D. Ventura Ahumada, dio permiso para la fiesta, con la precisa condición de que los asistentes debían presentarse disfrazados con trajes que correspondieran al sexo respectivo; con el fin de que no se burlara esta prescripción, se situó en la puerta del edificio, para que al entrar los convidados se alzaran el

antifaz, cerciorándose así de que se cumplían sus órdenes. Entre éstos se presentó un húsar que quiso entrar sin mostrar la cara. A la exigencia de D. Ventura, se le acercó aquél para decirle al oído:

—Soy Manuela Sáenz.

—Aunque fuera Santa Manuela, no entra vestida de hombre, insistió D. Ventura.

El asunto terminó con un altercado ruidoso, del cual salió triunfante el inflexible Alcalde. Doña Manuela fue a Palacio e impuso a Bolívar del desaire que le habían hecho al presentarse en el Coliseo. Contrariado el Libertador con la extravagancia de aquélla, se presentó en el palco que le tenían preparado, pero se retiró en breve, después de animar la fiesta con su presencia por breves instantes.

Los conjurados tenían convenido que en el momento dado se pondrían gorro frigio, apagarían las luces y apuñalearían a Bolívar; felizmente el altercado de doña Manuela con el Alcalde influyó para que la presunta víctima no concurriera a la fiesta sino por cumplir apenas con un deber de cortesía y se retirara en seguida.

Los conspiradores, que no tenían la conciencia tranquila, atribuyeron la brusca salida del Libertador al conocimiento que éste tuviera de los planes siniestros que los habían llevado a la fiesta.

La última tentativa para asesinar a Bolívar fue el 25 de septiembre citado. El Libertador acababa de darse un baño de agua tibia, cuando los conjurados, capitaneados por el comandante venezolano Pedro Carujo, entraron en el Palacio. Doña Manuela tuvo el maravilloso instinto de comprender la intención de los conjurados; hizo saltar a Bolívar por el balcón de Palacio que da al frente del teatro Cristóbal Colón, y volvió impávida a encontrar a los que buscaban al Padre de la Patria.

—¿Dónde está el General Bolívar? preguntó Carujo.

—En el salón del Consejo, contestó doña Manuela con inperturbable tranquilidad.

Viéndose burlados los conjurados, trató Carujo de ultrajar a la valerosa mujer; pero Florentino González y Agustín Horment se interpusieron, diciendo éste a Carujo: " Yo no he venido a pelear con mujeres "!

Los dos defensores de doña Manuela fueron condenados a muerte, lo mismo que los otros conspiradores que entraron en el Palacio: a Florentino González se le conmutó la pena por la de prisión en las bóvedas de Cartagena, a virtud de exigencia de la favorecida.—¿Por qué no hizo ésta lo mismo respecto de Horment? . . .

En el mismo sitio por donde se salvó el Libertador, se lee, en letras de oro grabadas en mármol, la siguiente inscripción, compuesta por el Dr. Miguel Tobar:

SISTE PARUMPER SPECTATOR GRADUM
SI VACAS MIRATURUS VIAM SALUTIS
QUA SESE LIBERAVIT
PATER SALVATORQUE PATRIAÆ
SIMON BOLIVAR
IN NEFANDA NOCTE SEPTEMBRINA
Ann. MDCCC XXVIII

Doña Manuela se mezclaba en los asuntos relacionados con la política de entonces, y aun puede decirse que hacía parte del Consejo de Gobierno que inspiró a Bolívar las medidas de rigor que se estimaron necesarias para dominar la azarosa situación que atravesaba el país.

Como documento desconocido y curioso damos a luz la carta que escribió de Guadas el oficial que conducía *al hombre*,— o sea al General Francisco de Paula Santander,— a los castillos de Bocachica.

"A mi señora Manuela Sáenz—Bogotá.

"Guaduas, noviembre 19 de 1828

"Comadre y muy estimada señora mía.

"Ayer tarde a las 5½ de ella, llegué a ésta, sólo con la novedad de traer *al hombre* algo enfermo: sus cargas quedaron atrás, y ahora, que son las diez de la mañana, aún no parecen. El portador de ésta, que es el Comandante Zornosa, entregará a usted un pliego que tal vez podrá ser interesante, porque contiene las cartas que anoche mismo se escribieron aquí por *el hombre:* por su cuñado y por un galifardito que lo acompaña.

"Puedo asegurar a usted que él va muy abatido: no quiere ver a nadie, y dice que nunca más volverá a Colombia. Yo procuro tratarlo lo mejor que puedo para inspirarle confianza; así es que él dice que va muy contento y muy agradecido.

"Mañana seguimos a Honda, y pasado mañana nos embarcamos; llevo un diario exacto de cuanto me sucede, y apunto todo lo que oigo decir.

"Adiós comadre y señora mía: le recomiendo a Mercedes y le suplico tenga la bondad de recordarme a la memoria de mi adorado Libertador.

"Dígnese aceptar el sincero homenaje de los sentimientos de afecto y veneración que le profesará eternamente,

"Su humilde servidor y compadre Q. B. S. P.,

"JENARO MONTEBRUNE

P. D. Me ha dicho *el hombre* que al capitán de Granaderos Escárate le regaló una caja de oro con el busto de S. E., única tal vez que hay en Colombia; procure indagarlo porque no sé con qué objeto ha podido hacerle tal regalo; me ha dicho otras mil cosas, que desde Honda referiré a usted, porque hacen parte de los apuntes que formo.

"*A las 7 de la noche.*

"Las cargas han llegado muy tarde; hace una hora que *el hombre* se ha acostado con calentura, y le he hecho tomar una taza de amapola. La adjunta es para Espinar; la mando abierta para que usted la lea, y si lo cree oportuno, le dice a S. E. el contenido. Yo en Cartagena pienso insertar un artículo muy fuerte contra los señores indulgentes.

"Me olvidaba decirle que, dilatándose Zornosa, he rotulado el pliego a usted con el mote (para que lo entregue a la Sra. Rosa Cornejo), y en el correo debe hallarlo.

"Suyo, suyo y siempre suyo,

Estos señores rotulan sus cartas al Sr. Tomás Gómez de Coz, Administrador de correos de ésa; parece que este sujeto es el alcahuete que han dejado."

El encono creciente de los partidos políticos, las desconfianzas que manifestaban algunos hombres importantes respecto de Bolívar, y más que todo, el deseo aparente de retirarse a la vida privada, determinaron al Libertador a emprender viaje al Extranjero; al efecto, salió de Bogotá el 8 de mayo de 1830, después de dar a sus amigos la despedida que debía ser eterna!

Doña Manuela se quedó en Bogotá, animando a los partidarios de Bolívar, y sirviendo de núcleo, al grupo de muchos personajes importantes de Colombia, que no veían salvación posible para la patria sino en la continuación del Libertador al frente de la Administración pública.

Por una de aquellas aberraciones inconcebibles, se alzaba altiva la reacción contra el titán que nos dio libertad, y lo que fue aún más doloroso, si cabe, el Gobierno de Caracas, la cuna de Bolívar, decretó la proscripción del grande hombre....

Si LA LIBERTADORA DEL LIBERTADOR, como llamó éste a doña Manuela en la noche del 25 de septiembre,

se le manifestó resueltamente adicta en los días faustos, no fue menos fiel en correr la suerte adversa que tocó a Bolívar y a sus amigos.

*

En la noche del 8 de julio de 1830, entre las diez y las once, tocaban generala en todos los cuarteles de la ciudad; los santafereños atrançaban las puertas de las casas y ponían luminarias, persuadidos de que estaban bajo el imperio de otra conspiración semejante a la del 25 de septiembre; los más avisados aseveraban que el Gobierno había recibido noticias del Ministro de Colombia en Londres, asegurando que la Santa Alianza estaba decidida a prestar apoyo a España en la reconquista de las colonias americanas. Puede asegurarse que el terror de unos y la curiosidad de otros, no les dejó conciliar el sueño en tan funesta noche.

Al fin clareó el día lo suficiente para que los menos asustadizos se aventuraran a entreabrir los postigos de las ventanas. Muy grave debía ser la situación, porque no se veía en las calles a ningún sér viviente; de vez en cuando pasaban patrullas silenciosas, marchando con cautela y en acecho, como quien camina por entre celadas y peligros.

Hacia el medio día empezó a despejarse el horizonte político y a disminuír el pánico entre los gobernantes y gobernados, merced a la iniciativa del Ministro de Estado en el Departamento del Interior y Justicia, Dr. Vicente Azuero.

De las más activas diligencias resultaba comprobado que un negro vestido con capote blanco y sombrero, también negro, había fijado pasquines subversivos e incendiarios en la casa situada en la diagonal de la torre de la Catedral y en la iglesia de San Francisco; que el tal negro era de la servidumbre de *la Manuela Sáenz;* que ésta había mandado, con una zambita a obsequiar

a los soldados que estaban de guardia en el Palacio del Excelentísimo Vicepresidente de Colombia, General Domingo Caicedo, *con una botella de cerveza, un plato con panecillos de dulce, cigarros, un peso en plata y un tarrito con ají*, la proclama del General Juan José Flórez, por la cual declaró separado el Ecuador de Colombia y unos versos y *ripios fósiles* de despedida de los cartageneros al Libertador, tan excecrables, que el mejor dice:

¿Y nos dejáis así—
Así como se encuentra
La Patria dividida,
Aquélla, sí, aquélla, aquélla?

Y por último, que *la Manuela Sáenz* había pedido a los soldados, por conducto de la misma zambita, *un plato de rancho* para comerlo en nombre de ellos....

Empero, lo inaudito, terrible e inmoral de todo este asunto era lo contenido en el infame pasquín, que no podía leerse sin experimentar arrebatos de furiosa indignación contra su autora, al mismo tiempo que ponía de manifiesto los peligros que corría la patria con la atrevida enunciación de doctrinas tan subversivas como disociadoras.

Figuraos, querido lector, un pedacito de papel de diez centímetros de largo por diez de ancho, con el siguiente aterrador letrero:

"BIBA BOLIVAR
FUNDADR DE LA REPCA"

¡Qué horror!
Pero:

"Tantas idas y venidas,
Tantas vueltas y revueltas,
Quiero, amiga, que me diga,
¿Son de alguna utilidad?"

Sí que lo eran.

El Sr. D. Joaquín Mosquera, Presidente electo de Colombia, debía llegar de un momento a otro a la capital, y era necesario formarle atmósfera antiboliviana a todo trance.

En la tarde del 9 de julio se preparó en la plaza principal de Santafé el espectáculo de los fuegos artificiales que debían lucir por la noche, para festejar la fiesta del *Corpus*. El *gran castillo* quedó inmediato a la pila que había en la mitad de la plaza, y figuraba una fortaleza aspillerada, con claraboyas, en dos de las cuales se veían pintadas grotescas caricaturas que representaban *el Despotismo*, en el Libertador, y *la Tiranía*, en doña Manuela Sáenz, tan a lo vivo, que eran una adivinanza semejante a la de "blanco es, gallina lo pone."

Como es de suponerse, las dos figuras estaban condenadas al fuego, en medio del escarnio y de la hilaridad popular que el hecho debía producir.

Conocida la entereza y valor personal de doña Manuela, tuvieron buen cuidado los autores de tan indigna como indecorosa burla, de hacer custodiar el *castillo* con soldados armados.

Apenas llegó a conocimiento de doña Manuela el ultraje que se hacía al Libertador, montó a caballo vestida de hombre, acompañada de la zambita llamada *Jonatás*, con traje varonil, y de dos negros, también montados, y se presentó en la plaza en són de guerra, y resuelta a tomarse *el castillo* con caballería.

Al primer asalto desarmó doña Manuela a los soldados que custodiaban *el castillo*, se aproximó a los mamarrachos que figuraban el Despotismo y la Tiranía, los despedazó y puso en fuga a los custodios, visto lo cual por el oficial que estaba de guardia en el cuartel de Milicias, situado en la misma plaza, diputó otros cuatro soldados para que prestaran auxilio a los derrotados. Rehecho el combate al arma blanca, lograron los defensores del *castillo* herir los caballos de los asaltantes y

tomar prisioneros a los dos negros y a la zambita *Jonatás.* Doña Manuela se retiró haciendo frente al enemigo, a quien calificó de cobarde, satisfecha de haber cumplido su noble intento.

D. Ventura Millán, antiboliviano exaltado, se hallaba presenciando el combate desde la puerta del cuartel citado; mas al ver el estrago hecho en el *castillo*, tomó un fusil, corrió en auxilio de los centinelas, y apostrofó de *alborotadora* a doña Manuela, quien le contestó que "estaba viendo si el Libertador estaba en el *castillo.*"

—¡Qué Libertador ni qué demonios! exclamó Millán profundamente irritado al oír pronunciar el título conferido por todo el mundo a Bolívar: más libertador soy yo . .

Los fuegos artificiales ardieron sin las figuras destruídas; pero en compensación se oyeron los gritos de "muera el despotismo! abajo la tiranía!" que repetían con frenético entusiasmo lòs ardorosos patriotas.

El día 12 del mismo mes entró en Bogotá el Sr. D. Joaquín Mosquera para encargarse de la Presidencia de Colombia, a virtud de elección hecha en él por las tres secciones que formaban la gloriosa República, pero que en esa fecha estaban ya separadas de hecho. No podía ser más difícil la situación de aquel digno magistrado.

Por dondequiera que pasaba oía vítores a la libertad y mueras al despotismo y a la tiranía, lo que, para un buen entendedor, quería decir entonces: muera Bolívar....

La comitiva pasó por el frente de la casa de doña Manuela Sáenz, que estaba tranquila en el balcón, en la calle de La Carrera, viendo desfilar el cortejo.

Ya se sabe que los santafereños, lo mismo que los bogotanos, no podían prescindir de echar cohetes en todos los sucesos placenteros que festejaban, desde el bautizo de un niño hasta la postura de la última teja que da remate a la casa en construcción.

En aquella vez no podía fallar la afición a los cohe-

tes, con la circunstancia agravante de que, al pasar por enfrente de doña Manuela, *los patriotas* extremaron el entusiasmo vociferando con grande ahinco, arrojando voladores al balcón en que estaba aquélla, quien no entendía de burlas cuando se trataba de vilipendiar al Libertador, y devolvió la pelota victoreando a Bolívar y gritando con varonil entereza que el verdadero Presidente de Colombia era el Libertador Simón Bolívar.

En el acto se armó la trifulca entre doña Manuela, *la Jonatás* y dos negros, con el público antiboliviano, a cohetazos y pedradas, hasta que intervino la fuerza pública y los metió en paz, sin lograr que la valerosa mujer abandonara sus posiciones.

Pero al incidente que dejamos referido se le dio un gran carácter de gravedad, hasta elevarlo a la categoría de alta cuestión de Estado: y al efecto, instruyó la autoridad un sumario, en que se leen declaraciones lastimosas para los que sin temor al fallo imparcial de la historia, no vacilaron en dejar sus nombres en documentos imperecederos, prueba de extravío mental, exageración política e ingratitud.

Así lo comprendió entonces el Gobierno que presidía el patricio Joaquín Mosquera, quien influyó indirectamente para que se suspendiera la actuación, que era un bochorno para el país; pero el Dr. Fortunato M. de Gamba y Valencia, que era el fiscal, protestó contra el nuevo sesgo que se quería dar al incidente, alegando con énfasis catoniano:

"Que ningún magistrado o tribunal de la República tenía autoridad para suspender o cortar causa alguna; y que siendo criminal, aun cuando la parte ofendida condonase la ofensa y los daños que repetía o podría repetir: que así se deducía concluyentemente de la Ley 10.ª, título 24, libro 8.º de la Recopilación Castellana y de la doctrina de los mejores criminalistas."

El Gobierno calmó los belicosos escrúpulos del Dr. Gamba y Valencia, y dejó correr el sumario, hasta que

el Juez dictó auto de prisión contra Manuela Sáenz y demás *amalecitas* que la acompañaron en los *actos subversivos* que hemos referido.

En la fundada persuasión de que no se trataba de rendir culto a la justicia, sino de ejercitar una ruin venganza por su fidelidad a Bolívar, doña Manuela abandonó a Bogotá con dirección al Perú, en donde fue pensionada por el Gobierno de aquella República, como prócer de la independencia y "*Caballerosa* de la orden del Sol."

Así terminaron las relaciones entre Bolívar y doña Manuela Sáenz. Por un contraste singular, el Libertador murió en las playas del Atlántico, y doña Manuela en las del Pacífico.

Manuela Sáenz fue una mujer de gran mérito y de condiciones excepcionales; aparte de la pasión irresistible que la encadenó al Libertador, a quien todos consideraron como un semidiós, su porte fue correcto hasta donde puede serlo en las que frecuentan el vivac del soldado y toman parte en los intrincados asuntos de la política militante. Tenía el capricho de montar como hombre, vestida con traje militar de mameluco, seguida de la bella mulata *Jonatás*, que le servía de edecán con traje semejante al de su señora. Los que vieron esta brillante pareja recorriendo las calles de Santafé, aseguraban que hasta sus mismos enemigos quedaban prendados al ver la hermosura, donaire y desparpajo de las dos amazonas guerreras.

Como prueba de lo que dejamos dicho, veamos lo que refiere de esta mujer extraordinaria el popular Ricardo Palma:

"Qué contraste con las aficiones de doña Manuela! Esta leía a Tácito y a Plutarco; estudiaba la historia de la Península en el Padre Mariana, y la de América en Solís y Garcilaso; era apasionada de Cervantes; y para ella no había poeta más allá de Cienfuegos, Quintana y Olmedo. Se sabía de coro el *Canto a Junín* y parlamen-

tos enteros del *Pelayo;* y sus ojos, un tanto abotagados ya por el peso de sus años, chispeaban de entusiasmo al declamar los versos de sus vates predilectos. En la época en que la conocí, una de sus lecturas favoritas era la hermosa traducción poética de los *Salmos* por el peruano Valdés; doña Manuela empezaba a tener ráfagas de ascetismo, y sus antiguos humos de racionalista iban evaporándose."

La solitaria y tranquila población de Paita, en el Perú, bañada por las ondas del océano Pacífico, que en esas playas no se altera jamás, fue el lugar escogido por doña Manuela para terminar su agitada existencia, lejos del bullicio humano que le impidiera meditar con serenidad de espíritu en lo perecedero de las glorias de la tierra y en la ingratitud de los mortales.

Hé aquí cómo describe el mismo Sr. Palma la visita que le hizo en el año de 1856:

"En el sillón de ruedas, y con la majestad de una reina sobre su trono, estaba una anciana que me pareció representar sesenta años a lo sumo. Vestía pobremente, pero con aseo; y bien se adivinaba que ese cuerpo había usado, en mejores tiempos, gro, raso y terciopelo.

"Era una señora abundante de carnes, ojos negros y animadísimos, en los que parecía reconcentrado el resto de fuego vital que aún le quedaba; cara redonda y mano aristocrática.

.....

"Nuestra conversación en esa tarde fue estrictamente ceremoniosa. En el acento de la señora había algo de la mujer superior acostumbrada al mando y a hacer imperar su voluntad. Era un perfecto tipo de la mujer altiva. Su palabra era fácil, correcta y nada pretensiosa, dominando en ella la ironía.

"La pobre señora hacía muchos años que se encontraba tullida. Una fiel criada la vestía y desnudaba, la sentaba en el sillón de ruedas y la conducía a la salita.

"Cuando yo llevaba la conversación al terreno de las

reminiscencias históricas; cuando pretendía obtener de doña Manuela confidencias sobre Bolívar y Sucre, San Martín y Monteagudo, u otros personajes a quienes ella había conocido y tratado con llaneza, rehuía hábilmente la respuesta. No eran de su agrado las miradas retrospectivas, y aun sospecho que obedecía a calculado propósito, al evitar toda charla sobre el pasado."

Entre los personajes que la admiraron en el retiro escogido por la altiva mujer se cuenta al General José Garibaldi.

Por el mismo tiempo la visitó nuertro amigo Próspero Pereira Gamba, a quien recibió doña Manuela con marcada deferencia; entre los muchos asuntos de que trataron, manifestó la ya anciana mujer que nunca podría olvidar la ingratitud de los extraviados colombianos que atentaron contra la vida del Libertador.

En las *Leyendas Históricas* publicadas en Caracas por el eminente escritor D. Aristides Rojas, encontramos la contestación que dio doña Manuela a las solicitaciones que le hacía Mr. Thorme para que volviera al redil conyugal.

Hé aquí el originalísimo documento:

"¡No, no, no, no más, hombre, por Dios! ¿Por qué hacerme usted escribir faltando a mi resolución? Vamos: ¿qué adelanta usted, sino hacerme pasar por el dolor de decir a usted mil veces *nó?* Señor, usted es excelente, es inimitable, jamás diré otra cosa sino lo que es usted; pero, mi amigo, dejar a usted por el General Bolívar, es algo; dejar a otro marido sin las cualidades de usted, sería nada.

"¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de este General por siete años, y con la seguridad de poseer su corazón, prefiriera ser la mujer del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, o de la Santísima Trinidad? Si algo siento, es que no haya sido usted mejor, para haberlo dejado. Yo sé muy bien que nada puede unirme a él bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me

cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? Ah! Yo no vivo de las preocupaciones sociales inventadas para atormentarse mutuamente.

"Déjeme usted, mi querido inglés. Hagamos otra cosa: en el cielo nos volveremos a casar; pero en la tierra, no. ¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría yo que era usted muy descontento.

"En la patria celestial pasaremos una vida angélica toda y espiritual (pues como hombre usted es pesado); allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación (en amores, digo, pues en lo demás ¿quiénes más hábiles para el comercio y marina?) El amor les acomoda sin placeres, la conversación sin gracia, y el caminado despacio, el saludar con reverencia, el levantarse y sentarse con cuidado, la chanza sin risa; éstas son formalidades divinas; pero yo, miserable mortal que me río de mí misma, de usted y de estas seriedades inglesas, etc., ¡qué mal me iría en el cielo! Tan mal como si fuera a vivir a Inglaterra o Constantinopla, pues los ingleses me deben el concepto de tiranos con las mujeres, aunque no lo fue usted conmigo; pero sí más celoso que un portugués. Eso no lo quiero yo; ¿no tengo buen gusto?

"Basta de chanzas: formalmente y sin reírme; con toda la seriedad, verdad y pureza de una inglesa, digo que *no me juntaré más con usted.* Usted anglicano y yo atea, es el más fuerte impedimento religioso; el que estoy amando a otro es mayor y más fuerte. ¿No ve usted con qué formalidad pienso?

"Su invariable amiga,

"MANUELA"

La autora de la carta que precede la remitió en copia al Libertador, con la nota siguiente:

"Hay que advertir que mi marido es católico y yo jamás atea; sólo el deseo de estar separada de él me hacía hablar así."

No es menos interesante la carta de Bolívar a *Manuelita*, que verán nuestros lectores a continuación:

"La Plata, 26 de noviembre.

"Mi amor:

"¿Sabes que me ha dado mucho gusto tu hermosa carta? Es muy bonita la que me ha entregado Salazar. El estilo de ella tiene un mérito capaz de hacerte adorar, por tu espíritu admirable. Lo que me dices de tu marido es doloroso y gracioso a la vez. Deseo verte libre, pero inocente juntamente; porque no puedo soportar la idea de ser el robador de un corazón que fue virtuoso y no lo es por mi culpa. No sé cómo hacer para conciliar mi dicha y la tuya, con tu deber y el mío. No sé cortar este nudo, que Alejandro con su espada no haría más que intrincar más y más; pues no se trata de espada ni de fuerza, sino de amor puro y de amor culpable, de deber y de falta: de mi amor, en fin, con Manuela la bella.

"BOLÍVAR"

Los anteriores documentos son tomados de la narración del General Daniel F. O'Leary.

Doña Manuela Sáenz murió en Paita a principios de 1860, sin haber querido aceptar la herencia que por testamento le dejó su esposo. La historia no la absuelve; pero sí admite circunstancias atenuantes en el proceso que le sigue desde hace más de medio siglo.

De los enemigos de Bolívar se acuerda la posteridad para compadecerlos; y en cuanto al Gigante de la América, queda en pie como un monumento que respetarán los siglos, el vaticinio de un descendiente de la raza conquistada por Pizarro, el presbítero Dr. CHOQUEHUANCA, cura de la parroquia de Pucará, en Bolivia, cuando arengó a Bolívar:

"Quiso Dios formar de salvajes un imperio, y creó a Manco-Capac. Pecó su raza y lanzó a Pizarro. Después

de tres siglos de expiación tuvo piedad de la América, y os ha creado a vos. Sois, pues, el hombre de un designio providencial. Nada de lo hecho atrás se parece a lo que habéis hecho, y para que nadie pueda imitaros, es preciso que no haya un mundo que libertar.

" Habéis fundado cinco repúblicas que, en el inmenso desarrollo a que están llamadas, elevarán vuestra estatua a donde ninguno ha llegado. Con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina."

UN VIAJE DE RECREO

Después de recibir el grado de *doctor* en Jurisprudencia en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, quedó quien esto escribe como los militares sin empleo, *en disponibilidad*, para emprender en lo primero que se presentara, pues si bien es cierto que en los exámenes obtuvimos calificaciones ventajosas, nos hallábamos en igual caso al del célebre sabio *que sólo sabía que no sabía nada*.

Recibímos el *bautismo de fuego* en la comisión que se nos dio para cobrar ejecutivamente una suma de plazo ultra cumplido a un gamonal de la muy noble y leal ciudad de Facatativá; llegados a la entonces metrópoli de los muleros y calentanos, nos presentámos al Juez del Distrito. Desempeñaba este empleo un *maestro* herrero, quien ordenó a su Secretario que lo impusiera del contenido del exhorto librado por el superior de Bogotá, porque él era poco práctico en la lectura de lo manuscrito.

Enterado el herrero del asunto, soltó dos interjecciones a cual más vehementes, y nos dijo con cierta sorna que teníamos que pagar al *comisario* para que hiciera la respectiva notificación al deudor, quien permanecía en su hacienda, situada lejos de la población; entregámos un peso al presunto notificador, confiados en que cumpliría su cometido.

Al cabo de ocho días de espera en aquel lugar, que en la época a que nos referimos era un conjunto de ranchos pajizos y miserables, sumergidos en asquerosos lodazales durante el invierno y cubiertos de polvo en el verano, donde nadie se atrevía a lavarse, sin duda por miedo al frío, por lo cual se había dado a sus habitantes el apodo de *manipuercos*; después de aguardar, como dijimos, durante una semana entera al *comisario*, quien, como el cuervo de Noé, no volvió, se nos acercó un amigo compasivo y nos manifestó en mucha reserva, que entre el herrero juez y el gamonal ejecutado mediaban relaciones de compadrazgo espiritual y corporal, y que, por consiguiente, podíamos tener la evidencia de que nunca jamás se haría la notificación al deudor.

Convencidos de la bellaquería de aquellos dos compadres, regresámos, mohinos por demás, a dar cuenta a nuestro comitente del mal éxito del cobro confiado a nuestra inteligencia y viveza. El acreedor nos recibió con frialdad, nos manifestó la pena que sentía por las molestias sufridas, y nos despidió con cierto desabrimiento. Aún no habíamos salido del almacén cuando oímos que decía a un caballero que estaba con él: *este no inventó la pólvora!* Y a fe que tenía razón, porque desde que tuvimos uso de la poca que plugo a Dios concedernos, nos hemos considerado incapaces, entre otras cosas, de ejercer *la gatería* con provecho.

Aquí un paréntesis, que explicará alguno de los motivos secundarios de nuestro viaje o alejamiento de Bogotá, como ha de verse luégo.

Desde principios de 1853 empezaron los disturbios que debían terminar con la revolución encabezada por el General José María Melo el 17 de abril de 1854, la que fue debelada por el triunfo de los constitucionales el 4 de diciembre del mismo año. En ese lapso de tiempo vivían los *cachacos* y artesanos de la capital como perros y gatos. El que usaba vestido de levita no podía aventurarse a salir a la calle después de las siete de la noche,

especialmente en el barrio de Las Nieves, sin tener la evidencia de que le aplicarían su paliza o cosa parecida; pero como los *cachacos* no podían resignarse a que los apalearan impunemente, salían armados de revólvers y estoque a provocar a los artesanos, quienes a su vez *les paraban* a los *pati-aforrados* o *gólgotas*, que eran los apodos con que designaban a quienes no vestían runana.

Naturalmente se producían conflictos a cada paso y en todo tiempo, sin que las autoridades se tomaran el trabajo de hacer acto de presencia, porque esos eran los buenos tiempos en que Melo y sus secuaces amparaban a los extraviados artesanos en los ataques que hacían a la gente decente, y tánto abusaron de aquella falsa situación, que al fin se acostumbraron a salir armados en busca de *cachacos* a quienes medir a palo las costillas.

*

In illo tempore aún no era conocida la industria del café, lo que quiere decir que las muchachas casaderas no tenían por delante la perspectiva de ir a pasar la luna de miel en el proyectado cafetal, aun a riesgo de contraer incurable clorosis, y seguras de vivir secuestradas indefinidamente del trato social. En cambio estaban las quinas en todo su auge, y el que deseaba caer bajo el yugo del matrimonio se apalabraba simplemente y se iba, solo, a buscar capitalito en las escarpadas montañas que producían el solicitado árbol. Si la suerte le era propicia, volvia como *futuro* en embrión a cumplir su palabra, y en caso contrario, el *reemplazo* era infalible, porque las facilidades para ganar la vida tranquila y modesta constituían perenne tentación de casarse, sin reparar en que aún trascendían los novios a la alhucema de la alcoba donde nacieron, o mejor dicho, en que aún no habían acabado de salir de la cáscara.

Precisamente nos hallábamos comprendidos dentro de los casos que dejamos relatados: éramos inclinados a

buscar camorra a los artesanos, y sin apuntarnos todavía el bozo ni tener un ochavo en el bolsillo, estábamos solemnemente comprometidos a labrar la felicidad de nuestra sílfide, heroicamente resuelta a vivir debajo de una piedra y a esperar, si era preciso, hasta la consumación de los siglos, a que hiciéramos fortuna buscando quinas o ejerciendo la noble profesión del foro, porque no siempre habrían de ser herreros los jueces, ni gamonales compadres de los jueces los deudores.

Pero nuestros solícitos padres pensaban de manera muy diversa respecto de nuestros castillos en el aire. Sin decirnos la menor palabra que contrariara nuestros descabellados proyectos, y antes bien alentándolos, se dieron sus trazas de que fuéramos a dar principio a nuestras fantásticas quimeras, en busca de las quinas para hacer capitalito con ellas, pues obtenido aquél, el matrimonio vendría por añadidura, en el caso de que decididamente nos obstináramos en ser felices por ese camino, en que tendríamos aseguradas las dos cosas indispensables, para quienes, según San Pablo, resuelven *casarse por no quemarse*; queremos decir, "casa y costal para la plaza."

Arreglado nuestro modesto equipaje, salimos por primera vez del hogar paterno, después de despedirnos de nuestra afligida prometida y de hacernos mutuos y solemnes juramentos: ella de sernos fiel *usque ad cineres*, y nosotros de volver pronto, con el capital suficiente para establecer casa decente y hacer un viajecito a Europa con la futura consorte, antes de que los chicuelos que debían de venir nos lo impidieran.

Aún sentimos sobre la frente el amoroso beso que imprimió en ella nuestra adorada madre al decirnos adiós. Nos colocó eu el cuello la medalla de la Virgen de los Rayos, y con acento de altísima dignidad que le era propio, nos dijo con gran ternura: "no olvides que recibiste lecciones de cristiano, y si te va mal, vuélve

contento a tu casa, en donde siempre serás querido....!" Cortamos presurosos tan penoso episodio, y sin volver a mirar, emprendimos camino, caballeros en malas mulas de alquiler, hacia el sur de la República.

Era Popayán el lugar de nuestro destino, para pasar de allí a las montañas de Ambaló y Pitayó, a dirigir la extracción de la preciosa corteza que hizo la fortuna de muchos y nuestra ruina, pues por razones que no vienen al caso, sólo diremos, como el inmortal Cervantes, que donde creíamos hallar tocino, no había ni estacas.

No fuimos más afortunados en Popayán, nuestra ciudad natal: allá se cometió la injusticia notoria de negarnos la ciudadanía, alegando para ello que éramos bogotanos, sobre quienes pesaban fuertes antipatías por la competencia que hacían a los popayanenses en el negocio de la quina, por manera que gravitaba sobre nosotros como un síno funesto en la especulación que emprendimos con fines tan santos. Para colmo de males, nos sorprendió en las calles de aquella ciudad el combate librado en su recinto el 21 de mayo de 1854 entre los aguerridos timbianos constitucionales, al mando del General José María Sánchez, y el batallón número 5.°, dictatorial, a órdenes del Coronel José Rosario Guerrero. Desde las doce del día hasta las siete de la noche se peleó con singular bravura por ambas partes. Entonces vimos a un timbiano llamado Andrés Astaiza tomar un cañon bajo los fuegos de un reducto, montarse en el bronce y gritar con asombroso heroísmo: *avance la caballería, que estoy a caballo!* Y ese temerario no murió, a pesar de que lo acribillaron a balazos.

Recorríamos la calles de la ciudad con el objeto de encontrar refugio en tan deshecha tormenta, cuando oímos que nos llamaban de una casa: era nuestro amigo D. Cecilio Cárdenas, quien, con otros bogotanos, estaba asilado en la morada de D. Vicente Arboleda. Allí recibimos generosa hospitalidad hasta que, pasado el peligro, pudimos volver a nuestras ocupaciones ordinarias.

Desacreditado el negocio de las quinas por la mala fe de la generalidad de los exportadores, negocio en el que sólo obtuvimos la dolorosa experiencia adquirida en pellejo propio, de que "el pez grande se come al chico," volvimos *a las ollas de Egipto.* Un tío imploraba nuestros servicios de abogado para que le cobráramos cinco mil pesos que de tiempo atrás le debía un deudor solvente y de reconocida capacidad para pagar. El deseo de conocer tierras y, más que todo, la esperanza de no volver a nuestra casa *con una mano adelante y otra atrás,* nos decidieron a aceptar el encargo.

Salimos de Popayán en dirección a Pasto, que era el lugar en donde debíamos abrir operaciones contra el empedernido deudor; y como en nosotros se cumplió con rigurosa exactitud la sentencia de que "nadie es profeta en su tierra," creímos llegado el caso de parodiar a Escipión el Africano, y al efecto exclamámos como éste al despedirse de Roma: "patria ingrata, no poseerás nuestras cenizas!" Propósito que hemos cumplido hasta la hora presente....

Las veredas o caminos que debíamos transitar se hallaban en el mismo mal estado en que las dejaron los españoles, con el aditamento de la carencia de víveres y demás recursos indispensables al viajero. Del Salto del Mayo hacia el sur había que pasar al borde de precipicios en que una mala pisada de la mula traería como consecuencia la caída en aquellas simas profundas adonde sólo pueden bajar los gallinazos; pero lo más grave de aquel trayecto era el paso del río Juanambú por medio de las inolvidables *tarabilas,* que medían cerca de sesenta brazas de extensión, en posiciones inversas e inclinadas, a fin de acelerar el paso de tan peligrosa maroma, tanto a la ida como a la vuelta.

Al acongojado viajero se le amarraba sólidamente a un *garabato,* se le ataba un *rejo* para que le sirviera de cuerda, como a las cometas, y se le empujaba hacia el abismo, sobre el cual bajaba como exhalación, echando

humo, producido por el violento frote del *garabalo* sobre los *rejos* que sostenían aquellas tramoyas. Una brusca sacudida indicaba al aéreo transeúnte que había llegado al término de su vertiginoso camino, y que podía abrir los ojos, pues los *paseros* aconsejaban tenerlos cerrados y contener la respiración durante el descenso para evitar el mal de San Vito que solía atacar a los amedrentados pasajeros.

Sólo quien haya transitado por las escarpadas cuanto inexpugnables breñas del Juanambú, en donde las veredas que sirven de camino parecen culebras prendidas a la pared, y en donde una piedra desprendida de lo alto se lleva por delante lo que topa contra ella, puede estimar en su justo valor el heroísmo de Nariño y sus valientes soldados, que tomaron a viva fuerza las posiciones ocupadas allí por el ejército realista en el año de 1814.

La Venta es otro de los lugares que impresionaban la imaginación del viajero, por haber sido esos sitios el teatro escogido de los salteadores y guerrilleros para ejecutar sus depredaciones. Antes de entrar a la población se pasaba por en medio de dos reductos, destinados a la defensa de ese punto militar, considerado como inexpugnable, y que era la llave para entrar a la tenebrosa montaña de Berruecos. Todo contribuía en esos parajes siniestros a proteger y ocultar la perpetración del crimen, sin otros testigos que la mirada de Dios y los corpulentos y tupidos árboles seculares, agitados por las fuertes brisas desprendidas de las altas cimas de la cordillera que allí se trifurca; todo lo cual remeda un murmullo amenazador, acompañado por el monótono golpear de lejana cascada.

En ese miserable villorrio se preparó la ejecución del infame complot de asesinar cobardemente al Gran Mariscal de Ayacucho, y treinta y dos años más tarde a Julio Arboleda. A pocas cuadras hacia el sur del caserío, en una de tántas encrucijadas como hay en esos sitios

malditos, contemplamos con profunda veneración el mismo espacio de terreno, señalado con tres toscas cruces, donde rindió su alma inmaculada el primero de aquellos guerreros, cuya trágica muerte apresuró la disolución de Colombia, y cubrió de eterno baldón a sus asesinos!

De allí para adelante empieza a notarse el cambio completo de idiomas, usos y costumbres entre los habitantes del norte y sur de la República. Citaremos un ejemplo.

Entre el fiambre que llevábamos se contaba una caja de sardinas que resolvimos desocupar en la posada; ya se sabe que la llegada de un viajero a las poblaciones pequeñas produce en sus ociosos moradores gran curiosidad, que tratan de saciar rodeando y contemplando a su sabor al que es causa de ella. Sentados sobre uno de nuestros baúles empezámos a cortar tranquilamente la resistente hoja de lata en medio de los abismados y apiñados rústicos, que creían ver una maravilla artística; mas apenas quedaron al descubierto las sardinas y el aceite, empezaron a decir en voz baja: *ah tatay!* En la creencia de que esta exclamación manifestaba deseos de probar del suculento bocado, brindámos parte de él a uno de los curiosos, quien al olerlo hizo gesto de profundo desagrado, acompañado de la acción mímica del que siente náuseas, al mismo tiempo que decía: *Ah tatay, que me lanzo!* Fue entonces cuando comprendidos que estas expresiones denotaban el asco que en castellano vulgar se traduce por: *Ay, qué asco, me vomito!....* Probablemente aquella era la primera vez que esas gentes veían alimentos preparados de tal modo; exigieron la caja como una curiosidad; pero para llevársela la tomaron con la punta del bordón, procurando apartarla de las narices como objeto apestado.

*

Al llegar al alto de Aranda se goza de un bellísimo panorama: la ciudad de Pasto al pie de la serranía circundada de terrenos cultivados en pequeñas extensiones, presenta el aspecto de un tablero de ajedrez de diversos matices; al Oriente el histórico Ejido, que fue el campo en donde sucumbió el brillante ejército cundinamarqués a las órdenes del gran Nariño, sin que aún se conozcan a ciencia cierta las causas que motivaron aquel desastre; al Sur, el boquerón del *Guáitara*, por donde se divisan en lontananza los Andes ecuatoriales, y al Oeste, la imponente mole del *Galeras*, extinto volcán que domina la ciudad como titán cauteloso, pronto a lanzar sus formidables bombas de fuego y granito a quien pretenda turbar el reposo de aquellas comarcas.

La ciudad tendría en la época en que la visitámos diez y seis mil habitantes, la mayor parte indios, vestidos de calzón corto de *oreja y tapabalazo*, ruana de lana parda o negra y sombrero de fieltro fabricados en el país, debajo del cual pendía la *trenza* de gruesos y tupidos cabellos negros; *cholos* o mestizos, y algunos blancos descendientes de hidalgos navarros y gallegos, cuyas costumbres guardaban aún con escrupulosa fidelidad; todos robustos, mofletudos, de formas macizas, orgullosos de su pasado y seguros del porvenir.

Sin pérdida de tiempo dimos principio a nuestra *misión*, y como no todo había de sernos contrario, pronto supimos que entre el deudor de nuestro tío y el Juez respectivo mediaban grandes diferencias por cuestiones políticas. Más claro: el uno era *draconiano* y el otro *gólgota,* circunstancias que supimos aprovechar para que en esa vez no se escapara, como no se escapó el deudor, de la correspondiente notificación. Grande fue nuestro contento al ver el buen éxito del asunto que nos llevó tan lejos de nuestra casa, pues confesámos ingenuamente que aún nos zumbaban en los oídos las fatídicas pala-

bras del comerciante de Bogotá respecto a la *invención de la pólvora.*

Sin embargo, atendiendo el giro que tomó la ejecución intentada con tanto brío, tuvimos que resignarnos a permanecer en Pasto el tiempo suficiente para liquidar una mortuoria y rematar varias fincas rurales, antes de palpar los perseguidos cinco mil pesos, es decir, ocho meses de vida contemplativa.

*

En el año de 1845 vinieron a Bogotá los estimables y distinguidos caballeros Segismundo, Daniel y Leopoldo Schloss a establecer casa de comercio. Hacían parte de la notable inmigración inglesa que trajo al país capital, honradez, maneras cultas y, más que todo, buena voluntad y cariño hacia la región escogida para aumentar su caudal y ganar amigos. Entre Daniel y Leopoldo existía un vínculo estrecho que los unía aún más, si cabe: eran gemelos. Tenían unos mismos gustos, unas mismas aspiraciones, y eran tan semejantes uno al otro, que los parleros *cachacos*, amigos de comentar cuanto cae bajo el dominio de sus chistes, los conocían con el nombre de 22, porque decían que no eran parecidos, sino exactamente iguales. Ambos tocaban violín, montaban caballos tordos, vestían iguales prendas y dormían en una misma pieza. Aún más: se enamoraban de una misma muchacha, lo cual hubiera constituído un imposible, porque a menos de marcharse a las islas Marianas, no hubieran podido casarse los dos simultáneamente con una señorita, cosa que ni ellos pretendían, ni ella hubiera consentido.

La creciente prosperidad de la casa hizo necesaria la venida al país de los entonces jovencitos Salomón Koppel *(Chic)*, uno de los fundadores del Banco de Bogotá, y su primer Gerente, y Carlos Schloss, sobrinos de sus tíos. Ambos crecieron en esta ciudad, estimados de

sus numerosos amigos y considerados como parte integrante de nuestra mejor sociedad.

Aún reposábamos en el improvisado lecho, que a fuerza de industria nos habíamos fabricado en la desmantelada pieza que habitábamos en Pasto, cuando entró a buscarnos, de parte de su amo Carlos Schloss, el asistente que lo acompañaba. La sola idea de tener el gusto de ver a un amigo que iba de Bogotá, nos hizo olvidar el intenso frío que nos obligaba a guardar cama, y a medio vestir corrimos a dar estrecho abrazo a nuestro *viejo camarada*. Lo hallamos peor alojado de lo que nosotros estábamos, y la primera indicación que nos hizo fue que viviéramos juntos en un mismo *hotel*, en donde esperaba aplacar el hambre atrasada que traía y librarse de las pulgas, que en la noche precedente estuvieron a punto de sacarlo a la calle. El infeliz no sospechaba aún los trabajos que tendría que pasar antes de *adehesarse* en la tierra pastusa.

Empezámos por llevar al recién llegado a que almorzara en el mismo *restaurante* que teníamos de comedero, que era una estrecha, sucia y oscura tenducha situada en la plaza principal, del mismo estilo de las que aquí se encuentran en la Calle Honda, habitada por una mulata que se llamaba *Magola* (Magdalena), sus dos hijas *Marica* (María) y *Agucha* (Agustina), un hermano de la mulata, llamado *Pancho* (Francisco), dos enormes perras, gran manada de *cuyes* (curíes), que enrazan con las ratas, palomos, aves de corral, loros y gatos. La tienda estaba provista de toda clase de cereales, hortalizas y frutas, carne, tocino, velas, carbón, especias, drogas, prendas de ropa, cintas de seda, licores, *jora* (chicha), calzado, cohetes y muchos otros artículos heterogéneos, pero indispensables para la vida, porque en las poblaciones del Sur de Colombia no había entonces plazas destinadas para ferias o mercados.

Nuestro amigo hablaba el castellano bien o mal aprendido, pero se veía apurado para entender algunos

términos o modismos muy usados por allá. Al preguntar a la mulata si podría darle de comer, le contestó con donaire: *dejése venir!* es decir, éntre. En el almuerzo le ofrecieron *cariucho* (ajiaco), *locro* (papas con queso), *calaguasca* (anisado) y *raspadura* (panela).

Un rincón inmediato a la puerta de la tienda era el sitio escogido para nuestro *comedor privado*, en donde nos servían las viandas sobre una mesa de tablas desiguales y cubierta con mantel, no muy limpio que digamos, sentados en cajones vacíos o en fardos de mercancías ecuatorianas *recomendadas* (dejadas a guardar); otro rincón era el lugar apropiado para la cama de la mulata y de sus hijas; el susodicho hermano dormía sobre el mostrador de la tienda, y al pie de éste las dos perras.

En el ángulo de la tienda que quedaba al otro lado de la puerta funcionaba la hornilla que servía para cocinar y calentar las planchas, pues *Magola* también era aplanchadora; y finalmente, en el último rincón o *cucho*, que es como allá dicen, estaba en calidad de permanente el gran depósito de orines, mezclados con metal de peltre y otras sustancias que se emplean para dar el tinte rojo indeleble de las ruanas, alfombras y pellones que se fabrican en aquella ciudad. No podía ser más confortable aquella mazmorra!

Terminado el abundante cuanto mal condimentado almuerzo, nos manifestó Schloss el deseo de conocer los monumentos de la ciudad. Dimos principio llevándolo a ver la fuente de piedra de la plaza, sobre la cual aparecía sentado con gravedad olímpica el dios Neptuno con su tridente, y arrojando chorros de agua por todas partes.

—Oh! mejor, mucho mejor que *la pila del Mono* en Bogotá, exclamó el inglesito.

—Míre usted, Carlos, aquel balcón que acusa venerable antigüedad, hacia la mitad del costado oriental de la plaza: en él mostró el Jefe español al General Nariño cual otro *Ecce homo*, para satisfacer a los pastusos que

pedían su cabeza. Hubo de retirarlo pronto, porque a las pocas palabras que pronunció el prisionero el pueblo gritó: ¡viva la patria!

—Oh! eso es bello, decididamente bello!

—Míre usted la matriz....

—Oh! ... la matriz! dijo Schloss, poniéndose rojo por su lastimado pudor, pues ya se sabe que los hijos de John Bull son muy castos en las palabras.

—Hombre, por Dios, no sea tan caviloso! Aquí llaman matriz a la iglesia Catedral.

—Eso es otra cosa, aunque es bien extravagante el nombre.

—¿Ve usted ese letrero en letras negras fijadas en los muros de la iglesia?

—Oh! Oh! Oh! «*Nadie se orine en estas paredes, pena de excomunión mayor!*»

Seguímos nuestra excursión hasta llegar a la iglesia y monasterio, fundado a expensas del venerable Padre Francisco Villota.

Conviene saber que al llegar a Pasto la noticia de que el Gobierno había sancionado la ley que suprimió los conventos menores, aprovecharon aquella circunstancia los futuros revolucionarios de 1840 para sorprender al sacerdote sencillo, y hacerle creer que el Poder Ejecutivo estaba decidido a destruír la Religión Católica para sustituírla por la protestante; eso bastó para que, imitando a Pedro el Ermitaño, saliera a las calles y plazas de Pasto, montado a caballo, con sotana, llevando un crucifijo en alto y proclamando la guerra santa.

Pronto salió del engaño aquel santo sacerdote, quien para expiar tan funesto error, se encerró durante su vida en uno de los húmedos y oscuros sótanos del edificio, de donde salía únicamente para celebrar la misa en la iglesia de Jesús del Río, que es la advocación bajo la cual se conoce, porque está edificada sobre un riachuelo que corre en esa parte de la ciudad; los clérigos que allí vivían estaban sujetos a la regla establecida para la Congregación de San Felipe de Neri.

Previo respetuoso anuncio, se nos permitió llegar hasta el calabozo que servía de morada al Padre Villota; no pudimos sustraernos a las impresiones de asombro y veneración que nos causó la vista del anciano anacoreta: usaba toda la barba y los cabellos largos, blancos como la nieve. A pesar de la oscuridad del lugar, alcanzámos a distinguir sus expresivos ojos, cuyas miradas dulces y serenas revelaban el ascetismo resignado y lleno de confianza; nos dirigió palabras de humildad y cortesanía, nos hizo presentes los peligros que corrían en el mundo los jóvenes *bien parecidos* como éramos, y nos conjuró a que en todas nuestras acciones tuviéramos presente que Dios nos veía; y como la virtud se impone, no tuvimos empacho en recibir de rodillas la bendición con la cual nos despidió. Sin dificultad nos creerá el lector que salímos preocupados de aquel asilo sagrado!

Al regreso a la posada vimos un macizo balcón cercano a la plaza. Refieren las crónicas pastusas que en unas fiestas persiguió el diablo, en figura de toro negro, a un hombre que vivía *en mal estado*, quien, para salvarse, entró en la casa y subió las escaleras; pero como viera que el toro lo seguía, se dirigió al balcón y se colgó de él, haciendo firme propósito de enmienda, lo que bastó para que Lucifer saltara a la calle y desapareciera.

*

En una tarde despejada fuimos a pasear al Ejido, situado al nordeste de la ciudad, valle encantador, de inagotable fertilidad, surcado por varios riachuelos de aguas purísimas. Allí contemplamos el método del laboreo de las tierras, superior en mucho a la rutina e imperfección de los sistemas usados en la altiplanicie de Bogotá. La desyerba y aporque de las papas se hacía con arado tirado por bueyes, con una reja en forma de cuchara, de manera que en un día hacía más el gañán y su yunta de bueyes que cien peones con el azadón. En-

trámos a una *chagra* (hacienda) y referímos a los *guazos* (campesinos) el sistema del cultivo de las papas en la sabana de Bogotá; uno de ellos nos contestó con cierto aire compasivo: *elai pis,—buenamente!* lo que significa: esos hacen lo que buenamente pueden.

Hacia el norte del Ejido párte el camino que conduce al pueblo de la Laguna, célebre por el valor y ferocidad de sus habitantes, indios de la raza de los chillacingas, que vestían entonces *capisayo* (ruana de lana), calzón corto y zapatos, peinados de trenza, como se usaba a fines del siglo pasado. Todos eran agricultores, y esta condición los hacía aún más temibles, porque en el momento menos pensado cambiaban los arreos de labranza por el *chopo* (fusil de piedra), cargado con balas de *guayacán*, que fabricaban con primor, y cuya herida era casi siempre peligrosa, por la espiral que describía entre el cuerpo el proyectil falto de peso. Eran tan buenos tiradores, que tenían reputación de *apuntar a la ceja y dar en el ojo!* Estos fueron los enemigos más tenaces que tuvo la causa de la independencia colombiana: eran más realistas que el Rey, y tan crueles con los patriotas, que al prisionero que caía en sus manos lo sacrificaban clavándole con una estaca en la nuca contra el tronco de un árbol. En este lugar se dio la célebre batalla de Huilquipamba.

Admirado Schloss de lo que le referíamos nos manifestó que con rifles ingleses de precisión se reiría de todos los laguneros juntos, a lo cual replicámos con presteza, para darle el consejo de que mientras estuviera en la Provincia de Pasto, no profiriera la palabra *rifles* sino entre personas de mucha confianza.

—¿Por qué razón?

—Eso es largo de referir, pero.... vaya de cuento.

Al retirarse Bolívar de estas comarcas, después de la sangrienta batalla de Bomboná, le prometieron los pastusos quedarse quietos. Una noticia falsa que recibieron, y las instigaciones de un sobrino del feroz José

Tomás Boves, les hicieron olvidar el solemne convenio, y se *pronunciaron* en favor de Fernando VII, su Rey y señor. Desgraciadamente para aquellos pertinaces el General Sucre no estaba muy lejos a la sazón, y les cayó encima con el famoso batallón *Rifles*, al mando del Coronel inglés Arturo Sanders. Con el fin humanitario de evitar el derramamiento de sangre y los consiguientes desastres, Sucre les intimó rendición con la promesa de una amnistía, oferta que oyeron los pastusos con soberano desprecio, en vista de lo cual se les amenazó con tres días de saqueo y ejemplar castigo a los empedernidos contumaces.

Sin esperaza de avenimiento, sucedió lo que debía suceder: Pasto fue tomado a viva fuerza; el saqueo tuvo puntual y fiel cumplimiento; durante él ardieron en aquella hoguera el honor, la vida y la fortuna de los pastusos, y a fin de quitar a sus caudillos las ganas de buscar nuevas aventuras en lo sucesivo, los precipitaron vivos en las tenebrosas profundidades del Guáitara, en pare jas atadas por la espalda. Y como si todavía fuera poco el castigo, quedó el batallón *Rifles* de guarnición en aquella desgraciada ciudad. El General Salom, jefe que reemplazó a Sucre en el mando de la plaza, cometió además toda clase de excesos, razón por la cual el nombre de *rifles* es odiado por todo el que se precia de ser buen pastuso.

—¡Pero eso es horrible, inmensamente horrible!

—Ya lo creemos; y para que usted aprenda en todos sus detalles la historia de este país, es bueno que sepa que la fertilidad que admiramos tiene origen probable en la sangre humana que ha empapado este suelo en diversas épocas, pues hemos oído decir que es un magnífico abono.

*

Días hacía que permanecíamos en Pasto durmiendo mal y comiendo peor, cuando una catástrofe inesperada contribuyó en mucho a mejorar nuestra aflictiva situación.

En una de las sesiones del almuerzo nos hacía compañía *Magola* desde su cama, a consecuencia de la temible disentería que la atormentaba. Sentados al frente de la mesa, tratábamos de concluír un enorme plato repleto de *locro* descolorido, con el achiote, que usan en lugar de azafrán.

La amistad que ya teníamos contraída con las perras contribuía a que nos siguieran a donde íbamos, y con mayor razón al sentarnos a la mesa. En esa vez posó una de ellas el hocico sobre nuestros muslos, y en esta actitud *lanzó* cuanto tenía depositado en el estómago, lo que por desgracia también era *locro*. Al ver Schloss el estrago hecho en nuestros infelices pantalones, no pudo menos de imitar a la perra, *lanzando*, a su vez, sobre la mesa el poco *locro* que había tomado.

Alarmada *Magola* con semejante desastre, se levantó precipitadamente del lecho, con lo cual dejó al descubierto inequívocas muestras de la enfermedad que sufría, y cayeron al suelo los panes crudos que guardaba para que *leudaran* entre las cobijas; trató de coger una *pichanga* (escoba) que había en el *cucho* del *depósito de la tintura;* pero sólo consiguió derramar parte del contenido de éste, lo que produjo fetidez insoportable. Lo primero que hicimos fue acudir en auxilio de Schloss, quien pálido y desencajado, daba señales de próximo paroxismo; aturdidos con aquella penosa situación, salimos corriendo en busca de recursos, cuando tropezámos con el estimable caballero D. Juan Vivanco, dueño de la casa debajo de la cual estaba situado nuestro *restaurante*.

Compadecido aquel buen señor de nuestro aflictivo estado, nos brindó en arriendo un departamento en su

casa, y nos consignió una negra popayaneja quien, como todas las de su clase, cocinaba a pedir de boca. De ahí para adelante mejoramos en *tercio y quinto* e hicimos composición de lugar para hacer algo amena la vida que pasábamos en aquella ciudad. Arreglámos la salita con bancas cubiertas de pellones, detrás de las cuales pusímos franjas de zaraza, como defensa contra el blanquimento de la pared; extendimos algunas esteras de *chingalé* y cubrímos la única mesa que allí había con un pañolón. Ese humilde menaje fue honrado con la hospitalidad que dimos a los distinguidos caballeros D. Teodoro Gómez de la Torre, Miguel Riofrío y Rafael Barriga, quienes constituían la Legación ecuatoriana que venía al país en aquella época.

Poderoso caballero es Don dinero! Cuando nos vieron alojados en casa alta y con el mueblaje que dejamos descrito, que en ese tiempo podía considerarse como exagerado lujo, empezaron los pastusos a perdernos el miedo: se nos acercaban y nos visitaban, lo que nos proporcionó el placer de conocer y tratar, entre otros, a los muy estimables caballeros Santos Rojas, Juan Bautista y Francisco Zarama, Tomás Rubio, los Villotas, Buchellis, Ricaurtes, Santacruz, Roseros, Astorquizas, Guerreros y Barredas (el patojo), quien acompañaba a D. Julio Arboleda cuando lo asesinaron.

Se acercaba la temporada de carnaval y nochebuena. Una tarde nos advirtió la señora de Vivanco que nos vistiéramos al día siguiente con la peor ropa que tuviéramos. Sin comprender el sentido que encerraba tan sencillo consejo, no acertamos a seguirlo. Escribíamos ese día para nuestras familias, por ser el de la salida del correo, cuando, sin saber de dónde, nos cayó encima una granizada de huevos llenos de esencias, las que, si bien es cierto que nos perfumaron, no lo fue menos que echaron a perder lo que llevábamos escrito.

Pronto desciframos el enigma, al ver la casa del señor Vivanco literalmente invadida por varias señoras y seño-

ritas con el objeto de jugar el carnaval, fiesta en la cual habíamos de llevar la peor parte. Y así fue: mientras que nuestras amables contendoras iban bien apertrechadas de huevos, limones, confites y bolas de harina para atacarnos, nosotros sólo teníamos un tintero, que en esos momentos era arma prohibida. Tuvimos, pues, que soportar un diluvio de materias más o menos inocentes, hasta que nos dimos cuenta de nuestra verdadera situación. En tanto que se nos arrojaban sustancias inofensivas, las cosas no pasaban de una burla divertida; pero cuando sentimos que se estrellaban contra nuestros pobres cuerpos la bolas de *aserrín* o *ceniza con miel*, hollín y barniz y otros ingredientes semejantes, resolvimos *jugar el todo por el todo* y nos refugiámos en uno de los corrales de la casa, en los cuales, lo mismo que sucede en muchas casas de Bogotá, se depositan los desperdicios de cocina y otras materias de *mayor cuantía.*

Armados con aquel parque, atacámos sin tregua ni descanso a nuestras perseguidoras; nos apoderámos de una vasija de miel, con la que enmelámos a las asaltantes, sin reparar en el *modus operandi* de tan peregrina diversión. A las cinco de la tarde, rendidos de fatiga, recobrámos el juicio y dimos de mano al carnaval, para lavarnos y mudarnos ropa, pues la que teníamos encima no fue más de provecho. Hicimos llamar a un indio barbero para que nos cortara el pelo de raíz, pues era imposible desalojar de otra manera el aserrín y ceniza que nos habían refregado: por la noche terminámos la diversión con una agradable tertulia, en que nos obsequiaron con el delicioso *rosero*, especie de *champús* popayanejo.

Tal es, en resumen, lo que pasa en las diversiones de carnaval de Popayán hacia el sur: todos se vuelven locos, y las mujeres no reparan en medios para embadurnar a los hombres, sin que en aquellas bacanales se ofenda el pudor de nadie.

Para celebrar la nochebuena nos invitó el Coronel D.

Custodio Rivera al baile que dio en esa noche en su casa. Debíamos ir a las siete en punto a fin de empezar la fiesta con la merienda de estilo. Acudímos a la cita con puntualidad inglesa. El Coronel nos esperaba vestido de gran uniforme militar, calzado con botas altas y espolines, calzón rojo, casaca bordada, charreteras que le llegaban a los codos, sombrero elástico coronado de alto penacho tricolor, cubierto el pecho con las medallas y escudos ganados en multitud de batallas, y pendiente de la cintura un gran sable o alfanje con vaina de latón que arrastraba con desenfado: era el vivo retrato de Barba Azul.

Lo primero que hizo nuestro guerrero anfitrión fue cerrar la puerta de la calle y guardarse la llave en el bolsillo de pecho, previa notificación de que nadie saldría de su casa hasta que *despuntara la aurora;* y al decir esto sacó el machete y nos lo pasó por la garganta, después de lo cual sacaba chispas frotando el acero contra el empedrado del corredor. Quedamos prisioneros. Nos presentó a la señora coronela y a diez y seis hijas casaderas que tenía.

Recordamos confusamente que se bailó contradanza española, vals colombiano, bambuco y otras danzas análogas, al són de buena música de viento; y decimos confusamente, porque apenas fuimos presentados a la estimable familia del Coronel, se dio principio a la maldita costumbre de brindar, una por una, las personas de la casa, alternativamente, con todos los desgraciados a quienes les presentaban. La fórmula era la siguiente: tomaba el señor de la casa una copa con licor y ofrecía otra al comensal, diciéndole: *con usted*, y tomaban ambos; así se repitieron con nosotros esas libaciones *diez y ocho veces* consecutivas! El resultado no podía ser dudoso.... Debió de tener nuestro anfitrión algún percance parecido al de la perra del almuerzo de marras, porque nos puso en libertad diciendo que nos echaba a la calle para

que nos despejáramos con el frío de la mañana. Emprendímos camino hacia nuestras habitaciones con esperanza de restaurar las fuerzas perdidas; pero estaba escrito que debíamos ver *despuntar la aurora*, porque al acercarnos a la puerta de la casa sentimos con verdadero terror que estaba suelto el feroz mastín del señor Vivanco, para librarnos del cual tuvimos que permanecer paseándonos hasta que se levantaron los amos del animal.

Para dar idea del estado de civilización de los pastusos en aquella época, relataremos una anécdota.

Salíamos de oír misa en cierta ocasión, y al vernos un excelente pastuso, nos manifestó el deseo de hablarnos en mucho secreto. Lo tomámos de brazo y nos fuímos hacia la mitad de la plaza para que nadie nos oyera; allí nos hizo esta aterradora revelación:

—Mi querido amigo y señor: el cariño que usted ha sabido infundirme y la tranquilidad de mi conciencia, que así me lo exige, me ponen en el caso de advertirle que *Mister Eslós* debe tener rabo, porque es *judío*, y que ese mal es contagioso, a fin de que usted se precava de aquella desgracia que lo amenaza. Procure cerciorarse de la verdad de lo que le digo, y si fuere cierto, no duerma con él en la misma pieza.

Atónitos ante semejante discurso, no pudimos menos de dar nuestros agradecimientos al buen hombre que tánto se interesaba por nuestra personalidad.

*

Pasaban los días, las semanas y los meses sin adelantar gran cosa en nuestros asuntos judiciales, ni recibir Schloss noticias de sus tíos acerca de la bondad de las muestras de quina que les había enviado. Ya nos habíamos leído y releído cuantos libros hubimos a la mano, entre ellos la *Casandra*, *Cujacio*, *Juan Conajas*, *D. Juan Sala* y otros del mismo estilo, que si son instructivos, nada tienen de amenos. Ante la perspectiva de permanecer aún mano sobre mano, resolvimos emprender un

viaje de recreo a conocer la ciudad de Barbacoas y la isla de Tumaco, en donde decían los pastusos se encontraban las maravillas descritas en las *Mil y una Noches.*

Sin dar tiempo a que se madurara el proyecto ni a que se entibiara el entusiasmo, hicimos los preparativos del viaje, que consistieron en hacer nitrar y secar carne, conseguir pastillas de chocolate, bizcochos, panelas y otros artículos de fiambre para tener qué comer en las montañas que debíamos atravesar. Mientras se arreglaban las monturas y preparábamos el indispensable equipaje para el festinado viaje, visitámos los establecimientos donde trabajan el barniz de Mocoa, que es resultado de la *masticación* del cogollo de una planta, hasta que toma la forma de la masa de caucho, de la cual se hacen pequeñas pelotas huecas para llenarlas con el color mineral que se desea darles; vuelven a *mascarlas* hasta que el color está perfectamente mezclado y uniforme, hecho lo cual se extiende la masa hasta darle el espesor apetecido, porque esta sustancia tiene tanta elasticidad o más que la del caucho. Preparado así el barniz, se aplica a la pieza de madera, se le aplancha con *la mano calentada al fuego*, y luégo se bruñe con la lengua. Si se fatigan las mandíbulas del masticador, éste deja el bocado y lo pasa a otro obrero para que lo siga *mascando.*

No se ha encontrado otro procedimiento para manufacturar ese barniz; y como la teoría microbiana está ya aceptada como un hecho cumplido, creemos prestar positivo servicio a nuestros lectores al hacerles la advertencia de que los objetos que nos vienen de Pasto preparados con *sulfato de saliva*, con el *ítem más* de la probabilidad de contener las sobras de alguna muela carcomida, sólo deben figurar en nuestros salones como artículos buenos para verlos, pero nada más.

A la madrugada de una mañana serena y fría emprendimos marcha, montados en buenas mulas y acompañados de varios amigos, hasta la azarosa *tarabita* del Guáitara, en el mismo punto en que fueron arrojados los pri-

sioneros en 1821; ésta se hallaba tendida en plano horizontal sobre un precipicio semejante al del río Sumapaz, en el puente de Pandi. El trayecto hasta la mitad era fácil, porque el peso del que pasaba imprimía de suyo un movimiento de impulsión; pero al llegar allí quedaba formando el vértice de un ángulo obtuso, para sacarlo del cual había que halar al aéreo pasajero con grandes sacudidas.

Echámos de *carnada* a los dos sirvientes que llevábamos; en seguida nos tocó el turno, y el último aeronauta fue Schloss. Todo marchó bien hasta que llegó a la mitad de la *tarabita;* mas apenas vieron los amigos que nos acompañaban que el inglés estaba en el centro, dieron principio a la más pesada burla: tomaron la cuerda que servía para devolver la *tarabita*, y le imprimieron movimientos de oscilación y trepidación, mientras que el asendereado Carlos les gritaba en inglés, en castellano o en ambos idiomas que lo dejaran pasar. Los traviesos se cansaron al fin de tenerlo suspendido sobre el abismo; nos desearon buen viaje, y nos recordaron que no olvidáramos el encargo de la pólvora para volar esas rocas y hacer el puente cuya dirección estaba a cargo del infortunado José María Mosquera, autor principal del hamaqueo de Schloss.

Al día siguiente llegámos temprano a Túquerres, edificada al pie del imponente volcán extinguido del Azufral, en el extremo nordeste de la sabana del mismo nombre, algo semejante al pueblo de Funza, aunque aquella población es mucho más extensa e incomparablemente desaseada. Nos desmontámos en la casa del estimable Vicario Benavides, por indicación del Dr. D. Vicente Cárdenas, quien, con la bondad que lo caracterizaba, nos dio excelentes cartas de introducción, sin las cuales sabe Dios cómo nos hubiera ido!

Necesitábamos bagajes *de dos pies* y de cuatro patas: los primeros para que nos llevaran cargados y condujeran el equipaje desde San Pablo hasta Barbacoas, y los

segundos para ir de Túquerres a San Pablo. Con la intervención del Vicario contratámos cargueros y canasteros a razón de cinco pesos cada uno, con las siguientes condiciones:

Que no llevaríamos espuelas, y que en el caso de que tuviéramos que *arriarlos*, lo hiciéramos con látigo, pero sin darles en *mala parte;*

Que cada peón cargaría durante dos horas seguidas;

Que les haríamos donación de los víveres que nos sobraran al llegar a Barbacoas; y

Que si los *picaba* alguna culebra y se morían por esta causa, los haríamos sepultar bien pisados para que no se salieran sus cuerpos de entre la tierra, y que no olvidáramos ponerles buena cruz encima de la sepultura.

Cualquiera otro que tuviera los sesos en su lugar, se habría vuelto para su casa al oír las contingencias que íbamos a arrostrar en vista de las condiciones puestas por los cargueros; pero nosotros estábamos resueltos, y por lo pronto lo único que hicimos fue aceptar y reírnos de lo que llamábamos candideces de esos hombres sencillos; ignorábamos que muy pronto nos habrían de dar aquellos bárbaros la lección práctica de que *ríe mejor quien ríe último.*

Antes de salir de Túquerres debíamos hacer, dentro de la casa cural, el viaje de prueba sobre los cargueros, con el objeto de que éstos *catearan* al viajero y arreglaran las sillas, que eran taburetes de madera fuerte y liviana, con una tablilla para posar los pies. Necesariamente iba el viajero con la cara hacia atrás, puesto que el espaldar de la silla reposaba sobre la espalda del carguero.

No fuimos afortunados en el ensayo que se hizo con nosotros: el movimiento hacia adelante que hizo el carguero al inclinar el cuerpo para levantarse, produjo en nosotros otro movimiento en sentido contrario. En la persuasión de que íbamos a dar un vuelco o *salto mortal*, saltámos al suelo con presteza e hicimos rodar, sin pen-

sar en ello, al pobre carguero que no estaba prevenido para soportar el empellón que le dimos; eso bastó para que resolviéramos hacer el viaje a pie, pero llevando como medida de precaución los dos cargueros que nos correspondían. Respecto a Schloss, ni aun por mal pensamiento se nos ocurrió que pudiera pasar la montaña de San Pablo caminando por sus pies.

Catorce leguas hay de Túquerres a San Pablo; el descenso de aquella altiplanicie es semejante a las aberturas conocidas en la sabana de Bogotá para bajar a las tierras calientes, con la diferencia de que aquella era una vereda estrecha y pendientísima, sin más obra de arte que el *rastro* de las pocas mulas que por allí transitaban; la ruptura de la gurupera en esos parajes traía por consecuencia inmediata la salida del jinete por las orejas de la mula.

A medida que se baja del páramo de Alchi por aquellos despeñaderos, disminuye el frío glacial que reina en aquellas sabanas, por la proximidad de los nevados de Cumbal y Chiles. Serían las cinco de la tarde del segundo día de viaje, cuando al acercarnos al caserío de San Pablo divisámos dos individuos montados en mulas, los que parecía que salían a nuestro encuentro; vestían el traje ordinario de viaje que se usaba en esas tierras; pero nuestros hombres llevaban ciertos arreos que no dejaban de inquietarnos. En la pantorrilla izquierda tenían atado un gran cuchillo con guarniciones de plata; del arzón de la silla pendía un enorme cuerno con base de *puro* (calabazo), que se usa como cantimplora para llevar licor, y un asta o varejón en la mano. Al verlos Schloss tomó sus pistolas como medida de precaución para el caso de que tuviéramos que habérnoslas con algunos salteadores; poco duró nuestro infundado temor, porque cuando estuvimos a distancia de poder distinguir las personas, uno de nuestros sirvientes saludó al señor Cura y a su sacristán, de quienes era amigo.

La llegada de viajeros por esos despoblados, y más

que todo la carta de recomendación del Dr. Cárdenas, eran motivos suficientes para que el hospitalario Cura nos colmara de atenciones y ofrecimientos; se devolvió con nosotros y nos hospedó en la casa cural, después de ordenar a una india cocinera que preparara lo mejor que tuviera para que comiéramos.

*

Era San Pablo el agrupamiento de unas pocas chozas construídas sobre estantillos, en medio de altos cerros cubiertos de bosques tupidos, con un horizonte que mediría una milla de diámetro: allí comprendimos el origen del nombre de *Barbacoas* que se da a esa comarca, sin duda porque las constantes lluvias torrenciales mantienen el suelo en perpetua humedad, y obligan a sus moradores a dar a las casas forma de *barbacoa*, para subir a las cuales se colocan escaleras de gallinero.

Nos faltan expresiones para hacer la descripción de la miseria, atraso e ignorancia de los habitantes de lo que llamaban *puerto seco de Barbacoas*, por donde es forzoso pasar para ir o venir por tierra a esa ciudad.

El Cura era un sacerdote español, ordenado en Quito en los últimos días de la dominación peninsular, y empezó su carrera como capellán de las tropas que mandaba D. Basilio García; derrotadas éstas, se internó en aquellas selvas entonces impenetrables, y permaneció oculto hasta el año de 1826, en que la falta de sacerdotes obligó al Gobierno colombiano a servirse de los que había. Desde entonces permanecía ese hombre sumido en aquellos yermos, sin poder cultivar la inteligencia ni tener el menor goce de los que ofrece la vida civilizada; sus feligreses eran unos pocos indios y negros, embrutecidos por la bebida y vicios consiguientes. La única vez que después de treinta años salió de aquel confinamiento voluntario, fue para auxiliar a un condenado a muerte en Túquerres en el año de 1841.

Ya entrada la noche pasámos al *comedor* para dar a nuestros cuerpos el refrigerio que reclamaban. Formaban esta pieza unos tabiques de *latas de guadua* atadas con bejuco para separar los diversos compartimientos en que estaba dividido aquel *galpón*. Se suspendió la escalera para que no se subieran los animales dañinos, y empezámos a devorar una olla de *sancocho* de plátano, condimentado con la carne nitrada que llevábamos, que hizo la delicia del pobre Cura, lo mismo que nuestro chocolate y bizcochos; él nos ofrecía *anisado de olla*, que en aquel clima es excelente digestivo.

Con el chiste característico de los andaluces, nos hizo la descripción de los trabajos que soportaba en su curato: si lo llamaban a una confesión hacia el norte del pueblo, iba a caballo, a riesgo de romperse la crisma por los atajos que debía transitar; y si era hacia el sur, debía ir cargado en lomos de indios, o a pie, con peligro inminente de ser mordido por alguna de los millares de millones de culebras que vivían en sus dominios eclesiásticos. Nos mostró su biblioteca, que consistía en el breviario y misal; pero tan usados y grasientos, que con dificultad podía leerse en ellos. El guardarropa, vasos sagrados y archivo, no iban en zaga a la biblioteca; en *gigras* (mochilas) suspendidas del empajado, guardaba el cáliz y píxide de plata; las casullas y demás ornamentos eran de zaraza, desteñida por el uso; los registros parroquiales roídos por los insectos, y en un *purilo* (calabazo) guardaba la harina para hacer las hostias; en cuanto al vino para consagrar, nos decía que se atenía a la buena fe del que se lo proporcionaba, pero que lo mezclaba con aguardiente para que no se *picara;* conservaba los óleos en frascos tapados con tusas; las cadenas para los rarísimos matrimonios eran tejidas de pita, y los anillos los hacían de coco. Probablemente ni en la primera misa que se celebró en América se vería tánta pobreza y sencillez.

Ya estábamos cabeceando de sueño cuando el Cura

nos refirió otra de las bellas condiciones de su curato. De pronto creímos que el deseo de desquitarse con nosotros del forzado ayuno de *tertulia* incitaba al *chapetón* a inventar recursos para dar pábulo a su charla; pero después tuvimos ocasión de ver que nos decía la verdad:

El terreno de aluvión sobre el cual está sentado el pueblo, el clima más que templado y las constantes lluvias que reinan en aquellas montañas, influyen para que las empapadas capas superficiales expuestas al calor del sol, estén sujetas a la fermentación, con tendencia a levantarse sobre el nivel del suelo; de esta causa proviene que los cadáveres que se entierran a menos de dos metros de profundidad *se salen* de la sepultura. Para evitar esto, los indios, antes de morir, dejan un gran *puro* (calabazo) de *calaguasca* (aguardiente), para remunerar a los enterradores, previa condición de que los entierren hasta dar con terreno firme, y los *pisen bien*, a fin de evitar qne los malos espíritus los vuelvan a la tierra antes de tiempo.

Pero sucedía que los sepultureros empezaban por beberse el aguardiente, y ya chispados, procedían a la inhumación, sin cuidarse de si el difunto quedaba bien asegurado, razón por la cual tenía el Cura que vigilarlos, entre otras razones para impedir la infección del pueblo.

Muy de mañana celebró misa el Cura; por esto conocimos la iglesia. Era ésta una enramada pajiza, encerrada con *latas* de guadua; empalizado el piso para que los fieles no se hundieran en el fango; el altar mayor, formado con mesa de tablas desiguales puestas sobre estacas; por todo adorno unos pañuelos de *rabo de gallo* colgados en la testera de la iglesia y retablos de la peor clase; los ciriales y cruz alta, de juncos y carrizo, la última adornada con un pañuelo en forma de manga.

No podían guardarse las formas consagradas, tanto por la inseguridad de la iglesia, que se cerraba amarran-

do las puertas con cuerdas, como por la humedad del clima, que no lo permitía; al lado de la puerta había dos postes, que clavados en tierra, servían de torre para colgar una campana. Era preciso ver y contemplar tánta miseria, para comprender y admirar la sublime doctrina de la Iglesia Católica, que nos enseña la presencia real de todo un Dios, que no desdeña descender a localidades inferiores en mucho a la gruta de Belén.

Lo que dejamos descrito, que apenas era el principio del viaje, empezaba a preocuparnos respecto de las penalidades que tendríamos que afrontar; más aún, creemos que si hubiéramos tenido menos amor propio y vanidad, habríamos confesado nuestro error y regresado a Pasto, o cambiado el lugar del recreo, en vez de ir a buscar *tres pies al gato* por semejantes andurriales; no lo hicimos así, y llevamos nuestro merecido.

Después de colgar las monturas encima del fogón de la cocina para preservarlas de la humedad mientras volvíamos, subió Schloss en su silla sobre el carguero, con la espalda vuelta hacia el camino que debíamos recorrer, por lo cual lo llamábamos el *cangrejo;* detrás íbamos nosotros, seguidos de los dos sirvientes, los peones cargueros de relevo y los que conducían el equipaje. Este era el orden que, según el prudente consejo del Cura, debíamos mantener durante los *cinco días* que emplearíamos en recorrer las diez y nueve leguas que median entre San Pablo y Barbacoas, por dos razones: la primera, porque el lugar más expuesto a la mordedura de las culebras, es el que ocupan los últimos que pasan, y la segunda, porque la vereda que debíamos transitar no tenía espacio en ninguna parte para que caminaran dos hombres de frente.

Pocos pasos habíamos andado fuera de la población, cuando oímos que nos llamaban a gritos para decirnos que se nos olvidaba *lo mejor:* era el acucioso Cura que nos mostraba el *cuerno pastuso* lleno de aguardiente preparado con pepa de *Cedrón*, como contraveneno de las

culebras. Uno de nuestros sirvientes recogió la prenda olvidada, y a la distancia que nos hallábamos recibímos la última bendición del Cura, que nos la dio con la misma solemnidad con que la daría al ajusticiado que va a recibir el golpe de gracia. Pocos pasos más, y quedámos emboscados en la montaña sombría.

Con el objeto de no gastar nuestras fuerzas, resolvimos ceñirnos en todo a los usos y costumbres de los peones cargueros; éstos iban sin otro vestido que la camisa, y calzados con pedazos de cuero sin curtir, cosido al pie con tiras del mismo cuero, con el pelo para adentro, que los defendía de las mordeduras de las culebras y de las espinas de la palma *cuchirrabo;* pero tan extraño calzado era sumamente resbaladizo y tomaba el aspecto de gelatina, por la constante inmersión en el agua o en los lodazales, que era lo común en aquella ruta descubierta por los conquistadores, sin que hasta entonces se hubiera hecho el más mínimo esfuerzo por mejorarla. Si algo sólido pisábamos, eran las osamentas de las culebras; constantemente encontrábamos cruces llenas de musgo a la orilla de la vereda, como signo inequí, voco de piadoso amparo a los restos de algún infeliz víctima del mortífero veneno o del derrumbamiento de aludes, etc., etc.

Como defensa contra las culebras y apoyo en tan fragoso camino, llevábamos largos bordones; para precavernos de la lluvia torrencial nos cubríamos con grandes hojas de *bihao*, las que nos daban el aspecto de loros gigantescos, dada la circunstancia de que llevábamos sombrero enfundado con hule rojo.

El estado de la atmósfera se manifestaba con fuertes aguaceros, seguidos de cielo despejado con calor sofocante que produce la reverberación de los rayos del sol sobre el suelo húmedo, que efectúa la rápida evaporación que, condensada, vuelve a resolverse en aguacero; y esto con tal constancia e igualdad, que en el transcurso de una hora se experimentan los fenómenos de diversas estaciones con una regularidad desesperante.

Desde que nos internamos en la montaña hasta que llegámos a las inmediaciones de Barbacoas, apenas vimos el cielo por breves instantes, porque la espesura del bosque era tál, que sólo teníamos por horizonte el follaje de los tupidísimos árboles que, cual océano de vegetación, cubren aquellas solitarias y silenciosas comarcas en una extensión de cerca de doscientas leguas de norte a sur, en la zona cubierta de impenetrables montañas que miden más de cincuenta leguas de espesura, desde las heladas cimas de la cordillera occidental hasta las orillas del Pacífico, cuyas ondas parece que acariciaran con amoroso beso las playas cubiertas de magníficos y exuberantes bosques, embalsamados por los aromas misteriosos con los cuales plugo al Creador omnipotente dotar aquella tierra de promisión para las futuras generaciones.

El fenómeno atmosférico que observábamos, coincidía con la fauna de la montaña; desde San Pablo hasta las cercanías de Barbacoas sólo había culebras y sapos en múltiples variedades, especialmente de los últimos, entre los que se cuenta un género llamado *Pupo*, del tamaño de la cabeza de un buey y con ojos aún más grandes que los de este rumiante; pero a medida que nos aproximábamos a la ciudad, notábamos la animación que producen en las tierras calientes los innúmeros cuadrúpedos que viven en esa parte del bajo Chocó, en absoluta libertad y sin la enfadosa presencia del hombre.

La vereda que recorríamos era en descenso constante, salvo algunas pendientes negativas como las cuestas de Altaquer y Armada, las que en la actualidad se evitan con un simple rodeo; pero que entonces tuvimos que transitar por la imposibilidad de pasar por otra parte. A medida que descendíamos aumentaban los grados de la temperatura, en términos que hacia el medio día nos hallábamos en plena tierra caliente, cuando menos con 30° de calor. Seguimos al peón que conducía a Schloss que, como ya hemos dicho, lo cargaba con la cara hacia

atrás o lo que es lo mismo, dando frente a los que lo seguíamos, lo cual nos proporcionaba la distracción de conversar y mirarnos constantemente. Schloss nos hacía burla y se reía de la figura más que prosaica que íbamos haciendo, con la mirada fija en lo que nos rodeaba y el oído atento a cualquier ruído, porque bien comprendíamos que la menor distracción o momento perdido podría costarnos la vida.

A la mitad de la jornada llegámos a un *descansadero*, llamado así el sitio a propósito para que los peones tomaran un refrigerio, que consistía en *aco* (cebada), tostado el grano antes de molerlo, y mezclado con panela, en esta forma: ponen un puñado en el *pilche* (totuma), se llena de agua del arroyo inmediato, y se bebe esa mazamorra fría. Y ese era el alimento principal, por no decir único, de aquellos hombres robustos y sufridos.

Entre las cuatro y las cinco de la tarde llegámos a la primera posada, después de salir de San Pablo; era ésta un ranchito alzado sobre orquetas, abrigado con *lata de guadua* y con la correspondiente escalera formada de un tronco con hendeduras para no resbalar al subir o bajar por él. La fatiga del camino y el apetito consiguiente, satisfecho con el buen fiambre que llevábamos, contribuyeron en mucho para que no nos diéramos cuenta de que habíamos dormido esa noche en nuestros modestos tendidos.

Al día siguiente, después de almuerzo, emprendímos comino a las nueve de la mañana, porque el tiempo propicio para viajar, o menos expuesto al ataque de las culebras, es el que media entre esa hora y las cuatro de la tarde, pues ya se sabe que los ofidios tienen la condición de permanecer aletargados desde que calienta el sol hasta que disminuye el calor.

Poco tiempo después de haber salido de la posada, empezamos a oír a lo lejos como el rumor de un río, hecho muy natural en todo terreno quebrado y cubierto de bosque, por lo que ni aun preguntámos a los cargueros

la causa del fenómeno. Caminábamos silenciosos, bajo tupida bóveda de vegetación, en la que a menudo se quedaba enredado el sombrero de Schloss, quien sufría constantes golpes en la cabeza con las ramas de los árboles, sin poderlos evitar, por la sencilla razón de que no tenía ojos en la nuca.

Arreciaba el monótono ruido, y por el estrépito que causaba el agua en aquellos precipicios, creímos que nos hallábamos próximos a alguna catarata, con tanto mayor razón, cuanto que el eco atronador, semejante al que produce el estallido del rayo, repercutía con pavoroso estruendo y turbaba el imponente silencio de aquellas selvas. Una densa niebla nos envolvía de tal manera, que caminábamos la tientas, sin poder siquiera dirigirnos la palabra, porque el ruido del impetuoso torrente ahogaba nuestra voz. Los peones iban tranquilos e indiferentes, lo que tomámos por síntoma favorable de que no existía ningún peligro en el paraje en que nos hallábamos.

De pronto llegámos a un recodo, en donde sentímos que aumentaba el estrépito, al mismo tiempo que se ofuscó nuestra vista por la repentina interrupción de la maleza que nos sombreaba; el peón que cargaba a Schloss puso en balanza el largo bordón que llevaba, y con sin igual denuedo avanzó sobre el árbol caído que servía de puente apoyado en los bordes del abismo.

El instinto de conservación nos contuvo para no seguir detrás de aquel osado equilibrista, sin podernos dar cuenta de lo que pasaba en nuestro sobrecogido espíritu; el pasmo, el horror y la sorpresa nos embargaban las facultades intelectuales de tal manera, que nos quedàmos como clavados en el sitio, contemplando con estúpida mirada el peligrosísimo cuanto fantástico paso del inocente Schloss, quien por la posición que ocupaba sobre la silla en que iba sentado, contemplaba tranquilo las copas de los árboles y las nubes del cielo, sin maliciar ni remotamente que en esos momentos jugaba la vida sobre un tronco podrido, que era la vía obligada para pa-

sar el torrentoso río Cuaiquer, cargado por un indio imbécil, calzado con una especie de zapato de cuero gelatinoso y sumamente resbaladizo, quien no se tomó el trabajo de advertir al que llevaba encima el espantoso equilibrio en que lo hacía tomar parte sin su previo consentimiento. Un paso falso del indio, un ligero movimiento de Schloss, quien en esos supremos instantes parecía una pitonisa en elevado trípode, un viento fuerte que hubiera soplado en esos momentos, o cualquiera otro de los mínimos accidentes que podían sobrevenir, habría sido más que suficiente para que nuestro amigo y su *bagaje* descendieran a plomo a una profundidad de cincuenta metros, sobre las espumosas y enfurecidas ondas cristalinas del imponente río, que bajaba estrellándose contra grandes pedrejones sembrados con profusión en su lecho, de donde no habríamos podido ni aun siquiera sacar los cadáveres para darles supultura.

Muchas y atrevidas suertes peligrosas hemos visto ejecutar a audaces volatineros, y aun tenemos conocimiento de las vertiginosas travesías de Blondín sobre una cuerda en el Niágara, y de Warner en el hórrido salto del Tequendama; pero no sabíamos que semejantes bárbaros hubieran hecho estas temeridades, llevando a la espalda a uno de sus semejantes; aún más: creemos que no encontrarían a ningún aburrido de la vida que se prestara a ocupar el puesto que ocupó Schloss en aquella ocasión.

De las precedentes consideraciones nos sacaron los cargueros que conducían el equipaje: *elai pis amo mío, déjenos pasar*, nos dijeron, para que les dejáramos franca la entrada al *puente*, pues deseaban descansar al otro lado. Y aquellos hombres pasaron impávidos e indiferentes, como si fuera la acción más sencilla caminar sobre aquel tronco, que mediría unos treinta metros de largo.

En cuanto a Schloss, lo veíamos mustio y poseído de terror póstumo o restrospectivo, si así puede decirse, al contemplar por dónde lo habían pasado.

Quedábamos del lado de acá, acompañados de los dos pajes, uno de los cuales—Santiago el bogotano—nos dijo, pálido como un difunto: señor, yo me comprometí a servir a D. Carlos hasta Pasto, y si he venido por estos lugares, ha sido sin saber que tendríamos que exponer la vida en este precipicio. Mi pobre madre no tiene más apoyo que el mío, y por lo mismo, ni hecho pedazos me hacen pasar por esta viga.

—Ni a mí tampoco, contestámos incontrastablemente, resueltos a devolvernos para Pasto; al efecto, hicimos señales negativas a Schloss, quien nos respondía con signos afirmativos, porque la estrepitosa corriente del río no permitía otro modo de entendernos.

Repasó el puente uno de los peones para animarnos a imitarlo; pero su vuelta sólo tuvo el resultado de servirnos de él para que manifestara al inglés nuestro propósito, oído el cual por éste, sacó sosegadamente la cartera, arrancó una hoja de papel y escribió con lápiz las siguientes elocuentes frases que nos envió por el mismo conducto: « Yo no volveré en los días de mi vida a pasar por aquí; le envío todos los cargueros para que pase como pueda; pero si ni aun así lo hace, le prevengo que no le dejaré víveres ni ropa, pues estoy resuelto a no ser la víctima del *Capitán Araña, que embarca y se queda en tierra* »

Si hubiéramos leído una sentencia de muerte, no nos habría hecho más impresión que la que nos produjo la lectura de esas pocas palabras que, en resumen, nos colocaban en este cruel dilema: morirnos de hambre y desamparo en aquellas aborrecidas montañas, o exponernos a sucumbir tristemente al pasar sobre el abismo aterrador. Impusímos a los sirvientes de la inicua coacción que nos hacía Schloss, quien en definitiva ponía en vigor el refrán que dice: *mal de muchos, consuelo de tontos;* consolámos en los términos que pudimos al afligido Santiago, y reuniendo el aliento que nos quedaba, nos resolvimos, aunque llenos de despecho, a aventurar-

nos en aquel mal paso, para lo cual tomámos las precauciones y seguridades que estuvieron a nuestro alcance.

Resolvimos pasar aquel abismo a horcajadas sobre la viga, atados debajo de los brazos con cuerdas que llevaban dos indios, a vanguardia y retaguardia, para impedir una caída. Apoyábamos las manos sobre el tronco, e imprimíamos al cuerpo un movimiento hacia adelante; con los pies colgando en el vacío, la mirada en el extremo de la extravagante peregrinación, el corazón saltándonos con fuerza, y zumbándonos la cabeza como si la tuviéramos repleta de abejones.

Schloss nos contemplaba con expresiones de pavor, lástima o burla, conforme íbamos aproximándonos a él; los indios se reían del terror que nos dominaba, y los pajes se preparaban, espantados, a imitarnos; al llegar a la orilla opuesta tuvieron que desprendernos del madero, porque la impresión nerviosa nos tenía entumecidos.

Llegó el turno a los sirvientes: *Pancho* tenía miedo, pero estaba resuelto a pasar. El pobre Santiago lloraba convulsivamente como si tuviera tétanos; nos hacía responsables de su trágico fin, pues ya se daba por muerto; nos recomendó su madre, rezó lo que sabía, besó la húmeda tierra, y se consignó a los peones para que lo amarraran, montaran y pasaran por sobre la viga. Por fortuna el estado de amilanamiento de aquel mozo lo comprendieron los cargueros, quienes resolvieron que uno de ellos pasara *a la grupa* de Santiago, a fin de prevenir una catástrofe. Al llegar al otro lado y verse salvo en tierra firme, el infeliz reía y lloraba a un mismo tiempo. Para reanimarnos después de tan apurada situación, tomámos doble trago de anisado, que es la panacea en esas recónditas soledades, y proseguímos nuestro camino apurando el paso, a fin de compensar el tiempo perdido, después de jurar *hasta por la Laguna Estigia* que no volveríamos por allí *ni a recoger los pasos*, juramento

que no estuvo en nuestra mano cumplir, como se verá más adelante.

A la caída de la tarde llegámos a la posada, y sobre la marcha hicimos abrir el baúl del *avío* para mitigar el hambre canina que nos atormentaba; pero cuál sería nuestra consternación al sentir la insoportable fetidez que exhalaba al alzar la tapa! Averiguada la causa de aquella novedad, resultó que la carne nitrada estaba en completa putrefacción; que las pastillas de chocolate y la panela, revenidas, formaban una materia asquerosa; que el bizcocho presentaba el aspecto de masas vizcosas cubiertas de moho, y el todo, infestado por la nauseabunda carne que apestaba a mortecino de ocho días, por la humedad del clima. Por manera que a la aventura del puente, debíamos añadir el contratiempo de encontrarnos sin cosa de provecho para llevar a la boca, porque en el rancho de forzosa pernoctada no podían proporcionarnos sino guineos verdes, los que agregados al *aco* que nos *prestaron* los cargueros, constituyeron la comida y merienda que hicimos en ese día; verdad que el sueño nos venció pronto, pero todos estábamos tan nerviosos, que en vez de dormir tranquilamente como merecíamos, tuvimos horribles pesadillas.

A la hora acostumbrada y desayunados con guineos medio asados y un *pilche* de *aco*, continuámos el viaje, con la esperanza de comer y dormir en la *renombrada* posada de *Buenavista*, llamada así porque desde este punto se divisan los nevados de Sotará, Puracé, Chiles y Cumbal.

Temprano llegámos al suspirado albergue formado de varias habitaciones altas, rodeadas de *rozas* de maíz, plataneras, yucales y cañas, para extraer el jugo de las cuales usaban trapiche de mano. Al arrimar a la escalera para subir a la posada, se nos presentó un espectáculo que nos hizo erizar los cabellos. De las varas que sostenían el entresuelo pendía una colección completa e inestimable para los naturalistas, de las culebras cazadas

en el día por los moradores de los ranchos; allí conocimos la terrible *ambucauna* o *verrugosa* de color gris terroso, que tiene uña en la cola para afianzarse en los arbustos y lanzarse sobre la víctima que pasa a su alcance, armada de largos colmillos que le salen fuera de la boca, y provista de pequeñas arrugas que manan el venenoso licor, que, añadido al que inyecta al morder, produce la muerte en medio de dolores atroces; las *tayas equis*, *gualcauna* y *negra*, o *nupa* con manchas negras y cresta roja; la *toche*, amarilla y negra; la *tigre*, color de siena con pintas negras semejantes a las del jaguar ; la *voladora*, que vive en el follaje de los árboles y destruye los pájaros; la *coral*, roja y negra; la *víbora*, el *áspid* y otras, todas a cual más temibles y cuyas mordeduras matan, las más veces, a pesar de la pronta aplicación del contraveneno más acreditado.

Trepámos la escalera y pedímos posada a un gran zambo llamado Mariano, que era el dueño y señor de la casa, y que se hallaba en absoluta desnudez; nos recibió con agrado, sin cuidarse de la impresión que nos produjo la vista de su atlética musculatura. Le preguntámos si podría vendernos algo sustancioso para comer, porque hacía dos días que nos manteníamos con *aco* y guineos: ofreció vendernos *sancocho* de plátano y yuca, tan luego como hirviera la olla que hacía poco había puesto al fuego.

La esperanza de aplacar el hambre atrasada con una taza de caldo caliente, que hacía días no probábamos, nos dio alientos para tener paciencia y esperar el *sancocho* prometido; pero corría el tiempo y no nos presentaban la apetecida comida, por lo cual resolvimos pasar a la cocina inmediata con el objeto de apurar a la cocinera. De paso vimos colgadas en el alar de la casa varias lonjas que creímos serían de pescado de río, sin espinas. Ibamos a penetrar en el recinto culinario, pero retrocedimos azorados; la primera idea que nos vino a la mente fue la de que habíamos tomado por cocina la alcoba de la casa.

Repuestos de la sorpresa y sin atrevernos a entrar para hablar con la cocinera, volvimos a la parte de la posada que ocupábamos a referir a Schloss lo que habíamos visto; pero no tuvimos ese trabajo, porque sin previo anuncio se presentó la hostelera acompañada de una zambita hija suya, de quince años, y de otros retoños menores, trayéndonos en tazas de palo el humeante y apetitoso *sancocho;* todos los marmitones lucían con pasmosa indiferencia las esbeltas formas cuya reproducción inmortalizó a Fidias.

Mientras se aplacaba el lastimado pudor británico de Schloss, preguntámos al zambo el nombre del río o lago donde se cogía el pescado que íbamos a comer y que veíamos en pedazos de carne blanca como la del *capitán* de la Sabana de Bogotá, que nadaban en el caldo que ya aproximábamos a los labios.

—Ese no es pescado, *mi blanquito*, sino *cazadora de la fina*, nos contestó; pruébela y dígame si en su vida ha comido mejor carne.... Calladitos devolvimos las tazas a los pajes para que nos libraran del olor que momentos antes nos pareció delicioso; pero la desilusión y chasco sufrido al saber el engaño del manjar, se cambió en sensación de asco que nos produjo náuseas; hubimos de contentarnos con *bala*, o sea bollos de plátano verde cocido al vapor en olla herméticamente tapada, y golpeado sobre la piedra de moler hasta que la masa se vuelve elástica y glutinosa. La sola idea de que aquellas gentes comían reptiles, bastó para que las viéramos con invencible repugnancia.

Después de nuestra frugal comida, nos obsequiaron con un concierto de canto acompañado de *marimba*. Este es un instrumento de origen africano, que puede ser contemporáneo de la lira, el salterio y la cítara, pero que no reúne ninguna de las condiciones de aquéllos. Sobre dos maderos horizontales y paralelos, a distancia proporcionada, se posan ocho listones de madera fina o de *gualte* (palma), arreglados sobre tarros de guadua de di-

ferente longitud, de modo que cada uno de ellos produzca el sonido de un tono de la escala al golpearlos con las porras de los palitos que toma en las manos el ejecutante; el sonido que produce tan primitivo como tosco instrumento es apenas perceptible, por las poquísimas vibraciones de la madera que da los tonos; pero en cambio despierta en el ánimo del que lo oye profunda melancolía, porque sus sonidos apagados y monótonos parece que vinieran de otro mundo. El canto se redujo a la entonación de varios *yaravíes*, que sirven a los negros y a los indios para expresar en coplas plañideras los sentimientos de amor, odio o alegría que los dominan, según el nombre que lleva.

*

De *Buenavista* hasta Barbacoas, seis leguas, se desciende sin interrupción, y como consecuencia natural, el calor aumenta en iguales proporciones hasta subir el termómetro a 35° centígrado.

Desde que salimos de la posada empezó a cambiar la decoración del país que recorríamos: al bosque umbroso y triste que dejábamos atrás, se sucedían montañas de variada y exuberante vegetación, en la que descuellan las palmeras y el bellísimo *árbol del pan*, de grandes y caprichosas hojas dentadas; las habitaciones y estancias adyacentes aumentaban a medida que nos acercábamos a la ciudad; el perenne ruido de las chicharras y grillos, unido al canto de los pájaros y al grito de los pericos, nos hacía comprender que habíamos salido de la zona de la muerte, o mejor dicho, de la república viperina; porque si bien es cierto que en la tierra que pisábamos también había culebras, el camino era ancha vereda que nos servía de defensa contra tan temibles adversarios.

Para entrar en la ciudad de Barbacoas nos vestímos de hombres civilizados, pues suponíamos con fundamen-

to que sus habitantes lo eran, sin embargo de que desde que salímos de *Buenavista*, trayecto en que no se encuentran sino negros, no habíamos vuelto a ver hombre, mujer o niño que no anduviera en el mismísimo estado de nuestros primeros padres antes del uso de la famosa hoja de higuera.

El aspecto de la ciudad era semejante al de Honda, con la diferencia de que los edificios construídos sobre altas estacas o columnas eran de madera y palma, con algunas calles empedradas. Situada a la ribera oriental del encantador río Telembí, que mide allí más de cien metros de anchura, de suave corriente y aguas cristalinas, que no ocultan *rayas* traidoras ni caimanes alevosos en el lecho de menudos guijarros; sombreado por bosques de bellísimo y variado follaje, cuyo aroma natural es, entre otros, el de la *vainilla* silvestre, que brota entre aquellos inextricables jarales.

Instalados en la habitación que nos proporcionaron, enviámos las cartas de introducción que llevábamos para el señor D. Nazario Valenzuela, hermano de nuestro amigo D. Teodoro. Por respuesta se vino aquel caballero donde nosotros y nos ofreció su casa, su persona, su bolsillo y su amistad, que valía más que todo.

Las piezas que ocupábamos estaban desmanteladas, y en el acto nos proveyó de catres de bronce, de sillas mecedoras, de hamacas y de los muebles y enseres más que indispensables para nuestra comodidad y regalo; se despidió de nosotros para que descansáramos de las fatigas pasadas, nos previno que retiráramos los catres de la pared para que los *ciempiés* no nos chuparan los sesos, y nos advirtió que almorzaba a las diez de la mañana y comía a las cuatro de la tarde, a fin de que no faltáramos a estas citas mientras permaneciéramos en la ciudad.

Aun cuando estábamos vencidos por el sueño, no creímos prudente acostarnos sin espulgar las camas y colocarlas en la mitad de la pieza, pues no era para des-

atender el consejo del señor Valenzuela; al empezar no más la requisa, encontramos sobre los catres insectos que parecían gruesos y nudosos espartos, no de ciento, sino de seis patas largas y delgadas como cerdas, con las que se introducen suavemente por los oídos hasta dar con la masa cerebral, para vivir allí tranquilamente sin riesgo de goteras. Como medida de precaución resolvimos dormir en hamacas, después de *tacarnos* los oídos con algodón empapado en láudano y alcanfor, porque *soldado advertido no muere en guerra.*

Muy de mañana fuimos a darnos baño de inmersión y de fricción, que bien lo necesitábamos, pues debíamos presentarnos en la casa del señor Valenzuela de manera decorosa. Era ésta semejante al *chalet* suizo, con jardines bien cultivados; de la puerta de la calle para adentro nos esperaban sorpresa tras sorpresa. Rico mobiliario con espléndidas sillas mecedoras de bronce dorado, tapices de verdadera cachemira, jarrones de porcelana de Sèvres, bustos de mármol, pinturas al óleo, esterillas del Japón, cortinas de indiana y, en una palabra, todos los objetos de lujo, arte y comodidad que forman el ajuar de un opulento *nabab* en la India.

Después de breves instantes entró al salón D. Nazario, acompañado de su bellísima esposa D.ª Ramona Cabezas, educada en Lima, cuyos usos y costumbres implantó en su ciudad natal, en donde era estimada de cuantos tenían la fortuna de tratarla. Los cuantiosos intereses vinculados en ricas minas de oro del suegro del señor Valenzuela, administradas por éste, eran la causa imperiosa, que los obligaba a vivir en Barbacoas, de donde se ausentaban temporalmente para emprender paseos de recreo a Lima, París y Nueva York.

Estábamos en lo más animado de la conversación cuando entró a la sala un negrito fino como de ébano, sin otra cosa sobre el esbelto cuerpo que un pañuelo rojo amarrado a la cintura; puso *rodilla en tierra* y dijo en media lengua:

—*Que vayan mis amos a almorzar.*

Sin parar mientes en este incidente, condujimos a la Sra. de Valenzuela a la mesa, y nos sentámos con la tranquilidad y buen humor del que tiene conciencia de que la realidad superará a las esperanzas.

Ya habíamos tomado sopa de ostras frescas con el correspondiente vino Sauternes, cuando notámos que Schloss se ponía más rojo que la grana; nuestra primera idea fue la de que se le habría ido algo *por mal camino* al comer; pero, no era eso, sino la aparición que él vio primero y nosotros después. Entraba al comedor una mulata bien formada, de quince a diez y seis abriles, la cual conducía en alto rica fuente de plata con apetitosa fritada de nítidos *patacones* y otros suculentos adherentes, y llevaba por todo vestido cortísima falda de lana roja, zarcillos, collares, pulseras y brazaletes de oro, argollas de lo mismo en las gargantas de los pies y cuentas de filigrana enredadas en los lanudos cabellos peinados a usanza de las griegas. Y después de ésa se presentó otra con empanadas de *pipián*, y después otra con el asado, y después.... nos santiguámos con disimulo para librarnos de las tentaciones y de las malas obras y deseos! ¿Qué otra cosa podíamos hacer ante la práctica de costumbres que hacían retrogradar la sociedad a los tiempos prehistóricos?

Nuestra corta permanencia en Barbacoas fue como el oasis en desierto de cielo de bronce; ninguno quería creer que por el placer de pasear fuéramos hasta Tumaco; pero siempre recordaremos con gratitud los cuidados y atenciones que nos prodigaron, entre otros, los estimables caballeros Hurtado, Rodríguez, Rubio y Díaz.

El silencio de la ciudad sólo era turbado por el constante canto de los gallos, a cuyas riñas son muy aficionados los barbacoanos; durante la noche era difícil conciliar el sueño, a causa de la regularidad cronométrica que observan estas aves en las tierras calientes para cantar cada cuarto de hora, y como en cada estacón o

columna de las casas había un gallo atado como atalaya contra los sapos y culebras, puede decirse que toda la noche se oía incesante cacareo.

Excepción hecha de unas pocas vacas llevadas por agua, de dos caballos ecuatorianos, de muchos cerdos y algunos perros, no había otros cuadrúpedos en toda la extensión de la comarca, sino fieras montaraces, entre ellas los jaguares, que se aproximaban con increíble audacia hasta los arrabales de la población. Sus habitantes, la mayor parte negros, mulatos e indios, vivían del laboreo de las minas de oro de aluvión, y como sucede en todo país minero, se derrochaba la riqueza con la misma facilidad con que se ganaba; constantemente se veía a los negros bebiendo licor y danzando con sus *bayaderas* a las orillas del Telembí, donde se sumergían todos juntos para calmar la agitación que les producía la danza.

Los domingos daba gusto ver a las mujeres del pueblo adornadas con ricos aderezos de oro finísimo, entre las cuales se distinguían las negras y mulatas, cuyas razas son tan apasionadas por todo lo que relumbra.

Respecto a la parte notable de la historia de Barbacoas, sólo sabemos que en el año de 1823 atacaron las fuerzas realistas al mando de Agualongo, al entonces Teniente Coronel D. Tomás Cipriano de Mosquera, quien con cien hombres y herido, las derrotó. El General Mosquera, que tenía su puntas de *agorero*, nos refirió que momentos antes del combate le rozó un *tominejo* o dinde, en su rápido vuelo, la mandíbula donde lo hirió la bala, en momentos en que pronunciaba la palabra *fuego!* A esta feliz casualidad debió que el proyectil no le destrozara la lengua. Al saber los soldados lo sucedido con el ave, se alarmaron en la creencia de que esa circunstancia indicaba mal presagio; pero D. Tomás los tranquilizó asegurándoles que el hecho de ser un pájaro de pluma esmaltada el que lo había tocado, era *augurio favorable* que les garantizaba el triunfo.

Después de aquel memorable combate estuvo a punto de morir el General Mosquera por falta de recursos médicos, y sólo debió la vida a D. Isidoro Cordovez, quien lo hizo conducir a Izcuandé, donde se repuso de la herida; pero siempre le quedó algo torcida la mandíbula y dificultosa la pronunciación, motivo por el cual el pueblo lo llamaba *Mascachochas*, apodo que no disgustaba al General, porque le recordaba uno de los episodios más gloriosos de su agitada y fecunda existencia, al mismo tiempo que le valió el honroso título de « Bravo defensor de Barbacoas,» que le dio el Libertador.

*

Aparejada una canoa de medianas dimensiones, y provistos de buen rancho para alimentarnos durante los tres días de navegación que emplearíamos de Barbaccas a Salahonda, nos embarcámos una hermosa mañana del mes de noviembre, guiados por cuatro bogas y un piloto, todos negros y parleros como loros, menos diestros que los del río Magdalena; pero en cambio, humildes y comedidos. Al despedirnos de los excelentes amigos que allí dejábamos, nos dieron el singular consejo de que en las posadas adonde llegáramos, dijéramos que éramos *padrecitos* (sacerdotes), para lograr que nos proporcionaran lo que pudiéramos necesitar en los despoblados que íbamos a recorrer.

Soltada la amarra, dimos el último adiós a los que quedaban en la ribera y nuestra frágil embarcación empezó a deslizarse suavemente sobre las aguas mansas del Telembí, mientras que agitábamos nuestros pañuelos para corresponder el saludo de despedida a los que nos veían alejar, compadecidos de nuestra insigne calaverada. Pasámos por la boca del río Guagüí, en su confluencia con el Telembí, hasta donde se extendía la ciudad, que a pocas vueltas perdimos de vista.

Fue entonces cuando comprendimos la gravedad del paso dado, al vernos solos en medio de aquellos bos-

ques ardientes y desiertos, surcando las hondas del apacible río, a merced de cinco fornidos negros de apariencia humilde, pero que podía tentar el diablo a que volcaran la canoa en el sitio que creyeran aparente para echarnos al agua, o para abandonarnos en una de tántas encrucijadas que ellos conocían. Por fortuna para nosotros, era peligrosísimo, no diremos internarse en el bosque, sino aun arrimarse a las orillas del río, porque las víboras, los jaguares y panteras pululaban entre las impenetrables malezas que cubrían esas comarcas.

Como medida de precaución habíamos hecho atar con bejuco gruesos *balsos* a los costados de la canoa para dar alguna fijeza a la *celosa* embarcación.

Empezámos por hacer lo que llaman *composición de lugar*, a fin de llevar a cabo nuestra descabellada excursión con los menores inconvenientes posibles; al efecto, tratámos en serio el asunto del *padrecito*, y resolvimos echar suertes para saber cuál de los dos asumiría la responsabilidad del engaño. Tocó a Schloss el desempeño del fingido clérigo, a nosotros el de sacristán y a los pajes el de acólitos; y como los bogas iban de buen humor les encantó la burla e inmediatamente dijeron al *patrón Islote*, nombre con el cual designaban a Schloss, que tenía que *descasarlos* de sus mujeres para casarlos con otras zambas.

A pocas leguas de Barbacoas desemboca el Telembí en el río Patía; pero arriba de ese punto nos bañámos en aquél, antes de engolfarnos en las turbias aguas del último, plagadas de caimanes, porque, lo mismo que sucede en el bajo Magdalena, la persona que se sumerge en su cauce corre el riesgo de ser devorada por aquellos monstruos. Regularmente navegábamos por la mitad del río, pero siempre apartados de las orillas, como medida de precaución para librarnos de los zancudos que en infinitas variedades infestan el país, y del posible asalto de los jaguares y panteras que veíamos con frecuencia y aun nos seguían a distancia, hasta que algún accidente del terreno los obligaba a detenerse.

Nuestra navegación en esos ríos fue feliz por todos aspectos; surcábamos sus aguas llevados por la mansa corriente, y contemplábamos con melancólica admiración los espléndidos cuanto variados paisajes que se ofrecían a nuestra vista a cada revuelta del cauce; en la proa de la canoa establecimos el fogón para cocinar el *sanchocho* y asar los plátanos *hartones*, para procurarnos los cuales no teníamos más trabajo que arribar con precaución a cualquiera de tántas labranzas abandonadas como veíamos a cada paso.

Para mitigar el ardor del sol arreglámos una tolda a la veneciana, debajo de la cual íbamos muellemente recostados, gozando del *dolce far niente* que produce el calor hasta llegar al límite indeciso que aletarga el espíritu entre el sueño y la vigilia, apacible estado del cual no quisiéramos salir; y para que nada faltara de lo que podían darnos aquellas solitarias y aparentemente tranquilas regiones, la luna en creciente era antorcha luminosa que con su argentada luz nos mostraba la ruta que debíamos seguir; y como movible faro señala el rumbo en proceloso mar, del mismo modo el astro de la noche rielaba en las tranquilas y tersas ondas del silencioso río, para invitarnos a seguir sus huellas, confiados en su reflejo protector. Y ese misterioso al par que embriagador silencio de la noche, sólo era turbado por las sentidas cántigas que en apasionadas estrofas entonaban los marineros con acento de ardiente poesía!

Nos aproximábamos a la aldea de Salahonda, situada en la banda sur del Patía, cerca de la temida barra que forman en una de sus bocas las arenas que arrastra el río; en este punto se traba porfiada lucha entre las aguas del mar y las del caudaloso río, que cual esforzados gladiadores lidian sin tregua ni descanso, cada uno por invadir los dominios del otro, en cuya perenne brega obtienen alternativamente ventajas y desventajas. A fin de ahorrar trabajo de remos para vencer la corriente de la marea que nos echàba hacia atrás, resolvimos atracar

al frente de una cabaña habitada por indolentes negros amigos de nuestros bogas, y esperar allí la bajada de la marea que debía conducirnos con sólo dejarnos llevar a Salahonda, término de nuestra navegación fluvial.

En la cabaña debía presentarse a Schloss la ocasión de ejercer el ministerio sacerdotal, del cual se hallaba investido por virtud de la postiza ordenación que le dimos, siguiendo el consejo de nuestros amigos de Barbacoas.

El bribón del piloto saltó a tierra gritando a su *compare* Chomo (Jerónimo), para que saliera a recibir al *padrecito* que le traía; supusimos que la burla no pasaría adelante; pero cuál sería nuestra confusión al ver que un gran negro desnudo, rucio y canoso de puro viejo, semejante al *gorila*, apoyado en grueso bordón se acercó a Schloss, le tomó las manos, se las besó arrodillado y exclamó lleno de compunción con lágrimas en los ojos:

--*Gracias a mi amo y Señó que no me deja morí sin confesión*!

Un rayo que hubiera caído a los pies del inglés no le habría causado más sorpresa; el negro continuaba los ósculos sin soltar las manos del supuesto sacerdote, resuelto a no levantarse de donde se hallaba postrado de hinojos, hasta que no lo absolviera su *amito cura;* Schloss trataba de desasirse de su penitente y lanzaba miradas feroces, al mismo tiempo que nos hacía responsables del horrible sacrilegio que, según él, estaba cometiendo. Para tranquilizarlo y poner término a tan inesperado percance, ocurrímos al expediente de hacer creer al tío *Chomo* que el *padrecito* no podía confesarlo hasta después de que tomara posesión del curato de Tumaco, pero que a la vuelta lo haría de muy buena voluntad; satisfecho el anciano con la promesa, nos vendió algunas frutas, que le pagámos a buen precio, para no llevar el remordimiento del pecado de simonía, ni sacar provecho alguno del inocente engaño.

Apenas empezó a bajar la marea, soltámos la amarra

y seguimos aguas abajo, hasta llegar a Salahonda, de donde se veía el mar y se oía el confuso y prolongado rumor de las olas que, al estrellarse contra las playas, semejan lejano combate de artillería; Schloss se sentía feliz porque había vuelto a ver a su antiguo conocido; nosotros quedámos extáticos al contemplar aquella maravilla que ha inspirado a tántos bardos, y que revela el poder de Dios y la pequeñez del hombre!

Salahonda era un caserío miserable, habitado por la colonia de negros pescadores que vivían sirviendo de prácticos en ese paso peligroso, y de los despojos que les proporcionaban los constantes naufragios al pasar la terrible barra, mucho más peligrosa que la del río Magdalena. Allí pernoctámos, sin otra peripecia que la disputa promovida por Schloss con motivo de la confesión del *compare Chomo;* aún respiraba por la herida, y concluyó por manifestarnos la inquebrantable resolución de *tirar los hábitos*, es decir, que no consentía en continuar la ficción del *padrecito*, porque a ello se oponía, entre otras muchas razones, su disidencia de las creencias católicas. No hicimos hincapié en tan espinoso asunto, aunque sí le observámos que *así paga el diablo a quien bien le sirve*, puesto que, gracias a tan inocente supercheria, habíamos matado el hambre en varias ocasiones.

El trayecto que debíamos recorrer hasta la península de El Gallo, lo hicimos navegando en el canal o dique excavado hace muchos años con el objeto de evitar los peligros de esa boca del Patía; alimentan el cauce las aguas del río y la marea, que en esos sitios es muy fuerte. Mide como una legua de extensión por cuatro o seis metros de anchura, con profundidad apenas suficiente para embarcaciones menores; está cubierto por altísimos y seculares *mangles*, cuyas raíces parecen enormes arañas, y de ellas se alza un tallo vertical que soporta la frondosa copa de ese hermoso árbol, uno de los pocos que se desarrollan en las orillas del mar, y resiste la influencia del agua salada.

No bien hubo luz suficiente, nos internámos en el canal; en él navegábamos bajo una bóveda de tupida y alta vegetación tan sombría, que no dejaba el menor intersticio para que penetraran los rayos del sol; debíamos llegar a la península de El Gallo antes de que bajara la marea, que en esos parajes desocupa considerable extensión de terreno. El lecho fangoso que recorríamos exhalaba un olor muy pronunciado a yodo, y no se veía ni oía el menor ruido que denunciara la vida animal. Hacia las diez de la mañana salímos a un *estero*, al extremo del cual se levanta el gracioso *morro* de altas rocas plutónicas coronadas de lujosa vegetación, las que constituyen segura defensa de ese pedazo de tierra, contra el incesante batir de las olas, que se estrellan con estrépito.

*

Bellísima es la península, en la que sólo vivían dos familias de pescadores, albergados en altos ranchos de *mangle* y palma a la orilla del mar, protegidos por el imponente *morro* de donde brota cristalino arroyo de agua potable; rodeados de altísimos cocoteros que los proveían de la sabrosa almendra de la cual se extrae la grasa que sirve para alumbrar y para condimentar los alimentos, la pulpa para gustar de su exquisito sabor, las hojas para cubrir las habitaciones, el agua para mitigar la sed, la cáscara para alimentar el fuego, la nuez para fabricar objetos apropiados al uso personal, la madera para llenar diferentes necesidades, y el todo para hermosear la tierra que lo sustenta y enriquecer al hombre que lo cultiva. ¡Qué presente tan magnífico hizo el Creador al habitante de las tierras ardientes, con aquella esbelta palmera.

A corta distancia del mar mantenían los negros una labranza con exhuberantes plataneras, árboles frutales, caña de azúcar, que machacaban para hacer *guarapo*, y pita para tejer redes y atarrayas; no usaban vestido,

porque no lo necesitaban; y cuando iban a Tumaco por alguna necesidad o antojo, llenaban de cocos la canoa para venderlos en esa isla. Aquellas gentes sin aspiraciones ni exigencias sociales, eran verdaderamente felices e independientes; llevaban una vida animal, exenta de envidia y ambiciones, porque la pródiga cuanto fecunda naturaleza todo se lo proporcionaba con sólo alargar la mano para recoger; ni aun la ley universal del trabajo parecía que se cumpliera entre ellos, ni que fuera necesaria. Vimos retirar las redes repletas, como las de la pesca milagrosa, de sábalos, langostas y otros peces en tal profusión, que soltaron los que no podían consumir; dejaron que bajara la marea para presentarnos ostiones mejores que los de Ostende; si tenían pereza para pescar, recogían *almejas*, *caracoles*, cangrejos y otros mariscos que quedaban barados en la playa al bajar la marea; y si les aburría la despensa marina, les era fácil escoger caza entre la gran variedad de aves acuáticas que acuden por millares en busca del diario e inagotable sustento que encuentran en aquellas abandonadas regiones.

Las riquezas naturales que admiró Pizarro en aquella península, bastaron para hacerle adivinar la importancia del imperio de los Incas, cuya conquista juró llevar a término o morir en la demanda.

Aún permanecíamos alelados en la playa, cuando se nos acercó el *patrón* de la península para hacernos la advertencia de que mandáramos sacar a tierra nuestra canoa, porque una nubecilla que *subía de Panamá* (del Norte), era indicio seguro de próxima *furrusca* (tempestad); agradecimos el consejo y lo ejecutámos, poniendo en cobro la modestísima embarcación de que disponíamos.

Algo grave, que no comprendíamos, debía de prepararse, a juzgar por el aire de preocupación que tenían los negros: iban y volvían, recogiendo de paso los enseres de labranza y demás objetos que encontraban inme-

diatos a las casas, para guardarlos en ellas; aseguraban con vientos atados a los árboles cercanos, las altas chozas; recogían las aves de corral, los cerdos y los perros en uno de los ranchos, y últimamente sacaban del agua y amarraban las canoas a los árboles situados detrás del *morro*.

Serían las cinco de la tarde cuando se nos hizo notar que el océano tomaba color amarillento por el reflejo de las espesas nubes que cubrían el cielo, al mismo tiempo que hacía calor sofocante y no soplaba la más ligera brisa; la naturaleza permanecía como aletargada en religioso silencio; los pelícanos, gaviotas, martín pescador y otras aves marítimas, daban gritos de alarma al abandonar en rápido y azaroso vuelo aquellas amenazadoras comarcas, para buscar refugio en otros horizontes; y cual si estuvieran dotados de inteligencia, parecía que los elementos midieran sus fuerzas y allegaran todos los recursos de que pudieran disponer para entrar en tremenda lucha.

Hacia las ocho de la noche, en que la claridad del plenilunio penetraba a través de las compactas nubes que ocultaban la bóveda estrellada, se divisaba el mar en completa calma y el bosque en absoluta tranquilidad, sin oírse otro ruido que el siniestro lamento de los buhos, como si de antemano celebraran en funeral concierto el próximo y opíparo festín que les presentarían los despojos de la tempestad que se preparaba.

A semejanza de lo que hacen dos ejércitos formados en batalla, que envían sus avanzadas a explorar la posición y fuerzas enemigas, del mismo modo empezaron a sentirse ligeras ráfagas de viento que silbaban al pasar y anunciaban a la tierra que era llegada la hora de entrar en titánico combate con los elementos desencadenados del océano enfurecido, y con el firmamento armado del rayo poderoso, auxiliados por el ciclón devastador.

Momentos después se abrieron las cataratas del cielo

y arrojaban torrentes de agua; al lampo del rayo y la centella respondían atronadores ecos que se perdían en las cavernosas breñas de los Andes; el mar se estrellaba con furia insana contra la roca del *morro*, que resistía inconmovible la formidable acometida; el viento mugía y soplaba con tal fuerza, que desgajaba corpulentos árboles que habían resistido la acción de los siglos.

Estrechamente agrupados en el centro del miserable albergue, lo sentíamos crujir cual desmantelada nave a merced de huracán indomable y embravecido mar, cuyas olas impetuosas lo azotaban con estrépito. Los primeros golpes de la borrasca se llevaron la mezquina cubierta de palma que nos servía de abrigo, y quedámos expuestos a la furia de los elementos, sin más áncora de salvación que las cuerdas que impedían el completo destrozo de la cabaña, y la mirada de Dios piadoso, que no abandona a sus criaturas!

La expectativa y terror que embargaban nuestros sentidos, apenas dejaban tiempo para darnos cuenta de las incomodidades que inconscientemente soportábamos; la lluvia nos empapaba de flanco y por encima, y las olas del mar nos salpicaban por debajo de la barbacoa que formaba el piso de los ranchos; el océano tomó la forma de colinas de agua que golpeaban el *morro* cual si fueran arietes formidables, convirtiéndose en luminosa espuma.

De repente se incendió la atmósfera con estruendo horrísono; el rayo despedazó una hermosa palmera inmediata a la cabaña, y se dividió en varias centellas, que, como sierpes de fuego, se hundieron en la tierra; ofuscados por la luz del relámpago, quedámos por breves instantes privados de la vista, conservando, sin embargo, en nuestras retinas la imagen del altivo penacho de la palma al doblegarse con imponente majestad para ir a reunirse con los demás despojos de la tormenta. Sobrecogidos de espanto, llevámos maquinalmente al pecho nuestra mano y asimos la medalla de la Virgen de

los Rayos, que en ocasión solemne nos diera nuestra adorada madre! Todos permanecímos en angustiosa mudez, sin atrevernos a mover del sitio que ocupábamos.

Agotadas al fin las fuerzas de los enfurecidos elementos, como si reconocieran su impotencia para vencer, se aplacaron, satisfechos del supremo esfuerzo. Después de la media noche cesó la violencia del viento y lucieron algunas estrellas como símbolos de reconciliación entre los contendientes, y de paz y consuelo para nosotros.

El astro rey se levantó en el oriente como si quisiera contemplar con su deslumbradora luz los estragos causados en la noche anterior. Hasta donde alcanzaba la vista, se delineaban las orillas del mar por los innúmeros pájaros que acudían a tomar parte en los despojos de peces y mariscos lanzados a la playa por las olas, al tratar éstas de pasar el límite que les señaló el Creador.

*

Con la perspectiva de un tiempo bonancible, resolvimos llevar a término nuestro extravagante paseo, y al efecto, después de inspeccionar la operación de arreglar los *balsos* a los costados de la canoa, con la posible garantía de seguridad, y de convertir en *vela cangreja* una sábana, para aprovechar el viento favorable, levamos el ancla, o lo que es igual, se dio impulso a la canoa *sin quilla*, para emprender la travesía de la ensenada de Tumaco, en una extensión de *cincuenta kilómetros*, o sean diez leguas españolas, sin otra brújula que la suspirada isla en que teníamos fijas las miradas, provistos de un calabazo lleno de agua dulce, de algunos cocos y panelas para tomar *lunch*, sin tolda que nos defendiera de los rayos del sol, y probablemente con la cabeza vacía de sesos, pues aún no comprendemos cómo nos lanzámos en aquella aventura, en el modo y términos en que lo hicimos.

Aseguran los casuistas que por donde se peca viene el castigo: desde la llegada a la península dimos rienda suelta a nuestra glotonería por comer frutas, en vez de observar la parvedad aconsejada para antes de embarcarse en el mar; así fue que al sentir las primeras marejadas se nos licuó la saliva, vinieron las bascas y arrojámos cuanto teníamos rezagado. Llegó su turno a los depósitos biliarios, después de lo cual quedámos postrados, sin alientos y mohínos por demás; igual suerte cupo a Santiago, quien, lo mismo que nosotros, era la primera vez que surcaba el mar. Schloss, a fuer de buen inglés, y *Pancho*, que no se marearon, se reían de nuestra mísera situación; los marineros aconsejaban que nos fajáramos la *caja del cuerpo* para contener las náuseas, y mientras tanto nosotros disparábamos a babor y a estribor.

En tanto que navegábamos sin viento dentro de la zona abrigada por la tierra, marchámos muy bien; más apenas salimos de ella, dio sobre la vela tan fuerte golpe de brisa, que sin la oportuna cortada de las cuerdas que la sujetaban, habríamos zozobrado. Sin aliento para poder apreciar lo que pasaba, vimos que los cocos se fueron al agua, y de la superficie de ésta pasaron a la boca de los voraces tiburones que nos escoltaban; igual suerte tocó a la vela y las panelas, con el aditamento de que al volcarse el calabazo, se derramó el agua potable. Quedámos, pues, en medio de una ensenada batida por fuertes brisas que picaban el mar y levantaban encrespadas olas que nos empapaban sin cesar, sin agua ni alientos para mitigar la sed y el hambre que nos atormentaban, desnudos y expuestos a las inclemencias de un sol de fuego y al viento abrasador, abandonados a nuestros propios recursos, los que consistían en ayudar a remar a los marineros, amenazados de pasar una noche al escampado y persiguiendo la isla. El espejismo nos la hacía aparecer más lejos, mientras más nos fatigábamos por llegar a ella!

Tostados por el sol, azotados por el viento, mojados por el mar, exhaustos por el intenso mareo, rabiosos por la sed abrasadora que nos consumía, resolvimos arribar a un banco de arena que dejaba descubierto la baja mar; allí permanecimos algún tiempo para secar la ropa y descansar del continuo vaivén de la canoa sobre las olas; pero como no había el menor objeto que nos hiciera sombra para protegernos de los rayos del sol que nos calcinaba, hubimos de continuar nuestra ruta, con la esperanza de abreviar la duración de tánta penalidad.

A las cinco de la tarde entrámos en plena bahía de Tumaco, ansiosos de llegar al puerto para beber agua; aún experimentámos sentimiento de febril impaciencia al recordar lo que se sufre con el desesperante tormento de la sed inextinguible!

La linda isla de Tumaco sale de las ondas como ramillete de perfumadas y vistosas flores, dotada de espléndida vegetación, sobre la cual se destacan colosales y elegantes palmeras, protegida contra los vientos del sudoeste por el alto *morro* que la provee de abundante agua dulce; con espacioso puerto, aunque plagado de tiburones, vacas marinas y pez-espada armado de un estoque de finísimo marfil, con que atraviesa las embarcaciones que confunde con los tiburones, que persigue sin tregua.

Divisámos un bergantín que navegaba hacia el Sur, le hicimos señales de socorro, con el objeto de pedir un poco de agua para aplacar la sed que nos devoraba; pero no dieron muestra de que nos hubieran visto, o no quisieron hacernos caso.

Al doblar un cabo desde el cual debíamos ver la población, el piloto y los marineros empezaron a frotarse los ojos y a dirigir la vista hacia el sitio en que aquélla debía estar, según sus cálculos, y como no la vieran, entablaron animado diálogo acerca del fenómeno que los tenía confusos; sacámos en limpio que a Tumaco se lo había tragado el mar, o el piloto nos había extraviado.

Desesperados ante la posibilidad de cualquiera de las dos hipótesis, resolvimos dirigirnos al sitio en que *solía estar* el pueblo, al que llegámos a las siete de la noche; allí nos esperaba terrible desengaño!

Durante el intervalo de nuestro viaje de Barbacoas a la isla, se había incendiado la población de Tumaco, en tales términos, que toda ella quedó reducida a cenizas! Sus desgraciados moradores yacían sumidos en la mayor consternación y miseria, porque perdieron cuanto tenían, y el mejor alhajado quedó con el vestido que llevaba.

En el piélago de contrariedades que pesaba sobre nosotros, dimos con D. Joaquín Gómez, medio hermano de nuestro sentido amigo D. Domingo A. Maldonado, quien compadecido de nuestra penosa situación, nos llevó a la barraca en que vivía y nos proporcionó agua para quitarnos la sed, pescado asado para sustentar nuestros pobres cuerpos, después de abominable mareo y de catorce horas de ayuno; y grandes hojas de palma para que nos tendiéramos a dormir sobre los restos calcinados de la que había sido su casa.

La forzada desnudez a que nos tuvo obligados el implacable salpique de las olas, expuestos al sol y al viento, nos produjo el efecto de un cáustico en todo el cuerpo, hasta el punto de hacernos insoportable el uso de la ropa, la que, a su turno, estaba empapada en agua salada, que le daba olor repugnante, por lo cual tuvimos que permanecer en los supuestos lechos hasta después de medio día, en que nos trajeron lavados y secos los vestidos.

En la bahía estaba anclada una hermosa barca de nacionalidad peruana, perteneciente al General Vernaza, desterrado del Ecuador; fuimos a visitarla con el objeto de que nos dieran pasaje en ella para Buenaventura o Esmeraldas. El General nos recibió a bordo con amabilidad, nos brindó el buque para que nos hospedáramos, ofreció llevarnos al Callao, que era el puerto de su des-

tino, y nos manifestó que le era prohibido tocar en tierra de su país. Teníamos, pues, que volver a recorrer el mismo camino por donde habíamos ido, y en consecuencia debíamos repasar el espantoso abismo del Cuaiquer.

Era Tumaco la guarida obligada de los contrabandistas del Pacífico, y como entonces no había por allá agentes de Compañías de Seguros, la pérdida causada por el incendio fue total; ya puede figurarse el lector la desesperación de esas gentes, que quedaron arruinadas.

Nuestra permanencia en Tumaco no tenía objeto, y además no era muy tranquilizadora la condición especial en que se hallaban sus habitantes, por lo cual resolvimos regresar a Pasto, después de dos días de descanso. La víspera de nuestra partida nos obsequió el antiguo Coronel D. José Sáenz *(a. El Catire)* con una comida a orillas del mar. Entre las viandas que nos sirvieron, observámos una especie de conejo, que nos pareció tanto más gustoso, cuanto que hacía días que no probábamos carne fresca.

Terminada la comida, se nos acercó Schloss para expresarnos la extrañeza de que hubiera conejos en la isla, puesto que no había cuadrúpedos de ninguna clase; maquinalmente le respondimos que sería algún *pescado de cuatro patas*, cuando vimos templado en el suelo inmediato una piel con cola, que denunciaba algo perteneciente a la raza gatuna. No creímos prudente llevar adelante las investigaciones sobre este asunto.

En cuanto a la impresión que causara nuestra presencia en esa remota isla, sólo diremos que el que más favorablemente nos juzgaba, creía que éramos dos mozos escapados de la casa paterna por alguna travesura gorda, pues no lográmos hacer creer que allá nos había llevado la afición a viajar por recreo.

*

La vuelta a tierra firme la hicimos por la vía del *Arrastradero*, a fin de evitar la peligrosa travesía de la ensenada, en la que si no nos ahogámos, no fue por culpa nuéstra. Provistos de pescado salado, de plátanos y cocos, zarpámos de la engañosa isla al rayar el alba, para llegar con luz a la ciénaga de Chimbuza, después de aprovechar la subida de la marea, que es la que alimenta el río Chagüí y los caños por donde debíamos navegar. Atravesámos el estero que entonces separaba la isla de la de Limones, y nos internámos en los tremedales que servían de lecho a los caños, bajo la copa de los *mangles*. La marea nos impulsaba hacia el oriente y los marineros no tenían que hacer sino dirigir la canoa en las vueltas y revueltas del cauce que transitábamos.

A medida que nos alejábamos del mar, y que en consecuencia disminuía la saturación del agua, empezámos a encontrar manadas de caimanes, que nos veían pasar como sorprendidos de que fuéramos a turbar el silencio de aquellos parajes solitarios; la montaña era cada vez más espesa, y sólo teníamos por horizonte la vía que recorríamos, la cual se estrechaba hasta el extremo de que la canoa rozaba la maleza que crecía a los bordes del canal, cuya profundidad no llegaría a cincuenta centímetros.

De repente se pusieron de pie los marineros y empuñaron las palancas, a fin de hacer retroceder la canoa para que no tropezáramos con el hocico de un enorme caimán, dormido sobre un tronco atascado en la orilla del estrecho caño; la situación era en extremo crítica, porque se trataba de desalojar al monstruo del lugar que ocupaba, sin el cual requisito habría sido gran temeridad atrevernos a pasar por ese punto obligado. Schloss recordó que llevaba un par de pistolas de percusión, que había cargado al salir de Pasto; apuntó, estalló el fósforo, no salió el tiro y no se movió el caimán. Ocurrímos

entonces al recurso de gritar como en la *guazabara* de los indios, y a llenar de improperios al muy hediondo animalejo que nos impedía el paso; ni así se daba por notificado, hasta que el piloto lo harponeó con una de las palancas. Al sentir el golpe abrió los ojos, nos echó perezosa y despreciativa mirada, y sin alterarse se dejó escurrir al cenagoso caño; pero allí se produjo otro conflicto no menor que el primero: el caimán se dirigía a nuestra canoa, la que ocupaba el único punto por donde pudiera pasar; y como un cuerpo no puede ocupar el mismo espacio ocupado por otro, era claro que uno de los dos debía ceder el campo.

Nosotros retrocedimos con dificultad, siempre gritando al caimán, empeñado en pasar debajo de la canoa, hasta que al fin se persuadió del imposible que pretendía; pero como el *aligator* no puede doblar la parte del cuerpo comprendida entre el cuello y el arranque de la cola, por la coraza escamosa que lo cubre, le costó gran trabajo devolverse en aquel estrecho paso, no sin salpicarnos del corrompido lodo al revolcarse para tomar contraria dirección.

Seguíamos detrás, a prudente distancia, cuando en otro recodo al borde del caño reposaba en imponente quietud otro mostruoso caimán, aún más temible, si cabe, que el primero, y en tal posición, que pasar a su lado habría sido el equivalente a la acción de ponernos al alcance de sus desmesuradas mandíbulas.

Hubimos de suspender la navegación hasta que tan incómodo vecino nos dejara libre el paso, para lo cual continuámos dando gritos estentóreos con el objeto de que tomara el portante; profundo debía ser el sueño del caimán, porque no daba señales de incomodarse por nuestra presencia, hasta que uno de los bogas le lanzó la palanca, con lo cual logró golpearlo en un ojo. Al sentirse herido dio un gruñido amenazador y se echó al caño, siguiendo al compañero; continuámos detrás, arreándolos y tirándoles lo que podíamos, hasta que derivaron por otro caño de los que desaguaban en el que navegá-

bamos, y se perdieron de vista entre el fango de aquellos pantanos.

A poco trecho se agotaban las fuentes que daban nacimiento al caño, y el terreno se alzaba ligeramente, hasta formar un istmo entre los fangales y la ciénaga de *Chimbuza*, en una extensión de seis kilómetros. En ese trayecto pantanoso, lleno de *rayas* y de *pez-zapo* que anonada al que toca, cubierto de impenetrable bosque y de jarales espinosos, habitado por familias de jaguares y panteras, poblado por millones de millones de moscos, zancudos y arañas perniciosas, en esa inolvidable vía dolorosa, tuvimos que *arrastrar* la humilde canoa que en aquellos momentos tenía para nosotros tanta importancia como el arca del diluvio para Noé y los suyos. Eramos nueve hombres abandonados en sombrías y solitarias selvas, para quienes la vida dependía del tronco ahuecado que debía conducirnos al término de tántas penalidades.

Después de arrastrar la canoa hasta las orillas de la ciénaga, volvimos todos juntos a conducir los pocos víveres que teníamos y el indispensable equipaje que llevábamos, sin atrevernos a separarnos por temor de las fieras. Yá entrada la noche concluímos el fatigador acarreo, nos metímos en la canoa y nos apartámos de la playa, a fin de que pudiéramos dormir fuera del alcance de los jaguares; aún no habíamos acabado de sujetar la embarcación a una palanca clavada en el fondo de la ciénaga, cuando empezó a llover a torentes, sin darnos tiempo aquel diluvio ni aun para asar los plátanos y pescado que teníamos, y mucho menos para arreglarnos algún improvisado abrigo. Por fuerza nos resignámos a comer *hartones* crudos y a permanecer acurrucados hasta que amaneció, sintiendo los caimanes que nos rondaban, atormentados por los agresivos zancudos que satisfacían su voracidad a costa de nosotros, que en esos momentos nos reputábamos como los más miserables de los hombres, sin poder dormir ni un minuto de tan tremenda noche!

Apenas hubo luz suficiente para distinguir los objetos, arrimámos a la orilla, con el propósito de encender lumbre y asar nuestro escaso fiambre; pero nuestra negra suerte lo tenía dispuesto de otra manera. En el mar nos ahogaba la sed, y en la selva no pudimos prender fuego porque no encontrámos leña seca. Llenos de despecho nos lanzámos a la tenebrosa ciénaga, resueltos a remar sin descanso hasta que saliéramos del río Patía, en donde al menos hallaríamos algún árbol frondoso que nos protegiera con su sombra para matar el hambre con el sueño, a usanza de los perros, ya que poco nos faltaba para entrar en deseos de colgarnos de una rama.

A medio día entrámos al río; cambiámos los remos por palancas y emprendímos fatigosa navegación hacia arriba.

Si es agradable descender en un río que atraviesa comarcas ardientes, ya por la facilidad de locomoción, ya por la brisa que se siente al bajar y que mitiga la temperatura, tales ventajas se convierten en penalidades y molestias al tenerlo que remontar a fuerza de palanca contra la corriente, y cuando sus orillas son semillero de infinitas plagas que atormentan al desgraciado transeúnte. Tál era nuestra situación: debilitados por tántas fatigas y el uso constante de malos y escasos alimentos, habíamos enflaquecido a ojos vistas. Los sencillos cuanto leales y abnegados marineros nos habían cobrado cariño y hacían prodigiosos esfuerzos a fin de evitarnos penalidades; pero ellos también estaban agotados, y como la necesidad apremiante era llegar a Barbacoas, resolvimos transformarnos en bogas para activar nuestra pesada y fastidiosa navegación.

Después de cuatro días de trabajar como galeotes, llegámos al término de nuestro viaje por agua; con las manos dislocadas y el pecho hinchado a causa de la rudísima fatiga que habíamos hecho al bogar, palanca en mano, al rayo del sol, y comiendo plátanos verdes o maduros, pero siempre plátanos.

*

Nuestra llegada a Barbacoas produjo verdadero pánico entre sus habitantes, porque llevábamos la funesta noticia del incendio de Tumaco, y esta plaza era el lugar de depósito de mercancías de los comerciantes barbacoanos, razón por la cual les cupo no poca parte en aquel desastre.

Al saber el señor Valenzuela nuestro arribo, acudió presuroso a visitarnos; al vernos retrocedió, como hace una persona cuando equivocadamente se dirige a otra. Tenía razón, porque nos había conocido blancos, robustos, alegres y bien vestidos, y los que tenía delante eran dos caricaturas de hombres, denegridos, llenos de ronchas producidas por las picaduras de las plagas, marcados por los arañazos de las espinas, hechos un harapo, hambrientos y desalentados, no sólo por lo pasado, sino también por lo porvenir, puesto que aún nos faltaban por hacer a pie cinco jornadas, con la perspectiva del paso del Cuaiquer por añadidura, que era nuestra pesadilla.

Descansámos cuatro días en Barbacoas, durante los cuales nos atendieron D. Nazario y su estimable señora con la más generosa y espléndida hospitalidad; nos obsequiaron con un fiambre como para príncipes, y nos proporcionaron cuanto pudiéramos necesitar en la medrosa montaña que debíamos repasar.

Gratificámos a nuestros cinco bogas, quienes más bien que sirvientes, habían sido nuestros compañeros en los trabajos y penalidades que sufrímos en tan descabellada excursión; comprámos cuatro quintales de pólvora *mostacilla* para cumplir con el encargo de nuestro amigo Mosquera, y nos despedímos del señor Valenzuela, ay! para siempre!... de su dignísima consorte y de los demás amigos.

Enviámos adelante los peones que conducían la pólvora, después de prevenirles y conjurarles que no se arrimaran al fuego ni fumaran tabaco, porque se exponían

a volar; nos arreglámos para la partida y salímos de la población, acompañados de los amigos y de nuestros leales negros los bogas, quienes hacían pucheros y se les humedecían los ojos al decirnos el último y sentido adiós.

Las cinco de la tarde serían cuando llegámos a la posada de ordenanza. ¡Cuál fue nuestro asombro al ver a los brutos peones que cargaban la pólvora sentados tranquilamente sobre sus respectivos barriles, al rededor de un gran fuego, en el que asaban mazorcas de maíz, charlando en medio de ruidosas carcajadas! Como medida de prevención dispusimos que en lo sucesivo marcharan aquellos peones independientes de nosotros, pues bastantes contratiempos habíamos tenido para exponernos también a correr las contingencias de una explosión.

Continuamos nuestro comino montaña arriba, hasta llegar al temido y nunca bien ponderado puente sobre el Cuaiquer; todos, incluso Schloss, pasámos a horcajadas, cabestreados, seguidos y precedidos de los peones, temblando y dando diente con diente de miedo y congoja. Al vernos del lado acá, nos volvió el alma al cuerpo y con ella el buen humor. *Si de esta escapo y no muero, no más boditas al cielo!* exclamámos llenos de júbilo al considerar que nunca, nunca volveríamos por esas lóbregas y peligrosas breñas.

En la posada de Altaquer, que era la última que debíamos pasar en la montaña, prendimos todas las antorchas de *embilc* o rollos de brea con carbón de balso envuelto en hoja de palmicha, que produce al encenderlas una luz rojiza, aunque con mucho humo; ese era el único sistema de alumbrado que se usaba por aquellos parajes.

A las diez de la mañana salimos de la montaña y nos aparecimos, como brotados de la tierra, en el pueblo de San Pablo, a tiempo que el Cura se ocupaba en la inhumación del cadáver de un feligrés; al vernos corrió hacia nosotros, revestido con alba de lienzo y capa de coro

de zaraza. Se compadeció al contemplar el estado en que volvíamos de nuestro disparatado viaje, nos recomendó más juicio para lo porvenir y nos festejó con lo que tenía.

Al día siguiente dejámos aquel miserable caserío, montados en los excelentes caballos que nos proporcionó el servicial Cura, sin volver la cara atrás, como si temiéramos la atracción de las montañas, y sin acontecimiento notable fuimos a dormir al pueblo de Guachucal, situado en la fértil sabana de Túquerres, al Sur. Antes de salir de aquella población, nos hicieron ver la maravilla del lugar.

Un buen hombre, o mejor dicho, buen majadero, vendió en trescientos pesos una *estancia de pan llevar* para comprar un gallo, al que debía matar cuando cumpliera siete años, a fin de sacarle la piedra preciosa que para entonces tendría en la cresta. El gallo permanecía encerrado en estrecha jaula y se enfurecía al aproximársele alguién que no fuera su dueño; en conciencia valdría dos reales, y no habría hecho mala figura sobre una mesa, bien asado.

En Túquerres encontrámos a D. José María Mosquera en busca de peones para la construcción del puente del Guáitara; le entregámos el peligroso *encargo* de la pólvora, y nos obligó a que permaneciéramos un día en esa población, porque deseaba regresar a Pasto en nuestra amable compañía. Al oír la relación de los trabajos y quebrantos de nuestro fantástico cuanto disparatado viaje, empezó a hacernos burla y a decirnos que éramos unos bárbaros, *quod erat demostrandum*. Luégo nos invitó a dar un paseo por las calles con el objeto de que conociéramos una *ñapanga* muy bonita, aunque desdeñosa, a quien él cortejaba, por supuesto que platónicamente y por sólo el placer de pasar el tiempo; no hicimos hincapié acerca de la bondad de las intenciones, las que dimos por verídicas, y pasámos adelante.

Hacia la mitad de la cuadra que recorríamos, obser-

vámos el hueco de una puerta por donde salía y entraba una mano alternativamente; no tuvimos necesidad de ver más para comprender lo que significaba aquella mímica; y como teníamos malévolos deseos de retornar a Mosquera las burlas y *fieros* que nos hacía, aprovechámos la ocasión que nos deparó la suerte para *sacarnos el clavo*, y al efecto formulámos la cuestión siguiente:

—Cien pesos de apuesta a que Mosquera no vuelve a visitar la *ñapanga*, ni le daría un beso en su linda boca, en el supuesto de que ella consintiera.

—¿La razón?

—*Al freír de los huevos se verá lo que queda en la sartén.*

La sirena tenía en el regazo la cabeza cerdosa de una india, a quien espulgaba los cebados pillos (piojos), que engordaban en el grasiento cuero cabelludo; las entradas y salidas de la mano correspondían a la caza de una fiera en aquella montaña, sacada *al hilo* del cabello para no maltratarla y poderla colocar debajo de la crecida y mugrienta uña del dedo pulgar, la que una vez llena, se lleva a los dientes para triturar los piojos y gozar de la agradable sensación que causa el traquido qúe dan al reventar los pobrecillos!.....

Al pasar por la puerta en la cual estaba sentada la *ñapanga*, vestida de *follao* (enaguas) de bayeta roja y rebozo (mantilla) blanco, dijimos al estupefacto galán:

—«Entrad, que me haréis favor!

—No obliga la cortesía,» nos respondió con sin igual presteza.

*

Encantadora por todos aspectos nos pareció la ciudad de Pasto, donde nos esperaba nuestra negra y fiel cocinera con opípara comida y delicioso lecho; *fuimos por lana y volvimos trasquilados;* pero al menos traíamos la convicción de que lo mejor de los viajes es la vuelta al hogar.

Agradabilísima sorpresa tuvimos al dar estrecho abrazo a nuestro antiguo camarada y mentor D. Zoilo Cárdenas, hermano mayor de Cecilio, ambos dignos nietos del gran patricio D. Camilo Torres, fusilado, ahorcado, descuartizado y puesta su venerada cabeza en gloriosa escarpia por los pacificadores españoles.

Era Zoilo lo que se llama un filósofo cristiano práctico: que nos reprendía o elogiaba, llegado el caso, y a quien respetábamos todos los que componíamos la colonia bogotana, por la gran experiencia que tuvo desde niño; hoy duerme el sueño de los justos, después de sobrellevar con admirable y estoica resignación la cruel enfermedad que lo rindió! Dejó una esposa modelo de abnegación, una bella familia que heredó sus virtudes, y el recuerdo de sus acciones generosas.

Abrímos con avidez la atrasada correspondencia que nos guardaban, y leímos con gozo que nuestras familias disfrutaban de paz y tranquilidad. Aún nos ocupábamos en leer los periódicos recibidos de la capital, cuando se nos acercó Zoilo con gran misterio y nos enseñó un sueltecito en *El Tiempo*, concebido en estos términos:

« La señorita X. y el opulento caballero Z se unieron con el suave yugo de himeneo; las bellas y excepcionales cualidades de los nuevos esposos les garantiza la cumplida felicidad a que son acreedores.....» Lo que traducido al lenguaje vulgar quiere decir que nuestra prometida, la que nos juró vivir contenta bajo una piedra, y en fin, la que nos hizo salir en busca de las codiciadas quinas para hacer capitalito y casarnos en seguida, nos dejaba con palmo y medio de narices.

No diremos si nos hizo o nó impresión el suelto en referencia, porque estas son ya cuestiones personales; pero sí daremos cuenta de lo ocurrido con nuestro interlocutor.

Es posible que cuando menos se nos bajara la sangre a los talones, porque Zoilo tomó actitud de diablo predicador, y nos dijo con aire malicioso y de burla socarrona:

—Chico, lo siento por ti, porque yo al fin soy hombre! No te aflijas por tan poca cosa, y para lo sucesivo, aprénde estas tres sentencias, que probablemente son del gran Salomón:

« Más vale pájaro en mano que buitre volando »;

« El presente suplanta al ausente »; y

Cuando un pobre se enamora
Y un rico se le atraviesa,
Sale puerta afuera el pobre
Rascándose la cabeza.

—Amén, así sea, le replicámos por toda respuesta, *medianamente* amostazados.

*

Restablecidos de los desperfectos corporales que nos acarreó el paseíto de recreo, en el cual gastámos buenos reales y cuarenta y cinco días de tiempo, que también vale dinero, activámos los asuntos que nos retenían en Pasto. Schloss regresó a Bogotá, y nosotros emprendimos camino para la Tierra del Sol, en donde hallámos el desquite de las penalidades y peligros sufridos en las montañas de San Pablo y comarcas adyacentes.

Livingstone y Stanley se internaron en el Africa, en persecución de dos grandiosas ideas: devolver aquel continente a la civilización, y restablecer entre sus degradados habitantes la dignidad humana desconocida por la costumbre anticristiana de la infame esclavitud de los negros; nosotros recorrimos iguales climas, con menos recursos y pasando tal vez más trabajos, aun cuando no tuvimos que habérnoslas con tribus salvajes, por el frívolo capricho de cambiar el supuesto *malo conocido* por *un bueno por conocer*, que nos haría merecedores de que se nos aplicara el epitafio del cementerio de Pekín, que dice: «Yace aquí uno que estando bueno quiso estar mejor!»

.....

Han pasado los años, y ya la nieve del invierno empieza a platear nuestras cabezas; para mucho y bueno nos tenía reservados la Providencia.

Sentado el pie y con el juicio que nos faltó en épocas remotas, encontrámos nuestras *medias naranjas* en dos muchachas bogotanas de *veinte y cuatro quilates de fino*, quienes de dos antiguos calaveras hicieron dos hombres verdaderamente felices, para quienes convirtieron este valle de lágrimas en delicioso paraíso, que si bien es cierto ha tenido sus días de inevitables pesares, ha encontrado suficiente compensación en el calor del hogar que ellas han encantado y embellecido con el fragante aroma de sus virtudes.

MIGUEL PERDOMO NEIRA

Vamos a relatar a los que hace cinco lustros que vinieron al mundo, las aventuras y episodios de la vida y *milagros* del audaz Miguel Perdomo Neira.

Diversas versiones, a cual más absurdas e inverosímiles, circulaban como moneda corriente respecto del origen y condiciones del personaje que nos ocupa. No eran pocas las poblaciones que se disputaban el honor de haberlo visto nacer; pero, según informes dignos de crédito, parece que fue en el pueblo de Totoró, en el Departamento del Cauca, donde Perdomo vio la luz. Se decía que había militado a las órdenes del General Canal durante las campañas de 1859 a 1862. y que después de la disolución de los restos de las fuerzas de la legitimidad, en Pasto, se había internado en el territotio del Caquetá, para no sufrir el yugo de los vencedores, y al mismo tiempo para estudiar y conocer las propiedades medicinales de las plantas de aquellas inmensas selvas habitadas por tribus salvajes; que había aprendido de los indígenas las aplicaciones y usos de la flora, y lo que era más, que había sorprendido los maravillosos secretos de algunas plantas cuyos alcaloides poseían poderosas e infalibles condiciones anestésicas y hemostáticas, de manera que hacía operaciones quirúrgicas sin que los pacientes experimentaran dolor, y sin que de las venas y arterias cortadas saliera sangre! En una palabra: que ya

había terminado para la pobre humanidad la inexorable ley del dolor, que precede al hombre al nacer y lo acompaña hasta que lo lleva al seno de la madre tierra.

Y aquellos descubrimientos se debían a un *modesto y humilde* colombiano quien solo, sin otros maestros que la pródiga naturaleza y el arrobamiento en su Divino Hacedor, habia alcanzado la ciencia infusa, que tenía por objeto aliviar las dolencias de sus semejantes y extirpar el inmoderado deseo de lucro en los que vivían del ejercicio de la profesión médica, quienes le hacían cruda guerra por envidia de su virtud, como sucedió a Abel con Caín.

Sea de ello lo que fuere, parece que el Ecuador fue el primer teatro que escogió Perdomo para dar principio al ejercicio del ministerio médico-religioso, del cual se invistió por su propia virtud, aprovechando la muy tenaz propensión del hombre hacia lo que estima como maravilloso, sin cuidarse de estudiar con algún detenimiento el origen o causas que lo fascinan.

Perdomo no gustaba de las poblaciones para vivir en ellas, sino que prefería los campamentos al aire libre, sin duda para que las multitudes que lo seguían pudieran establecerse con holgura, y además, porque no era fácil que los enfermos de todas clases y condiciones que lo asediaban, muchos de éstos venidos de tierras lejanas, encontraran hospederías suficientes para albergarse en nuestros pueblos escasos de todo A este respecto tenía el hombre mucha semejanza con Mahoma: como este impostor, se creía inspirado del cielo y hacía ostentación de sentimientos piadosos en todos sus actos; pero al tratarse de los médicos se expresaba con tal ira y vehemencia, que parecía energúmeno. Según él, todos eran una pandilla de escamoteadores ignorantes que vivían extorsionando al pueblo pobre, y le hacían la guerra más infame, a fin de alejarlo de los centros importantes de población, para lo cual se habían aliado con los boticarios y salvarse así de la inevitable ruina que los amenazaba

con los secretos que poseía y ponía al servicio de los menesterosos. Aseguraba con la mayor impudencia que en varias ocasiones lo habían envenenado; pero que él con sus hierbas misteriosas tomadas oportunamente, había burlado la perversidad de sus enemigos los médicos; recomendaba a los enfermos que huyeran de los doctores como de la peste, y que no les dijeran que él los curaba, porque lo matarían cuando y como pudieran....

La vara milagrosa de Moisés, los Magos de Faraón, Cagliostro y los mayores taumaturgos, apenas alcanzaron a igualar los portentos que, según el decir de las gentes, obraba el inspirado Perdomo. No tenía necesidad de que los enfermos le dieran cuenta de las dolencias, porque bastaba que los viera para que les hiciera el diagnóstico de la enfermedad que los aquejaba, y les vaticinara el final de ella, próspero o adverso, porque también poseía el dón de profecía. Los más entusiastas aseguraban que le habían visto *desencuadernar* a varias personas de ambos sexos, con el objeto de limpiarles las *asaduras*, o acomodarles las tripas mejor de lo que las tenían, y todo esto sin que los pacientes sintieran la más ligera incomodidad ni vertieran una gota de sangre!

La caridad del *Profeta* no tenía límites: sanaba a los enfermos y auxiliaba con dinero a los menesterosos para que volvieran a sus casas; pero lo que más preocupaba a ese hombre maravilloso, era la salud de las almas, por lo que la primera diligencia que hacía al acampar en las inmediaciones de alguna población, era promover la fiesta del triduo de Cuarenta horas, o retiros espirituales, para dar principio a su *mision* por atender a la parte más noble del hombre, que la curación material vendría por añadidura.

La prensa del país publicaba de preferencia los hechos extraordinarios que se atribuían a Perdomo, y excitaba a los profesores médicos y naturalistas para que fueran a donde se hallara dicho sabio y aprendieran los secretos que poseía, antes de que los europeos se apro-

vecharan de ellos, porque aseguraban que las facultades médicas de París y Londres lo llamaban con empeño! Se anunciaba el itinerario desde el lugar en donde el hombre se hallaba, y se deseaba generalmente que llegara a Bogotá: los amigos para gozarse en su seguro triunfo; los incrédulos para *ver y creer*, y los escépticos para gritar *viva quien vence!*

Tál era el estado de los ánimos en Bogotá, cuando se supo que Perdomo se aproximaba a la Sabana, después de levantar *sus tiendas* en el valle de Paicol, donde permanecía desde hacía algún tiempo entregado en cuerpo y alma al ejercicio de la profesión; pero ninguno se tomaba el trabajo de averiguar cuántos de los enfermos que en incesante romería iban o se hacían llevar en busca de salud, estaban a esas horas MORDIENDO TIERRA! No faltaban personas sensatas, entre éstas los médicos de reconocida reputación científica, que daban la voz de alarma hacia la verdad de lo que pasaba con los pretendidos secretos y curaciones de aquel charlatán: tiempo perdido! Los médicos eran *parciales y enemigos* de Perdomo, y los otros procedían *inspirados por aquéllos;* con esta manera de raciocinar, no quedó más recurso a los primeros sino inclinar la cabeza mientras pasaba la tormenta de que eran víctimas, y esperar el desenlace de la comedia que debía terminar en drama de sangre e ignominia para muchos.

En el momento menos pensado se divulgó la noticia de que Perdomo llegaba a Bogotá. Era el 29 de abril de 1872. A medio día llegó una gran cabalgata de *orejones* y algunas personas cultas, seguidos y rodeados por un populacho sucio, entre el cual se contaban los leprosos, *llaguientos* y baldados que existían en diez leguas a la redonda. Todos gritaban: ¡Viva el doctor Perdomo Neira! y no pocos lanzaban expresiones ofensivas a los médicos de la ciudad. En el centro de aquella heterogénea montonera venía un hombre de regular estatura, de color trigueño, ojos negros, bigote y *chivera* lacios,

cubierto con sombrero pequeño de paja de Montecristi, vestido de paño gris, botas altas, pañuelo de seda azul atado alrededor del cuello, gruesa cadena de oro para llevar el reloj, varios anillos con esmeraldas y diamantes, revólver en la cintura, y montado en un magnífico caballo tordo. Se apeó en la casa que hoy pertenece a la familia del finado señor Hermógenes Durán, a pocos pasos de la plaza de Bolívar, y se asomó a uno de los balcones para satisfacer los deseos *del público*, que lo llamaba con instancia. Paseó sobre los espectadores una mirada que interpretámos como señal inequívoca de estupidez o desprecio—ya veremos si nuestro juicio fue acertado;—en seguida se retiró del balcón, y poco tiempo después se pasó a vivir a la casa que forma el ángulo noroeste entre la carrera 11 y la calle 9.ª Allí tuvo principio y fin en esta ciudad, la misión del héroe de Totoró.

Empezó la campaña por dejar tuerto para toda la vida al Canónigo Dr. Antonio María Amézquita, por la incisión que le hizo en un párpado; a una señora le introdujo un grueso cordón en los lagrimales, sacándolo por las fosas nasales, lo que le causó inflamación crónica que no disminuye después de veintidós años de practicada la *cura*! Al bueno de D. León Ortiz, que llevaba al cuello un ligero apéndice, vulgo *coto*, que no lo molestaba ni *perjudicaba*, porque tenía más de setenta años, lo echó al otro mundo con la operación que le hizo al *extraerle el coto!*

Al día siguiente de la llegada de Perdomo a esta ciudad, consignó en el Banco de Bogotá DOS MIL PESOS en monedas de oro y plata. En el acto circuló la noticia de que había depositado *doscientos mil*, según decían unos, y *ochocientos mil* según otros, para dedicarlos a obras de beneficencia y ejercicios piadosos; y como el *doctor* no sólo había sorprendido los secretos botánicos de los indígenas, sino también el famoso *Dorado* que en vano buscaron los conquistadores de América, se aseguraba que tenía resuelto pagar las deudas exterior e inte-

rior, si los liberales consentían en devolver los conventos a las órdenes monásticas extinguidas por el General Mosquera después del 18 de julio de 1861.

Deseábamos, como los judíos incrédulos, presenciar algunos de los prodigios que se decía obraba nuestro protagonista, y al efecto fuimos a la casa antes indicada. La calle estaba colmada de la gente más sucia y hedionda del mundo, todos enfermos o reputados como tales. Después de sufrir apretones en todo sentido, y casi trastornados por la pestilencia de la *clientela*, lográmos llegar a la sala, en un ángulo de la cual, y con las puertas y ventanas abiertas para no asfixiarse con el *tufo* que exhalaba el concurso, se hallaba Perdomo con una mesa al frente, y sobre ésta varios frascos con drogas, algunos instrumentos de cirugía oxidados, y en la pared inmediata un cuadro al óleo que representaba la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, hecho en Quito. Repartía medicinas a los que se le acercaban y pedían; no recibía remuneración a los que le preguntaban el valor de la receta y de los remedios, y los despedía con expresiones de ternura. Como en aquellos momentos no se presentó ningún enfermo en solicitud de operación quirúrgica, y la fetidez del concurso podía producirnos alguna fiebre tifoidea de la que de seguro no nos libraría el *taumaturgo*, resolvimos emprender la retirada; pero antes tuvimos la oportunidad de ver a Perdomo que se volvía hacia la imagen que tenía al lado, y permaneció como arrobado, con las manos en actitud deprecatoria, la sonrisa candorosa en los labios, la mirada lánguida y amorosa, y el todo como nos pintan a los santos en sus éxtasis misteriosos. En el acto cesó como por encanto el murmullo que se oye donde hay muchas personas reunidas de distinta condición y procedencia: los íntimos del *Profeta* recomendaban el mayor silencio mientras pasaba el *deliquio* que ya tenía al santo a punto de levantarse media vara del suelo! No necesitámos más para formar nuestro juicio acerca de aquel hipócrita.

Naturalmente la novedad del día eran Perdomo y sus curaciones maravillosas; si salía a la calle, era seguido de numerosa cohorte de pueblo ávido de contemplar al mortal que triunfaba de la muerte. Los más entusiastas admiradores suyos, se dedicaron a llenar la santa misión de catequizar cotudos y buscar a los que tuvieran alguna protuberancia o desperfecto corporal, a fin de allegarlos al médico prodigioso para que los sanara; y en el furor por ejercer la *caridad* en la cual los había inflamado aquel hombre, llegaban hasta la indigna blasfemia de compararlo al Divino Jesús, cuando recorría la Palestina derramando a manos llenas los beneficios sobre justos y pecadores!

La presión que ejercieron en aquella época las turbas extraviadas por el engaño en que estaban, se hizo sentir de preferencia sobre el cuerpo de profesores médicos a los cuales señalaba Perdomo como merecedores de exterminio; y como se atravesaba la hora de tinieblas para el buen sentido, esos fueron los tiempos escogidos por los ingratos para exhibirse en toda su vileza, insultando y befando a los notables y abnegados médicos, que entre nosotros siempre se han distinguido por la buena voluntad y desinterés con que atienden a los enfermos pobres; llegó a tal extremo la mala situación de aquéllos, que no se atrevían a salir a la calle por temor a los ultrajes de que eran víctimas.

Parece increíble, pero es lo cierto que en aquel naufragio del juicio de muchos, los únicos que se salvaron fueron los cretinos o cotudos, quienes emigraron o se escondieron debajo de tierra, a fin de escapar a la violencia que se hacía sobre ellos para que se dejaran degollar en beneficio de la gloria quirúrgica de Perdomo. Recordamos a un socorrano del cual se podía decir lo de Quevedo respecto de cierta nariz:—*érase un hombre pegado a un coto,* quien cargaba monumental apéndice dentro de gran pañuelo blanco que se ataba a la nuca con el objeto de que lo aliviara del enorme peso que le

hacía inclinar hacia adelante; este hombre se fue a Villavicencio, de donde no volvió sino después de la catástrofe de Sabogal.

De hecho quedó Perdomo dueño de la situación en la capital. El inteligente y probo Pedro Navas Azuero, que a la sazón era el Síndico del Hospital de San Juan de Dios, sirvió de intermediario al Rector de la Escuela de Medicina para que le brindara las enfermerías de dicho establecimiento, a fin de que exhibiera a la vista de profesores competentes los procedimientos maravillosos que habían llamado tánto la atención, sin que esto implicara la exigencia de que revelara los secretos terapéuticos que poseyera. El farsante halló medio expedito para evadir el compromiso, mediante el cual debía salir airosa la verdad, negando el hecho por la prensa y añadiendo que, ni aun en el caso de que se le hubiese invitado para que se hiciera cargo de aquel Hospital, habría podido aceptar la oferta, y *mucho menos bajo la vigilancia de los médicos de más nombradía en la capital*, porque tenía a su cargo *2,318* enfermos, algunos de gravedad, a todos los cuales recetaba y medicinaba gratis, sin llamamiento de su parte, y finalmente, que en su casa de habitación se le encontraría todos los días, desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche, y allí podrían concurrir los que desearan presenciar las operaciones que ejecutara.

Tenemos, pues, que Perdomo empezó a recetar en Bogotá el 30 de abril, y que el 18 de mayo siguiente, fecha en la cual hizo la citada publicación, que en NUEVE DÍAS recetaba ya la no despreciable cifra de 2,318 enfermos, de manera que a cada cliente correspondían *tres minutos y seis segundos* de las catorce horas diarias que dedicaba al ejercicio de la medicina y cirugía, y esto sin tomar en cuenta el tiempo que le embargaban los continuos *éxtasis* y la inspiración divina que le comunicaba invisible paloma como al Profeta del desierto. Y para que nada faltara en aquel tiempo de humillación y ver-

güenza, hubo profesores de reconocida ciencia y probidad que hicieron fijar carteles en los que, entre otras cosas, decían que *estaban prontos con el escalpelo en la mano, a la cabecera del enfermo o en el salón de la Universidad, a dar las pruebas que se les exigieran de sus conocimientos*! El jovial y compasivo Dr. Andrés María Pardo, a quien pidieron la firma para ponerla al pie de aquella publicación, inoportuna cuando menos, dio la siguiente nobilísima respuesta:

"Yo me reservo para los postres de este carnaval, y entonces me vengaré de las víctimas que nos queden de las curaciones de Perdomo, prestándoles gratis mis servicios como médico, y repitiéndoles como el Salvador en la Cruz: 'Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen!'"

La creciente prosperidad del *Profeta* durante los pocos días que llevaba de permanencia en esta ciudad; el deseo de dar la última mano a su obra, y probablemente las exigencias de sus admiradores, que deseaban verle practicar una operación de alta cirugía, puesto que hasta entonces no le habían visto hacer otras que las de extraer muelas, poner sedales y sacar tumores subcutáneos de ninguna importancia, influyó para que los más adictos a Perdomo lograran encontrar la víctima inocente que debía pagar por todos y poner término en Bogotá a las supercherías de aquel hombre.

Vivía en las inmediaciones del pueblo de Chipaque un mozo, robusto campesino, llamado Tomás Sabogal, quien venía casi todas las semanas a la plaza de Mercado de Bogotá, a vender los productos de su labranza. Este desdichado tenía un apéndice o tumor que le colgaba del hombro derecho y le llegaba a la cintura, de la misma apariencia, en la forma, al nido colgante que construyen los pájaros que llaman *mochileros* en los altos árboles; pero como el cuerpo sobrante no le era extraño, porque lo acompañaba desde que vino al mundo, y además no le causaba la más ligera molestia, el campesino

vivía contento con él, y para que no le estorbara en sus movimientos lo cargaba dentro de una mochila junto con los cigarros, el fiambre, el dinero y los demás enseres que llevaba consigo.

Sabogal fue naturalmente el primero a quien echaron el ojo para que Perdomo se luciera con la operación, en apariencia insignificante, de cortarle el tumor; pero como no lo hallaron en el mercado, los secuaces del médico prodigioso hicieron viaje a la estancia del campesino y lo persuadieron a que viniera y permitiera hacerle la operación, en beneficio propio y para confusión de los médicos enemigos del *doctor*.

En un periódico decididamente partidario de Perdomo, se leían las siguientes significativas líneas, el sábado 11 de mayo:

"Aquí está ya el hombre respecto del cual aseguran los médicos que morirá si le cortan el gran tumor que tiene desde la niñez; pronto se le hará la tan temida operación, y ya veremos qué dirán entonces los *incrédulos*...."

La entrada de Sabogal a la casa de la cual no había de salir vivo, produjo grande entusiasmo entre la multitud que la asediaba a todas horas. ¡Viva Perdomo! !Viva Sabogal! ¡Abajo los médicos! ¡Abajo el Hospital! eran las frases que atronaban la calle.

El compromiso de Perdomo era ineludible. Un médico medianamente honrado habría declarado con franqueza que no había motivo suficiente para comprometer la vida de Sabogal al hacerle la operación, que cuando menos carecía de objeto; pero aquel desalmado no creyó que debía trepidar ante la enormidad que le exigían, o era tan ignorante que no sabía que iba a cometer un homicidio, y ya que podía más en él la estúpida vanidad que el talante confiado y risueño de la víctima, debió, al menos por acatar los sentimientos de caridad de que tánto alardeaba, aplazar la operación para mejor oportunidad.

Un hombre vestido de levita se asomó a uno de los balcones de la casa y anunció que *ya iba a cortar el doctor!* Instantáneo silencio guardó la apiñada multitud, y pocos segundos después apareció Perdomo en otro balcón, conduciendo abrazado a Sabogal pálido como un cadáver.

¡Véanlo! gritó Perdomo con inaudito cinismo, y se volvió a entrar con el desgraciado rústico. En la calle llegó el entusiasmo hasta el frenesí; arrojaban al aire los sombreros, palmoteaban y se abrazaban de júbilo, y esa zambra creció de punto al asomar en la puerta de la casa un hombre del pueblo que conducía pendiente de una asta el tumor cortado a Sabogal.

¡Vamos a mostrarlo a los médicos! exclamó el que conducía aquella deformidad, y sin más razones emprendieron marcha triunfal en dirección a la plaza de Bolívar, gritando: ¡Viva Perdomo! ¡Mueran los médicos! Nos parecía presenciar algo como la infame acción del populacho de París cuando paseó por las calles la cabeza de la infortunada princesa de Lamballe.

La asquerosa comitiva continuó su extravagante peregrinación por la Calle Real, y al pasar por el atrio de Santo Domingo se detuvo frente a la botica del Dr. Antonio Vargas Reyes, quien se hallaba en esos momentos en la puerta; el que llevaba la repugnante prenda, la aproximó con insolencia a la cara del Dr. Vargas, diciéndole con aire de triunfo: :Qué le parece?

—Buena operación si vive el paciente, contestó el digno profesor.

La turba continuó su marcha victoriosa. Entró al despacho de la Gobernación de Cundinamarca, donde se hallaba solo D. Roque Morales, Oficial Mayor; materialmente debajo de la nariz y sobre los papeles que tenía en su escritorio, le pusieron de presente la lonja de carne y grasa humana que no destilaba ámbar ... Continuó el paseo por los diferentes barrios de la ciudad, divulgando el nuevo prodigio llevado a término por el *gran*

Perdomo, y apostrofando a los *ladrones médicos y a los bestias que creían en ellos!* Devolvieron el tumor al que lo había cortado, y se retiraron dándose cita para el día siguiente, a fin de hacer ruidosa manifestación en favor de su ídolo.

Lluviosa se presentó la mañana del domingo 13 de mayo, lo que no fue inconveniente para que ricos y pobres, nobles y plebeyos concurrieran a las iglesias con el objeto de presenciar los oficios religiosos. En las puertas de los templos se veían grupos de personas en cuyos semblantes se notaban las expresiones de sorpresa, estupor, duda e indignación. No era para menos la noticia que circulaba.

Se decía que a Sabogal lo había apuñaleado el sirviente del Dr. Antonio Vargas Reyes, quien a su turno había envenenado al sirviente con una copa de *vino de Jerez*, y lo había enviado a morir al Hospital de San Juan de Dios, en donde tenían oculto al difunto; que el móvil de este doble crimen era el despecho causado en los médicos por la curación asombrosa de Sabogal, y que en prueba de ello, el Dr. Vargas Reyes había asegurado en la tarde anterior, que aquél MORIRÍA!.....

No se necesitó de más para que en breves instantes se formara un grupo de gente atrevida e inconsciente, resuelta a emprenderlo todo, fundada en que nada tenía que perder, amparada por el anónimo y alentada por las expresiones de hipócrita condolencia de Perdomo respecto de Sabogal, y de venganza con relación a los asesinos feroces de aquel infeliz, esto es, los médicos a quienes con inaudito descaro y malicia achacaba la muerte, de la cual él era el único responsable ante Dios y los hombres.

El populacho azuzado por agentes inmediatos de Perdomo, se lanzó a las casas de habitación de los médicos, escogiendo en su frenesí al eminente Vargas Reyes, a quien habrían sacrificado sin el auxilio que oportunamente llevaron el General Julio Barriga, Gobernador

de Cundinamarca, y su Secretario General, señor Lorenzo Lleras Triana; luégo se encaminaron los alborotadores al Hospital de San Juan de Dios, en donde los estudiantes de la Escuela de Medicina se defendieron con revólver en mano; el resto del día 13 estuvo la ciudad a merced de aquellas turbas desenfrenadas y amenazantes, y la Guardia Colombiana acuartelada en previsión de que surgiera algún conflicto que hiciera necesario el empleo de la fuerza.

El cadáver de Sabogal lo llevó la policía al Hospital, con el objeto de hacerle autopsia y esclarecer los hechos relativos a su muerte; pero como de esta operación debía resultar la verdad de lo ocurrido, Perdomo se negó obstinadamente a ir a dicho edificio, pretextando que lo asesinarían los estudiantes de medicina, instigados por el Dr. Vargas Reyes. Fue en vano que el Dr. Joaquín Martínez Escobar, Alcalde de Bogotá, ofreciera al charlatán cuantas garantías deseara a fin de que fuera a hacer el reconocimiento del muerto; y como Perdomo viera que el Alcalde no disponía en esos momentos de fuerza material para hacerse obedecer, se asomó a una de las ventanas del Despacho de la Alcaldía, y dirigiéndose al populacho que rodeaba el edificio, dijo unas cuantas sandeces en defensa de su proceder, y terminó declarándose ENVIADO DE JESUCRISTO PARA HACER EL BIEN DE LA HUMANIDAD!... En esos momentos pasaba por la acera norte de la plaza el joven Antonio Vargas Villegas, hijo del Dr. Vargas Reyes, y al verlo lo atacaron a pedradas los secuaces de Perdomo, sin duda para demostrar el modo como éste les había enseñado a practicar *el bien de la humanidad.*

Como era urgente hacer algo con el cuerpo del desgraciado Sabogal, el Alcalde Martínez Escobar nombró a los respetables médicos Dres. Lucio Dávoren y Joaquín Sarmiento para que hicieran la autopsia; pero como éstos se excusaran de prestar el servicio que se les exigía, fueron reemplazados con los jóvenes profesores

caucanos Abraham Aparicio y Policarpo Pizarro, quienes por sus merecimientos y reconocida probidad daban garantías aun a los más apasionados, de que expondrían la verdad sin rodeos, respecto a la causa eficiente de la muerte del labriego, y lo que hubiera de cierto en la aseveración de Perdomo acerca del asesinato de su cliente.

Aceptado el cargo por aquellos caballeros, lograron convencer al Dr. Rocha Castilla, a fin de que los acompañara a ejecutar la autopsia, de la cual debía resultar la prueba irrecusable de la bellaquería o de la inocencia de Perdomo. Convinieron en que el Dr. Rocha Castilla practicaría la disección en el anfiteatro anatómico del Hospital de San Juan de Dios, a la vista de todos los circunstantes, entre los cuales recordamos a los Dres. Manuel Maria Madiedo y Ricardo de la Parra, amigos de Perdomo.

En presencia del cadáver desnudo de Sabogal, colocado sobre la mesa de disección, el distinguido profesor Rocha Castilla hizo la siguiente exposición, con voz y acento de serena verdad, que no fue contradicha:

« Es tal la situación de la herida, que si Sabogal la recibió cuando vivía, el cuchillo ha tenido que introducirse en el pulmón derecho después de atravesar la pared torácica.

« Si por el contrario, Sabogal estaba muerto cuando le introdujeron el cuchillo, debemos encontrar ileso el pulmón derecho, porque este órgano se contrae en el último movimiento de expiración, que es el postrero de la vida y deja libre una extensión más o menos considerable de la parte inferior de la cavidad de la pleura; precisamente toda esta parte que el arma ha debido recorrer después de haber atravesado la pared costal y las inserciones del diafragma.»

Hecha la autopsia de Sabogal, se obtuvo la demostración científica y evidente de que la muerte de este hombre tuvo por única causa la hemorragia producida al operarle, sin ninguna precaución ni previo ligamento,

la arteria humeral y varias venas que alimentaban el tumor o apéndice que en vida tenía el difunto suspendido debajo del hombro derecho, y en cuya herida o lugar por donde se hizo el corte, se notaban rastros de solución de ácido sulfúrico, aplicado probablemente con el objeto de contener la hemorragia. El cuerpo estaba completamente exangüe; los labios de la herida que tenía al lado del pecho por donde le introdujeron el puñal, no tenía el color violado que se nota en los que mueren por consecuencia de una herida; no había derrame sanguíneo en la pleura; el corazón y los pulmones no presentaban la más ligera lesión, y antes bien daban señales de que funcionaron con regularidad hasta el último instante de la vida de su dueño.

Quedó, pues, perfectamente establecido que Perdomo ignoraba que no se deben cortar arterias ni venas a un vivo, sin previo ligamento; que no sabía que al morir un animal se recoge el pulmón sobre sí mismo, como sucede a un fuelle cuando le falta el aire que contiene; que el secreto del poderoso *hemostático* era una farsa, puesto que Perdomo hizo uso de uno de los más eficaces remedios qué se conocen en la medicina para contener la hemorragia, pero nunca suficiente para dominar la sangre que se escapa por las arterias y venas mayores; que si en esa vez, en la que estaban comprometidas su reputación y la vida de un hombre, no aplicó su *heroico y prodigioso* remedio, fue porque o no lo poseía, o era un embuste el poder que le atribuía; que no tenía ni los más ligeros y comunes rudimentos anatómicos, y, finalmente, que no supo ni *matar a un muerto!*

Vencido el Dr. de la Parra por el cumplimiento del diagnóstico del Dr. Rocha Castilla, confirmado por el resultado de la autopsia, no pudo menos de exclamar con candoroso acento: « En esta vez falló el hemostático de Perdomo .. »

Pero a los fanáticos parciales del *Profeta* no les en-

traron razones, y hasta hoy día hay algunos que sostienen que su héroe era un portento extraordinario, y que la envidia y mala voluntad de los médicos fueron el escollo invencible para que difundiera y pusiera en práctica los maravillosos secretos que arrancó a la naturaleza.

De algunas frases que se escaparon al sirviente de Perdomo, y de los hechos que tuvieron lugar en la casa de éste ante varios testigos, se dedujo, con bastante probabilidad de acierto, que después de que cortó de *un tajo* el cordón formado de la piel, las venas y arterias del cual pendía el tumor de Sabogal, aplicó en la herida una esponja empapada en solución de ácido sulfúrico, a fin de contener la abundante hemorragia que se siguió a la operación; luégo que asomó la víctima a uno de los balcones para saciar la curiosidad del público, la condujo al lecho que tenía de antemano preparado en una de las piezas de la casa. Parece que le hizo algunas aplicaciones con el objeto de contener la sangre de la herida que brotaba a torrentes, aunque sin éxito, y que, al fin expiró aquel infeliz poco tiempo después de la operación. En presencia de la aterradora realidad, concibió el torpe plan de suponer el asesinato de su víctima por el sirviente del Dr. Vargas Reyes, en vez de confesar con franqueza que había hecho una barbaridad. De manera que después de cometer nn verdadero homicidio, tenía ese hombre la avilantez de imputárselo a un inocente, a quien ni aun conocía de vista, y lo que era más monstruoso si cabe, inventaba otro crimen para achacarlo al mismo con el objeto de aparecer como víctima del odio e insidia de los médicos, quienes en concepto de aquél, no retrocederían ante ninguna acción que contribuyera a desprestigiarlo á él, tan caritativo y buen cristiano!

El Poder Judicial tomó cartas en el asunto; pero todo se redujo a recibir declaraciones e informes de unos y otros, sin que de tales diligencias se llegara a ningún

resultado práctico, porque no empezaron por el principio, es decir, poniendo la mano al embaucador a fin de seguirle el correspondiente sumario, pues para ello había dado más que motivos suficientes; todo se volvió enredo y declamaciones. Aún recordamos al ilustrado cuanto visionario Dr. Ricardo de la Parra, quien fue uno de los informantes partidarios de Perdomo: «dos hechos culminantes, dijo, dominan la época que alcanzamos: el anonadamiento de Francia llevado a término por el Ejército alemán compuesto de sabios, y la trascendental revolución que causaran en la medicina los portentosos descubrimientos del sabio Perdomo ...»

Gran expectativa hubo al día siguiente en la ciudad, porque se creía con fundamento que era llegado el tiempo del desenlace de aquel melodrama, y era de esperarse que Perdomo haría algo para salir del mal paso en que se había atollado; pero con gran sorpresa de todos, se abstuvo de hacer otra manifestación, que mandar fijar en los sitios más concurridos de Bogotá el siguiente impreso:

«Al pueblo y a las autoridades civiles:

«Personas respetables y caracterizadas se me han acercado a avisarme que el señor Dr. Antonio Vargas Reyes ha hecho armar a todos los estudiantes de medicina con el objeto de ASESINARME cuando yo éntre al Hospital. Como este hecho, caso de ser cierto, podrá ocasionar un conflicto grave, he resuelto abstenerme de concurrir al Hospital.

«El reconocimiento del cadáver lo puedo hacer en la plaza de Bolívar, o en un local en que mis enemigos no puedan obrar impunemente.

«Nada temo, pero quiero evitar una conmoción popular.

«Bogotá, 13 de mayo de 1872.

«MIGUEL PERDOMO NEIRA»

Ofenderíamos el sentido común de nuestros lectores si hiciéramos el más ligero comentario sobre la pieza que dejamos reproducida.

Perdomo permaneció en su casa, aparentemente tranquilo; pero en realidad, temeroso de que lo aprehendiera la justicia, en previsión de lo cual destacó espías para llevar a buen término el golpe teatral con que debía despedirse de los bogotanos.

El lunes siguiente después de medio día se presentó a caballo nuestro hombre en la Plaza de Bolívar en medio de unos cuarenta jinetes campesinos, armados hasta los dientes y en actitud de provocación; como nadie se metiera con ellos continuaron su camino hasta la esquina del Palacio de San Carlos, donde se detuvieron breves instantes. Alguien dijo que iba Perdomo a ver al Presidente de la República con el objeto de arreglar las cosas de *potencia a potencia!* De allí siguieron hasta la esquina de la casa del Noviciado de las Hermanas de Caridad, para continuar en confuso tropel, calle abajo, hasta el hoy puente de Núñez, de donde emprendieron marcha en fuga precipitada, pasando por la plazuela de San Victorino y tomando por el camellón de Occidente hasta llegar a la hacienda de *El Riachuelo*, donde plantó sus reales el charlatán, a inmediaciones de Serrezuela.

A los que lean las líneas que preceden, les parecerá increíble que en la capital de Colombia, asiento de los Poderes federales, del Gobierno del Estado Soberano de Cundinamarca, de las autoridades del Municipio y del Congreso de la Nación, que se hallaba reunido, tuvieran lugar los escándalos y atrocidades que dejamos referidos. La ciudad se sintió humillada y vilipendiada por las turbas desenfrenadas puestas al servicio de un aventurero vulgar, y los buenos ciudadanos se vieron expuestos a todo género de atropellos, sin que los encargados de velar por el orden se dieran cuenta exacta de lo que ocurría. A todo esto y mucho más, abrían

campo las libérrimas instituciones que nos regían. En efecto, todos estaban en *su derechó:* Perdomo, para recetar y hacer cuartos al que lo solicitara; sus secuaces, para llevar armas consigo y amenazar e insultar a quien a bien tuvieran, y la gente pacífica e inofensiva, *para sufrir con paciencia las adversidades y flaquezas de los prójimos!*

El Gobierno general no intervino, porque no debía mezclarse en los asuntos interiores de los Estados; el Gobierno de Cundinamarca era impotente para dominar la situación, a pesar de los esfuerzos que hizo el Gobernador, señor Julio Barriga, y el Municipio carecía de fuerza para hacerse obedecer. Mientras tanto, Bogotá sufría las consecuencias de la indolencia e incuria de todos. Y cuando ya Perdomo iba de San Victorino para abajo, se presentó un batallón en la plaza de Bolívar para aprisionar al fugitivo a quien nadie fue a inquietar en su nueva residencia.

Los inmediatamente perjudicados con aquella aventura, los que cometieron la imprudencia de confiar el precioso bien de la salud a la impericia de aquel empírico ignorante, quedaron sumidos en la mayor consternación, porque no sabían qué hacer ni a quién dirigirse después, para que les remediara el mal causado con los ignorados medicamentos que tomaron con fe inquebrantable. Felizmente para aquellos incautos, los médicos cumplieron con la oferta del Dr. Pardo, y tomaron *la revancha* recetando de balde a los muchos que Perdomo dejó realmente enfermos con las barbaridades a que se sometieron, sin meditar en la gravedad de las consecuencias.

*

Veraneábamos en Serrezuela cuando llegó el médico prodigioso a la hacienda de *El Riachuelo.* Apenas se tuvo conocimiento de este hecho, empezaron a llegar enfermos de todas partes y a instalarse en toldas, ba-

rracas, o en donde podían, en la manga situada al frente de la casa. Era este el lugar designado para el presunto hospital que presentaba el aspecto de campamento militar, o mejor dicho, ambulancia de sanidad. En aquella localidad creyó Perdomo que podría arreglar sus asuntos y orientarse en los sucesos que debían ocurrir después de su fuga de la capital; pero como ese aventurero no trepidaba ante ninguna farsa, propaló la noticia de que el Gobernador de Cundinamarca iba a abrir campaña contra él, para precaverse de la cual, vivía con el ojo alerta y en tren de guerra. Al efecto, colocó centinelas avanzados en Puente Grande, El Cerrito, Mosquera y Puerta de Zipaquirá, para que lo previnieran de cualquier peligro, siendo lo mejor de este nuevo enredo, que encontraba majaderos que se prestaban *gratis et amore* a servirle de espías. Con uno de éstos nos encontrámos en Puente Grande, quien nos interpeló y conjuró a que le dijéramos *cuánta gente* venía y dónde la habíamos dejado. Lo sacámos del error y del susto asegurándole que no había tal, y este incidente nos valió la ocasión de ver al gran Perdomo en medio de sus clientes, de su guardia de honor, y en ejercicio de su arte de medicinar, porque el espía nos nombró ante su jefe en abono de lo que le había dicho.

Ya se sabe la importancia que tiene la celebración de los oficios divinos en las poblaciones que se hacen notar por sus creencias religiosas, y Serrezuela, hoy Madrid, se ha distinguido de tiempo atrás por su adhesión al Catolicismo; naturalmente fuimos a misa allí con nuestra familia. En la puerta del templo estaba el bondadoso y sencillo párroco, revestido con capa magna y acompañado de los acólitos con la caldereta llena de agua bendita; después de algunos minutos se acercó el sacristán y dijo al cura estas dos palabras: ¡Ya viene!

En efecto, se sentía el tropel de jinetes y se veía la polvareda que levantaban al acercarse; llegaron a la mitad de la plaza, y uno que venía en medio y parecía

ser el jefe del pelotón, salió del centro e hizo destacar a varios hombres por distintas direcciones, con la arrogancia de un general que al frente de poderoso y disciplinado ejército ordena la ejecución de meditado plan de batalla. El grupo se aproximó a la casa cural, en cuyo gran patio dejaron encerrados los caballos, y se dirigieron a la iglesia; adelante marchaba airoso, en medio de este aparato militar, nuestro antiguo conocido Perdomo, con el mismo traje que vestía cuando entró en Bogotá; pero aumentado con un gran puñal que llevaba con ostentación. Los que lo acompañaban también iban armados, y así se acercaron al templo, tocaron el agua bendita que en el hisopo les ofreció el cura, y ocuparon puesto en el recinto; pero al jefe o *gran Caimacán* lo condujeron al presbiterio, donde le tenían preparado asiento de distinción.

En aquel dia tocaba hacer la renovación del Santísimo, y después de leído el Evangelio de la misa, el sacerdote se volvió hacia los fieles y les dirigió la palabra diciéndoles que "el insigne cuanto buen católico *señor doctor D. Miguel Perdomo Neira*, le había ofrecido costear un solemne triduo de cuarenta horas, precedido del conveniente retiro espiritual; que esperaba la concurrencia de todo el vecindario a dichas funciones, como una prueba de gratitud respecto al magnánimo huésped que tánto se interesaba por la salud de las almas, inaugurando así entre ellos el buen éxito de la misión de caridad de la cual se hallaba investido por permisión de lo Alto, y finalmente, que no olvidaran dar fervientes gracias a la Majestad Divina por la bondad infinita con que atendía a sus criaturas al suscitar, *de tarde en tarde*, como en la hora presente, un nuevo MESÍAS, que *atestiguaba su misión con repetidos portentos!*"

Y el *señor doctor D. Miguel Perdomo Neira* soportó sin pestañear el panegírico que acaba de leerse; en seguida recorrió la procesión el templo, llevando al San-

tísimo debajo de palio conducido por los secuaces del cínico charlatán a quien se le discernió el honor de entregarle el guión para que marchara a la cabeza!

Después de la función religiosa pasámos a la casa cural, en donde fuimos presentados al famoso médico. Este nos dispensó un saludo lleno de afectada gravedad, y llevó la dignación hasta manifestarnos que ya habia llegado a sus oídos nuestro humilde nombre, probablemente cuando el espía de Puente Grande se refirió a nosotros, al asegurarle que nada debía temer por estos lados; nos ofreció su asistencia médica y nos recomendó mucha cautela con los médicos. No había duda de que éstos eran su constante pesadilla.

A la posada en que vivíamos llegaron dos antiguos conocidos con el objeto de hacerse recetar por el médico estupendo. Eran ambos dos robustos y arrogantes campesinos acomodados, que podían vender por toneladas la salud que tenían de sobra, y eran capaces de rivalizar con Milón de Crotona con aquello de matar un toro de una puñada y comérselo asado en seguida. Pero D. Toribio Mogrobejo Fetecua y nnestro compadre Cirilo Callejas, que así se llamaban los huéspedes, habían resuelto de común acuerdo que estaban enfermos y debían consignarse a ojos cerrados en manos de Perdomo. Inútiles fueron todas las reflexiones que les hicimos para que desistieran de su intento, en vista de lo cual resolvimos acompañarlos y aprovechar la ocasión que se nos presentaba de ver maniobrar al prestidigitador.

Fuimos a la casa cural, en la que aún permanecía Perdomo, quien impuesto de los deseos de nuestros dos campesinos, les dijo que fueran al día siguiente al Riachuelo para examinarlos, porque él no recetaba en *los días de fiesta*. El lunes temprano nos presentámos en la residencia del médico maravilloso, a quien vimos paseándose en los corredores de la casa, en ademán de profunda meditación; nos hicieron desmontar en una de las corralizas, y el atalaya que estaba allí nos per-

mitió la entrada. Al vernos el *doctor* se tocó el ala del sombrero; pero al reconocernos se acercó a la barandilla inmediata, donde permanecíamos del lado exterior, y sin invitarnos a seguir adelante, entabló el siguiente diálogo:

—¿Cómo se llama mi caballero?

—Pues yo, Toribio Mogrobejo Fetecua.

—¿Qué padece?

—Que después de que ceno y me acuesto, me quedo dormido y ronco hasta que me despierto.

—Usted tiene *pasmada la* TRAQUÉA, y debe tomar la *chispa eléctrica*, le dijo Perdomo, al mismo tiempo que le oprimía el pecho con el puño cerrado.

—¿Y usted qué tiene, señor D. Cirilo?—pues parece que ya se conocían.

—A mí me sucede con frecuencia que después de que como *harto*, me siento cansado, y si monto, me da dolor de a caballo.

—Debe tomar *el toro* para que le desagüe el hígado. Venga mañana temprano en ayunas.

Volvimos a la posada, donde habilitámos las vasijas del posadero, que tenía establecida la industria de jabonería y velas, para recoger en ellas *los detritus* del compadre Cirilo, porque habíamos oído decir que los efectos del medicamento recetado eran furiosos.

Muy de mañana llegámos a la hacienda. Al inquirir por Perdomo, nos contestó un sirviente que en esos momentos estaba el señor *doctor* en oración mental; pero que esperáramos al lado de afuera de los corredores. Algún tiempo después apareció la esposa del que íbamos a buscar, conduciendo cuatro grandes frascos de boca ancha que contenían polvos blancos y amarillentos, y un líquido de color de agua turbia, todo lo cual puso sobre una mesita arrimada a la barandilla, y una cuchara de metal blanco y cabo ancho; en seguida se presentó Perdomo limpiándose la boca con un limpiadientes de oro, lo que nos hizo comprender que a la ora-

ción siguió el desayuno. No sabíamos en qué berenjenal estábamos metidos!

Todo fue saberse en el inmediato campamento que el *doctor* estaba presente, y caernos encima una avalancha de más de quinientos enfermos andrajosos y mugrientos: al verlos Perdomo los apostrofó en términos vulgares y groseros para que se retiraran e hicieran silencio, obtenido el cual, gritó:

¡ A ver, los *del toro !*

En el acto empezaron a aproximarse a los antepechos aquéllos a quienes había recetado la dicha medicina; sacaban la lengua en la misma actitud de los que van a comulgar, y el taumaturgo les introducía en la boca el polvo que alcanzaba a recoger en el cabo de la cuchara. Despachados los *del toro*, llegó el turno a los *del trueno*, en seguida a los de la *chispa eléctrica*, y por último a los de *el calmante*. Como el compadre Cirilo llevaba ya entre pecho y espalda *el toro*, y éste era un vomitivo, según se conjeturó, de tártaro emético suministrado en alta dosis, montó en su caballo y tomó el trote hacia la posada en donde se le habían preparado los útiles indispensables para el buen desempeño de la función que nos iba a dar.

Al acercarse Perdomo a D. Mogrobejo, éste sacó medio palmo de lengua, en la cual le depositó aquél un polvo blanquizco que al tragarlo le supo muy amargo. Volvimos a tomar nuestros caballos; pero al tratar Fetecua de poner el pie en el estribo, sintió tal sacudida, que poco le faltó para dar en tierra. Asustado el campesino con este accidente, exclamó acongojado:

—¡ Santo Dios, qué será esto!

—Nada D. Toribio, le contestamos; trate de montar y encaminémonos a la posada.

Hizo otro esfuerzo para montar, aunque sin lograrlo, porque se sentía envarado y tembloroso, con la respiración anhelosa, los ojos fijos, rígidas las extremidades y las manos crispadas; en una palabra, sufría las mismas

convulsiones que los perros cuando han tragado mortal bocado.

Como no podíamos permanecer en ese lugar, y era indispensable llegar cuanto antes a la posada para tender en su lecho al enfermo, rogámos a los que estaban allí que nos ayudaran a subir sobre el caballo a D. Toribio, y que un robusto mozo se le montara en ancas, a fin de sujetarlo, porque el campesino temblaba y brincaba lo mismo que los que sufren perlesía o tétanos.

Al pasar por en medio del campamento de enfermos, nos pareció hallarnos en la batalla de Waterloo; tál era el fragor y tronamenta producidos por los que en ese momento estaban bajo la influencia del *toro* y el *trueno*. Con grande esfuerzo lográmos bajar del caballo a Fetecua y acostarlo sobre un colchón tendido en el suelo para que brincara y se sacudiera a su gusto.

Pero apenas estábamos en el prólogo de la obra.

El compadre Cirilo era presa del más furibundo vomipurgante, sin que dieran a basto todos los enseres de la jabonería para recibir lo que arrojaba, ni fueran suficientes las canales o cauces de aquel *orejon*, para que saliera sin estrépito la resagada avalancha, que cual lava de volcán en erupción le subía del estómago buscando salida por la boca y las narices de este desdichado; y como las diversas situaciones de la vida se repiten, nuestros dos campesinos maldecían, como Sancho, de Perdomo y del que en hora menguada les aconsejó que ocurrieran por ese camino en busca de remedios desconocidos para curarse enfermedades imaginarias.

Ya el sol declinaba, y el par de campesinos continuaban, el uno haciendo contorsiones, y el otro en tren de arrojar las tripas, sin que pudiéramos hacer otra cosa que increparles su *bestialidad;* y como temimos que murieran sin saber qué hacerles, enviamos a decirle al que era causa de aquel percance, el estado de los enfermos. Perdomo contestó con grande indiferencia que ya les pasaría el efecto de los medicamentos, y que al día siguiente fueran para suministrarles el *calmante*.

Después de noche agitada, y sacando fuerzas de flaqueza, volvieron nuestros dos amigos al Riachuelo en busca del suspirado remedio ofrecido; pero se les informó que el *doctor* se había ido para Cipacón en busca de *yerbas misteriosas*, a fin de reponer las que decía se le habían acabado, de manera que los enfermos se quedaron esperando en ese día el medicamento que debía poner término a los sufrimientos reales que les ocasionó la medicación del hombre prodigioso, y para que la burla fuera completa, se supo por la noche que el charlatán había tomado la vía de Tenjo con dirección al norte, dizque para salvarse de la persecución del Gobierno. Dejamos a la consideración del lector el desconsuelo que se apoderaría de los centenares de enfermos que quedaron tirados en la mitad de un llano sin saber a dónde ir ni qué hacer para neutralizar los efectos de las drogas que habían tomado con fe ciega.

No fue menos perniciosa la permanencia de Perdomo en Serrezuela de lo que había sido en otras partes. A los enfermos que operó sacándoles lobanillos o tumores grasosos superficiales, no les fue mal; pero cuando hizo operaciones de alguna gravedad, tuvieron resultados funestos.

Y ese procedimiento de aquel hombre era el mismo en todas partes. Se ganaba la voluntad de los párrocos con promesas de costear funciones religiosas o reparar iglesias; pero cuando llegaba el tiempo de cumplir la oferta, se zafaba del compromiso con cualquier pretexto.

A nuestros dos campesinos se les quitaron las ganas de volver a buscar aventuras médicas, y tuvieron que ocurrir a un distinguido profesor para que los librara de las consecuencias de la curación de Perdomo, lo que consiguieron después de seis meses de asidua medicación.

—Compadre, nos dijo en una ocasión D. Cirilo, qué cierto es que *más vale malo conocido que bueno por conocer!*

—Así es el mundo.

Guasca fue la población escogida por Perdomo para continuar sus aventuras. Allí no ofreció costear funciones religiosas, sino la edificación de la torre de la iglesia. El Cura creyó en la oferta y envió a Bogotá por el arquitecto Francisco Olaya y el constructor Fidel Pinzón, quienes trabajaban en la obra del Capitolio, para que se hicieran cargo de levantar la torre proyectada. Ya estaba todo preparado para dar principio a los trabajos, y el campamento cuajado de centenares de enfermos que acudían de los cuatro puntos cardinales, cuando el bribón del *doctor* se presentó una bella mañana en ademán bélico, resuelto a matar al sirviente que lo acompañaba, con el pretexto de que era un traidor y además le había robado su famoso caballo tordo. Al ver y creer los vecinos que el hombre pretendía cometer un asesinato, trataron de apaciguarlo, visto lo cual por Perdomo se les encaró y los insultó en los términos más groseros; y sin más explicaciones tomó el portante por la vía de Boyacá, de donde siguió para Santander, repitiendo las mismas comedias y dejando por donde quiera que pasaba un pavoroso rastro de enfermos abandonados que debían volver a los médicos para que los recetaran; no hay duda de que aquel hipócrita profesaba el principio de los mozos de mulas, que dice: *el que viene atrás, que arree.*

Un respetable sacerdote que después fue obispo, era sincero partidario de Perdomo, y como alguien increpara en presencia de aquél los procedimientos quirúrgicos de éste, le contestó con admirable candidez:

—Los imprudentes amigos de Perdomo tienen la culpa de los desaciertos que él puede hacer, porque lo han comprometido a que extraiga cotos, cuando en lo que es infalible es en sacar COTAS....

Perdomo concibió el proyecto de llevar al partido conservador a remolque del *anestésico y hemostático* que cargaba en las alforjas: al efecto depositó en el Banco de Bogotá cinco mil pesos a la orden de un distinguido ca-

ballero, quien a su vez traspasó el dinero a otro copartidario, para dedicarlos a la compra de armamento; pero probablemente se dificultaría la operación o se presentaría algún inconveniente para llevarla a cabo. El hecho fue que, por causas que ignoramos, el último depositario dio a guardar el dinero a un tercero que se alzó con él, al mismo tiempo que publicó una hoja volante en la que abjuró de las opiniones conservadoras, alegando, entre otras razones, que los partidarios de éstas no respetaban la propiedad.

En Venezuela quiso repetir las mismas escenas que había representado en el Ecuador y en Colombia; pero el *Ilustre Americano* no entendía de esas burlas, y le hizo advertir que si inquietaba a los *llaneros*, lo graduaría de médico doctor en la Universidad de las bóvedas de la Guaira. Perdomo no se hizo repetir la notificación, y desocupó el campo dirigiéndose al Istmo y de allí a Guayaquil. Tenía resuelto continuar el oficio entre los indígenas de Bolivia; pero las *viruelas negras* dieron con él en la fosa. Alguien en mala hora propaló la noticia de que la muerte y el entierro del taumaturgo eran puras farsas, lo que fue suficiente para que, sin tener en cuenta las consecuencias, exhumaran el cadáver de Perdomo después de tres días de enterrado. Los guayaquileños tuvieron la satisfacción de persuadirse de que aquél estaba bien muerto, podrido y sin peligro de que resucitara hasta el día del juicio final, pero a costa de la terrible epidemia, que se recrudeció con la imprudencia cometida sin las precauciones necesarias y diezmó la población. De manera que de nuestro paisano Perdomo se pudo decir lo que la historia refiere del Cid Campeador: que mató más moros después de muerto que cuando vivía.

Pero ¿quién era Perdomo? ¿Hacía curaciones? ¿Era hábil cirujano? ¿Poseía algunos secretos?

Contestaremos por partes:

Como todos los charlatanes o empíricos, Perdomo aprendió a explotar las masas populares e ignorantes,

aprovechando las creencias religiosas de las comarcas que recorría, y propalando la idea de que poseía sustancias medicinales, que a ser ciertas las propiedades que les atribuía, habrían causado gran revolución en el mundo científico. Cada cual tenía algo de médico, poeta y loco, y todo *quidam* que tenga la manía de recetar, matará a muchos, pero a otros les dará la salud; pues si a un asno que sopló la flauta, le sonó por casualidad, ¿cómo no ha de suceder lo propio a un hombre, que es más que el asno? Manejaba el cuchillo con la habilidad de un mayordomo de las haciendas en tierra caliente, donde la necesidad hace ley y las bestias no pueden dar cuenta del resultado favorable o adverso de las operaciones quirúrgicas que en ellas se hagan; y respecto a los secretos que poseía, bastará que se sepa que desde antes de llegar a Bogotá hizo comprar por tercera mano *todo el tártaro emético* que había en la botica de Medina Hermanos, droga que bautizaba con el nombre de *el toro*. En otras droguerías se proveyó en grandes cantidades, de calomel, para *el trueno;* nuez vómica, para la *chispa eléctrica* y bromuro de potasio para el *calmante.—Voilá tout.*

Y como todo propagandista no deja de tener discípulos que aspiran a la sucesión del maestro, Perdomo tuvo imitadores que se diseminaron por los pueblos, con el fin de ganar la vida ejerciendo la medicina que le vieron practicar. Villeta fue el teatro escogido por un talabartero, cuyo nombre no hace al caso, para sentar plaza de médico. La casualidad hizo que ocurriéramos donde el artesano con el objeto de que remendara los bastos deteriorados de nuestra montura; pero se excusó de prestarnos este servicio, dándonos por razón que los numerosos enfermos que tenía a su cargo dentro y fuera de la población, no le permitían atender a nuestra solicitud. Lo felicitámos por la buena fortuna con que bogaba, y le preguntámos cuál era la enfermedad reinante en el distrito, a lo que nos contestó que había muchas calen-

turas, y que entre los hombres se había desarrollado la FIEBRE PUERPERAL, de la cual estaba muy grave *un calentanito!....*

El prestigio de lo maravilloso que se atribuía a Perdomo, subía de las masas populares a las capas superiores de la sociedad, y éstas se encargaron de hacer punta al clavo para que entrara.

Si se tiene en cuenta la ausencia de medios preventivos para impedir el mal, y las instituciones que nos regían en la época a que nos referimos, el estado de los ánimos sobreexcitados por las pasiones políticas de los partidos y el natural deseo de los vencidos para recuperar el poder, se sacará la consecuencia de que si las facultades intelectuales de Perdomo hubieran guardado proporción con su audacia e impudencia, habría lanzado al país en alguna aventura sangrienta de peor carácter que el socialismo, que es hoy el terror de las naciones europeas.

NIEVES RAMOS

"PACHO queda a la derecha de donde yo estoy sentado." Así empieza el renombrado cura de aquel lugar, el año de 1807, la descripción del pueblo y de la bellísima comarca en que se fundó a mediados del siglo pasado la primera empresa de ferrería en el país, bajo la dirección de los progresistas caballeros ingleses Roberto Bunch y Alejandro Mac Douall.

Lucas Gómez se llamaba el buen párroco, quien tenía desaforada inclinación a las ciencias naturales, y escribió el celebérrimo *Diario* que tiene por epígrafe *Pacho en la mano,* con el laudable propósito de no defraudar a la posteridad del fruto de sus observaciones científicas y especulativas en lo tocante a todos los ramos del saber humano.

Reputaríamos como cargo grave de conciencia privar a nuestros lectores de una pequeñísima muestra de la erudición del doctor Lucas; y por ello les presentamos a continuación el *preámbulo* de la obra, y algunas descripciones del mismo género.

« Prosigo continuando en delinear el discurso de la formación de este pueblo; y de lo principal que es la organización, composición y correspondencias del cuerpo entre sí; que componen la perfección de todos: y como éste se forma de conductos, venas y arterias por donde se comunican unos a otros, por eso se llaman así; porque

voy a demostrar acerca de la cabeza de la Iglesia, que es la base fundamental; de suerte que lo que he propuesto antecedentemente es lo accesorio.

«Acordándome de lo que dice un poeta; sobre el desembolso, que debe tener todo hombre sensato para discursar, formar o discurrir sobre alguna materia, y sea de gusto para evacuar prolijamente sus empiezos como discursista veraz.

«Si no corre el dinerillo,
Nada puede haber corriente;
Porque él es móvil y agente
De cuanto al mundo da brillo!»

No son menos originales las descripciones que hace de las plantas y de sus propiedades. Vaya otra muestra:

"Alfalfa, herbaje conocido por las bestias: lo comen los ingleses en ensalada."

"Apio, conocible y medicinal."

"Brevo, árbol que da brevas."

"Otro arbusto de flor nacarada."

"Garbanzo, se da bueno."

"Manzano, indígena, porque se trajo de Chía."

Y para que no quedara duda acerca del autor de estas maravillas, las escribió con tinta roja en caracteres ilegibles, parecidos a los que haría una mosca que tuviese las patas mojadas en el líquido; pero haciendo bien comprensible la firma, que se lee con perfecta claridad, Laca Gamos, en medio de una rúbrica enredada e indescriptible.

La reputaciôn de hombre excéntrico que tenía el doctor Gómez, contribuyó a que le achacaran cuantas barbaridades hicieran los demás, como si no fueran suficientes las que el buen párroco exhibía a cada paso con el mayor aplomo y cierto espíritu de malicia que a nadie perjudicaba.

El invento de las cajas de música causó entre los santafereños impresión de asombro, mezclada de cierta des-

confianza, por lo sobrenatural que tuviera *esa música encerrada en tan estrecho recinto;* las primeras que trajeron a Santafé eran tan pequeñas, que cabían en el bolsillo del pecho, y esto contribuyó para que el que deseaba divertirse a costa de la ignorancia de otros, se presentara en alguna reunión y aprovechara el primer momento de silencio para dejar andar la maquinita. ¡Raro fenómeno! La idea de que oían música celestial venía a la mente de los demás, quienes quedaban con los ojos fijos en el techo de la casa.

La primera persona de quien se acordaron los sorprendidos por las cajitas de música, fue el cura de Pacho. Cada cual se forjaba mil fantasías acerca del asombro que tal invento había de causar al doctor Gómez, amigo de escudriñar todos los arcanos. Sin pérdida de tiempo emprendieron viaje de Zipaquirá a Pacho varios caballeros amigos de bromas, sin otro objeto que el de gozar con los aspavientos que haría el cura al oír la cajita.

Llegado que hubieron nuestros expedicionarios a la casa cural, después de los primeros saludos y de los cumplimientos del caso, uno de éstos colocó debajo del sombrero, sobre una mesa, la cajita que llevaba, y le dio cuerda en el momento convenido con los compañeros.

Pero el doctor Gómez no se daba por notificado, visto lo cual por los amigos, le llamaron la atención, diciéndole con cierto misterio:

—¿ No oye, señor doctor ?

—Sí: suena como si estuvieran destilando mistela....

En la ceremonia del descendimiento de la Cruz, un viernes santo, predicó el buen cura con tal elocuencia, describiendo la pasión de todo un Dios «*gargajeado y coceado,*» que los sencillos feligreses lloraban a moco tendido, dándose terribles golpes de pecho, visto lo cual les dijo aquél con acento compasivo y voz consoladora:

—No os aflijáis tánto, hijos míos: en lo que os he dicho debe haber alguna exageración, porque si de Bogo-

tá a Pacho mienten tánto, ¿qué será de Jerusalén a este lugar?

Bajo muchos respectos es digna de fama imperecedera la risueña población de Pacho, rodeada de cristalinos riachuelos sombreados con las acacias y guamos que embalsaman el aire, con un clima suave que ejerce benéfica influencia en sus tranquilos y honrados habitantes, entre quienes no se conocían los *fulleros*, y por consiguiente, tenía poco que hacer la justicia.

Entre la flora de las montañas que circundan la población, se encuentran las espléndidas *orquídeas*, que causan la admiración de quien las ve, y de las cuales se hace gran comercio en el mundo.

Pero no bastaban a los hospitalarios *pachunos* los beneficios de que gozaban, de una manera casi excepcional, respecto de otras comarcas; era preciso que a los dones naturales se añadieran los sobrenaturales, y este anhelo o capricho místico lo tuvieron aquéllos, en carne y hueso, cuando menos lo pensaron.

Por allá en el año de 1870 corría en Pacho el *run-run* de que en su seno existía una joven que no podía alimentarse, a causa de que tenía entre la piel ciertos insectos parecidos a los camarones vivos, y que la avidez de éstos se aumentaba cuando la infeliz comía cualquier cosa, en términos de que el tropel de los voraces animales por saciar el apetito, producía en ella síntomas de asfixia.

El rumor fue tomando consistencia, y algún tiempo después se decía que la joven, sí se alimentaba cada ocho días, durante los cuales permanecía tranquila, sufriendo con resignación la dolencia que la aquejaba.

Pero la cosa *subía de punto*, como la miel cuando hierve: se aseguraba a pie juntillas que la joven comulgaba todos los días, después de lo cual no tomaba otra cosa y que éste era el secreto de su misteriosa existencia.

No se necesitó más para excitar la curiosidad del vecindario, ávido de novedades, por lo cual la visitaban

con frecuencia, obsequiándola con todo aquello que pudiera necesitar, llevando la generosidad hasta donarle una casita de tapia y teja, que a la entrada del pueblo habían edificado, muy aseada, para que viviera la joven con la madre que la cuidaba; con el ítem de que todas las mañanas se disputaban las gentes el honor de llevar a la iglesia la camilla que ocupaba; algunos afirmaban también que era tullida.

Llegadas las cosas a este punto, se aseguraba como un hecho incuestionable en toda la comarca, que en Pacho vivía una *santa* que hacía milagros, que no comía ni bebía, ni dormía, ni se movía, ni.... En una palabra, que existía un cuerpo glorioso.

Como manifestáramos algunas dudas a la persona que refería tantos portentos, ésta nos contestó con cierto airecillo de burla:

—Ya sabemos que ninguno es profeta en su tierra. Este es asunto de ver y creer; si quiere convencerse, vaya a Pacho; pero no vaya prevenido contra la evidencia de los hechos; sobre todo, despréndase del espíritu de egoísmo de los bogotanos, que todo lo quieren para sí. Mal que les pese, tendremos una santa de Pacho, lo mismo que Lima tiene su Santa Rosa, y Quito a Santa María Ana de Jesús. Estamos?

—No lo dije por tanto, replicamos. Le prometo que en primera oportunidad iré, no digo a Pacho, sino al fin del mundo, porque le confieso que désespero por ver de cerca a un santo.

—*A Dios rogando y con el mazo dando:* en Pacho tiene usted su casa, y allá lo espero en el próximo diciembre.

Y así fue. El 1.° de enero de 1877 nos hallábamos en Pacho, y lo primero que hicimos al llegar, fue ir a ver y palpar a la *santica*, nombre con el cual era conocida la gran taumaturga NIEVES RAMOS.

En compañía de dos amigos relacionados con la *santa*, empezámos la romería, yendo a misa de seis, con

el objeto de persuadirnos de la realidad de los hechos. Dos hombres conducian una camilla semejante a la cuna de un niño, cubierta con toldillo de lienzo blanco, y la colocaron en el presbiterio de la iglesia.

Los fieles que estaban dentro se pusieron de pie al presentarse dicha comitiva, y echaban miradas de satisfacción cuando ésta se les aproximó.

Apenas instalada la heroína cerca del altar, se le acercó el cura para preguntarle si deseaba *reconciliarse*; ésta hizo ademán negativo, visto lo cual por el sacerdote, volvió a la sacristía, donde se revistió para salir a decir misa.

Durante la augusta ceremonia reinaba profundo silencio en el templo, y sólo se oían los ternísimos suspiros que debía arrancar el amor divino a la que ardía en deseos de recibir el Unico que era cápaz de saciarla; amén de cierta tosecilla prolongada, que parecía como si viniera del otro mundo.

Temerosos de que la *santa* se asfixiara si le repetía el acceso, indicámos a los dos amigos la conveniencia de que le dieran algún medicamento.

—Este es un milagro que presenciamos todos los días, nos contestó uno de ellos. Deje usted que reciba la comunión, y verá cómo se queda quieta, sin que dé otras señales de vida sino la respiración entrecortada, que la hace estremecer de gozo celestial.

Aún hablaba quedo nuestro amigo, cuando el acólito levantó el toldillo y vimos a Nieves con los brazos extendidos hacia el sacerdote que le daba la comunión—ni más ni menos que como recibía Santa Catalina de Sena el Pan de los ángeles,—anonadada por la emoción, al mismo tiempo que dos gruesas lágrimas se desprendían de los ojos medio velados con largas y negras pestañas; entreabrió la boca, recibió en la lengua la forma consagrada, y permaneció largo rato extática, sin darse cuenta de lo que pasaba, ni de las miradas que sobre ella teníamos puestas los que estábamos en la iglesia.

En la ceremonia que acabábamos de ver, todo fue correcto y ajustado a las reglas más estrictas de piedad; y sin embargo, se nos vino a las mientes como una tentación invencible, cierto estribillo que dice: "en lágrimas de mujer y en cojera de perro no hay que creer".... Aquellas dos gruesas y ostentosas lágrimas se nos indigestaron, de tal modo, que a poco más se nos hubieran resuelto en apoplejía fulminante. Y lo peor fue que nos vimos obligados a guardar reserva con los dos amigos acerca del incidente, porque si éstos hubieran maliciado la tentación de que éramos víctimas, se habrían ofendido muy mucho, y no nos habrían llevado a ver la *nueva casa de Loreto*, donde moraba la *santa* con su anciana madre, mulata muy despierta y acusiosa, especialmente en dar explicaciones conducentes a la fe con que debía creerse el portento que se operaba incesantemente en la paciencia de *Nievecitas*.

Tras del humo seguimos la comitiva que acompañó a Nieves a la casa en que vivía, a fin de averiguarle, inmediatamente después de comulgar, si era cierto que no comía, etc.....etc....etc ... Este era el punto capital para los dos amigos.

Nos recibió con afabilidad la madre de la *santa*, y nos introdujo a la alcobita, donde había una cama tendida con aseo, algunas silletas de guadamacil, estampas de santos, y en una mesita la virgen de Lourdes con algunas flores, y un frasquito con agua al pie de la imagen; al frente de la cama estaba colgado el crucifijo, y junto la camilla que habíamos ya visto, con Nieves en ella.

Desde luego nos llamó la atención la postura de la enferma, cuyas piernas debían estar dobladas necesariamente para que cupiera en la camilla, que era un simple cajón que no tendría ochenta centímetros de largo, con la anchura suficiente para contener el resto del cuerpo humano, que no puede reducirse.

Después de los saludos de uso y costumbre en casos

semejantes, y que nuestros dos amigos manifestaron a Nieves quiénes éramos, y el deseo que nos llevó a su casa, la acometimos de lleno a preguntas y repreguntas, para satisfacer las cuales nos refirió lo siguiente:

"Desde muy niña sentí vocación decidida por la vida monástica; pero tuve un *sueño* en el que *soñé* que no era el claustro el lugar que debía ocupar en el mundo, por lo cual desistí del primer propósito."

Soñé que soñando me soñaba, decía Rafael Lasso de la Vega, de feliz memoria!

Y sigue el cuento:

"Un día salí de la escuela para ir al huerto donde veneraba la imagen de Nuestra Señora de Lourdes; me arrodillé como de costumbre para hacer un saludo a la Virgen; pero cuando quise ponerme de pie, no pude hacerlo, porque las piernas se me paralizaron y desde entonces permanezco en una misma posición.

"Afligida con el percance, me quejé a la Virgen; pero entonces oí una voz de lo alto que me dijo: *Cálla y súfre con paciencia, porque este es el principio de tu gloria!*"

¡Stop! ¿Quis sicut Deus?—dice D. Peregrino San Miguel que el Arcángel San Miguel dijo al diablo, en el famoso *Misterio de Dios.*

"Algún tiempo después experimenté violentos dolores que calmaron cuando me aparecieron insectos en el cuerpo, los que me andaban dejándome señales semejantes a las que produce la disciplina cuando se aplica con mano pesada. Desde ese entonces empecé a perder el apetito, la sed y las consiguientes funciones naturales, hasta cesar por completo toda necesidad corporal, para obtener en cambio la inmensa compensación de recibir diariamente al Divino Jesús, en la Eucaristía, que me sacia el alma y me alimenta el cuerpo...."

"Cinco años hace que guardo la misma posición. Ultimamente me atormentaron dolores neurálgicos en la cara; pero en cierta noche se me apareció una hermosísima Señora, cuyas facciones no pude distinguir, por-

que el brillo de la luz que irradiaba en torno de ella me ofuscó la vista, aunque sí oí que me dijo:—Nievecitas, aquí traigo este frasquito con agua de mi fuente, para que te frotes donde te duela....."

Y este era el mismo que se veía al pie de la imagen de Nuestra Señora.

Aquí no pudimos contener la curiosidad que nos hormigueaba en el cuerpo por ver y palpar el presente indicado, y atropellando las conveniencias sociales interrumpimos a la narradora mientras nos acercábamos a contemplar el frasquito milagroso. ¡Cuál sería nuestro asombro al ver un frasco ordinario con este rótulo: "L. T. Piver, perfumista de París!" Sin ser adivinos, pudimos deducir que en el Cielo se usan perfumes destilados en la tierra, y hay fábrica de cristales.... Claro!

"De vez en cuando, continuó, suele aparecérseme la misma Señora, me conforta con palabras amorosas, y me toma cuenta de los beneficios pedidos por intermisión de su querida Nieves, que es como me llama, a fin de darles pronto y favorable despacho."

"¡Oh, qué trato, qué belleza, qué luz!"

Terminada la minuciosa relación que dejamos expuesta, nos despedímos, encomendándonos a la *santa* para que nos alcanzara el dón de la fe. Antes de salir vimos a la feliz madre que concibió tal portento, acechando detrás de la puerta. Le dimos una limosna para ayuda de los gastos de la casa.

Olvidábamos decir que Nieves Ramos tendría en dicha época treinta años de edad, y que era de rostro blanco sonrosado, ojos negros hermosísimos, cabellos negros que hacían contraste con la blancura de la tez, voz suave, mala dentadura y aspecto de completa resignación. A juzgar por la talla del dorso, única parte del cuerpo que sobresalía del cajón, debía de ser de alta estatura. En las manos finas y huesosas tenía un rosario de cuentas de concha de nácar, montado en plata; mientras hablaba se ocupaba en pasar y repasar las cuentas;

a veces se interrumpía para fijar las miradas en el crucifijo o en la imagen de Nuestra Señora, exhalando hondo y tierno suspiro, después de lo cual continuaba su relato, como hace una persona cuando se distrae y vuelve a seguir el hilo del discurso.

Tanto en la casa como en la persona de Nieves se notaba el mayor aseo; vestía jubón de percal rosado, cuello de encaje, escofieta en la cabeza y pañolón de lanilla oscura.

—Parece paloma en el nido, fue lo primero que nos dijo al salir uno de nuestros amigos.

—¿Qué dice de lo que acaba de ver? nos preguntó.

—Esta mujer es una santa o un demonio; no hay término medio.

—Me atengo a lo primero.

—El tiempo lo dirá.

La fama de la santidad de Nieves llenaba toda la comarca. En todas partes hablaban de los portentos alcanzados por la intercesión de la *santica* de Pacho, y como la luz no puede encerrarse en una redoma, la fama de aquélla salió de los estrechos límites en que resonaba, para esparcirse por todo el país.

En la ferrería de Pacho estaba de Superintendente Mr. William Pitt, hombre excelente y de carácter franco. Al oírnos discutir con nuestros dos amigos acerca de la protagonista de esta historia, se quedó en actitud de meditar, hasta que uno de éstos, que era Coronel, le interpeló diciéndole:

—¿Y usted qué opina, Mr. Pitt?

—*¡Oh my dear Colonel, mi opinará después que Ramo y Nieve meta horno alto y no queme ni derrita!*

¡Quién hubiera creído que el inglés era profeta!

Fuimos en seguida a visitar al clásico orador, doctor Manuel Fernández Saavedra, Chantre de la Catedral de Bogotá, quien se hallaba en Pacho en busca de salud.

—¿Qué cree usted, señor doctor, respecto de Nieves Ramos?

—Esa mujer *está endiosada;* hace mucho tiempo que la confieso, y le declaro a usted que cada vez que le administro los Sacramentos, experimento algo muy semejante a lo que debe de sentirse en el cielo!....

A nuestra vuelta a Bogotá recibímos invitaciones de varias personas respetables, para que diéramos a la autoridad eclesiástica informes sobre lo que hubiera de cierto en tan espinoso asunto. Por toda respuesta nos limitámos a referir lo que habíamos visto, pues bien comprendímos que la ola de santidad subía, y subiría lo suficiente para ahogar al que intentara detenerla.

A pocas vueltas creció de tal manera la fama de Nieves, que, según la voz general, no habría necesidad de esperar a que muriera para canonizarla—a lo menos así lo tenía resuelto el conciliábulo de beatas ociosas. Según éstas, el Arzobispo señor Arbeláez y su digno Secretario, el doctor Joaquín Pardo Vergara, estaban cometiendo el pecado de omisión y descuido al no disponer la inmediata solemne traslación de la *santa* a Bogotá, a fin de darle culto en vida y gozar de las bendiciones del Cielo, que llovían a torrentes dondequiera que ésta moraba.

Pero como los más entusiastas vieran que la autoridad eclesiástica procedía con la prudencia que debía, resolvieron precipitar los acontecimientos, y el día menos pensado se aparecieron con la *santa* en Chapinero, donde tenían preparado alojamiento para ella y la madre, y alimentos para la segunda, única que comía.

Apenas supieron los bogotanos que tenían de cuasi vecina a la *santica*, se les desarrolló tal comezón por conocerla, que a todas horas del día y en parte de la noche, se notaba el incesante ir y venir de los romeros en coche, a caballo, en sillas de manos, a pie o como podían, especialmente para no perder la misa que celebraban en la pieza en que moraba Nieves, trocada en santa capilla, y ganar las indulgencias concedidas ¡no se sabe por quién! a los que asistieran al Santo Sacrificio en el lugar citado, amén de la sacada infalible de ánima bendita del Purgatorio!....

Acababa de celebrar el señor Arbeláez en su oratorio, cuando sintió gran tropel en el Palacio arzobispal; algo muy grave debía de ocurrir para que así se atrevieran a proceder los que entraban.

Sorprendido el Arzobispo, salió a ver qué era tánta bulla: la metían unos cuantos devotos de ambos sexos, quienes al presentarse el Prelado se arrodillaron, al mismo tiempo que le ponían de manifiesto una servilleta blanca con ligeras manchas de sangre.

—Ilustrísimo señor: ¡Estigmas! ¡Estigmas mejores que los de San Francisco de Asís! le dijo el que encabezaba el nuevo concilio.

Confuso por demás el Ilustrísimo señor Arbeláez, pidió explicaciones del misterio, que no comprendió hasta que el mismo entusiasta milagrero refirió, como hecho auténtico y comprobado, que en la noche del jueves al vienes de cada semana le aparecían a la *santa* Nieves de Pacho estigmas en las manos, cuyas señales habían quedado estampadas en la servilleta, que traían para convencerlo; que igual impresión debía de tener en los pies, pero que el pudor de la *santa* no permitía descubrirla para que los vieran.

El señor Arbeláez despidió a los importunos visitantes ofreciéndoles que se ocuparía en el asunto, y les aconsejó mucha prudencia en lo sucesivo.

Ya para entonces la reputación de la *santidad* de Nieves había llegado a su apogeo. En la casa en que vivía era preciso *hacer cola con anticipación* para poder llegar a ver, oír, oler, gustar y palpar a la maravillosa mujer; los fervorosos devotos de ésta llegaban hasta la idolatría en las exageradas demostraciones que se le tributaban, no siendo la menor el acto de entrar caminando de rodillas, besar el suelo inmediato a la camilla en que permanecía ella, y pedirle con lágrimas y suspiros la merced deseada.

Nieves sostenía su nueva posición con tal tranquilidad en sus ademanes, como si fuera un soberano que se

dignara recibir el tributo que humildes le rindieran sus vasallos amorosos.

Ni era menos interesante presenciar la vuelta de Chapinero a Bogotá de los fervientes adoradores de la bienaventurada. Cada uno refería la gracia especial que había alcanzado de la incomparable Nievecitas, pues según decían, ésta poseía en grado superlativo el dón de hacer milagros hasta para resucitar muertos.

Todos se hacían lenguas al ponderar el sin igual desinterés de la *santa* y la discreción de la feliz madre que se veía forzada a recibir los obsequios que le llevaban los devotos de la hija, ya en especie, como botellas de vino añejo, pastillas de suculento chocolate, vinagre de los *cuatro ladrones* y otras menudencias del mismo jaez, que la acuciosa madre diz que empleaba en aplicar *baños de vaho* a la paciente, para que no se fuera a quedar en el *quinto cielo*, a donde la llevaban los constantes éxtasis; ya en algún dinerillo para los gastos de menaje, alumbrado, etc., de las dos mujeres; pero los devotos olvidaban que con muchas gotas de cera se hace un cirio pascual.

Las peticiones a la *santa* eran verbales o por escrito; entre la nomenclatura de las últimas se contaban aquellas que por la condición que tenían de reserva, no podían hacerlas delante del numeroso concurso que rodeaba a Nieves, quien contestaba con la cándida sonrisa que manejaba maravillosamente, dando esperanzas de alcanzar lo que pedían, siempre que el peticionario tuviera la fe del carbonero que, al decir de ella, era la mejor.

Era pródiga en distribuír algunos objetos insignificantes de su uso personal que le exigían los devotos, y llevaba la humilde condescendencia hasta permitir que le lavaran las manos y le cortaran las uñas de las mismas; el agua de la ablución la recogían en redomas para darla a beber como antídoto infalible contra los males de estómago y decían que la mujer casada que llevara consigo la partícula de una uña, disfrutaría infalible-

mente de los santos goces de la maternidad; pero la *reliquia magna* que alcanzó a figurar en los oratorios particulares de Bogotá, fueron los guantes que le ponían a la estigmatizada en la noche del jueves al viernes, con el piadoso objeto de recoger las preciosas gotas de sangre que vertía la *santa*, cuando se presentaba el fenómeno misterioso que sólo concedió el Cielo a pocos de los santos más insignes ...

La presión de los teólogos de levita y de las beatas para que el señor Arbeláez diera testimonio autorizado para continuar el culto público a Nieves, y más que todo el deseo del prudente Prelado de poner en evidencia lo que hubiese en el asunto, de manera incontrovertible, lo decidieron a dar órdenes a los doctores Carlos E. Putnam y Luis María Herrera para que estudiaran en Chapinero lo referente a los estigmas. Al efecto se presentaron estos caballeros en la casa de Nieves un jueves por la noche, y tomaron las precauciones posibles para evitar cualquiera superchería que pudieran jugarles.

Amaneció el viernes, y aquéllos registraron cuidadosamente las manos de la *santa*; pero no había en éstas el menor rastro del milagro.

Hemos notado que la luz repentina ofusca la vista. En el caso a que nos referimos ocurrió el mismo fenómeno: los fanáticos devotos de Nieves dieron señales de sagrada indignación, diciendo que era una impiedad imperdonable ir a profanar el santuario en que aquélla moraba, para hacer experimentos mundanales y curiosos.

La farsa tenía visos de prolongarse indefinidamente, en perjuicio del verdadero sentimiento religioso. Al señor Arbeláez y al padre dominicano Antonio Garzón, Capellán de la iglesia de Chapinero, hacían cargos los fanáticos porque no autorizaban oficialmente el culto de la gran sierva de Dios; el digno Prelado, por su parte, no podía ni debía permanecer indiferente en un asunto tan grave, ora por las consecuencias favorables que pro-

duciría la comprobación de los portentos atribuídos a la pretendida *santa*, ora porque en caso contrario era forzoso hacer cesar el escamoteo e intranquilidad de las muchas personas que, la mayor parte de buena fe, creían en la beatitud de la mujer extraordinaria.

El señor Arbeláez, con el tino y prudente energía que lo distinguían, dispuso que trasladasen a Nieves de Chapinero al Hospital de San Juan de Dios, a fin de sujetarla al régimen indicado por los distinguidos médicos doctores José María Buendía, Rafael Rocha Castilla, Juan David Herrera, Nicolás Osorio, José Vicente Uribe, Pío Rengifo y Carlos E. Putnam, coadyuvados por las Hermanas de la Caridad, con el objeto de establecer la prueba inconcusa de que aquélla no tomaba alimentos ni ejercía ninguna de las funciones corporales propias de la especie humana. Si de esta prueba salía airosa la paciente, debía proseguirse la experiencia hasta llegar a la conclusión que se desprendía de tan extraño prodigio.

Al efecto, el 7 de julio de 1879 trajeron a Nieves al Hospital, acompañada de la madre, y las colocaron en una pieza que daba todas las seguridades de que *no meterían gato por liebre*. Las Hermanas recibieron instrucciones para suministrar a la estigmatizada los alimentos que pidiera, caso en el cual debían establecer el correspondiente comprobante, mientras llegaba el momento de dar principio a la serie de investigaciones por las cuales debía pasar.

Del citado 7 de julio hasta el 12 del mismo mes, en que tuvo principio y fin desastroso el examen pericial, Nieves no desmintió en un ápice el papel maravilloso que había estado representando desde hacía siete años. Las Hermanas la vieron comulgar con el mismo fervor de siempre; y si bien es cierto que no tenían fe en el hecho sobrenatural que se atribuía a Nieves, no lo es menos que jamás pudieron imaginar el desenlace que las llenó de horror e indignación.

Al fin llegó el momento de *herrar o quitar el banco.* El señor Arbeláez se presentó el 12 por la mañana en el Hospital, con el objeto de prevenir a las Hermanas y a Nieves, que a la una del mismo día empezarían los médicos la práctica de las pruebas que dieran por resultado poner la verdad en su punto.

La *santa* oyó la intimación con pasmosa indiferencia. El señor Arbeláez le preguntó qué deseaba, y aquélla le pidió un frasco de agua de Colonia para darse frotaciones en las sienes, después de lo cual se despidió el Prelado, encareciendo a las Hermanas que debían celarla, el mayor escrúpulo en el cumplimiento de las delicadas funciones que iban a llenar.

Los celosos partidarios de la *santa* tenían tal fe en el buen éxito de la prueba a que se la sometía, que habían ordenado la fabricación de unos cuantos miles de *cohetones*, de a doce truenos cada uno, en memoria y reverencia de los doce dones que poseía la futura *Santa Nieves Ramos, de Pacho;* tenían igualmente preparados los arcos para cuando la llevaran en triunfo a la Catedral a cantar el *Te Deum* en acción de gracias, y de allí a Chapinero en solemne procesión . .

A las doce del memorable día 12 de julio se presentaron en el Hospital los profesores nombrados por el señor Arbeláez, llevando una buena báscula, con el objeto de empezar las experiencias por dejar establecido el peso neto del presunto cuerpo glorioso.

Nieves vio acercarse a los médicos sin manifestar en su fisonomía la menor zozobra; no hay duda que ella creyó que la pasarían a *tercio cerrado*, esto es, con el cajón en que estaba de continuo; pero cuando comprendió que la iban a sacar del nido, declaró que no lo permitiría, y al efecto se aferró al cajón con las manos crispadas.

En el estado a que habían llegado las cosas, ya no era posible retroceder. Los médicos declararon a Nieves que la sacarían del lecho aun contra su voluntad,

oído lo cual por ésta, se inmutó de tal manera, que inspiró compasión a los profesores que la rodeaban. Y este sentimiento de los dignos caballeros que iban a poner en claro la verdad de lo que hubiera en la supuesta *santa*, se comprende al considerar la angustia y el terror que debió de apoderarse de aquella mujer en el momento supremo de poner en descubierto el tenebroso abismo en que yacía el alma de la horrible sacrílega.

Contra potentes nemo.

Los profesores creyeron que iban a levantar el cuerpo de una tullida; pero con el mayor asombro de los circunstantes, Nieves se puso de pie cuando la sacaron alzada de allí para pesarla en la báscula. Registrada la camilla, encontraron un depósito de *abacería de ultramarinos*, bastante para sostener un sitio por ocho días, *sin comer ni beber*; y lo que fue más curioso aún, si cabe, el olor y color suficientes para demostrar que el supuesto cuerpo glorioso pasaba por el mismo cartabón de todo mortal que come y bebe ...

Reconvenida Nieves por el infame papel que representaba de tanto tiempo atrás, se encerró en estúpida negativa, y aun se atrevió a decir que la calumniaban cuando se referían a ella para decir que no comía ni bebía.

Faltaba evidenciar la patraña de los estigmas. El ojo escudriñador de los médicos descubrió que la hipócrita hacía uso del clavo que atravesaba los pies del crucifijo de metal que llevaba consigo, para hacerse los rasguños al través de los guantes que le ponían con el fin de recoger la impresión de los estigmas.

Toda otra investigación era superflua después de que los médicos arrancaron la piedra angular en que se apoyaba el edificio de la *santidad* de Nieves, esto es, la prueba de que ésta gozaba de perfecta salud corporal, para mantener la cual comía bien y bebía mejor....

Las Hermanas de la Caridad salieron horrorizadas

de la pieza en que estaba Nieves Ramos, persuadidas de que se había entrado el diablo con faldas en el Hospital; creencia que se aumentó con la coincidencia de que en la noche del mismo día se sintió un temblor de tierra que hizo estremecer el edificio. En la mañana del día siguiente, a hurtadillas por temor a una conmoción popular, emprendió la ex-santa el camino de Pacho, en donde recibió la intimación que le hizo el Cura, doctor Agapito Domínguez, en nombre del señor Arzobispo, para hacerle saber que estaba excomulgada *ipso facto*, y que no le administraría los sacramentos en tanto que no diera pública satisfacción por el escándalo dado, y se arrepintiera de los *centenares de veces* en que había recibido sacrílegamente la Eucaristía después de MENTIR EN LA CONFESIÓN.

Nieves oyó con mucha calma tan terrible sentencia, y contestó al doctor Domínguez: que no le importaba, porque *a ella le traían los ángeles la comunión antes de la aurora....*

Entre las muchas aclaraciones a que dio lugar el descubrimiento de las supercherías de Nieves y de su digna madre y algunos cómplices más, se cuenta la desaparición de dos *almas en pena* paseando por los prados, que solían ver los vecinos de Pacho. Estos se convencieron de que el espanto no era otro sino las dos embaucadoras, que salían a pasear durante la noche, para que se desentumiera Nieves por el encogimiento en que permanecía durante el día.

Difícilmente se volverán a presentar dos mujeres de aparente moralidad y vida ascética, que con refinada hipocresía y fría premeditación consumaran una serie de profanaciones, que en tiempos anteriores las habrían conducido a morir en una hoguera. A primera vista podría creerse que en la asquerosa comedia que representaban de tiempo atrás, entrara como factor la ignorancia; pero de las investigaciones practicadas para esclarecer la verdad, se obtuvo la convicción de que eran

muy diestras en el arte de engañar, y que tenían conocimiento de procedimientos científicos que las pusieran en capacidad de sostener, con lujo de malicia, las farsas mediante las cuales llevaban vida holgada y gozaban de las fruiciones consiguientes a la veneración de que fueron objeto.

La gravedad excepcional de los hechos que hemos referido nos impone el deber de publicar a continuación el informe que presentaron los médicos más notables del país en aquel tiempo, referente a los sucesos que tuvieron lugar como resultado de las investigaciones que practicaron en el Hospital de San Juan de Dios con Nieves Ramos. La respetabilidad de los prefesores que firman tan notable documento, no nos permite hacer otro comentario que prevenir a las escrupulosas lectoras de estas *Reminiscencias*, la conveniencia de que lo lean empleando el sistema de cierto sacerdote que, al recitar la Pasión según San Lucas, en la misa del miércoles santo pasaba las hojas del misal al mismo tiempo que decía: «Zoquetadas de San Lucas»; salvo que deseen divertirse con una página inocente que haría honor al realista Zolá, siempre que la interpretación de los socorridos puntos suspensivos a que apelamos, se haga con pulcra discreción.

«INFORME DE LA JUNTA DE MÉDICOS ENCARGADA DEL EXAMEN DE NIEVES RAMOS

Hace algún tiempo que una mujer llamada Nieves Ramos ha estado ocupando la atención pública por considerársela por algunos como un sér sobrenatural, sostenido milagrosamente, y en quien la mano de Dios obraba sus prodigios. Según ella lo ha asegurado a algunos de los médicos que firman el presente informe, y a las Hermanas de la Caridad, hacía ya de seis a siete años que vivía sin alimentarse y sin estar sujeta a las necesidades naturales y comunes a todos los seres vivientes; el

hambre y la sed habían desaparecido para ella, y sus secreciones naturales..... .. .. , que resultan de las digestiones, estaban suprimidas. Su único alimento, al parecer, consistía en la ingestión de la forma sacramental que el sacerdote le administraba diariamente. Cinco estigmas, de los cuales cuatro en forma de placas rojas en las manos y los pies, y uno en forma de herida linear de cinco a seis centímetros en el costado izquierdo, se registraban en su cuerpo y de ellos vertía sangre todos los viernes, fenómeno que no se había podido comprobar últimamente, porque, según asegura la misma Nieves Ramos, había dejado de presentarse desde el jueves de la Ascensión.

En el mes de marzo del corriente año, el Ilustrísimo señor Arzobispo, con el fin laudable de averiguar la verdad, excitó a uno de nosotros (Buendía) para que hiciese el examen correspondiente, el cual fue verificado en compañía del doctor Carlos E. Putnam y el químico doctor Luis Herrera, sin que se hubiese obtenido resultado alguno decisivo. Era, en efecto, imposible para los individuos antes mencionados permanecer en el caserío de Chapinero, en donde habitaba Nieves Ramos, para someterla a un examen tan constante, tan riguroso y atento, como el caso lo demandaba. Por esta razón el doctor Buendía manifestó al Ilustrísimo señor Arzobispo que era de todo punto indispensable trasladar a dicha mujer al Hospital de San Juan de Dios, adonde fue en realidad conducida por orden del señor Arzobispo, el día 7 de los corrientes, en la misma cama que le servía de lecho en su habitación de Chapinero, con los mismos abrigos y vestiduras que allá usaba.

Desde el momento en que Nieves Ramos entró al Hospital, se encargó de su custodia y de atenderla y servirla la superiora de las Hermanas de la Caridad (la Hermana Paulina), sin intervención de ninguna otra persona. La pieza en que se la colocó está situada al lado de la pieza de la Hermana superiora ya mencionada, y

aunque comunicaba con las habitaciones de las demàs Hermanas, las puertas fueron condenadas, no dejando otra salida que la que da al corredor. El doctor Buendía, de acuerdo con el Ilustrísimo señor Arzobispo, se asoció a los doctores José Vicente Uribe, Juan David Herrera (médicos encargados del servicio científico del Hospital), Rafael Rocha Castilla, Pío Rengifo, Nicolás Osorio y Carlos E. Putnam, todos los cuales forman la Comisión encargada del examen definitivo de Nieves Ramos.

Desde el día 7 hasta el 12 del presente mes, Nieves Ramos permaneció en el cuarto de que se ha hablado, sin recibir a otras personas que a los médicos de la Junta y al Ilustrísimo señor Arzobispo, pues era tan estricta la vigilancia que la Superiora empleaba, que no permitió la entrada ni aun a los canónigos doctores Mejía y Acebedo Gómez, y en las visitas mismas de los médicos ella estaba presente.

El día 12, a la una y media de la tarde, después de varias reuniones anteriores, la Junta leyó al Ilustrísimo señor Arzobispo, que estaba presente, el programa general acordado para las investigaciones que debieran practicarse, reservándose el derecho de hacer todo aquello que condujese al esclarecimiento de la verdad. En esa misma sesión el Ilustrísimo señor Arzobispo solicitó de la Junta el permiso de mandarle a Nieves Ramos agua de Colonia, que era lo único que le había pedido.

Después de ausentarse el Ilustrísimo señor Arzobispo, se procedió a trasladar a Nieves Ramos a la pieza en que debìa permanecer durante las investigaciones. Dicha pieza estaba completamente aislada de otras, y a la única puerta que a ella daba acceso se le había puesto una cerradura especial y característica.

La traslación se hizo conduciendo a Nieves en la misma cama en que vino de Chapinero, y bajo la inmediata vigilancia de la Superiora y de las Hermanas Melanie y Sainte Clé, sin que los médicos ni otra persona alguna se aproximasen al lecho.

Una vez en el cuarto se hizo cerrar la puerta, quedando en él, además de Nieves, los médicos, las tres Hermanas mencionadas y el señor Teodosio León, que se había llamado para manejar la báscula en que debía ser pesada la primera. El objeto que la Junta se proponía al pesar a Nieves era apoderarse de la cama de ella y averiguar la pérdida de peso que experimentaría si en el lecho no se encontraban las sustancias con las cuales debiera alimentarse.

Habiendo colocado a Nieves Ramos en la balanza, se procedió al examen de la cama en que hasta entonces había permanecido, y levantados los abrigos por su orden, se hallaron encima del colchón los siguientes objetos: un queso entero, pequeño; varias tajadas de la misma sustancia en tres atados; una panela envuelta en un pañuelo blanco con bordados de pino; un trapo con bocadillos; otro que contenía una sustancia alimenticia, compuesta, al parecer, de queso salado y harina; dos monedas de a cincuenta centavos; un atado de trapos sucios, envolviendo una pieza de ropa del tamaño de un pañolón mediano .. .., de un olor fuertemente amoniacal; tres fragmentos de tela, dos de las cuales con varias y grandes manchas..... .... ; una ... de caucho adecuada al uso de .. .. , envuelta en un pedazo de tela, y que por su aspecto indicaba haber sido empleada con frecuencia. Mientras todo esto se encontraba, Nieves Ramos fue llevada de la balanza al suelo, notándose en ella singular cuidado de que sus vestidos y el cobertor que había servido para alzarla de la cama le cubriesen los miembros inferiores. Esto hizo comprender a los médicos que ella ocultaba abjetos que debieran ser examinados, y en consecuencia ordenaron a las Hermanas que procedieran a practicar un registro escrupuloso, lo que dio lugar a una verdadera lucha entre las Hermanas de la Caridad y Nieves Ramos. Vencida al fin la resistencia que ésta opuso, después de ame-

nazarla con que dicho registro sería hecho por los médicos mismos, se le sacó..... ... media botella que contenía vino en cantidad como de una cuarta parte de la misma botella.

Además de los objetos ya mencionados, Nieves Ramos tenía un crucifijo de metal blanco, pendiente de una cadena de cobre, que estaba armado, tanto en la corona como en las manos y los pies, de puntas o ganchos sumamente punzantes, con los cuales, y muy particularmente con el que atravesaba los pies, es sumamente fácil dilacerar la piel. Igualmente se le hallaron varios alfileres de gancho.

En presencia de tales hechos, Nieves Ramos se inmutó, en términos de quedar dominada por el terror, circunstancia que advirtió uno de los médicos y la hizo notar a los demás concurrentes.

La Junta hizo llamar inmediatamente al Ilustrísimo señor Arzobispo, para que él mismo se persuadiera del resultado de nuestras investigaciones; pero por desgracia ya él había partido para Chapinero, según nos lo informó el doctor Cosme Gómez Maz, Mayordomo del Hospital.

Después de lo que se acaba de referir, fue cuando entraron los doctores Abraham Aparicio, Gabriel Castañeda, Cosme Gómez Maz, las Hermanas Saint Paul y Emerence, los estudiantes de medicina y otras personas.

De la exposición anterior resulta:

1.° Que Nieves Ramos tenía en su propio lecho los alimentos suficientes para sostenerse en el número de días que sus allegados habían creído duraría la observación de los médicos. En esos alimentos entraban las materias azoadas y respiratorias que la fisiología ha juzgado necesarias para la conservación de la vida;

2.° Que Nieves Ramos excretaba..... y la recibía en trapos cuyo olor..... demuestra que le habían servido para recoger..... en los días que permaneció en el Hospital del 7 al 12;

3.° Que la.... encontrada en su poder le servía para extraer la....., operación que ella practicaba con el objeto de evitar que ese líquido humedeciese la ropa de cama, probablemente con el de que al examen de los médicos se encontrase la..... en estado de vacuidad;

4.° Que Nieves Ramos tenía conocimiento pleno de los objetos encontrados en su lecho, lo cual está demostrado no solamente por la situación de ellos en la cama, sino también por la confesión que le hizo al presbítero doctor Tomás Escobar en la noche del 12, según consta de la aseveración que éste hizo a dos de los médicos de la Junta;

5.° Que el agua de Colonia pedida por ella al Ilustrísimo señor Arzobispo no tenía más objeto que el de neutralizar los malos olores que naturalmente se desprendían....

6.° Que los estigmas no habían dejado ya otro rastro que la presencia de varias cicatrices múltiples, pequeñas y sucesivas, aglomeradas en las palmas de las manos, las plantas de los pies (en donde casi no existían), en el dorso de éstos y en el dorso de las manos, que era el punto donde ellos estaban más aparentes y más desarrollados. No es extraño, ni mucho menos inexplicable, como se ha pretendido, que una o varias pequeñas heridas de la piel que viertan sangre por uno o dos días—gracias a la renovación sucesiva de ellas—se cicatricen del tercero al cuarto día, dejando una costra que cae por sí misma, o puede ser arrancada, sin que haya verdadera supuración, y marcando indeleblemente al individuo.

A nuestro modo de ver, los estigmas de Nieves Ramos fueron determinados por las punzadas o desgarraduras que ella misma se hacía con el cristo armado de que ya se ha hecho mención, o con alfileres o cualquiera otro instrumento punzante.

Convencidos los miembros de la Junta de que los hechos prodigiosos, extraordinarios y sobrenaturales, atribuídos a Nieves Ramos, no son más que una impostura

sacrílega, solicitan respetuosamente del Ilustrísimo señor Arzobispo le ponga término a ella, valiéndose de los medios que le sugiera su sabiduría, y de la autoridad de que está investido.

Los hechos anteriormente relacionados y las conclusiones que de ellos se desprenden, estamos dispuestos a sostenerlos bajo la fe del juramento.

Bogotá, Julio 12 de 1879.

José M. Buendía, R. Rocha Castilla, J. David Herrera, Nicolás Osorio, J. V. Uribe, Carlos E. Putnam, Pío Rengifo.»

Sin la prudente energía del ilustrado Arzobispo señor Arbeláez, la farsa habría tomado mayores proporciones. Supongamos que Nieves Ramos hubiese muerto antes de las investigaciones prevenidas por el Prelado: el resultado inevitable habría sido la formación de un voluminoso expediente, en el cual se leerían por millares las declaraciones de personas piadosas, que asegurarían bajo la gravedad del juramento, la realidad de los prodigios que se palpaban de la para ellos *santa y estigmatizada;* y para desautorizar el enredo de aquellas dos desalmadas mujeres, habría sido preciso emplear cuando menos todo el prestigio de la infalibilidad de la Iglesia.

No seamos severos con las personas engañadas por las supercherías sacrílegas de Nieves Ramos y su digna madre: empezaron éstas sus bellaquerías mintiendo ante los sacerdotes con quienes se confesaban, y éstos cayeron en el garlito por la sencilla razón de que no es fácil suponer que alguien se presente voluntariamente en el tribunal de la penitencia con el insensato propósito de engañarse a sí mismo.

Algunos años después murió, reconciliada con la Iglesia, la protagonista de esta historia. Por uno de aquellos designios incomprensibles de lo Alto, el crucifijo que sirvió a Nieves Ramos como instrumento de impiedad para escandalizar, fue el mismo que recogió las lágrimas postreras de la penitente moribunda.

JUICIO DE DIOS

El perdón de las ofensas recibidas es uno de los más bellos preceptos del Cristianismo; pero también el que se cumple con menos espontaneidad, porque a ello se opone el orgullo humano. De aquí proviene que demos cabida en nuestros pechos al sentimiento de venganza que crece a medida que carecemos de razón para odiar: "Jamás perdona el que hace una ofensa," fue el aforismo que hizo célebre al Duque de Saboya.

"El placer de los dioses," era la definición antes de la éra cristiana, de la vengaza satisfecha... Este sentimiento innoble se manifiesta de diversas maneras, según la nacionalidad a que pertenece el individuo que se halla dominado por tan terrible pasión.

En efecto, las condiciones climatéricas tienen poderosa influencia en la manera de dar forma práctica a la venganza.

Los habitantes del Norte son reflexivos, y con el espíritu positivista que los distingue toman cuenta de la injuria que se les hace, según la mayor o menor conveniencia que de ello les resulte; pero una vez decidido el punto, realizan la venganza con fría premeditación, sin alterarse ni trepidar en el plan adoptado. De ahí proviene que sólo en la raza sajona se haya podido aclimatar la aparente riña del pugilato, de la cual se retiran los contendores con las caras aplastadas y las costillas

hundidas, para ir a beber juntos, como buenos amigos, luégo, en la taberna inmediata.

No sucede lo mismo en los países meridionales: en España no comprenden que dos hombres se abofeteen pacíficamente por el capricho de arriesgar una apuesta, y a un bofetón se contesta con una puñalada, cueste lo que cueste. Más claro: el que la debe la paga, aunque para ello hayan de verterse ríos de sangre y convertirse la tierra en pavesas, porque nada se considera superior al honor castellano.

En apoyo de lo que dejámos dicho, referiremos el caso ocurrido con dos descendientes de pura cepa española.

Entre D. Matías Coronado y D. José de la Serna, vecinos de Zipaquirá, existía profunda y vieja enemistad, ocasionada por competencias de gamonalismo y cuestiones de campo, que no afectaban, ni remotamente, el honor de ninguno de ellos; pero que los condujo a odiarse con toda su alma. Cada uno trataba de sobreponerse al otro, hasta que, en los primeros tiempos de la República, obtuvo De la Serna el nombramiento de Jefe político de Zipaquirá.

Apenas se hubo posesionado De la Serna del gobierno de su Insula Barataria, hizo llamar al despacho a D. Matías, quien se presentó armado hasta los dientes, resuelto a causar estrago en su enemigo, si éste quería prevalerse del puesto oficial para hostilizarlo con ventaja.

Al entrar Coronado a la oficina, halló al señor Jefe Político sentado con magistral gravedad, y sin dirigirse saludo ni cosa que se pareciera, entablaron el siguiente diálogo:

—¿Sabe usted que soy el Jefe Político de la ciudad de Zipaquirá y sus contornos? le preguntó con énfasis De la Serna.

—Lo sé, contestó a secas D. Matías.

—Pues bien: hoy quedan suspendidas las hostilida-

des entre los dos, añadió De la Serna; pero esto no quiere decir que yo no continúe siendo su enemigo cuando deje el empleo.

—Quedo notificado, replicó D. Matías al salir, sin despedirse....

El día en que Pepe Serna cesó en el destino, hizo saber a Coronado que continuaba la enemistad entre los dos.

Algún tiempo después, De la Serna cayó prisionero y herido cerca de Ubaté, a consecuencia de sus compromisos en la conspiración del General Sardá, y lo traían para Bogotá en una camilla. Antes de llegar a Zipaquirá, rogó el preso al oficial que lo conducía, que no lo hiciera pasar por la calle en que estaba la casa de Coronado, porque era seguro que éste se hallaría asomado a la ventana para gozarse de su desgracia.

El oficial hizo todo lo contrario de los deseos manifestados por el preso, quien al pasar por el frente de la casa de su enemigo, se incorporó con el objeto de decirle cuatro palabras bien dichas; pero no llegó el caso de hacerlo, porque si bien es cierto que las ventanas estaban abiertas de par en par, De la Serna tuvo la satisfacción de ver a D. Matías de cuerpo presente, amortajado con el hábito de San Francisco, en medio de cuatro cirios encendidos....

Pocos días despues murió fusilado D. José de la Serna; es de presumirse que antes haría el propósito de reconciliarse con su enemigo en el otro mundo.

No debe, pues, confundirse la venganza española, que regularmente se ejerce con hidalguía, con la *vendetta* italiana que las más de las veces se consuma, empleando medios alevosos.

Hay individuos en quienes se refleja con más vigor el rasgo característico de su raza, y aun se pretende hacer del atavismo una ley ineludible, que de ser cierta, haría nugatorio el libre albedrío y la consiguiente responsabilidad de los actos del hombre.

En todos los pueblos se encuentra la preocupación de que los hijos heredan las virtudes y defectos de sus antepasados, y entre los paganos era aceptada la doctrina de lo inevitable, como se ve en la fábula de Edipo; esto explica el fatalismo de los musulmanes, que dejan de cumplir los acontecimientos sin poner nada de su parte para prevenirlos o evitarlos, porque desdeñan la máxima divina que dice: "Ayúdate, que yo te ayudaré."

También se observa que en determinadas familias parece que se transmitiera lo que vulgarmente llamamos la buena o mala estrella; pero especialmente esta última que, cual sino funesto, podría creerse que pesara en todos sus actos.

Fácil nos sería citar con nombres propios los casos de muertes violentas y sucesos desgraciados acaecidos en ciertas familias, en que se repite el hecho en cada generación. No es menos cierto que cuando llega el caso de emitir opinión, favorable o adversa, respecto de un acto ejecutado por alguien, nos sirve de norma para juzgar con probabilidad de acierto la buena o mala reputación de sus progenitores.

No pretendemos la excepción de no equivocarnos en nuestras opiniones; sólo deseamos explicar la relación de un acontecimiento trágico que conmovió profundamente a la sociedad bogotana y llevó la desolación a dos familias, dejando en pos pavoroso rastro de sangre y luto, por una causa que tuvo origen baladí; pero a la cual dio la fatalidad un término y un desenlace aterradores.

*

Mudarra, el restaurador del castillo señorial de su padre el Conde de Lara y el vengador de los siete infantes asesinados en una emboscada por allá en el año de 993, fue antecesor de D. Camilo González Manrique, prócer de la Independencia americana, quien después

de entregar la carta de libertad a sus esclavos, los sentó a la mesa con su esposa, D.ª Francisca Caicedo y Santamaría, para darles así una lección de igualdad republicana y de protesta contra la fuerza que elevó a institución la esclavitud del hombre.

El linaje, riqueza, educación y hasta la hermosura y porte distingido de la familia Gonzalez Manrique, contribuyeron a que ocupara lugar prominente en la sociedad santafereña.

Entre los siete hijos que el cielo concedió a tan privilegiado matrimonio, se contaba D.ª Fortunata, de rara belleza, casada con el distinguido jurisconsulto D. Juan Luis Domínguez, también de noble estirpe, y Leonardo, de gallarda presencia, de constitución hercúlea, de carácter independiente y altivo en demasía, amigo leal hasta el sacrificio, enemigo implacable cuando alguien tenía la desgracia de ofenderlo, partidario decidido de la causa conservadora, a la cual sirvió desinteresadamente con su dinero y su persona en los campos de batalla, adorador de la fuerza y hermano solícito cual pocos....

El mimo extremado con que lo criaron y educaron, como el menor que era de sus hermanos, contribuyó a formar de Leonardo un joven audaz, orgulloso, de voluntad inflexible para hacer lo que le venía en talante, y con dineros que empleaba en satisfacer sus caprichos o en actos de caballeresca generosidad. Vivió célibe, porque su genio arrebatado no le permitía someterse a yugo alguno; pero en el aislamiento en que vivia, sólo una anciana sirvienta cuidaba del menaje de la casa, sin permitirse la menor incorrección ni acto que pudiera parecer sospechoso, porque el sentimiento de estimación personal que lo dominaba, era ilimitado.

Desde el Colegio de San Bartolomé, donde hizo estudios, manifestó Manrique marcada inclinación a los lances personales dirimidos por la fuerza, lo cual le valió el calificativo de guapo entre sus condiscípulos; pero en

toda ocasión manifestó carácter vengativo, lo que le granjeó antipatías y numerosas enemistades que lo obligaron a llevar siempre armas consigo.

Como sucede a todos aquellos que no tienen dominio sobre sí mismos, Leonardo ejecutó actos impremeditados que le ocasionaron verdadero pesar y cuyas consecuencias trató de atenuar en lo posible. Al pasar a caballo por una calle le latió un perro, y en el acto le hizo un disparo de revólver; desgraciadamente no fue al agresivo can, sino a una pobre mujer a quien hirió. Inmediatamente la llevó a su casa, donde la hizo asistir de los mejores médicos y la obsequió grandemente, en términos que aquélla bendecía el caso fortuito que le había proporcionado tánto bienestar.

El doctor Enrique Díaz Maza, tuvo con Leonardo una pendencia cuando eran colegiales, en la cual quedó vencedor el primero; de ahí que Leonardo conservara antipatía hacia su antiguo émulo, a quien provocaba cada vez que lo veía en la calle.

Aunque de reconocido valor, el doctor Díaz esquivaba los lances. Era tal la inquina que Manrique tenía al condiscípulo de antaño, que si éste iba a caballo, golpeaba a Díaz con el estribo; y si lo encontraba a pie, le quitaba la acera, aunque para ello tuviese aquél que atravesar la calle; pero, «tánto va el cántaro al agua, hasta que al fin se quiebra.»

Bajaba una vez el doctor Díaz por la acera izquierda de la calle de Los Carneros, a tiempo que Manrique subía por la derecha, al frente de la casa del doctor Francisco Javier Zaldúa; todo fue ver Leonardo al doctor Díaz, y pasarse a la acera por donde éste bajaba, para quitársela. Sin duda hizo en esta ocasión su oficio la sangre de Maza que circulaba en las venas de Díaz, porque, en vez de hacerse a la mitad de la calle, como lo había hecho otras veces, asió a su provocador, entraron al zaguán inmediato, cerraron las puertas corriendo *la tranca*, y emprendieron la más furibunda lucha, como tigres ru-

gientes, metiendo un ruido de mil demonios que puso en alarma a los habitantes de la casa, quienes creyeron que ésta se les venía encima; al fin comprendieron la realidad de lo que pasaba, y como vieran que eran inútiles las amonestaciones que hacían a los contendientes para que dieran tregua a la pelea, acudieron al medio expeditivo de arrojarles agua hirviendo, como se acostumbra hacer con los gatos cuando se agarran a mordiscos y zarpazos. Cansados los combatientes se retiraron a curarse en sus casas las lesiones que sacaron de la riña, y en lo sucesivo fueron buenos amigos.

Muy diversa era la conducta de Manrique al tratarse de las relaciones de familia: apenas habría hermano más afectuoso que él, especialmente respecto de D.ª Fortunata y sus hijos, para quienes fue decidido protector. En un cumpleaños de ésta le obsequió, presentándose con un notario, para que aceptara la señora la donación que le hacía de la casa en que moraba. Era suficiente que alguna persona desvalida interpusiera la memoria de la madre a Leonardo, para que éste la socorriera a veces con asignaciones mensuales que se pagaban por su hermano D. Antonio, cuando aquél se ausentaba de Bogotá; fue también benefactor de los artesanos, a quienes siempre sirvió con dinero, cuando ocurrían a él en sus necesidades.

*

Aún no había nacido el doctor Manuel María Madiedo, cuando ya pesaba la desgracia sobre él, por las angustias y peligros de todo género que arrostró su buena madre en el memorable sitio de Cartagena, en el año de 1815; esta circunstancia le sirvió de fundamento para decir con alguna propiedad, que desde antes de ver la luz se había nutrido con carne de burro, que fue uno de los mejores alimentos a que tuvieron que apelar los abnegados habitantes de la ciudad estrechamente asediada por el ejército español, comandado por el sanguinario D. Pablo Morillo.

Descendía el doctor Madiedo de familia honorable, empobrecida por la guerra de la Independencia. Su padre, D. Fermín Madiedo, fue asesinado en Momil (Departamento de Bolívar) por los españoles, después de haberse escapado de las venganzas ejercidas en los que tomaron parte en la defensa de la ciudad heroica.

A fuerza de fatigas y privaciones llegó el doctor Madiedo a formarse un estadista y jurisconsulto notable, escritor galano de extraordinaria fecundidad, como lo demuestran las numerosas producciones de su ilustrado ingenio, en diversos géneros, especialmente en especulaciones filosóficas, a las que era muy inclinado, y poeta de sentimental inspiración. Apenas salido de los claustros del colegio, tomó parte activa en la política militante, exhibiéndose como brioso adalid de la prensa que combatió la política de la Administración ejecutiva inaugurada el 1.º de Abril de 1849; empeñado en ruda polémica con el doctor José María Samper, tuvo con éste un lance de honor provocado por la violencia con que se escribía entonces.

El doctor Madiedo defendió siempre en el foro al débil y al oprimido, sin tener en cuenta las influencias del poderoso, sino la justicia de la causa que patrocinaba; es verdad que su rectitud de carácter sólo le proporcionó la satisfacción del deber cumplido, porque siempre vivió en una posición muy cercana a la miseria.

En política estuvo el doctor Madiedo afiliado a la causa conservadora, a la cual dedicó su privilegiada inteligencia; pero sin la disciplina necesaria para plegarse a las exigencias de los que llevaban la dirección del partido, fue mirado por éstos con cierto desdén, hasta el extremo de que nunca se le vio ocupar asiento en ninguno de nuestros parlamentos, no obstante su condición de orador elocuente y persuasivo, y su brillante e infatigable pluma.

En la profesión de abogado, el doctor Madiedo dio pruebas de gran sagacidad. Citaremos un caso:

En un pleito que versaba sobre cuantiosos intereses, una de las partes hizo un documento de compraventa qne, según toda probabilidad, era pura ficción; pero estaba tan bien hecho, que parecía imposible poner en claro la verdad. Tocó al doctor Madiedo, apoderado de la parte contraria, hacer el estudio de esta pieza del expepediente, llevando su escrupulosidad hasta el examen por medio de lentes con el fin de buscar lado por donde destruírlo; entretanto pasaba el tiempo, y estaba a punto de expirar el término de prueba.

El doctor Madiedo aplicaba en todos sus actos el sistema analítico, y cuando tenía alguna preocupación se le veía con la cabeza inclinada en actitud de abstracción completa, de la cual salía dirigiendo preguntas, al parecer inconexas, al primero que encontraba a su paso.

Mientras que abrían las puertas del Tribunal de Cundinamarca, cierto día entró el doctor Madiedo a la Administración de Hacienda y allí vio, con aparente distracción, vender papel sellado. Entonces lo timbraban en la litografía de D. Demetrio Paredes, quien contraía la obligación de reservar las piedras, para imprimir a medida de las exigencias del pedido.

En la litografía borraron en esa vez el grabado para el papel de mayor precio, en la persuasión de que bastaría con el que habían tirado; pero como no fue suficiente, tuvieron que grabar de nuevo, y en este caso adoptaron diverso dibujo, circunstancia que pasó inadvertida para el público.

Apenas cayó en la cuenta el doctor Madiedo de este hecho, en apariencia insignificante, exigió del Administrador de Hacienda una atestación en que constara la fecha de la emisión del nuevo papel, y obtenida ésta, comparó la fecha con la del documento de cuya veracidad se dudaba: ERA ANTERIOR AL DÍA EN QUE SE ENTREGÓ EL PAPEL DE DISTINTO GRABADO, LUEGO ERA FALSO EL DOCUMENTO EN DISPUTA!....

Por una de aquellas aberraciones de los hombres, el doctor Madiedo se entregó en un tiempo a las prácticas de los espiritistas; pero esta excentricidad sólo se explica por el ardoroso anhelo de investigar la verdad, que fue siempre la meta que persiguió.

Sin embargo, pronto quedó convencido de lo pernicioso de las doctrinas que se desprenden de aquellas especulaciones, y hasta llegó a tener la profunda convicción de que los espíritus que acuden al llamamiento que se les hace por medio de evocaciones, son los espíritus burlones y perversos que engañan a los hombres para llevarlos a su pérdida.

El doctor Madiedo contrajo matrimonio con la estimable señora Bárbara Lezama.

En su matrimonio tuvo el doctor Madiedo varios hijos, entre éstos Manuel Justino, uno de los personajes desgraciados que figuran en esta narración.

Con las obras notables que escribió el doctor Madiedo, en prosa y en verso, habría para formar una considerable biblioteca, y sin embargo su nombre no figura en las reseñas que del *Parnaso Colombiano* se hicieron en la Madre patria, porque hasta en eso lo persiguió su adverso destino.

Por allá en el año de 1879 atacó al doctor Madiedo una afección al hígado, que lo puso al borde del sepulcro. Creyendo que iba a morir, quiso hacerlo como cristiano, y aceptó la oferta que le hizo el doctor Juan Manuel Rudas, de llevarle un sacerdote al lecho de dolor.

—¡Extraño destido es el mío! exclamó Madiedo con expresión de doloroso desengaño; he pasado mi vida escribiendo en favor de la Iglesia Católica, y es un libre pensador quien me ofrece confesor! . . .

El doctor Madiedo no tuvo vicios, fue esclavo del trabajo, y apenas ganó para no morir de hambre.

*

Los bienes de fortuna son perecederos, y en vano trataría el hombre de fijar la rueda del destino, pues nunca lo conseguirá.

Algunos miembros de la familia Manrique empobrecieron, y entre éstos D.ª Fortunata, que enviudó y vivía con sus hijos en la casita regalada por su hermano Leonardo, contigua a la *Piedra-ancha*, abajo de la ermita de Belén.

En ese entonces era muy frecuente ver a los mancebos que gustan rendir tributo de admiración a la belleza, pasearse por las tardes al frente de la poética morada con jardín en el patio principal, cuya más preciada flor era Mariana Domínguez, de peregrina hermosura; Rafael no soñó nada mejor para inmortalizar y dar vida a sus ideales *madonas!*

Las mujeres son caprichosas en sus afectos, y prefieren a veces, no al mejor, sino al que las fascina por causas que es difícil explicar racionalmente. Y este fenómeno se cumplió en el caso que nos ocupa.

Entre los muchos pretendientes buenos que tuvo Mariana, eligió al joven Manuel Justino Madiedo, el menos a propósito para que la hiciera feliz, no sólo por el carácter taciturno que lo distinguía, cuanto por la repugnancia de la familia Manrique a emparentar con quien creían inferior en posición social.

D.ª Fortunata no vio con desagrado el proyectado matrimonio de su hija, y así lo hizo saber a Leonardo, quien manifestó en términos vehementes violenta oposición que, si no fue vencida por la tenacidad de la señorita Domínguez, amainó en el sentido de proporcionarle con prodigalidad el ajuar de novia; pero siempre bajo la protesta de que no aceptaría como pariente al que le quería imponer su sobrina.

No hay duda de que la oposición de la familia Manrique para que se llevara a efecto aquel matrimonio, hizo vacilar la buena voluntad de D.ª Fortunata, o cuando menos temió algo de su futuro yerno, puesto que escribió la carta siguiente:

"Señor doctor Manuel María Madiedo:

"Apreciado señor: un estímulo de conciencia y caridad, y al mismo tiempo de aprecio por su familia, me anima a dirigirle a usted esta carta, para darle a usted un aviso interesante, y es, que por una casualidad he oído una conversación sobre el casamiento de su hijo, y temo que su suerte peligre, pues la familia de la señorita se opone fuertemente, y por lo mismo, tienen planes fatales, porque dicen que no pueden consentir en ver a su sobrina mal casada. Piense usted seriamente el negocio, pues es de mucha consecuencia. He oído palabras muy fuertes y de mucha resolución.

"La persona que escribe ésta, no ha pisado la casa de la señorita, ni tiene otro interés que evitar molestias.

"Enero 11 de 1865.

La Caridad Cristiana"

Sorprendido el doctor Madiedo con lo que acababa de leer, se dirigió a D. Joaquín Manrique, tío de la señorita Domínguez, hombre benévolo, con el fin de pedirle la explicación del enigma que encerraba la carta; éste lo tranquilizó diciéndole con entera franqueza que el motivo por el cual improbaba la familia el matrimonio de su sobrina con el joven Madiedo, era la carencia de medios por parte del novio, para atender a las obligaciones que necesariamente le imponía el nuevo estado, objeción que estimó muy racional el doctor Madiedo, quedando en la crencia de que la carta podía ser fruto de alguna intriga de aquellas que siempre se urden en todo matrimonio que se proyecta, por las susceptibilidades que suelen quedar lastimadas entre los rivales chasqueados.

*

A pesar de que no hubo invitaciones de personas extrañas a las familias de los novios, la iglesita de Belén estaba repleta de gentes ávidas de presenciar el matrimonio de la bella señorita Mariana Domínguez con el joven Manuel Justino Madiedo, quienes recibieron la bendición nupcial del Presbítero doctor Pablo Posada, a las seis de la lluviosa mañana del 10 de febrero de 1865; fueron padrinos de los desposados la señora Bárbara Lezama de Madiedo, madre de Manuel Justino, y el señor Joaquín Manrique, tío de Mariana, quien los obsequió en su casa con un almuerzo (al cual se excusó de asistir la señora Lezama de Madiedo) en que reinó perfecta cordialidad. Terminada la fiesta íntima de familia, se retiraron los recién casados para ir a la casa en que vivía el doctor Madiedo, cita en la acera izquierda, hacia la mitad de la cuadra, al Sur del Puente de Lesmes, donde pensaban permanecer mientras llegaba la hora de salir al pueblo de Bosa, en donde tenían intención de disfrutar la luna de miel.

La fatalidad hizo que Manuel Justino pasara a las diez de la misma mañana por el frente de la casa de Manrique, situada en la cuadra siguiente, en busca de un empresario de transportes en carros, a tiempo que aquél se encontraba en el balcón. Ya fuese juicio erróneo o realidad, Manrique creyó que su nuevo sobrino le dirigía miradas sarcásticas de provocadora jactancia, pero se contentó con volverle la espalda como para manifestarle desprecio.

Manuel Justino continuó su camino y volvió a terminar el arreglo de los carros en cuya faena se ocupaba, al mismo tiempo que se reía de buen humor, al oír las barbaridades que le proponía el carretero José Tobar, cuando Manrique se dirigía al centro de la ciudad, después de las doce del día.

Prevenido el ánimo de Leonardo con lo que había observado antes en el joven Madiedo, le pareció que éste repetía las manifestaciones de burla y provocación en

la puerta de la casa donde se hallaba, y en tal creencia se dirigió a Manuel Justino amenazándole con «castigar su insolencia y atrevimiento.»

El joven trató de calmar a su agresor, y ya se entraba a la casa, cuando salió la esposa del doctor Madiedo a reconvenir a Manrique por el trato que daba a su hijo, y trabaron disputa entre los dos, vertiéndose por ambas partes palabras impropias y ofensas recíprocas, después de lo cual se dirigió Leonardo al Bazar Veracruz, donde lo esperaba D. Isidro Plata, en cita convenida el día anterior.

Entretanto departía tranquilamente el doctor Madiedo en la Calle Real con el señor Wenceslao Pizano, muy ajeno de lo que sucedía en su pacífico hogar, cuando su vecino, el joven Francisco Torres, le advirtió la novedad ocurrida en su casa, después de su salida de ella. Aquél se dirigió a su morada, impuesto, en parte, de lo que ocurría, y allí encontró a su familia en la mayor consternación que ponía los gritos en el cielo, lamentándose, por consecuencia, de la escena que dejamos descrita.

En su condición de esposo, de padre y de hombre ultrajado por otro hombre, el doctor Madiedo sólo atendió al grito de venganza que brotaba de su corazón. Excitado por los suyos, a pesar de los esfuerzos que hizo por calmarlo D.ª Fortunata, a quien había mandado llamar la familia Madiedo para quejarse de lo ocurrido y la desdichada Mariana, que era la víctima obligada en aquella horrible situación, resolvió hacerse justicia por sí mismo, del agravio inferido a lo que tiene un mortal de más sagrado. Al efecto, preparó sus armas en unión de Manuel Justino, y esperó el probable regreso de Manrique a su casa para dirimir el asunto en un lance personal.

El alarma consiguiente a los sucesos que acababan de pasar, influyó para que el vecindario permaneciera en expectativa de los acontecimientos que se preveían como inminentes.

*

Terminado el asunto que llevó a Leonardo al Bazar Veracruz, regresaba a su casa, cuyo camino obligado era por el frente de la habitación de la familia Madiedo, cuando al aproximarse a este sitio le salió al encuentro D.ª Fortunata, quien le rogó con instancia que se dovolviera, diciéndole, entre otras razones, que no pasara porque lo podían asesinar. Manrique le contestó que ése era el camino para ir a su casa, y prosiguió por la acera izquierda, sobre la cual daba la casa de Madiedo.

Alguien dio, momentos antes, en el zaguán de la casa de Madiedo, la voz de alerta, indicando la venida de Manrique; así fue que, entre la salida de la hermana de éste, con el objeto de evitar una desgracia, y el ataque a Leonardo, medió corto intervalo.

En efecto, al pasar Manrique por el frente de la casa de los Madiedos, éstos lo atacaron a tiros de revólver; aquél alcanzó a contestar un disparo sin causar daño a sus adversarios, recibiendo en cambio tres balazos que le causaron heridas en la parte lateral del cráneo, en el antebrazo y el muslo izquierdo, y una contusión en la frente, siguiéndose una lucha entre Manuel Justino, quien logró derribar a Manrique y sujetarlo por los cabellos, en tanto que el doctor Madiedo, su esposa y sus hijos —según se lee en el sumario— lo golpeaban tendido en el suelo, quitándole una pistola que el vencido trataba de sacar de un bolsillo de los pantalones.

La oportuna llegada de los señores Isaac Montejo y Leonardo Fernández, quien reconvino al doctor Madiedo diciéndole:—Qué es esto, doctor? Estas no son escenas de un hombre como usted!—puso término, por el momento, al conflicto, logrando que la familia Madiedo se entrara à su casa.

Naturalmente las proporciones del escándalo en la calle alcanzaron el grado máximo, y los gritos y llantos de las mujeres, contribuyeron a aumentar la confusión.

Manrique se levantó, y antes de averiguar si eran graves las heridas que tenía, ni preocuparse de restañar la sangre que le brotaba de ellas, fue a su casa, tomó un revólver y volvió a continuar el combate.

Pasados los primeros ímpetus de la indignación del doctor Madiedo, después de la riña con Leonardo, comprendió que había obrado mal; así fue que, al saber que éste volvía, permitió que el señor Agustín Estevez cerrara la puerta de la casa para evitar mayores conflictos.

Leonardo llegó, como es de suponerse, dominado por la ira elevada a su paroxismo, que le pedía venganza, trató de romper la puerta para entrar, y no pudiendo lograr su intento, ni encontrando a quién tomar cuenta del agravio inferido, desafió a gritos a Madiedo y su familia, llenándolos de improperios que nadie le contestó, visto lo cual disparó su revólver por las ventanas de la casa, en cuya sala se hallaba un grupo de mujeres en la mayor consternación. Uno de los proyectiles que disparó Manrique hirió a la señora Bárbara Lezama de Madiedo en la parte inferior de la cara.

Agotadas las cápsulas de Manrique regresó a su casa con el objeto de atender a las heridas recibidas. Al desvestirse para que las examinaran, le dijo al señor Leonardo Fernández, quien recibía la ropa que aquél se quitaba:

—Ya ve usted lo que es meterse uno a padre de familia! Yo que podía haber impedido este matrimonio, he dado lo necesario para él, y ya ve usted cómo principia!

El doctor Andrés María Pardo extrajo un proyectil de las heridas de Manrique, y restablecido éste en su salud, salió al campo con el objeto de recuperar las fuerzas perdidas, después de dos meses de forzado encierro.

A su paso por La Mesa se encontró Manrique con su amigo D. Jorge Vergara, quien lo felicitó por el restablecimiento de las heridas que había recibido de los

Madiedos, al mismo tiempo que le encareció el perdón de sus adversarios.

Leonardo asumió en el acto una actitud de profundo disgusto, llevó una mano al bolsillo de su chaleco y sacó un proyectil oxidado de pistola que enseñó al señor Vergara, al mismo tiempo que le dijo con expresión de marcado rencor:

—Si el jurado que debe juzgar a los Madiedos los condena, me daré por satisfecho; pero si los absuelve, me vengaré de Madiedo atravesándole el corazón con esta bala que él introdujo alevosamente en mi cuerpo.

Así, pues, tuvo principio el cúmulo de contrariedades que llovieron a torrentes sobre los jóvenes desposados, a quienes su infausta suerte les trocó los azahares que aún no habían gustado, por el acíbar que les amargó el porvenir hasta que la muerte puso fin a tántas desdichas!

Como era de esperarse, la justicia intervino en el asunto, sumariando a los actores principales en el drama, y reduciendo a prisión a los Madiedos, padre e hijo, de la cual salieron mediante la fianza que prestaron los señores Carlos Sáenz y Ramón Mercado. Manrique manifestó que «no pedía ni exigía de autoridad de Colombia garantia alguna.»

El Juez 3.° del Circuito de Bogotá en lo criminal, doctor Manuel María Contreras, llamó a juicio a los Madiedos y a Manrique; pero a petición de éste reformó el auto por contrario imperio, y sólo quedó subsistente la acusación respecto del doctor Madiedo y de su hijo Manuel Justino.

Al día siguente de los sucesos que dejamos referidos, circuló en la ciudad la publicación que hizo el doctor Madiedo para explicar lo ocurrido el 10 de Febrero, en la forma siguiente:

«MANRIQUE Y MADIEDO

«El público de Bogotá se ocupa en este momento en comentar el ingrato suceso ocurrido en mi casa el día de ayer con el señor Leonardo Manrique. Seré breve.

«Ha habido un enlace matrimonial entre un hijo mío y una sobrina de dicho sujeto. En esto, ni yo ni persona alguna de mi familia, excepto mi hijo, hemos tenido parte directa, ni indirecta, ni conocimiento, sino cuando el enlace era un hecho entre mi hijo y la indicada señorita.

"Hará como un mes, poco más o menos, que una criada de mi casa me entregó una carta que me dirigía una persona desconocida, pues estaba anónima, con esto por firma: *La Caridad cristiana.* En esta carta se hacían atroces amenazas a mí y a mi familia, si el enlace de mi hijo con la señorita Mariana Domínguez se efectuaba, indicándome que había los preparativos necesarios para realizar esas amenazas, y que de lástima se me hacía esta advertencia.

"Yo hice ver inmediatamente la carta a mi señora Fortunata Manrique, madre de la joven Domínguez, e invité al señor Joaquín Manrique, caballero benévolo y razonable, tío de la señorita indicada, para hablar con él sobre el particular. Vino el señor Manrique a mi casa y lo impuse del contenido de esa carta que al fin se inserta, y que no es sino *una fotografía anticipada* de lo ejecutado ayer por el señor Leonardo Manrique con mi familia.

"Ayer entre la una y media y las dos de la tarde, estaba yo en la calle Real conversando con el señor Wenceslao Pizano; un jovencito Pachito Torres, hijo de mi vecino el señor D. Ramón Torres, se me acerca y me dice:

—"Doctor Madiedo, lo necesitan a usted con urgencia en su casa; es un asunto grave; vuele usted.

"El señor Pizano oye esto y me desea que no sea cosa de consideración. Sigo con el jovencito para mi casa. Le pregunto qué ha sucedido, le insto, y él al fin me dice:

—"Su familia llora: D. Leonardo Manrique acaba de ultrajarla.

"Redoblo el paso, llego; mi esposa llora, lloran mis hijas, llora mi nuera, llora su madre.....

—Qué es? digo al entrar.

—"D. Leonardo Manrique ha estado aquí, me dice mi señora, me ha tratado con gran desprecio, me ha lanzado mil ajos con los más soeces improperios, me ha amenazado con una pistola, nos ha insultado como no es imaginable.

"¿Dónde estaba mi hijo? interrumpí, y dirigiéndome a él le dije: usted ha faltado a su deber; usted no ha debido permitir que hombre alguno nacido ultrajara a su madre en su presencia sin morir usted, o castigar tamaña insolencia. Esto se arreglará honrosamente. Mi hijo se excusó con que Manrique era tío de su esposa, y que ésta lo había contenido.

"Se me dijo aún que observado Manrique que hacía eso en mi ausencia, había contestado que yo no importaba nada, y que me metiera!....

"En esto me dicen con sobresalto:

—"Ahí vuelve! llega!

"Se había hablado de pistola para mi señora: para mí podía haber algo más. Ese hombre había tratado a mi esposa como no trata un soldado a una revendedora. Tomé un arma medio descargada, y volé a recibir al hombre de los ajos e injurias a mi familia.

"El me vio el arma, me disparó y le disparé; yo no veía sino a mi adversario. No vi lo que hizo mi hijo; pero en un momento observé que éste había derribado en un empuje de lucha a Manrique, que éste lo tenía asido del pelo y trataba de sacar una pistola que aún tenía cargada en un bolsillo de los calzones. Volé y qui-

té esa arma en presencia del señor Ramón Galeano y de otros. Pude haber matado a Manrique con su misma pistola; pero tengo calma para no cambiar el derecho por el crimen. Vino gente, me hicieron entrar, mi hijo entró también. A los diez minutos claman:

"Ahí vuelve! vuelve a matarlos!

"Yo no tenía con qué cargar mi pistola. No soy hombre de camorras. Basta. Cerraron las puertas. Mi casa era un torbellino de una docena de mujeres que creían ver el fin del mundo. Gritos, llanto, movimiento, idas y venidas. Manrique llega, y con el instinto de matar algo en mi casa, empieza un fuego de tiros a través de las ventanas y le pega a mi señora un balazo en la cara. Ya yo no tenía cómo armarme..... sufrí esta última agresión, la tercera de mi gratuito enemigo.

"Esos son los hechos. El vecindario los ha visto y los ha oído.

"El público me conoce, y esto me basta por ahora.

"Lo ocurrido me es dolorosísimo, porque el señor Manrique es miembro de una familia respetable en que hay amigos muy caros para mí; pero no he buscado el lance; apenas he llenado mi deber.

"MANUEL MARÍA MADIEDO.

"Bogotá, febrero 11 de 1865."

Al pie de la hoja que precede aparecía publicada la carta a que antes hicimos referencia, la cual sirvió a los defensores de los Madiedos para tratar de establecer con visos de verdad la comprobación de que Manrique premeditó un ataque al suegro y al esposo de su sobrina Mariana; pero en nuestra opinión, dicha carta tuvo origen en la imprudencia de D.ª Fortunata, quien convencida de que el futuro matrimonio era pecuniariamente desventajoso para su hija, trató de desbaratarlo, creyendo que el doctor Madiedo era una persona fácil de amedrentar.

A la anterior publicación contestó Manrique con esta otra:

"MADIEDO Y YO

"Ayer a las tres de la tarde, y en presencia de un público numeroso, fui atacado por Manuel María Madiedo, hombre alevoso y cobarde, quien dice que lo hizo con un arma medio descargada.

"Los que quieran convencerse cuánto se puede hacer con una arma medio descargada, pueden venir a mi casa y ver mi cuerpo atravesado por tres balas de grueso calibre y todo desangrado; pero en este asesinato lo mejor que ha habido y lo más curioso es que una niña de trece años, hija de Madiedo, se expresó en estos términos:

—"No ha muerto, acábenlo de matar.

"Los doctores Andrés María Pardo, Ignacio Antorveza y Flavio Malo, médicos cirujanos que en la actualidad me recetan, pueden decir cuánto se puede hacer con un arma medio descargada.

"El predicador de la moral, el autor de *La Ciencia Social*, me atacó, según su dicho, *con una arma medio descargada....*

"Los que a mí me conocen pueden juzgar de la veracidad de Madiedo, cuando consideran que un muñeco despreciable como su hijo, no es persona capaz de derribarme en un empuje de lucha, y que si caí, fue a consecuencia de tres balas que el arma *medio descargada de este hombre atrevido y cobarde*, había hecho penetrar en mi cuerpo!!!

"Pronto publicaré el sumario que será causa; y de las declaraciones que en él aparezcan, podrá el público conocer a Madiedo y a la casta de cobardes que lleva su nombre. Y no contestaré en adelante ningún papel con que ese hombre, por monomanía, acostumbra regagalar al público.

"LEONARDO MANRIQUE.

"Bogotá, 11 de febrero de 1865."

*

Al fin llegó el día de la celebración del juicio ante un jurado compuesto de respetables padres de familia.

Manrique observó absoluta abstención en este asunto.

Los doctores Francisco E. Alvarez, Teodoro Valenzuela, Juan Esteban Zamarra y Enrique Berbeo, cuatro abogados de los más notables del país, defendieron a los acusados y llenaron su cometido con elocuentes discursos. Alvarez habló como legista, Valenzuela escogió la parte conmovedora de la cuestión, Berbeo apoyó su defensa en la falta de ley que protegiera el honor de las familias, y en hechos análogos, cuyos autores habían sido declarados irresponsables con el aplauso del público. y expuso que "Bentham sostiene que el duelo es necesario en el estado actual de nuestra sociedad."

Zamarra asumió el carácter de socialista, a cuyas doctrinas se había manifestado siempre adicto; hé aquí un trozo de su brillante peroración:

. . . . . .

«Voy, pues, a decirlo todo. En pleno siglo XIX, a pesar de Juan Jacobo, de Boyacá y de Ayacucho, existen familias que basta que les circulen por las venas sangre del más menguado galeote español, para creerse con derecho de vilipendiar, con los dictados más soeces, a los hombres más honorables de su patria. Figúranse ver en sus otros conciudadanos una turbamulta de lacayos o un rebaño de parias. Y se llaman cristianos! y no han leído que San Pablo decía a los Colosenses: 'No hay gentil ni judío, circunciso ni incircunciso, bárbaro ni escita; más Cristo es todo en todos.'

«Y se llaman cristianos! y maldicen del dogma de la soberanía popular, sancionado por el Cristo sobre el patíbulo de la cruz. Pero, señores jurados, o lo aceptan, o perecen. El mundo marcha. La civilización no puede quedar estancada por necias supercherías.

« Sin embargo, esa rancia preocupación colonial está viva entre nosotros y está quizá haciendo sus argumentaciones en contra de mi defendido, por boca de muchos de los que se titulan nobles. Observad, estudiad. ¿ No veis aquellos ciudadanos cubiertos de cicatrices que quebrantaron uno a uno los eslabones de la cadena de la esclavitud ? ¿ No veis aquella junta de los escogidos del pueblo, liberales unos, radicales y conservadores los otros, que hablan y prorrumpen en horrorosas interjecciones ? ¿ Sabéis lo que dicen ? Como insensatos se deshacen en maldiciones contra los hijos de la patria, maldiciones que evocan toda una época de oprobio y de servidumbre. '*Indio, zambo, mulato había de ser* para no cometer aquella mala partida,' es una frase corriente en nuestro pueblo; como si no hubieran muchos de la sangre azul dignos y muy dignos de ceñirse la carlanca del presidiario. Las ideas filosóficas cristianas no han bajado del cielo al corazón. Incúmbele esta digna misión a los sacerdotes. Que se penetren bien en ella. Nuestros cristianos dicen: ' perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores,' a la quinta petición ardiendo de cólera y de venganza."

Antes de terminar su discurso el doctor Valenzuela, apostrofó al Fiscal, quien pedía la condenación de los acusados.

« Voy, dijo aquél encarándose con imponente ademán al acusado; voy a usar contra vos de un legítimo recurso de defensa. Yo os acuso a mi turno ante otro jurado, compuesto de vuestro padre, vuestra esposa y vuestros hijos, y les pido que por pena, os digan cuando solicitéis sus caricias: Apartáos; ¿ cómo osáis amarnos, si no sabríais defendernos ?

« Ahora, elevándome a consideraciones de otro orden, ¿ queréis, señores jurados, que os diga con franqueza cómo comprendo en la profundidad de mi alma, lo que se exige de vosotros al pedir la condenación de los acusados ?

« Pues bien, señores, se pretende haceros cómplices de la absoluta ruina de una familia. Sí, señores, porque vuestra condenación no dejaría en la morada antes pacífica del escritor y del poeta, sino niñas huérfanas en estado cercano a la indigencia; huérfanas, porque la muerte, entristeciéndolas, les arrebató a su madre, y vosotros, les habríais arrebatado a su padre y a su hermano.»

La primera que emprendió el lúgubre desfile en este drama sangriento, fue la esposa del doctor Madiedo en el mes de junio posterior al infausto día diez de febrero, después de sentir en su seno la agonía de un infortunado niño que murió sin ver la luz!....

Aparte de la habilidad en la defensa, la anterior circunstancia influyó poderosamente en el ánimo de los jurados para que resolvieran, con el aplauso de los circunstantes impresionados con lo que acabaron de oír, que NO SE HABÍA COMETIDO EL DELITO DE HERIDAS.

*

Siempre hemos creído que la institución del juicio por jurados no es conveniente entre las razas meridionales, que tienen marcada propensión a formar juicio según el mayor o menor grado de impresionabilidad que los domine.

Estamos muy lejos de formular cargo alguno a los caballeros que absolvieron a los señores Madiedos; cada uno es Juez de su propia conciencia, y sólo Dios tiene derecho de penetrar en ese santuario íntimo del hombre; pero esto no impide que hagamos la siguiente reflexión: una sociedad en cuyo seno se insultan y atacan a muerte los hombres a la luz del día, en las plazas y calles de sus principales ciudades, sin cuidarse del peligro que corre la vida de los transeúntes; en que se vierte la sangre en abundancia con muertos o heridos en riña, y en donde, en fin de fines, resulta que no hubo

culpables sobre quienes recayera el peso de la ley, y, por el contrario, a los actores de ese drama que causa bochorno en todo país medianamente civilizado, se les declara implícita, cuando no oficialmente, inocentes, es una sociedad que está enferma y se hundirá en la barbarie, a menos de remedio eficaz.

No es anciano entre nosotros quien haya presenciado cuestiones personales dirimidas a balazos en los lugares más frecuentados de la capital, lances de que resultaron desgracias irreparables, sin que sepamos que sus autores fueran declarados culpables en el juicio que las más de las veces se les siguiera por pura fórmula; más aún, la ciudad presenció una vez con asombro la salida en triunfo, al sonar de música marcial y de los correspondientes cohetes, de un acusado convicto de homicidio alevoso y declarado irresponsable por el Jurado !!! ...

El veredicto que absolvió a los Madiedos irritó en extremo a Manrique, quien juró vengarse del doctor Madiedo, contra el cual tenía más odio. Este había creído aplacarlo dirigiéndole, desde el veinticinco de febrero, la hermosa carta que verán a continuación nuestros lectores, en la cual no se sabe qué admirar más, si la sublimidad del estilo o la humildad cristiana traducida en hechos:

"Bogotá, 25 de febrero de 1865.

Señor D. Leonardo Manrique Caicedo—Presente.

Muy señor mío:

Evoco al dirigirme a usted sus sentimientos de caballero y de hombre honrado.

Soy padre de familia, y la paz es una necesidad ineludible en mi casa; si en un día y hora, cuyo recuerdo quisiera borrar de mi memoria, ésta se apartó de mí, en usted consiste que vuelva a sentarse acompañada del perdón y del olvido.

Yo tengo más edad que usted, por lo cual merezco menos indulgencia; su noble carácter, lo protector que usted ha sido del desvalido, según es público y notorio, son una garantía completa de mi absolución; pero si esto aun todavía no basta, invoco las cenizas de la respetabilísima madre de usted, señora D.ª Francisca Caicedo y Sáenz, que vive en el corazón de sus amigos, y recuerde, por último, que por sus venas circula la ilustre sangre del benemérito General de las Repúblicas Unidas, D. Domingo Caicedo.

Yo, ángel caído, sujeto a los errores que frecuentemente comete la humana naturaleza, ¿cómo no he de merecer su perdón?

Y si las cosas las estima usted tan graves que no merezca tal gracia, *me sujeto desde ahora a cruzarme de brazos en el punto que usted determine, y a recibir de usted tantos balazos cuantos usted recibió de mí en malhadada e infortunada hora.*

Recomiendo a mi amigo y decano de su honorable familia, señor doctor D. José Joaquín Ortiz, para que ponga esta carta en sus manos, y traiga a mi desgraciado hogar la benevolencia de su perdón y el olvido completo de mis faltas.

Quedo de usted atento y seguro servidor,

MANUEL MARÍA MADIEDO."

Contra lo que era de esperarse, Leonardo no solamente no perdonó al doctor Madiedo, que se postraba a sus pies implorando gracia, sino que declaró que lo mataría dondequiera que lo encontrara ...

Vanas fueron las tentativas de los hermanos y demás parientes y amigos de Manrique para reducirlo a que desistiera de la temeridad que intentaba llevar a cabo sobre un hombre amilanado por la implacable desgracia que pesaba sobre él y su desolada familia.

En efecto, desde el día en que el Jurado declaró la

inculpabilidad de los Madiedos, tuvieron éstos que soportar la tenaz persecución de Manrique, quien los obligó a vivir en constante inquietud, que les impedía procurarse lo más indispensable para vivir, por el alarma que los redujo a concentrar todas sus facultades al exclusivo fin de evitar la repetición de otro lance personal.

Y para que nada faltara por arrojar a la balanza con el propósito de que cejara Manrique en sus proyectos de venganza, hasta el magnánimo Arzobispo Herrán, emparentado con éste, le pidió ¡DE RODILLAS! ... el perdón de la familia Madiedo, sin otro resultado que la tenaz e inflexible negativa.

Entretanto en la casa del doctor Madiedo, donde también vivía Manuel Justino con su joven esposa, apuraban el cáliz de amargura que rebosó desde el memorable 10 de febrero. Al dar a luz Mariana a su desgraciada hija, el 3 de marzo de 1866, apenas tuvo tiempo de bendecirla antes de seguir la ruta que con pocos días de prelación le trazara su madre política.

No era menos tirante la situación de ánimo de la familia Manrique, entre cuyos hermanos se contaba el honorabilísimo caballero D. Antonio, a quien respetaba Leonardo. Al fin, después de porfiada lucha logró aquél que éste dejara el país, con la esperanza de que la vista de otros horizontes y la acción del tiempo lograran extirpar la funesta pasión que dominaba a Leonardo.

El 12 de abril de 1867 salió Manrique de Bogotá con dirección al Brasil, a los Estados Unidos de América y a Europa; pero siempre preocupado con la obsesión de dar muerte al doctor Madiedo, de lo cual no hacía misterio, y antes bien, compró un puñal envenenado en Río Janeiro, un revólver de acero en Nueva York y otro en Londres en la fábrica de Samuel Colt, para cuando se le presentara la ocasión de hacer el uso a que destinaba estas armas, porque su abrasado cerebro deliraba con la idea de ver satisfecha su venganza.

*

Por una funesta coincidencia digna de notarse, parecía que todos los asuntos relacionados con Manrique en aquella época, estuviesen condenados a desenlace fatal.

De tiempo atrás había tomado Leonardo en arrendamiento a la Municipalidad de Bogotá la quinta de *Ningunaparte*, en la cual hizo notables mejoras a su costa, con la persuasión de disfrutarlas; pero D. Bernardino Trimiño entabló pleito sobre la propiedad de dicha finca, lo ganó, y al tomar posesión de ésta, se creyó relevado de la obligación de pagar las mejoras hechas sin su consentimiento, y de aquí surgió otro pleito entre Trimiño y Leonardo, quien instituyó apoderado al señor Liborio Landínez, sujeto de reconocida probidad, pero de carácter en extremo susceptible.

El asunto tomó un giro escabroso que condujo a los pleiteantes a un duelo entre Landínez y Trimiño, cuyos testigos fueron el General Jenaro Gaitán y D. Juan Cabal, en el cual recibió Trimiño una herida mortal que en breves días lo llevó a la tumba, dejando en la orfandad a su esposa e hijos ... Y como lo que empieza mal concluye peor, Cabal, que fue el instigador del duelo, apareció a poco tiempo con un balazo en la cabeza, sin que hasta hoy se haya sabido si fue un suicidio o un homicidio la causa de su muerte!

Ya hemos dicho que el doctor Juan Esteban Zamarra fue uno de los defensores que tuvo el doctor Madiedo en el juicio que se le siguió por las heridas que éste causó a Manrique. En el alegato de defensa que hizo Zamarra, vertió frases ofensivas contra Leonardo, y de aquí provino que se esparciera la voz de que éste intentaba atacarlo, lo mismo que a los demás defensores.

No faltaron personas de reconocida honorabilidad que hicieron la advertencia a los que se consideraban amenazados; pero es lo cierto que, llamadas aquéllas a

declarar acerca del fundamento en que apoyaran su dicho, contestaron que no habían oído las amenazas de boca de Manrique, sino varias versiones de las cuales no podía deducirse el hecho.

El 23 de febrero de 1866, entre las nueve y diez de la noche, se hallaba el doctor Zamarra en las galerías bajas de la Casa Consistorial altercando con los policiales, en un estado muy dudoso respecto al uso de su inteligencia; de allí se dirigía en busca de un Juez que le diera garantías, porque se creía amenazado de muerte, cuando, al acercarse al puente de San Agustín, lo atacaron varios hombres a puñaladas, de las cuales no murió milagrosamente, puesto que una de éstas le perforó horizontalmente la cavidad torácica abdominal.

Zamarra declaró, bajo la gravedad del juramento, y en la persuasión de que estaba próximo a morir, que entre los que lo atacaron se encontraba Manrique, lo cual dio origen a un voluminoso expediente levantado con interés por ambas partes. El Juez de la causa sobreseyó; pero el Tribunal Superior de Cundinamarca revocó el auto y llamó a juicio a Manrique, quien tuvo que esperar el correspondiente veredicto de un jurado, el que lo declaró absuelto, después de la defensa que le hizo el ilustrado jurisconsulto doctor Juan Agustín Uricoechea.

Durante la permanencia de Leonardo en el extranjero, la familia Madiedo disfrutó de relativa tranquilidad, y era de esperarse que, después de tántas peripecias, la paz volvería a reinar en el enlutecido hogar, al mismo tiempo que la reflexión y las constantes amonestaciones de los parientes y amigos de aquél habrían trocado en benévolos los sentimientos hostiles que lo dominaban; desgraciadamente no fue así.

En la tarde del 28 de marzo de 1869, después de casi dos años de ausencia, volvió Manrique a Bogotá, y, por una negra casualidad, la primera persona conocida que vio, al pasar, desde el coche que lo conducía, fue al

doctor Madiedo, quien no advirtió esta circunstancia que tánto le importaba.

Cerca de las siete de la noche del 6 de abril siguiente, caminaba el doctor Madiedo por el costado oriental del convento de Santo Domingo, cuando pasó junto a él Manrique sin conocerlo; pero apenas cayó éste en la cuenta de que era su antiguo adversario, despertó en él la ira y le gritó de modo que le oyeran todos:

—¡Madiedo! . ¡Párate ahí, cobarde! "*Ecce Homo!*" probablemente aludiendo a una hoja volante publicada con este mismo epígrafe, hacía cuatro años.

El apostrofado iba desprevenido y huyó, perseguido por Leonardo, hasta el zaguán de la casa de la Legación Británica, situada frente al costado norte de dicho convento, en la cual se refugió.

Desde ese instante quedó notificado el doctor Madiedo de que Manrique persistía en sus propósitos agresivos, para prevenir los cuales se presentó el día siguiente en el despacho de la Gobernación del Estado de Cundinamarca, en demanda de garantías personales.

El General Rudesindo López desempeñaba, a la sazón, las funciones de Gobernador del Estado, y tenía de Secretario de Gobierno al doctor Emiliano Restrepo, quien citó a Madiedo y a Manrique, para que a las doce del día siguiente se presentaran en el despacho con el objeto de obligarlos a prestar fianza de guardar la paz.

*

No puede negarse que hubo poca previsión al citar simultáneamente o dos hombres entre quienes reinaba enemistad mortal, que podían compararse a dos nubes siniestras cargadas de electricidad, que al chocar estallan, lanzando rayos y centellas!

Madiedo manifestó verbalmente, que por su parte no atacaría a Manrique en ningún caso; pero que no podía resolverse a dejarse matar como si fuera un perro, porque hasta la religión que profesaba le imponía el de-

ber de defender la vida, acto que sólo intentaría, si su enemigo lo atacaba en pleno día y ante un concurso numeroso, porque él, Madiedo, tenía reputación de cobarde, en tanto que Manrique gozaba fama de valiente, y en el caso de que hiriera o matara a éste, en un sitio poco concurrido, podría decirse que lo habría asesinado.

Y para corroborar sus palabras, el doctor Madiedo puso de manifiesto el revólver que llevaba consigo, de la fábrica de Barens & C.ª, de Londres, de seis tiros cargados con fulminantes, pólvora y balas atacadas con cera derretida para impedir la pérdida de gases al disparar, y dar más fuerza al proyectil; añadió que antes de salir de su casa lo disparaba al blanco y lo volvía a cargar como medida de precaución, a fin de que si llegaba el caso de hacer uso de esta arma, no le negara.

Gran espectativa se notaba al siguiente día—8 de abril de 1869—entre los concurrentes habituales al edificio de San Francisco, porque todos presentían que iba a tener lugar un acontecimiento de aquellos que dejan huella profunda.

Desde antes de dar las doce del día se presentó el doctor Madiedo, vestido de holgado levitón azul oscuro y sombrero carmelita de castor. Se situó recostado sobre la barandilla que daba frente a la puerta de entrada de la pieza que fue Secretaría de Hacienda del Departamento; allí se le reunió D. Miguel Salgar, con quien entabló conversación sobre el motivo de su presencia en el edificio.

Al dar las doce el reloj de la Catedral, empezaron a llegar los empleados y los litigantes; los primeros entraban a sus respectivas oficinas, y los segundos se paseaban en los corredores, esperando que fuera tiempo de continuar los asuntos que tenían pendientes en los Juzgados o en el Tribunal Superior del Estado. El doctor Emiliano Restrepo conversaba con un sujeto en el claustro contiguo a la pieza del Tribunal de Cuentas, y se esperaba la llegada del Gobernador.

Manrique recibió la orden para que se presentara en la Gobernación, con el objeto de compelerlo a guardar la paz, y manifestó que atendería el llamamiento de la autoridad; pero inmediatamente fue a ver a sus hermanos Antonio y Joaquín, a quienes dijo que en ningún caso daría la fianza que le exigían, porque iba a probarle a Madiedo que cumpliría lo que le tenía ofrecido. Estériles fueron todas las amonestaciones fraternales que aquéllos le hicieron para hacerlo entrar en razón, llegando la tenacidad de Leonardo hasta declarar a sus hermanos preferidos que, si continuaban intercediendo en favor de Madiedo, lo obligarían a cortar relaciones con ellos.... Se apercibió al combate, poniéndose cota de malla, se armó de dos revólvers y un puñal envenenado, y se encaminó al sitio donde debía cumplirse su destino!

Al pasar Leonardo por la calle del Hospital de San Juan de Dios, en la carrera 8.ª, encontró a su amigo Valentín Perilla, quien le preguntó si era cierto que dos noches antes había corrido al doctor Madiedo.

—Esa pregunta no se le hace a un caballero como yo.... Si usted quiere saber cómo arreglo mis cuestiones, venga conmigo a la Gobernación, le contestó Manrique con altanería.

De repente se notó cierta agitación entre los concurrentes del patio principal, en el edificio de San Francisco. ¡Ahí está Manrique! fueron las palabras que se escaparon de los labios de los circunstantes, con la ansiedad de quien va a presenciar algo terrible.

Eran las doce y diez minutos.

Leonardo entró con paso resuelto, vestido de luto riguroso, con sombrero de castor de anchas alas y gabán abotonado, que ocultaba las armas de que iba provisto, lanzando miradas altivas que daban realce a la hermosura varonil que lo distinguía. Subió la escalera con su íntimo amigo D. Liborio Landínez, quien lo acompañaba para indicarle la pieza de la Gobernación; pero al ver éste al doctor Madiedo en actitud de espera

en el corredor alto, comprendió el peligro de un encuentro de los dos adversarios, y trató de impedir que avanzara Manrique, al mismo tiempo que le dijo:

—Volvámonos, porque ahí está Madiedo.

—¡No!.... le contestó Manrique con brusquedad; apartó con rudeza a Landínez, y ciego por la cólera, al ver a Madiedo llevó la mano derecha al bolsillo de los pantalones y sacó un revólver, al mismo tiempo que, avisado Madiedo por la voz de alerta que le dio Salgar, invitándolo a entrar en la pieza de la Gobernación, sacó un revólver con la mano izquierda—era zurdo—utilizó la mano derecha con el objeto de mantener fijos los anteojos que usaba en determinados casos, y emprendió marcha con denuedo para salir al encuentro a Manrique, por el centro del corredor.

¡Era llegado el momento fatal!

Cuatro años de odios y humillaciones iban a dirimirse en lucha a muerte, como se hacía en tiempos remotos de la Edad media, en el JUICIO DE DIOS!

Los hechos tuvieron lugar en menos tiempo del que puede emplearse en relatarlos.

Varios caballeros hicieron inútiles tentativas para impedir el duelo, porque apenas vio Manrique la actitud de Madiedo, le hizo un primer disparo, cuyo proyectil se incrustó en la pared del frente, después de atravesar el corredor de occidente a oriente, con peligro de los que se hallaban allí.

Entonces quedaron trocados los papeles de los contendores: Manrique se puso a la defensiva, parapetándose con la columna que forma el vértice del ángulo, al frente de la puerta que daba entrada a la Administración de Hacienda, y Madiedo asumió con decisión la ofensiva.

No hay duda que el cambio de actitud de Madiedo causó sorpresa en el ánimo de Manrique, acostumbrado a ver huír al que en ese momento supremo se le encaró resuelto a vencer o morir, y decidido a no retirarse del

improvisado palenque sin dar fin a una situación mil veces peor que la misma muerte!

Madiedo hizo fuego al acercarse a la columna tras de la cual se hallaba Manrique, casi al mismo tiempo en que éste disparó la segunda vez, hiriendo a su adversario en la parte posterior del tercio superior del brazo izquierdo.

Madiedo no advirtió que estaba herido, giró al rededor de la columna, con el objeto de quedar inmediato a su enemigo, y a quemarropa le hizo dos disparos. Manrique se sintió herido de muerte, retrocedió, apoyando la mano izquierda sobre el pasamano de la baranda hasta llegar al segundo claro; allí, al sentarse, cayó de espaldas; trató de incorporarse, y como no pudo hacerlo, hizo un último disparo, que sólo dio por resultado la incrustación del proyectil en el arco inmediato a la escalera.

Al ver Madiedo tendido a su adversario, le hizo dos disparos más, a quemarropa, lo que motivó que el doctor Restrepo le gritara al primero:

—Cómo tira usted sobre un hombre que está caído! ...

Tal vez olvidaba el doctor Restrepo que la más terrible de las fieras es un hombre dominado por la ira! ...

Al separarse Madiedo del lugar en que yacía tendido Manrique, le preguntámos si estaba herido.

—¡No lo sé! nos contestó poseído de rabia, la cual se le calmó un tanto cuando advirtió que le chorreaba sangre del brazo.

Durante todo este drama, los contendores guardaron siniestro silencio.

Manrique permanecía donde cayó herido mortalmente, con la mano derecha crispada, empuñando el revólver, en actitud de continuar haciendo uso de su arma, con el brazo izquierdo extendido, como si quisiera señalar a su enemigo que se retiraba triunfante; la mirada

terriblemente airada y fija con tenacidad sobre el que lo abatió, los párpados con movimientos rápidos de incesante convulsión en la lucha con la oscuridad de la muerte que ya lo envolvía, los bigotes erizados, de color negro azulado, cubriéndole la boca contraída por la furia de la impotencia, y el todo con un aspecto amenazante que infundía pavor.

Con Antonio B. Cuervo y Liborio Landínez fuimos los primeros que nos acercámos al infortunado Manrique; lo incorporámos a efecto de proporcionarle algún socorro; éste dejó escapar hondo suspiro y arrojó unas gotas de sangre por la nariz. Llevado a la pieza del Archivo del Estado, lo extendimos sobre una alfombra en el suelo: allí alcanzó un religioso franciscano a darle la absolución antes de que expirara.

El doctor Madiedo entró en la pieza del Despacho del Gobernador, adonde acudieron los doctores Ignacio Pereira, homeópata, y Leoncio Barreto, alópata, quienes le extrajeron la bala, bajo la protesta que hizo el herido, de que no disentía ni en un punto del sistema de Hanemann, del cual fue siempre decidido partidario.

Al abrir el levitón de Madiedo, quedaron al descubierto la camisa de tartán azul, de cuadros, que revelaba la pobreza casi franciscana de su dueño; un puñal y un crucifijo de bronce que tenía suspendido del cuello.

—Esta fue mi coraza, dijo Madiedo al saber que Leonardo tenía cota de malla y como yo sabía que en mi contra estaban todas las probabilidades, tomé la precaución de prepararme para el lance, confesándome y comulgando esta mañana en la iglesia de La Tercera.

La noticia de lo acontecido en la Gobernación de Cundinamarca circuló por la ciudad con increíble rapidez; al saberse en la Cámara de Representantes la tragedia ocurrida en el edificio de San Francisco, se le-

vantó la sesión, y sus miembros se dirigieron en masa al lugar del siniestro, seguidos de numeroso concurso, ávido de calmar la sensación de pavor que despertó el duelo, que a nadie sorprendió, porque ya se esperaba.

Los deudos de Manrique llevaron el cadáver a la casa de D. Joaquín, su hermano, en donde lo expusieron decorosamente, hasta el día siguiente, en que le hicieron exequias en la iglesia de San Ignacio. En la capilla del cementerio practicaron la autopsia del cadáver los doctores José María Uribe y Julio A. Corredor, quienes extendieron la diligencia que reproducimos a continuación, como un documento curioso:

"Habiendo procedido al reconocimiento del cadáver del señor Leonardo Manrique, encontrámos sobre la superficie del cuerpo cinco heridas penetrantes, indicando por su aspecto que eran causadas por proyectiles de una arma de fuego. Tres heridas situadas en el tórax, al lado derecho, una en el abdomen al mismo lado, y la quinta en el muzlo izquierdo, atravesándole de parte a parte.

"Examinadas por su orden de colocación, con el objeto de conocer su trayecto y órganos interesados, hallámos: que la primera, es decir, la que estaba situada en el tercer espacio intercostal, a tres centímetros del borde derecho del esternón, tenía una dirección oblicua de arriba a abajo y de fuera hacia adentro, y un poco atrás, habiendo atravesado antes de penetrar en la cavidad torácica la piel, el tejido celular, las fibras más internas del grande y pequeño pectorales, los músculos intercostales externos, correspondientes a la tercera y cuarta costillas en este punto, y rompiendo esta misma en su articulación con el cartílago, penetró en la bóveda torácica atravesando el lóbulo medio del pulmón derecho; encontrándose el proyectil sobre el cuerpo de la séptima vertebral dorsal, debajo de la aorta, que separó sin herirla. Esta herida es casi siempre mortal.

"La segunda, situada en el mismo espacio intercostal a un centímetro y medio de la primera, y a cuatro y medio del esternón, tenía una dirección casi horizontal; así es que ésta, después de perforar el grande y pequeños pectorales por su parte media, rompió directamente el borde inferior de la tercera costilla, atravesando después los músculos intercostales internos, la pleura parietal, el lóbulo anterior del pulmón derecho, el mediastino anterior, el pericardio, la aurícula derecha del corazón y también las arterias, pulmones y aorta, en su entrecruzamiento, deteniéndose el proyectil entre la pleura y los músculos intercostales internos del lado izquierdo, después de atravesar el pulmón correspondiente. Esta herida es cuatro veces mortal, tanto por los daños causados, como por haber dejado en puntos aislados de su camino, y especialmente en la aurícula, fragmentos de hilos de hierro encorvados a manera de ganchos, que había arrastrado de la parte externa.

"La tercera, más externa que las dos anteriores, tenía una dirección un poco oblicua hacia adentro, atrás y abajo; atravesando la piel, el tejido celular, el músculo gran cervato o dentilado, y la sexta costilla, por su parte media; recorriendo después toda la cara superior del diafragma y borde inferior del pulmón correspondiente, sin causar el más pequeño daño a éste órgano, hasta llegar a la parte posterior, donde rompió el borde superior de la séptima costilla, a dos centímetros de su articulación, dejando allí también, en la vértebra correspondiente, diez o doce pedazos de hierro; y después atravesando los músculos de la región lumbar, se detuvo el proyetil debajo del tejido celular subcutáneo, de donde fue extraído.

"La cuarta corresponde a la que se encontró en la región abdominal. Estaba situada a cuatro centímetros de la espina ilíaca superior y anterior, en la dirección de la cicatriz umbilical; se dirigió de fuera

hacia adentro y atrás, atravesaba en su trayecto la piel, el músculo recto anterior, el grande y pequeño oblicuos, el peritoneo, sin herir los intestinos, hasta tropezar en la articulación de la cuarta con la quinta vértebra lumbar, en su parte más externa, donde fue encontrada la bala, envuelta en un gran coágulo sanguíneo. Esta herida no es esencialmente mortal, pero puede traer como consecuencia inflamaciones de siniestro pronóstico.

"La quinta penetró por la parte interna o inferior de la primera, a dos y medio centímetros, encima del cóndilo correspondiente; siguió una línea oblicua hacia arriba y afuera, rozando la cara anterior del hueso; salió por la parte superior externa, a tres centímetros debajo del gran trocánter, después de perforar algunos de los músculos de la región anterior y externa. Esa herida, en sí misma, no es mortal. Las balas encontradas en el cadáver del señor Manrique fueron del peso de media onza cada una, redondas y de plomo."

Además, quedó demostrado con el reconocimiento de las armas, que Manrique disparó apenas tres de las seis cápsulas cónicas de uno de sus revòlvers, de las cuales sólo una utilizó, en tanto que Madiedo introdujo en el cuerpo de su adversario cinco de los seis proyectiles esféricos de que disponía.

*

Aún no habían sacado del edificio de San Francisco el cadáver de Manrique, cuando se dio principio a la instrucción sumaria para esclarecer los hechos. Hubo un Juez que declaró justiciable a Madiedo, como responsable del delito de homicidio perpetrado en la persona de Leonardo; pero el doctor Juan Félix de León, Magistrado del Tribunal Superior de Cundinamarca, revocó el auto del Juez y reconoció la inocencia del acusado al dar muerte a su enemigo en defensa propia, fundado

en el caso primero del artículo 457 del Código Penal, que dice así:

"No estará sujeto a pena alguna el homicidio que se comete en cualquiera de los ocho casos siguientes:

1.º En el de la necesidad de ejercer la defensa legítima y natural de la propia vida, o de la de otra persona, contra una agresión injusta, en el acto mismo del homicidio, cuando no hay otro medio de repelerla."

El desenlace del duelo entre Madiedo y Manrique produjo gran sensación de sorpresa y estupor en nuestra sociedad, ya por el acontecimiento en sí, como porque, si es cierto que todos esperábamos un lance personal que pusiera término a la enemistad que existía entre éstos, nadie creía que Madiedo fuese el vencedor, y rara circunstancia: Manrique, el fuerte y agresivo de los dos, recibió de manos del pacífico y débil doctor Madiedo, OCHO BALAZOS: tres el 10 de febrero de 1865, que fue la fecha inicial del drama que referinos, y cinco el 8 de abril de 1869, en que terminó con la muerte de Manrique.

Poco tiempo después del fin trágico de su hermano y protector Leonardo, falleció D.ª Fortunata, agobiada de tristeza por la parte que le tocó desempeñar en el matrimonio de su hija Mariana, causa inocente de tánto desastre.

No obstante la justicia que asistió a Madiedo para privar a otro hombre de la vida en defensa propia, siempre se sintió atormentado por el recuerdo del hecho que se vio obligado a ejecutar.

Una tarde, después del toque de oración, en que la tenue luz crepuscular presenta los objetos con un aspecto fantástico, sorprendimos al doctor Madiedo absorto en sombría meditación, en el mismo sitio en que dio muerte a Manrique.

—¡Ah! exclamó con dolorosa expresión al vernos; ¡por qué no fui yo la víctima!....

En otra ocasión concurrió el doctor Madiedo al cementerio de Bogota, en unión del doctor Juan Manuel Rudas, con el fin de acompañar el cadáver de un amigo. Mientras tenía lugar la inhumación, recorrían juntos las galerías del recinto mortuorio, leyendo los epitafios; de repente tropezó Madiedo con una lápida de mármol negro, con esta inscripción en letras de oro:

LEONARDO GONZÁLEZ MANRIQUE CAICEDO

8 de abril de 1869

No bien hubo leído tan sencillo letrero, retrocedió Madiedo, dando visibles señales de espanto, como si tuviese delante el espectro sangriento de su difunto enemigo, al mismo tiempo que dejó escapar la siguiente exclamación:

—¡Yo no tuve la culpa!....

—Usted debe vivir tranquilo, le dijo Rudas tratando de calmar a Madiedo, porque no tiene responsabilidad ante Dios ni ante los hombres.

—Es verdad, replicó Madiedo; pero usted no sabe la gravedad que entraña el acto de matar a un hombre....

Como una muestra que refleja los sentimientos de gratitud que conservó Madiedo por los generosos abogados que lo defendieron en el juicio que se le siguió por consecuencia de los acontecimientos del 10 de febrero de 1865, reproducimos la bella página que con tal motivo escribió en el álbum del doctor Teodoro Valenzuela:

"Era una noche sin astros, en medio de una mar irritada por los huracanes.

"La lluvia azotaba reciamente las móviles cordilleras del océano, mientras el rayo surcaba las tinieblas, mezclando un tremendo retumbo al mugido salvaje de las olas, que luchaban chocando unas con otras, y se

rompían con estruendo pavoroso. Era una borrasca semejante a las de las noches del diluvio.

"Yo había naufragado, y flotaba asido a una débil tabla, sin esperanza de salud, en medio de aquella espantosa agonía de la naturaleza.

"Iba a perecer, a desaparecer, amenazado por el abismo de los cielos y el abismo del océano.

"De repente una voz generosa me nombra y me promete socorro; una mano firme se estrecha con la mía y me da asilo en una barca propicia, tripulada por cuatro valerosos remeros. Tú eras uno de ellos, ¡oh, amigo magnánimo! Tus compañeros se llamaban Francisco Eustaquio Alvarez, Juan Esteban Zamarra y Enrique Berbeo.

"Yo estaba salvado!

"Ah! desde entonces tu nombre y los de esos otros tres valientes domadores de mi infortunio, extremecen mi corazón de placer y hacen brotar las lágrimas de mis ojos....

"Nó, yo no tengo nada comparable a esa memoria, a ese recuerdo de una desventura que no tuvo igual a un abismo, sino la heroica nobleza de mis generosos salvadores.

"Solo y pobre, agobiado por todos los dolores que aplastan al hombre en este mundo, medí, temblando de gratitud, mi profundo desamparo con la abnegación de mis libertadores.

"¡Oh, generoso Valenzuela, quede aquí para siempre la expresión débil, pero eternamente sincera, de ese recuerdo de mi infortunio y de tu magnánima hidalguía, como un monumento de mi gratitud a ti y a tus nobles y valientes compañeros.

"Era el 23 de agosto de 1865.

"Agobiado hoy por una deuda inmensa, yo apelo a Dios contra mi rematada impotencia. EL ha visto lo que tú hiciste por mí con el amor de un cristiano, con el talento de un genio, con el valor de un héroe; y yo espe-

ro, sí, yo espero con la fe de los hombres que creen con toda el alma que ese grande hecho de tu corazón de caballero y de cristiano, inspirado por EL que ve en las tinieblas, lo convertirá en un fecundo rocío del cielo, y lo hará descender sobre ti, y sobre tus caros hijos y sobre la digna compañera de tu vida.

"Es justo; y yo debo ofrendarte todo lo que tengo; lo único que poseo:

"Mi esperanza en las bondades de la justicia de Dios!.....

"M. MARÍA MADIEDO

"Bogotá, abril 12 de 1871."

El doctor Madiedo murió como cristiano, en el seno de la Iglesia católica, en el año de 1888.

Siempre hemos creído que es una fatalidad venir al mundo antes o después del tiempo oportuno.

Si Leonardo Manrique hubiera nacido en la época de la Edad media, habría sido uno de tántos caballeros guerreadores de profesión que dieron mucho que hacer a los reyes y a los sarracenos; si hoy viviera, la ciencia moderna lo declararía monomaníaco de la venganza.

De todos los personajes que figuran en primer término en la tragedia que dejámos relatada, sólo sobrevivió Manuel Justino Madiedo, en absoluta pobreza, envejecido prematuramente por las calamidades cuyo recuerdo le sirvió apenas para hacerse la reflexión de que pasó por el campo de una felicidad tan fugaz, que sólo le duró lo que tarda el asteroide errático en irradiar, por brevísimos momentos, su deslumbradora luz, para luégo sumergirse en las profundidades del firmamento.

A pesar del piélago de infortunios de todo género en que vivió sumido Manuel Justino, conservó la esperanza de que, al llegar al fin de su desgraciada existencia, recibiría la compensación ofrecida a los que lloran en la tierra....

EL ALACRAN

El estrépito que se sintió en Europa con la caída del Rey Luis Felipe, repercutió en la Nueva Granada con mayor intensidad que en ningún otro punto del mundo de Colón. El partido *progresista*, despedazado y vencido en la guerra civil de 1840 a 1842, volvía a la palestra con el distintivo de *liberal*, aprovechando la división que con motivo de la candidatura para la Presidencia de la República en el período de 1849 a 1853, se había producido en las filas de los *ministeriales*, quienes a su turno también cambiaron su denominación por la de *conservadores*.

Fue precisamente aquella la época en que terminó sus estudios una pléyade de jóvenes inteligentes e instruídos, ansiosos de labrarse porvenir y tomar parte en la cosa pública, cada cual en la causa de sus convicciones, a la que sirvieron con decisión y lealtad.

Hacia fines del año de 1848 la cuestión palpitante era la electoral; ninguno de los candidatos de la Presidencia obtuvo mayoría absoluta en las circunscripciones electorales, y era claro que tocaría al Congreso hacer la elección, hecho que tenía importancia capital para el porvenir de los partidos que se disputaban el poder. Todo tendía, pues, a ese fin, y en consecuencia, la palabra de orden, el tema de la prensa del país, y los demás actos de los hombres entregados a los azares de nuestra agitada política, tenían por objeto aglome-

rar elementos en persecución del triunfo de su respectivo candidato.

Naturalmente los atletas de la prensa eran los paladines que hasta entonces figuraban en la lid, mientras llegaba el momento de entrar en acción, pues ya se sabe el proverbio de que a la guerra de papel sigue la guerra de plomo.

Ya se presentaban los prodromos de la ruptura de los pasados tiempos con las aspiraciones de los tiempos modernos, que debían cambiar los rumbos de nuestra sociedad, implantando en las leyes y costumbres, las utopías y delirios de los febricitantes cerebros que en Francia prepararon el campo para que se aceptara, como salvadora necesidad, el establecimiento del segundo imperio napoleónico. Derribaron la monarquía constitucional y tolerante de Luis Felipe, para soportar el absolutismo del César que los condujo a Sedán, a fin de entregarlos cautivos en el mayor desastre que registran los anales militares y políticos de aquella época.

Por acá también nos engolfamos en el laberinto de las ideas que conmovieron el mundo hacia mediados del siglo XIX, y cuyo resultado inmediato fue la sucesión de variados y extraordinarios acontecimientos, de algunos de los cuales haremos relación, según su importancia, siguiendo el orden cronológico.

*

En la mañana del domingo 28 de enero de 1849 se veía a los bogotanos formando grupos en las esquinas de las calles, con la mirada puesta en las paredes. Leían con asombro el siguiente anuncio impreso en letras gordas.

Hoy sale *El Alacrán*, reptil rabioso
Que hiere sin piedad, sin compasión,
Animal iracundo y venenoso
Que clava indiferente su aguijón.

Estaba entre los tipos escondido,
Emponzoñando su punzón fatal,
Mas ¡ay! que de la imprenta se ha salido
Y lo da Pacho Pardo por un real!

El nombre del periódico anunciado hacía suponer que se ocuparía en satirizar a los actores principales de la política activa de entonces, sin dejar de aplicar uno que otro aguijonazo en estilo jocoso, pero correcto, a los que merecieran censura, sin estampar nombres propios.

En aquellos buenos tiempos *un real* era módica suma que servía de tentación para comprar cualquier papel impreso; y si a esto se agrega la curiosidad que despertó el anuncio citado, se comprenderá el hecho de que dos horas después de fijado el aviso, se hubiera agotado la edición del primer número del periódico anunciado.

El bondadoso y festivo D. Francisco Pardo tenía tienda de mercancías en los bajos del convento de Santo Domingo, al frente del Bazar Veracruz, y lo mismo que hacen hoy varios comerciantes, permanecía los días feriados en su establecimiento, por la costumbre que tenía de gozar con la tertulia, que se formalizaba sin perjuicio del negocio. Se hizo cargo de la venta del periódico, en la creencia de que ejecutaba un acto inocente, y sólo después de que envió a la imprenta por más ejemplares para atender al pedido que le hacían los numerosos compradores, fue cuando un amigo le preguntó con cierto misterio si sabía lo que estaba haciendo. Aunque tarde, el señor Pardo tomó un ejemplar del periódico que vendía candorosamente. ¡Cuál sería su sorpresa al leer las iniquidades que había prohijado! En reparación de la inconsciente falta, reconvino, justamente indignado, al impresor que maliciosamente lo había comprometido en tan desagradable asunto, y protestó contra la malhadada agencia, la que pasó a cargo del confitero francés Francisco Medica,

que tenía fonda en el sitio que hoy ocupa el Pasaje Hernández.

Al medio día parecía la ciudad un avispero alborotado. Los ofendidos buscaban rabiosos a los autores del inmundo papelucho; en las casas lloraban indignadas las mujeres insultadas o temerosas de que las mencionaran en *El Alacrán*, y en los numerosos grupos formados en las calles, se leía con el deleite propio de los que se complacen en oír difamar al prójimo; pero apenas tropezaba alguno de los oyentes con el aguijonazo que lo hería, tomaba el portante con la ira en el corazón y el bochorno en el rostro.

El Alacrán era un pasquín en grande escala, escrito en estilo jocoso, en prosa y verso; pero la sección más venenosa era EL CANTAR DE LOS CANTARES Ó ENSALADILLA, en la que se sacaban a luz los chismes de corrillo, los defectos personales y las aseveraciones exigidas por las reglas de la métrica, para acomodar un consonante o redondear un chiste, aunque para ello hubiera que sacrificar la reputación mejor sentada o la virtud más acrisolada, sin consideraciones a la edad, sexo o condición de las muchas personas que insultaba o escarnecía con saña infernal.

—¿Quién es el autor del infame periódico?

Tal era la pregunta que todos hacían y a la que ninguno daba respuesta satisfactoria, puesto que el agente señor Pardo sólo sabía lo que no era un secreto: que el impresor se llamaba Vicente Losada, quien se puso a buen recaudo al ver la tempestad que le amenazaba por haberse prestado a darlo a la estampa.

El lunes siguiente se encontró una persona de las más injustamente agredidas con el joven Joaquín Pablo Posada, con quien cultivaba estrecha amistad.

—¿Sabes quién es el autor de *El Alacrán*? le preguntó aquél.

—Ese es mi secreto, le contestó Posada. Vamos a tu casa, almorcemos y después te lo revelo. Por supuesto que en mucha reserva.

Los interlocutores se dirigieron a la casa del ofendido, almorzaron *confortablemente*, y en seguida exigió éste que Posada le descubriera el nombre deseado.

—*Tu muy atento servidor*, le contestó éste con un aplomo admirable.

—¡Cómo....tú, mi amigo... imposible!

—Tan cierto, como que tres y dos son cinco.

—¿Palabra de honor?

—¡Palabra de honor!

—Prepárate para darme cuenta de tu infamia, dijo el ofendido tomando un cuchillo de sobre la mesa.

¡En hora buena! replicó Posada poniéndose de pie y haciendo lucir la brillante y afilada hoja de un puñal.

Al ruido de los contendores intervino la servidumbre de la casa y los apaciguó, bien que el agraviado comprendió que su adversario no era *muy comible*.

La escena anterior se hizo pública, y desde entonces quedaron notificados los numerosos insultados por *El Alacrán*, de que su autor no sólo no rehuía el cuerpo, sino que afrontaba las consecuencias de su insigne temeridad.

Posada no engañó al amigo con quien almorzó, al asegurarle que él era el autor de *El Alacrán*. Es cierto que Germán Gutiérrez de Piñeres figuraba en la imprenta como responsable con aquél; pero la redacción del primer número fue obra exclusiva de Posada, quien leyó el borrador a su íntimo amigo, el cual se entusiasmó con el proyecto y se asoció de todo corazón a la descabellada empresa, hasta exigir como un servicio personalísimo el que corrieran juntos los azares de lo que ellos llamaban una obra moralizadora....

Dos jóvenes inteligentes y simpáticos, con un porvenir brillante, hijos de la heroica Cartagena y acogidos en la sociedad bogotana con señaladas muestras de benevolencia y estimación, resolvieron en mala hora imitar al repugnante insecto que devora a la madre que tiene la desgracia de abrigarlo en su seno.

Aparte del estilo jocoso y picante de *El Alacrán*, tenía frases en extremo repugnantes e indecorosas, especialmente al satirizar a las señoras que tuvieron la desgracia de presentarse a la imaginación extraviada de los noveles escritores, que con audacia sin precedente acometían como canes rabiosos a la parte más notable de una sociedad digna de respeto en todo sentido.

"Viera yo en la Catedral
Al Arzobispo tendido...."

era, verbigracia, el atroz deseo que manaifestaban respecto del Prelado más notable de la América española.

Vivía en Bogotá un médico distinguido y caritativo, que siempre atendió al llamamiento del necesitado; probablemente les era antipático, y de ahí provino que lo tomaran de blanco para insultarlo en casi todos los números de *El Alacrán*. De la cárcel en que estaban presos, a virtud de la acusación intentada por varios de los ofendidos, le dirigieron el romance siguiente, que reproducimos, no por los falsos conceptos que encierra, sino como una muestra del ingenio de sus autores:

Lo que vos habemos dicho
Tuerto malsín, fablador,
Será con contentamiento
Sostenido en el trotón.
Si non fuerades cobarde,
Como lo sois ¡vive Dios!
Nos obiérades retado
Como face un infazón,
Cuando se le face agravio
Como habemos fecho a vos.
Dijera vuestro talante
Cuánto ser debéis follón,
Si con dichos y con fechos
Non lo probarais mejor.

Tuerto, tuerto malandrín,
Un mal caballero sois:
Malo, sí; dijimos bien:
Pero caballero, non.
En vano clamáis "soltedes,"
Como el buen Cid campeador;
Non se os quitará del lumbo
Nuestro punzante rejón.
Tan sólo que afinojado
Demandáredes favor.
La nuestra terrible péñola
Vos otorgará perdón.

Entre los agraviados que acusaron a los autores de *El Alacrán* se contaba D. Patricio Armero, a quien ofendieron con tánta crueldad como falta de razón. La ley sobre delitos de imprenta establecía, entre otras cosas, que el autor de una publicación quedaba obligado a probar la verdad de su dicho; y como al señor Armero lo habían apellidado tuerto, y aseguraban que tenía los ojos verdes, los acusados presentaron un memorial en verso, en el que pedían al Juez de la causa, que lo era el respetable y probo jurisconsulto doctor José María de la Torre Uribe, que hiciera comparecer en su despacho a los doctores Vicente Lombana y Rafael Angulo, que tenían defectuosos los ojos, y a quienes también habían insultado, con el objeto de que declararan si Armero era tuerto.

Hé aquí el originalísimo documento:

Señor Juez Letrado de Hacienda.

I

Germán Piñeres y Joaquín Posada,
Ante Usía, señor Juez, representamos
Que hoy hace quince días que nos hallamos
Detenidos en cárcel y hospital,

Porque se sigue contra nos el juicio
Por presuntivo abuso de la imprenta,
Que el señor Patricio Armero intenta
Coadyuvado también por el Fiscal.

II

Mas como quiera que en derecho puedan
Presentar ambas partes sus probanzas,
Conservamos fundadas esperanzas
De probar que se acusa sin razón.
Con tal objeto, a Usía, señor, pedimos
Haga comparecer a dos pintores,
Y también a dos médicos doctores,
Que jurando declaren su opinión.

III

Los médicos dirán si en su concepto,
Según lo que les dicte su conciencia
Y las leyes eternas de su ciencia,
El mencionado Armero es tuerto o no.
Y los otros declaren asimismo,
Puesto que son tenidos por pintores,
Y deben distinguir bien los colores,
Si los ojos de Armero verdes son.

IV

Los señores doctores Rafael Angulo
Y el doctor don Vicente de Lombana,
Pudieran declarar, señor, mañana,
Si Usía resuelve, de conformidad.
Declaren el señor Gabriel de Tatis,
Y el señor don José María Espinosa,
Después de análisis minuciosa,
Con arreglo a su arte la verdad.

V

Esta representación
Que en parte de prueba hacemos,
Será provista, creemos,
Sin ninguna dilación.
Es justa en nuestra opinión,
Y en tal virtud esperamos
Que se oirán nuestros reclamos,
Por ser así de justicia;
No proceder de malicia,
Señor Juez, aquí juramos.

Como era natural, el Juez desechó el escrito, porque no se dirigía a producir la prueba de hechos importantes y necesarios a la defensa de los acusados.

Excepción hecha de algunos lances personales insignificantes que tuvieron *Los Alacranes* (apodo con que se les llamó), con algunas de sus víctimas, antes de que los redujeran a prisión, no experimentaron inmediatamente mayores contratiempos motivados por la temeridad que tuvieron al enfrentarse con la sociedad entera; además, el reconocido valor de los enjuiciados, su imperturbable contumacia, el manifiesto desprecio por la vida y más que todo, las simpatías que despertaron aquel par de *calaveras* de primera fuerza y de imaginación fecunda, concluyeron por formar en su favor una atmósfera de gracia llevada a término por el indulto que por delitos de imprenta dio el Presidente López en los primeros días de la Administración inaugurada el 1.º de abril de 1849. Tal es el privilegio de que gozan en esta tierra el valor y el talento.

Puestos en libertad nuestros periodistas, emprendieron viaje para Cartagena y trabaron íntimas relaciones con el General Antonio López de Santana, mejicano, quien a la sazón se hallaba en Turbaco.

En una de las pésimas fondas en que pernoctaron

Piñeres y Posada cuando iban de Bogotá a Honda, picó al último un alacrán: al sentirse herido, exclamó con admirable precisión:

—¡Miente quien diga que *perro no come perro,* porque me ha pinchado un alacrán!

Respecto de los bogotanos, al saber la ausencia de aquellos jóvenes que los habían divertido con sus picantes escritos, aplicaron el refrán que dice: *Salga el alacrán de casa y pique donde picare.*

La malevolencia de Posada y Piñeres era más aparente que real: podríamos citar varias acciones nobles y generosas ejecutadas en las diversas épocas de su vida, entre ellas cuando Piñeres se atrevió a implorar del General Mosquera, desgraciadamente sin éxito, la vida del *Catire Torres,* fusilado en Cartago después del triunfo de Santa Bárbara en el año de 1862. En otra ocasión le pidió limosna un mendigo anciano, casi en completa desnudez; lo hizo entrar al primer zaguán que encontró, cerró la puesta, se quitó la camisa y la dio al atónito pobre diciéndole con donaire: *Hago más que San Martín, porque él regaló media capa y yo te doy camisa entera, sin tener repuesto.*

Algún tiempo después volvieron Piñeres y Posada a esta ciudad, en donde, como era lógico que sucediera, se les cerraron todas las puertas de los caminos que pudieran llevarlos a puerto de salvamento en el importante asunto de ganar con qué vivir; y como no podían resolverse a dejarse morir de hambre, se dedicaron a la política militante como periodistas, en la cual profesión tuvieron varios lances de honor motivados por la acritud con que se escribía en aquella época.

Fue entonces cuando empezaron a exhibirse como poetas inspirados y galanos; cada uno de ellos publicó la colección de sus poesías, que gozan de merecida fama entre los amantes de las bellas letras.

Posada conservó siempre el sentimiento de su dignidad personal; Piñeres se propuso imitar a Diógenes y

se afilió francamente en la escuela de este filósofo. Hacía algún tiempo que no se sabía el paradero de Germán, cuando se lo encontró un amigo por los arrabales de Las Nieves. Al verlo le gritó con cariño:

—Germán! ¿qué es de tu vida? ¿de dónde sales?

—¡Del infierno!

—¿Y qué traes de por allá?

—El proyecto de establecer una taberna para sacar provecho de los conocimientos que adquirí en el oficio, y dar buen ejemplo a mis conciudadanos.

En efecto, vendió los ajustes militares que le correspondían por la campaña que hizo en el año de 1862 en el Cauca y Antioquia, y abrió tienda de licores en las galerías de la Plaza, en cuya puerta puso la enseña siguiente:

SIMILIA SIMILIBUS CURANTUR

No fio ni abro cuentas, se leía al frente de la estantería; pero la ley general tenía excepción en Piñeres, quien se abrió crédito. Al poco tiempo se acabó el negocio por consunción, pues de donde se saca y no se hecha, de acabarse tiene.

Entre las poesías de Piñeres merece especial lugar la que roproducimos a continuación, para que aquellos de nuestros lectores que no la conozcan, puedan formarse idea del estro de su autor:

EL PAJARILLO PRISIONERO

¿Cantas o lloras, pajarillo amable,
Entre esas rejas ¡ay! de alambre fiero
Que a eterno cautiverio te condena?
¿Cantas o lloras de la suerte instable
El vario giro o el volar ligero
Con que ya feroz pasa, ya serena?
¡Cuál me cubre de pena

El verte así tranquilo, por un lado
De la jaula mirar el alto cielo,
Levantar tu corona sin recelo
Y ocultar la patita sosegado
Entre la blanca pluma;
No así tranquila en la lejana bruma
Dará su llanto al viento
Tu tierna compañera, revolando,
Al arroyuelo, al valle importunando
Con su sentido acento!
Gemirá sin cesar desde el instante
En que pérfida *liga*
Te cautivó, y a viudedad la obliga
Ya lastimosa queja suplicante..
Oye el dulce reclamo
Con que te llama desde el verde ramo.
Mas ah! que no te mueve su tormento,
Y en tu prisión contento
Olvidaste ya el nido, los hijuelos,
El valle, el prado, y aun los libres vuelos;
¿Y sigues ay! trinando?
Díme si cantas o si estás llorando?

*

El 6 de noviembre de 1872 se formó una tromba sobre la cordillera oriental, que abarcaba la parte comprendida entre las crestas del Monserrate y los farallones de La Peña. A las cuatro de la tarde se resolvió el fenómeno atmosférico en torrencial aguacero, que hizo salir de madre los ríos San Francisco y San Agustín, cuyas aguas se precipitaron furiosas contra la ciudad arrastrando pedrejones, uno de ellos de mayor volumen que el ojo de los arcos de los puentes por donde necesariamente tuvo que pasar, y se detuvo al frente de la iglesia de San Agustín.

Las rondas de los ríos estaban ocupadas por ranchos en los que habitaban gentes pobres, en la persuasión de

que los apacibles arroyos no intentarían recuperar sus antiguos fueros; pero en la fecha indicada los desalojaron intempestivamente, perdiendo los tranquilos moradores todos sus haberes y muchos, cuyos nombres se ignoran, perecieron arrastrados por las inclementes ondas, las que, reforzadas con las piedras desprendidas de los cerros, batieron en brecha los obstáculos que se oponían a su paso franco. Los puentes *Nuevo*, del *Telégrafo* y de *Los Mártires*, fueron destruídos en su totalidad; y los de *El Carmen* y *Lesmes* quedaron seriamente estropeados. Del último de éstos para abajo llegaron las aguas hasta el alero de las casas; y en los de *San Agustín* y *Los Soldados* se desbordó el río, tomando por las calles que conducen a la iglesia de Santa Bárbara y a *Paloquemado*, inundando a su paso las viviendas y esparciendo la consternación por todas partes.

En la orilla sur del río San Agustín, frente al cuartel, había algunas pocilgas miserables, construídas sobre terreno más bajo que el nivel del río: naturalmente quedaron inundadas. Allí vivía Piñeres, postrado en el lecho del dolor y en tan lastimosa situación, que ya no podía darse cuenta de lo que pasaba en la ciudad. La avenida alcanzó a empapar el colchón en que reposaba; pocas pulgadas más que hubiera subido el agua, habrían bastado para ahogarlo.

Una vecina compasiva dio aviso a Elena Miralla y a Joaquín Pablo Posada del estado de abandono de Germán, los cuales, sin pérdida de tiempo, se presentaron a la cabecera del enfermo. Al verlos trató de incorporarse, pero no pudo hacerlo; la señora Miralla le tomó una mano, y con cariñoso acento le ofreció no abandonarlo.

Pero Piñeres tocaba ya los umbrales de la tumba, y era preciso que muriera como cristiano.

—Germán, le dijo Posada. ¿Por qué no te confiesas? Tú y yo no tenemos sino pecados que todo el mundo conoce. Confiésate, y cúmple por tu parte, como yo

espero cumplir, con la reparación que debemos a la ciudad que escandalizamos en tiempos no lejanos.

—Lo deseo; pero tráeme un buen sacerdote, contestó el moribundo.

Posada le nombró a varios que aquél rehusó.

—¿Quieres que venga el Arzobispo?

—¡En el acto!

Y después de breves instantes llegó el manso y humilde Prelado Arbeláez, quien en esos momentos de consternación abandonaba su aprisco en busca de la oveja descarriada. Sin reparar en el fangoso e inmundo suelo de la estrecha estancia, entró resueltamente, se acercó al enfermo, lo confortó con palabras llenas de unción y amor, y no se separó de Piñeres hasta que le hubo dicho como Jesús al pecador arrepentido: ¡QUÉDA EN PAZ!

—¡Lástima que muera este hombre! dijo el señor Arbeláez muy conmovido al salir.

Se temía con fundamento que el enfermo no amaneciera vivo, y como el piadoso doctor Froilán Largacha era amigo del moribundo, pasó la noche a su lado, en unión de un religioso franciscano, con el objeto de leerle las preces llenas de esperanzas que prescribe el rito catolico para dar ánimo a los agonizantes, a todo lo cual prestaba Piñeres atención. Al oír éste recitar el salmo *Miserere*, interrumpió al doctor Largacha, fijó la mirada vacilante pero inteligente en el crucifijo, y exclamó con doliente y fervorosa expresión: "Sí, Dios mío! . . . . necesito de toda la infinita amplitud de vuestra bondad y misericordia para que me perdonéis!"

Después se recogió dentro de sí mismo e interrumpió el silencio que reinaba en la estancia, exclamando con marcado sentimiento de melancolía:

Hay sólo dos verdades en la vida;
Es la primera el maternal amor;
Y es la segunda la funesta herida
Que deja la punzada del dolor!. . . .

Hacia la media noche recobró el enfermo toda su lucidez de espíritu y entabló animada conversación con su amigo Posada, diciendo tales agudezas, que hizo olvidar el peligro....

Al ver Piñeres el cariño y acuciosidad con que lo atendía Elena Miralla, que en esos momentos velaba por él, le dijo con la mayor ternura: "Si me levanto, te inmortalizo.... Ni el Dante ni el Petrarca, ni el Tasso, dijeron lo que yo diría de tí: el corazón me habla sólo de gratitud!" Léeme algo, continuó; y al empezar aquélla a leerle la preparación para la muerte en el Kempis: "acércate más, le dijo, y repíteme despacio lo que me lees, para que pueda saborear tántas bellezas!"

Aún vivía al día siguiente contra lo que todos creían; y el mismo señor Arbeláez le administró el viático, que debía servirle de prenda de salvación. La mísera vivienda la transformaron los amigos en gruta adornada con flores, en medio de las cuales se veía postrado el bardo, con la mirada fija en una imagen de la Virgen bendita en su advocación de las Mercedes.—"Díle que me dé la salud y verá cómo la canto!"—le dijo a la señora Miralla. "Piénsa en el Cielo, Germán, le contestó ésta, y yo le pediré que te alcance lo que te convenga"; y allí, en ese lugar antes inmundo, pero ya cambiado en templo expiatorio por el arrepentimiento, no desdeñó entrar el Rey del Cielo para darse a esa alma que le pedía, como la Samaritana, *agua que saciara la sed del amor divino que la consumía!* Los amigos que asistieron a la imponente ceremonia salieron edificados al ver el cambio efectuado en Piñeres.

Varios amigos le instaron para que se dejara conducir a la casa que eligiera de entre las de ellos; pero Piñeres rehusó tenazmente, alegando que deseaba morir en la situación humilde en que estaba; y como su hermano, el General Vicente Piñeres, le manifestara que esa conducta no le hacía honor, consintió al fin en que lo llevaran a morir a la casa de su hermano.

Al pasar por la plazuela de San Agustín, en dirección a la casa del General Piñeres, situada al Sur de la iglesia de Santa Bárbara, el moribundo pidió que hicieran alto cerca de los jardines que había allí, y que le alzaran la cortina que cubría la camilla en que lo llevaban. El aire puro de la mañana le produjo favorable reacción, y dirigiendo la palabra a Elena, le dijo con marcado sentimiento de melancólica ternura: "Déjame contemplar por última vez el sol radiante que me envía sus rayos benéficos; aspirar el ambiente purísimo de la montaña que refresca mi abrasado cerebro, y sentir el aroma de las flores que siempre me inspiraron admiración por las obras del Creador!"

En la casa de su hermano sintió Piñeres la notable mejoría que experimentan los que están próximos a morir. Recobró su humor festivo y tuvo el antojo de tomar helados servidos en determinado *vaso de plata*, única alhaja salvada del naufragio de la fortuna de la señora Miralla, a quien le dijo que esperaba que no lo habría empeñado ni vendido....; recibió con gran ternura a su interesante hija y la bendijo, lo mismo que al fruto de su amor, con toda la efusión de su alma.

Ya creían que la enfermedad le daría alguna tregua, y aun se concibieron esperanzas de crisis favorable; pero en la madrugada del día 8 le dio un síncope, del que no volvió. Un hondo suspiro y *la lágrima de la muerte*, desprendida de los ojos que ya no miraban, hicieron comprender a los circunstantes que Piñeres se hallaba en el temido momento de volver su alma inmortal al seno de Dios!

Elena Miralla, la mujer predestinada para ser juguete de la fortuna; la que a cada injuria de su adverso destino contesta con algún beneficio a los desheredados y acoge a los huérfanos sin amparo; la que ha afrontado intrépida la tormenta que la combate desde la niñez, abroquelada con el sentimiento de la caridad que la anima; y la que, en fin, ha encontrado el modo de ser

pródiga en la limosna que da en medio de la pobreza que la rodea, enjugó el rostro lívido de Piñeres, pronunció a su oído, por última vez, el nombre de Aquel que vino a salvar lo que estaba perdido, y le cerró los ojos con mano piadosa ...

No faltó amigo compasivo que colocara una rama de laurel sobre la lira rota del que fue Germán Gutiérrez de Piñeres.

Posada era apuesto de cuerpo y de fisonomía franca en extremo simpática; la cabeza era parecida a la de Benvenuto Cellini, con grandes ojos negros de mirar lánguido; de amena y chispeante conversación, se le oía con interés y se le solicitaba para gozar del aticismo que fluía de sus labios sin que él advirtiera en ello. Contrajo matrimonio con la preciosa señorita Inés Morales, hecho que influyó para que corriera la suerte infausta que tocó a la familia de su esposa y se expatriara a la Habana, donde lució su ingenio, entre otras ocasiones, en una sesión solemne del *Liceo*, donde lo coronó el Capitán General D. José de la Concha *como al Espronceda americano.*

Fue padre amoroso y tierno. En el album de su amiga Elena Miralla dejó escritas las siguientes líneas, que hacen comprender el espíritu de tristeza que agobiaba su alma, lejos del hogar que tenía en tierra extraña:

"Moriré.... ¡Dios mío! Yo no soy cobarde; pero déjame vivir lo bastante para ver a mis hijos grandes, y para volver a abrazar a las personas que me quieran!....

"Aquí queda la última firma rubricada que ha puesto en Bogotá el pobre JOAQUÍN P. POSADA."

Creemos hacer un presente a nuestros lectores reproduciendo la bellísima poesía que inspiró a Posada el tratamiento inicuo que da el hombre al animal cuya desgracia llega hasta el sarcasmo de que la condición de *inteligente paciencia* que lo distingue, se considere como sinónimo de supina torpeza.

AL BURRO

Porque el hombre se alza en
su soberbia, y se cree tan libre
como el pollino del asno montés.

JOB, cap. II, vers. 12.

En los tiempos de Job el pacienzudo
Era tenido el burro en gran valía;
Para probarlo al mismo Job acudo,
Que en esos tiempos criticar solía
Al hombre presuntuoso, torpe y rudo
Que libre como el burro se creía,
Como si el burro nada menos fuera
Que un ciudadano inglés de nuestra éra.

Mas *témpora mutantur!* tu destino
¡Cuán diferente es hoy de lo que fue! ...
Cuando acaso te encuentro en un camino
Cargado con dos tercios de café,
Bailando al són de un palo el torbellino,
No pudiendo tenerte más en pie,
Viene el recuerdo triste a mi memoria
De aquellos tiempos de tu antigua gloria.

Los hombres de este mundo son ingratos,
El hombre es de perverso natural;
Esa invención que llaman *garabatos*
Es invención infame, criminal;
¡Cuántos te proporcionan malos ratos
El hombre vil con su invención fatal!....
Por eso, aunque de horror me despeluzno,
Disculpo tu fatídico rebuzno.

No puedo menos que fruncir las cejas,
Llenándome de justa indignación,
Cuando te veo sin rabo y sin orejas
Tirando de un pesado carretón;

Al ver que tú, infeliz, nunca te quejas
Ni quieres sacudir tu humillación;
Al mirarte sufrir, noble pollino,
Con el digno valor de un granadino.

Hay veces que al mirar tu desventura,
Al mirar esas tuertas angarillas
Lastimar ¡oh dolor! la matadura
Que te hicieron sangrienta en las costillas,
Mil lágrimas yo siento de amargura
Rodar quemantes por mis dos mejillas ...
Sí, lloro al ver que hay hombre a quien se ocurra
Tratar al burro así, y así a la burra.

¿Quién habrá que hondamente no se duela
Al ver de Cartagena el cruel zambote
Añadirse a la carga de panela—
De sobornal a guisa—echarle al trote,
Entonando su torpe cantinela,
Los pies cruzando ¡oh burro! en tu cogote?
Semejante espectáculo a Nerón
Ablandara, sin duda, el corazón.

Dichosamente te dotó natura
De una noble cachaza, burro amigo;
Con ella de tu suerte la amargura,
De tu destino bárbaro, enemigo,
Sufres con tánta calma ... mas ¿qué digo?
Para los gòlpes; tu existencia dura
¿Hallarte un parecido? ¡intento vano!
¿Más sufrido que tú? ¡ni un espartano!

Si ingrato el hombre y bárbaro no fuera,
Premiar supiera ¡oh burro! tus servicios;
Si en mi mano tu suerte ¡ay! estuviera,
Te colmara de honor y beneficios,
Y si un instante dictador me viera,

Aun a costa de ingentes sacrificios
En cada plaza mandaría al momento
Al burro levantar un monumento.

¡Pobre pollino!—Si el americano
Pensara que sin ti nada sería....
Si no hubieras pasado el océano
Para venir aquí, ¿quién serviría
En tu lugar al vil, rústico insano
Que a palos, con crueldad, torpe te guía?
Si por el burro bienhechor no fuera,
¿Tendríamos mulas para andar siquiera?

De paz emblema el burro—no de guerra....
¡El burro!... ¡el burro!... ¡oh bella patria mía!
Si grandes almas hay en esta tierra,
Si hay aquí quien aprecie la hidalguía
Y las virtudes cívicas que encierra
En sí el noble animal—haced que un día
Se tribute homenaje a su virtud,
Y una estatua le alzad en gratitud.

Atacado de la enfermedad que lo rindió, Posada se trasladó a Barranquilla en busca de mejor clima que le procurara alivio. Allá cumplió la promesa que en idéntica ocasión hiciera a su amigo Germán en el lecho del dolor: vio acercarse la muerte con la serenidad del cristiano que tiene fe en la misericordia de Dios Omnipotente!

Posada conservó las facultades intelectuales hasta los ultimos momentos de su vida, como lo prueban las siguientes décimas que dirigió a D. Ismael Ocampo, quien llegó a Barranquilla de paso para Nueva York, adonde iba a comprar armamento, cuando aquél sólo tenía cuatro horas de término para entrar en la eternidad!

A ISMAEL

Acabo de recibir
Aviso de que has llegado,
Y aunque en la cama postrado
Preparándome a morir,
Quiero un punto sacudir
La flaca naturaleza;
De mis miembros la torpeza
Al mismo tiempo sacudo,
Y por darte este saludo,
Saco fuerzas de flaqueza.

En ir yo mismo al hotel
Muy grande placer tendría,
Pero ¡ay! la homeopatía
Es un régimen crüel.
En consecuencia, Ismael,
Si el anhelo que arde en mí
De estrechar tu mano, en ti
Acaso un eco levanta,
Vén: la distancia no es tanta
De tu alojamiento aquí.

Contra la arena importuna,
Hay el recurso del coche;
Y para venir de noche
Tendrás de antorcha la luna.
No te cause pena alguna
Presentarte en casa tarde;
Si me dices que *te aguarde*,
Haré más: *te esperaré;*
Y luégo te irás a pie
Si no te has vuelto cobarde.

Te anticipo la promesa
De no hablarte de política,
Ni de la situación crítica
Que nuestra patria atraviesa;
Pero si tu cuerda es esa,
No restringiré en verdad
Tu individual libertad:
Echa escamas de tu lomo,
Porque yo no ignoro cómo
Se da la hospitalidad.

Te advierto, eso sí, y espero
Que esto te baste y te sobre,
Que, como nunca, estoy pobre,
Casi, casi pordiosero.
Sé que vienes con dinero,
Y sé en qué lo invertirás;
Pero dime: ¿no podrás,
Pues tienes poderes plenos,
Llevar un rémington menos,
Dejando un esclavo más?

Yo no me lanzo a mayores;
Me limito a ínfima cuota;
A una *yanqui morrocota*,
Que implica *veinte favores*,
Quiero decir: *dos condores*,
Que son *cien francos* franceses,
Cuatro libras entre ingleses,
En el Perú *veinte soles*,
Veinte duros españoles,
Veinte mil reis portugueses.

Lo creerás? Sólo al pensar
Que me harás este favor,
Me estoy sintiendo mejor;
Me vas tal vez a curar....

¡Es tan dulce el esperar!
¡Es tan bella la esperanza!
Pero el tiempo no me alcanza;
Son las cuatro. Hazme feliz
De una vez. La portatriz
Es de toda mi confianza.

JOAQUÍN P. POSADA

POST SCRIPTUM

Como lo ves, ya ni un lampo,
Ni un tenue y vago reflejo,
Le queda a este pobre viejo
De su inspiración, Ocampo!
Lo siento tal cual lo estampo
De improviso en el papel,
Pero sabrás, Ismael,
Como deveras lo digo,
Que soy, a más de tu amigo,
Servidor adicto y fiel.

Vale.

Cuando Ocampo se presentó en la pieza en que se hallaba Posada, apenas tuvo tiempo para presenciar la tranquilidad con que el poeta rendía la jornada de la vida, asido al lábaro santo de la Cruz. Nació el 17 de julio de 1825, y murió el 4 de abril de 1880. Tenía, pues, menos de cincuenta y cinco años; pero al ver los despojos de la muerte, se creería que había durado ochenta su existencia tormentosa.

UN DUELO

El 9 de enero de 1850, a las doce del día, se notaba en el atrio de la Catedral, en actitud de impaciente espera, gran concurso de personas—divisadas con cinta azul—pertenecientes a diversas clases sociales.

Momentos después se echaron a vuelo las campanas del templo; los concurrentes se colocaron en hileras —las señoras a la derecha y los hombres a la izquierda—y provistos de cirios encendidos, formaron un cordón que llegaba hasta la iglesia de San Agustín.

Terminados los preparativos asomó a las puertas de la basílica el rico palio bajo el cual se destacaba la imponente figura del Arzobispo Mosquera, revestido de capa magna, rodeado de los miembros del Capítulo Metrópolitano, qnienes entonaban cánticos de alabanza, envueltos en nubes de incienso que arrojaban numerosos incensarios. Este imponente cortejo conducía el sagrado Viático para administrar al doctor José María Torres Caicedo, quien por hallarse en peligro de muerte iba a recibir los últimos sacramentos. Torres Caicedo había sido herido por el señor Germán Gutiérrez de Piñeres en la tarde del día anterior. Diremos de paso que los amigos del paciente lo llamaban *Torrecitos*, a causa de su diminúta estatura; y los estudiantes lo llamaban *El Monigote*, porque había vestido en su juventud la sotana del seminarista como familiar del mismo Arzobispo Mosquera.

Aparte del peligro de muerte en que acaso se hallara el herido, fácilmente se comprendía que el ostentoso aparato desplegado en aquella circunstancia, obedecía además a una manifestación política en favor de uno de los más briosos adalides de la prensa conservadora de entonces, manifestación con que se patentizaba a la vez el gran poder moral de que disponía el partido vencido.

¿Cuál fue el origen de aquel duelo? Veámoslo. La tienda de mercancías que poseía el señor D. Vicente Azcuénaga, sita en las galerías de la plaza, había sido robada pocos días antes, en altas horas de la noche. El doctor Torres, redactor del periódico titulado *El Día*, al dar cuenta del hecho mencionado, dejó comprender que Germán Piñeres había tomado parte en la comisión de aquel crimen, y añadía que él (Torres) "*despreciaba a Piñeres hasta el extremo de juzgarlo indigno de que la punta de su látigo cayese sobre sus espaldas.*" Esta frase es apenas una muestra de la galantería con que se trataban los escritores de aquella época. Colocado Piñeres en tan humillante situación sólo le quedaba uno de dos recursos: presentar la otra mejilla, siguiendo el consejo del Evangelio, o pedir reparación por las armas (si tal fuera) de las injurias recibidas; mas como no se resolviese a optar por el primero, comisionó a su amigo y confidente Joaquín Pablo Posada, para que exigiera tal reparación al doctor Torres Caicedo, autor del artículo.

En consecuencia, presentóse Posada en casa de Torres, quien impuesto del objeto de la visita, dijo: "*Ya esperaba yo el reto que se me hace; diga usted a Piñeres, que no me batiré con él; que si quiere, me ataque en la calle, que yo me defenderé.*" Inútiles fueron los esfuerzos que hizo Posada para convencer a Torres del deber en que estaba de dar satisfacción a Piñeres, quien en la dura alternativa de quedar insultado o atacar a su detractor donde lo encontrara, se decidió por esto último. Disuadiólo Posada de semejante intento,

comprometiéndose a arreglar el asunto a satisfacción de ambos.

Para imponer al lector de los detalles de aquel hecho, nada mejor podemos hacer sino ceder la palabra a Posada, quien lo ralató con gráfica expresión en estos términos:

"Germán había puesto su honor en mis manos.

El doctor Torres me había dicho que me estimaba, y que me distinguía de Germán.--El doctor Torres me admitiría un desafío. Yo llevaría a Germán como padrino, y estando en el campo él, Germán tomaría mi puesto. —¿La acción era mala, deshonrosa?—Esta es la cuestión.—Yo la resolví como se verá, y obré en consecuencia.

Llevar al doctor Torres al campo, y allí, con ventajas, matarle o hacerle daño, hubiera sido una alevosía, un asesinato; pero llevarle, para que Germán disparase sobre él a la misma distancia, y con una pistola igual a la con que él dispararía sobre Germán, era más bien una noble acción.

El doctor Torres autorizaba a Germán para que le atacase, es decir, para que le hiciese un tiro donde quiera que lo viese.--Germán no quiere matar como un asesino; quiere lidiar como un caballero; no tirará un golpe sin exponerse a recibir uno igual; no hará una herida, sino cuando esté corriendo riesgo de morir.—¿Es esto por ventura asesinar?—No.

Las circunstancias de Germán eran excepcionales. Matar a Torres alevosamente, expatriarse, o buscar los medios para obligar a Torres a batirse delante de dos testigos, eran los únicos partidos que se presentaban a Germán.—El último era el preferible; a mí me tocaba realizarlo, y lo realicé.

La única dificultad que se presentaba era que el doctor Torres, al admitir mi desafío, no permitiese que Germán me acompañase como segundo, puesto que lo despreciaba y no lo juzgaba digno como principal. Pero

si admitía a Germán como padrino mío, él mismo lo habilitaba para contrario, puesto que es claro y sabido que en las leyes del duelo no puede ser padrino el que no es hábil para ser digno adversario.

Yo, por mi parte, iba a hacer un gran sacrificio en aras de la amistad: iba a decir que tenía miedo delante de un hombre a quien yo mismo había provocado.

Tomé mi resolución. Marché derecho a la casa del doctor Torres, a quien encontré solo.

Después de los cumplimientos de estilo, *abordé* de lleno la cuestión.

Vengo de nuevo, señor Torres, a molestar a usted. Vengo a suplicarle por última vez acepte el reto que Germán le ha hecho; me intereso vivamente en esto, porque su repulsa tendría consecuencias muy desagradables.

—Estoy decidido, mi resolución está tomada: no me batiré con Piñeres de ninguna manera. Que me ataque si quiere.

—Vea usted, señor Torres, yo he meditado, he consultado con algunos amigos, y ellos y yo hemos pensado que la negativa de usted a batirse con Germán envuelve un agravio, una ofensa a mí: por tanto yo exijo de usted una satisfacción por medio de las armas.

—No señor; yo no creo que estoy obligado a batirme con usted, y no me batiré; no tengo motivos para pelear con usted.

Pues yo los tengo, porque usted me ha desairado en un asunto de honor.

—Yo no lo he desairado a usted; el desaire supone voluntad de hacerlo; y yo sé que no he querido desairarle; yo veo que no lo he querido; y de mis sentimientos nadie es juez sino yo mismo.

—Si usted rehusa batirse conmigo, el desaire será doble; y yo sí estoy decidido a proceder, sean cuales fueren las consecuencias.

—Si usted ha de creer que no me bato porque lo desprecio, me batiré con usted, para que usted vea que lo distingo de su compañero.

—Mil gracias.

--¿Con quién deberé entenderme? o más bien, ¿con quién deberá entenderse mi padrino?

--Con el mismo Germán, a quien elijo para segundo mío.

—Está muy bien.

—Me retiro, pues. Adiós, señor Torres. Mil gracias por sus condescendencias.

—Adiós, señor Posada.

Eran las cuatro y media o las cinco de la tarde cuando llegué a casa.

No bien me había instalado en mi habitación, cuando me avisaron que el señor Valentín del Ferro me buscaba.

Al instante adiviné la causa a que debía el honor de aquella visita, y temiendo que en casa pudieran oírnos, supliqué a Ferro que saliésemos.

Tengo bien presente la conversación que trabámos apenas nos vimos en la calle.

—Joaquín, me dijo, estoy en un lance apuradísimo. Torres me ha comprometido a que le sirva de padrino en el duelo a que le has provocado. Yo no he podido excusarme; consideraciones de partido me han obligado ... yo no quisiera ir.... tú sabes cuánto te he querido. Sácame de este apuro.

—Pero ¿qué puedo hacer yo, Valentín?

—Míra: se me ocurre una idea. Escríbeme una carta suplicándome que no acepte el cargo de padrino, o que tú no quieres que yo intervenga en este asuuto. Yo no quiero hallarme en un lance en que tu vida pueda correr peligro.

– Valentín, le dije, voy a hablar a usted con franqueza, para que cesen sus escrúpulos. No debe usted temer nada por mí. Sépalo usted. Yo estoy resuelto a no ba-

tirme con Torres; pero estoy resuelto también a hacer todo lo posible porque Torres se bata con Germán.

—¿Me das tu palabra, Joaquín, de que no te batirás con Torres?

—Se lo juro, Valentín; cuente usted con mi palabra.

—Entonces iré sin temor ninguno, seguro de que no habrá nada de consecuencia; porque yo sé bien que Torres no se batirá con Germán de ninguna manera.

Hablámos algo más sobre el asunto, y en el mismo sentido repetí a Valentín mi promesa; convinimos en que al siguiente día nos encontraríamos los cuatro a caballo en la plazuela de Las Cruces, llevando cada uno de nosotros dos un buen par de pistolas, y nos despedimos amigablemente.

Después de mi entrevista con Ferro, salí en busca de Germán con el corazón rebosando de placer, con el alma tranquila y la conciencia satisfecha.

Vi a Germán. Le dije el resultado de mi entrevista con Torres; le referí la que acababa de tener con Ferro, y nos preparamos alegremente al lance.

Juntos dormímos esa noche. Juntos pasamos el día siguiente hasta la hora en que montámos a caballo.

Germán estaba de buen humor. Yo reía con sus chistes; pero iba pensativo y preocupado.

En la plazuela de Las Cruces encontrámos a Ferro a caballo. Desde lejos lo divisámos; pero notámos que estaba solo, lo que no dejó de inquietarnos.

Yo me adelanté a preguntarle por Torres.

—Ha venido, me dijo, pero a pie.

—¿Y dónde está?

—Le he dicho que se adelante hasta la orilla del río, y que nos aguarde. Vamos.

Los tres nos pusimos en marcha al paso.

Eran las cuatro y media de la tarde.

La tarde, como raras veces se mira en las faldas de Monserrate, estaba serena y despejada.

Al empezar a subir la pequeña primera loma del ca-

mino que conduce a la fábrica de pólvora, encontrámos al doctor José María Torres Caicedo de pie y envuelto en su capa, que nos aguardaba.

—Amigos, dijo sacando su linda caja de porcelana y ofreciéndonos un polvo de rapé, me han ganado ustedes de mano.

—¿Cómo así? preguntó Germán.

—Han venido ustedes a caballo, y yo pensaba que todos debíamos venir a pie.

—Valentín convino ayer conmigo, interrumpí yo, en que viniésemos a caballo; así es que si él no lo avisó a usted, la culpa es de él y no nuéstra.

—No importa, yo soy muy de a pie.

—Pongámonos en marcha.

Lo hicimos.

El hecho de haber ido el doctor Torres a pie, me parecía algo como un anuncio.

Y en efecto, lo era.

Su caballo nos hubiera estorbado a la vuelta.

Al llegar a un pequeño llano, el doctor Torres manifestó deseo de que allí se efectuase el duelo; pero yo observé que aquel punto estaba muy próximo al poblado, y que podríamos ser sorprendidos. Se determinó que siguiésemos adelante.

La sangre fría que manifestaba el doctor Torres, el deseo que manifestaba de terminar el asunto y cierto aire de inteligencia que yo notaba entre su padrino y él, me hicieron conocer desde luégo que ya el doctor Torres conocía mi resolución de no batirme con él; y después se presentó un lance que me convenció hasta la evidencia de que tampoco él tenía muchos deseos de medirse conmigo ... Pero no adelantemos los acontecimientos.

Por fin llegámos a un punto que todos encontrámos aceptable.

Nos desmontámos y atámos los caballos a unos arbustos.

Estábamos sobre un barranco a cuyo pie se extendía un pequeño llano como de cuarenta o cincuenta varas cuadradas.

Bajámos el barranco, atravesámos algunas palabras indiferentes, se tomó por última vez el excelente rapé de la linda caja de porcelana, y procedímos al negocio de lleno.

Germán puso de manifiesto las pistolas que nosotros habiamos llevado; pistolas excelentes, de pelo y de ínfimo calibre.

Valentín hizo lo mismo con las que había llevado el doctor Torres, que calzaban bala de fusil.

Lo natural era que se escogiese las que nosotros habíamos llevado, pues como lo hicimos presente, eran tales, que la bala dando en una parte noble, mataría sin remedio, y dando en otra parte, no haría sino herir levemente.

Pero el doctor Torres manifestó tanto interés en que no se tirase sino con sus pistolas, que nosotros no insistimos, porque así alejaríamos hasta la más remota sospecha de que pretendiésemos lidiar con ventajas.

Germán y Ferro cargaron a presencia del doctor Torres y de mí.

Ferro conocía las pistolas; Germán era la primera vez que las veía.

El doctor Torres conocía aquellas pistolas, pues las había llevado, y nadie puede asegurar que no se hubiese ensayado y ejercitado con ellas.

Germán era la primera vez que las veía, y el mejor tirador del mundo no puede asegurar que acertará el primer tiro que haga con una arma desconocida. Volvamos a nuestra historia.

El momento de las revelaciones había llegado.

Cuando yo vi las pistolas ya cargadas, dije:

—Señor Torres, antes de pasar adelante, es necesario que usted sepa que yo no me bato ya con usted.

—¿Cómo, señor? Por qué?

—Por una razón muy secilla: porque tengo miedo.

—¿Miedo usted?—no puede ser... yo sé que usted es valiente.

– Señor mío; del miedo que yo sienta, sólo yo soy juez hábil; y yo sé que tengo miedo, porque lo estoy sintiendo.

—Eso no puede ser.

—Y sin embargo es.

—Y entonces, ¿por qué me ha desafiado usted?

—Cuando le desafié no tenía miedo.

—Señor Torres, dijo Germán interrumpiéndonos: la cuestión con Joaquín ha terminado; y ha terminado de un modo honrosísimo para usted, puesto que Joaquín confiesa que tiene miedo de usted.

—En efecto: por mi parte todo está concluído, dije yo.

—Pero esto no puede ser así, señor Posada; esta es una burla horrible.

—Oiga usted caballero, dijo Germán. Joaquín le desafió a usted, y en el campo le dice que le tiene miedo; usted está perfectamente satisfecho por esta parte, este es un duelo terminado en que usted ha sido vencedor; pero los dos, usted y yo, tenemos una cuenta que arreglar. Usted me ha insultado atrozmente, y después me ha hecho la doble injuria de rehusar batirse conmigo. Usted alegaba por pretexto que me despreciaba, y usted mismo ha desvanecido ese argumento aceptándome como segundo de Joaquín. Ahora ya no puede usted decir que me desprecia. Usted me debe una satisfacción, y me la dará aquí, ahora mismo. Usted ha venido a batirse; bátase usted conmigo.

—No señor; con usted no me batiré nunca. Ya lo dije una vez, y nunca me batiré.

—Si usted rehusa ahora, le protesto que lo mataré, contestó Germán. Usted me ha autorizado para que lo ataque, y yo lo atacaré ahora mismo; estamos solos y en presencia de dos caballeros.

—Máteme usted si quiere, pero yo no me bato.

Yo me interpuse; supliqué al doctor Torres que aceptase el reto de Germán; le probé con razones incontestables que estaba en el deber de hacerlo; pero el doctor Torres nada oyó, y persistió tenazmente en no batirse.

Entonces Germán, montando su pistola y dirigiéndola a Torres, le dijo: señor Torres, o pelea usted como caballero, o lo mato.

Simultáneamente Ferro montó su pistola y la dirigió a Germán.

Yo, que estaba entre los dos, tomé los dos cañones, dirigiéndolos hacia arriba, previniendo de este modo una desgracia.

Ninguno de los dos tiró el gatillo.

Yo quité a Germán la pistola y dije:

—Germán: esta arma no debe estar en tus manos mientras el señor Torres no tenga una igual en las suyas. Yo no te permitiría que le matases indefenso; pero tú tienes tu puñal al cinto y él tiene también el suyo, pues le estoy viendo el pomo en el seno; pueden pelear con armas iguales.

—Convenido, dijo Germán, sacando gallardamente el puñal, y añadiendo con aire amenazante y resuelto: defiéndase usted!

Torres tiró del suyo, pero en vez de ponerse en guardia, como era de esperarse, lo lanzó a diez varas de distancia para quedarse desarmado, conociendo que no se le quería hacer mal en desigual pelea.

Germán volvió el puñal a su vaina.

Los hechos se sucedían en menos tiempo del que yo tardo en escribir estas líneas, en menos tiempo del que se necesita para leerlas.

Recuerdo un episodio interesante hasta cierto punto, por ciertas deducciones que hace brotar. Voy a referirlo:

En medio de una de las acaloradas discusiones que se entablaron sobre si se batían o no Torres y Germán,

se escapó al primero la siguiente frase: "jamás perdonaré al señor Posada esta asechanza."

—¡Asechanza! exclamé yo; asechanza es una palabra que yo no dejo pasar impunemente nunca, y menos cuando hay armas a la mano. Y tomando la pistola que había puesto a un lado, y apartándome algunos pasos, dije: señor Torres, venga usted a batirse conmigo!

—No, señor Posada; esa palabra asechanza se me ha escapado involuntariamente, sin ánimo deliberado de ofender a usted con ella, y la retiro. Si usted quiere, nos batiremos por los motivos que nos han traído aquí, pero no por esa palabra, que retiro, lo repito.

—Puestc que usted la retira, sigo teniéndole miedo.

Entonces conoció el doctor Torres que no saldría lucido de aquel lance si no se batía con Germán, y sacando fuerzas de flaqueza, cnmo dicen, exclamó:

—Me he resuelto: me batiré con el señor Piñeres.

—Mil gracias, caballero, dijo Germán tendiendo a Torres su mano. Este le correspondió del mismo modo, y por largo rato las tuvieron estrechadas.

Viendo Ferro que, contra lo que él había previsto, el duelo iba a llevarse a cabo, manifestó que iba a retirarse; que él no presenciaría aquel acto, y en efecto dio algunos pasos en la dirección del punto donde habían quedado atados los caballos.

Yo dije que si Ferro se iba no podría efectuarse el duelo, pues yo no podría quedarme de único testigo, porque en caso de que sucediera alguna desgracia al doctor, no quería dar campo a que se dijese que aquello había sido un asesinato.

Hay que hacer justicia al modo con que el doctor Torres se manejó desde ese momento en adelante.

Se acercó a Ferro, le habló en voz baja, le rogó, le suplicó en voz alta con tanta instancia, le hizo reflexiones y protestas tales, que al fin Ferro consintió en quedarse.

El doctor Torres fue el primero en tomar su puesto, pistola en mano.

Ferro y yo, a un tiempo, marchando el uno al lado del otro, medimos una línea de veinte pasos desde el punto donde el doctor se había parado, y al extremo de esa línea hicimos colocar a Germán.

Estaban los dos adversarios frente a frente.

Conforme a lo que se había convenido, Ferro y yo, a un tiempo, dimos las voces *una*, *dos* y *tres*.

A la voz *una*, ambas pistolas se montaron.

A la voz *dos*, ambos contrarios levantaron los armas y apuntaron.

A la voz *tres*, que siguió rápidamente a la segunda, ambos tiros partieron, de un modo tan simultáneo, que apenas pudiera decirse cuál salió primero. Pero siendo la luz más rápida que el sonido, Ferro y yo creímos notar que el tiro de Torres, de quien estábamos más cerca, había partido primero.

El doctor Torres bamboleó: estaba herido. Y al sentirse herido, por un movimiento noble y natural, corrió con los brazos abiertos hacia Germán, quien salió a recibirle de la misma manera.

En la mitad de la distancia que los separaba, se encontraron, se abrazaron estrechamente, y en aquella posición interesante permanecieron algunos instantes.

Después Torres abrazó a Ferro, y después a mí.

—Es usted un valiente señor Torres, le dije; y al ver un joven conservador tan valeroso como usted, me dan ganas de hacerme conservador.

—El día que usted se hiciese conservador sería un día de gozo para mí, y de triunfo para mi partido.

—Mil gracias.

Era tiempo de volvernos. La sangre corría de la herida, y el pobre joven palidecía visiblemente. Su entereza me interesaba. Yo le ayudé a trepar el barranco, y ya arriba, viendo que apenas podía tenerse en pie, yo le tomé en mis brazos, como pudiera hacerlo una madre con un niño de cuatro meses, y lo conduje así,

por un espacio de más de mil varas, hasta un punto en que ya se podía buscar extraño auxilio. Le recliné sobre el césped, llamé a un hombre de ruana, jornalero campesino, y le supliqué se quedase junto al herido mientras iba en busca de Ferro y de Germán, que se habían quedado.

Los encontré ya a caballo. Yo monté en el mío, y los tres nos dirigimos al punto donde había dejado a Torres.

Allí se quedó Ferro con él.

Germán y yo bajámos al camino y recomendámos a otros dos hombres que fuesen al lugar que les indicámos a ayudar a conducir a un caballero que se había lastimado.

Y pusimos nuestros caballos al paso.

—¿Estás contento de mí, Joaquín?

—Completamente, amigo mío. ¿Tú lo estás de mí?

—Sí, te debo más que la vida: te debo el honor.

—No seas tonto....

—Joaquín, dime: ¿crees que la herida será peligrosa?

—Creo que el pobre está en las últimas.

—¿Y si el monigote muere?

—Pagará quien lo tuviere.

Y pusimos los caballos al galope.

*

La noticia del duelo llegó a conocimiento de D. José Rodrigo Borda, quien por motivos especiales de consiración por Torres Caicedo se dirigió a caballo por la vía de Las Cruces y El Aserrío, con la esperanza de llegar a tiempo de impedir el lance; pero a poco andar se encontró con los que traían a Torres sobre una camilla, herido gravemente. Sin vacilar lo hizo conducir a su casa de habitación, en donde a fuerza de cuidados y cariñosas atenciones logró que se restableciera lo suficiente para que pudiera emprender viaje al extranjero

en busca de cirujano que le extrajera la bala que le quedó incrustada debajo del omoplato derecho. La poca práctica que debía tener Torres Caicedo en el manejo de la pistola, estuvo a punto de serle fatal; porque ignorando las reglas de los duelistas, en vez de colocar el arma a la altura de los ojos y plegar el brazo sobre el costado para proteger esta parte del cuerpo, tendió el brazo al disparar, por cuya razón el proyetil encontró franca la vía por la cual penetró, hasta detenerse en el punto indicado.

Con los recursos que le proporcionaron varios amigos, pudo Torres Caicedo ponerse en marcha para los Estados Unidos y Europa, fijando su residencia en París, donde después de algún tiempo le extrajeron la bala que lo invalidaba.

¡Qué misterios y peripecias tiene la vida del hombre! El duelo al cual provocó Posada a Torres Caicedo, con intención manifiesta de no batirse con él para obligarlo a que aceptara como adversario a Piñeres, y cuyos resultados fueron desfavorables a Torres, vino a ser el medio de que se valió la suerte para levantarle el pedestal de la fortuna, que lo esperaba en tierra extraña con los brazos abiertos. Pocos sudamericanos como Torres Caicedo han alcanzado por sus propios esfuerzos la alta posición social y el roce con personajes de primera importancia en el Viejo Mundo. Sirvió en Francia con lucimiento las Legaciones de Méjico, el Salvador, Uruguay, Venezuela, y la de Colombia, por nombramiento que le hizo el Presidente, General Santos Gutiérrez, a quien acompañó a Madrid con el objeto de neutralizar la mala impresión causada en España por el Tratado de alianza secreta que celebró el General Mosquera con el Gobierno del Perú en el año de 1867, y la compra del vapor *Rayo*.

En un baile de corte dado en las Tullerías por el Emperador Napoleón III, vimos a Torres Caicedo de gran uniforme diplomático, del que le pendían desde el

cuello hasta la banda de seda, que le ceñía el talle, cruces y condecoraciones con que le habían distinguido los gobiernos de diversos países de Europa y América.

Torres Caicedo fue escritor incisivo y polemista tenaz; cultivó la poesía y dejó varias obras literarias.

Poco tiempo antes de su muerte contrajo matrimonio con una rica y distinguida señorita oriunda de Guayaquil. El excesivo trabajo le ocasionó el reblandecimiento cerebral, que lo dementizó hasta llevarlo a la tumba.

Sin el caso fortuito que lo obligó a dejar el suelo nativo, José María Torres Caicedo habría gastado su vida sosteniendo estériles disputas en alguno de tántos periódicos que hacen de ellas su principal alimento.

Fue miembro de varias sociedades científicas y literarias, y tenía orgullo de poner al servicio de sus compatriotas la influencia de que disponía.

La estatura de Torres Caicedo hizo creer a D. Crisanto Medina, Ministro de Honduras en París en 1878, que el espíritu de nuestro compatriota era como su cuerpo, y se permitió hácerle un ultraje, por el cual exigió reparación el agraviado. Medina aceptó el duelo, y eligió la espada por arma; y a pesar de que Torres Caicedo era lego en el manejo del arma blanca, aceptó y fue a batirse en el Gran Ducado de Luxemburgo, del cual lance sacó atravesado el brazo derecho. Como se ve, el antiguo familiar del Arzobispo de Bogotá conservó los sentimientos belicosos que lo condujeron al campo del honor, donde siempre llevó la peor parte.

Para terminar, creemos oportuno añadir qué Torres Caicedo era hijo del eminente jurisconsulto y matemático doctor Julián de Torres y Peña, quien nació en 1791 y murió en 1832. Entre los trabajos importantes que éste dejó, figura el complemento que dio al pararrayo de Franklin, cambiando la cadena metálica que sirve de conductor por una cuerda de esparto, la cual, siendo conductora igualmente, puede cogerse sin peligro en tiempo de tempestad.

LOS CHIRCALEÑOS (1)

El Africa comienza en los Pirineos, asegúrase que dijo en ocasión solemne Luis XIV. Si fue un agravio que quiso inferir el gran rey a la patria de Isabel de Castilla, debió empezar por sacar la viga de su ojo antes de ver la paja en el ajeno. Y en realidad, nada tenía entonces que envidiar España a ninguna otra potencia europea, y mucho menos en asuntos de moralidad: bastará recordar las públicas liviandades de la Corte de Francia y los crímenes espantosos de la época, entre los cuales figuran en primer término los de la Marquesa de Brinvilliers y su amante el Capitán Santacruz, para adquirir la convicción de la injusticia cometida por el monarca que depués estuvo a punto de sucumbir, al quererse apropiar lo que antes despreciara.

Pero si no fue bien aplicado el aforismo anterior, sí podemos decir, sin riesgo de contradicción, que la barbarie se encuentra en contacto inmediato con las poblaciones cultas, siendo de notarse que mientras mayores son éstas, más se acentúa el hecho que indicamos.

En comprobación de nuestro aserto recordaremos, entre otros, los crímenes que se han cometido en la City de Londres, la Cité de París, la Campiña romana, etc. Descendiendo de lo grande a lo pequeño, tenemos a la

(1) Con el nombre de *chircaleños* se denomina en Bogotá y en casi todo Cundinamarca a los alfareros.

vista entre nosotros, casi en todas nuestras poblaciones, un barrio o arrabal conocido con el nombre de *Calle caliente*, en donde se consuman todas las abominaciones de que es capaz la decaída humanidad.

No se necesita ser muy viejo para poder dar razón del *pueblito* de *Santa Lucía* o aglomeración de casitas *ac hoc*, que se construyeron arriba de los *Tres Puentes*, calle 23, en las que regían las costumbres de las cinco ciudades que arrasó el fuego del cielo, y de la célebre sociedad de *Los Capuchinos*, que teníá sus reuniones en la casa situada en la antigua calle de *El Pitiguay*, hoy calle 5.ª, abajo de la fábrica de loza, y también en la calle de *El Calvario*, calle 22, arriba de *Béjares Street*.

Y ya que tropezamos con *Los Capuchinos*, es de rigor que demos cuenta de éstos, para desvanecer la creencia errónea que algunos tienen de que se comían cruda la gente, o cosa parecida.

Eran enemigos acérrimos de las virtudes cardinales, y decididos partidarios del mundo, del demonio y de la carne, especialmente de esta última; pero no en la forma que algunos les atribuyen, porque no se trata de que fueran antropófagos.

Tenían fiestas especiales, y entre éstas la más notable era aquella en que ridiculizaban las *Octavas* de los barrios. Al efecto, levantaban cuatro simulacros de altares en los ángulos del patio, que eran otras tantas cantinas provistas de licores y viandas, y los correspondientes arcos formados de longanizas, chicharrones, pollos, frutas y botelllas de licor colgadas para tomar trago, a boca de jarro, al pasar. Debajo de una manta en forma de palio llevado por los socios, iba uno de éstos que imitaba admirablemente al Arzobispo, conduciendo, como si fuera la custodia, un gran botellón repleto de aguardiente o mistela—porque entonces no se conocía el brandy—y en cada supuesto altar se arrodillaban con aparente gazmoñería, abrían tamaña boca, y el fingido prelado les vertía un buen chorro del apetecido li-

cor, remedando el ceremonial eclesiástico ... Y como las libaciones empezaban a medida que éstos iban llegando, cuando terminaba la procesión ya no sabía ninguno de ellos *de dónde era criollo.*

Con las damas que asistían con ellos a la fiesta, arreglaban baile por la noche; eran enemigos de la luz y se entregaban a excesos que escandalizan al leer la historia de algunos pueblos de la antigüedad. Por lo demás, eran muy buenos muchachos, no asesinaron ni robaron a nadie, y el que no murió alcoholizado terminó paralítico!

Y para no dejar duda de que la naturaleza femenina es más fuerte que la del hombre para resistir los efectos de los vicios, las protagonistas de *Los Capuchinos* sobrevivieron a sus galanes. Entre ellas se contaban las conocidas con los fantásticos nombres de guerra de: *La Yegua de bronce*, *La Culebrina*, *La Fragata*, *La Candela* y *La Fosforera*, de quien decían:

Si el fósforo da candela,
¡Qué será la fosforera!

Pero no es de la llaga interna de Santafé de la que vamos a ocuparnos, sino de la parásita que cual venenosa hiedra enlaza a Bogotá por el Oriente.

*

Casi en las goteras de la ciudad, en una extensión de dos leguas de Norte a Sur, hasta la mayor altura de los páramos, hállase una corta población nómade, cuyos miembros viven embrutecidos por los vicios, sin más nociones de civilización que los vagos rumores que suben de la ciudad, dominados por prácticas supersticiosas, tan groseras como inmorales, y lo que es peor aún, de instintos feroces que los llevan a ejercer actos de sevicia e inaudita crueldad, cada vez que se les presenta ocasión de ejercer aquello que en su miseria intelectual califican como acto de venganza o castigo.

Habita esa gente semisalvaje en chozas de vara en tierra, construídas con ramas, o en las cuevas que hay en las faldas de los cerros; se alimentan de frutas silvestres, visten harapos que apenas les sirven de abrigo contra las inclemencias del cierzo que domina en la serranía, y andan acompañados de perros cruzados con zorros.

Las mujeres y los niños se ocupan en cuidar rebaños de cabras, en recoger musgo y laurel para hacer festones, en bajar frailejón y rama de la montaña para cocer ladrillos en los *chircales* y chamuscar cerdos después de degollarlos; los hombres bajan a buscar trabajo en los tejares de la ciudad. Otros queman carbón clandestinamente y lo traen a vender, o se ocupan con sus mujeres e hijos, desde que comienzan éstos a dar los primeros pasos, en sustraer leña en diversas formas, en altas horas de la noche, la que conducen para vender en los arrabales; bajan tierra vegetal para los jardines y horquetas que sirven de sostén a las flores; pero todos huyen del agua como si fueran hidrófobos, son más sucios que los gitanos y pertenecen a todas las razas, porque a primera vista se comprende que son una hibridación de los rezagos de los individuos que por cualquier causa abandonan la ciudad para llevar vida salvaje, sin sujeción a ninguna autoridad, y que dan al mismo tiempo, aunque inconscientemente, rienda suelta a los instintos brutales que los dominan.

Las pocas veces que se acercan a la ciudad lo hacen a comprar en las ventas de los arrabales sal, aguardiente y los residuos acidulados que deja la *chicha* en los barriles *(cunchos)*, con los cuales hacen un brevaje detestable añadiéndole panela raspada dentro de una bota que llaman *perra*. Estos son los agentes que acaban de extinguir la imperceptible chispa de inteligencia que se alberga en aquellos cerebros entorpecidos.

No son raras las veces que roban niños cuando la ocasión se les presenta. Tal vez se conserve la tradición

de una familia santafereña que perdió uno; después de mucho tiempo apareció en poder de unos carboneros detrás de Monserrate, pero en tal estado de embrutecimiento, que fue imposible reducirlo a que volviera a la casa de sus padres.

Los crímenes que cometen y que llegan a caer bajo la sanción de la justicia, causan espanto por los caracteres de ferocidad que revisten. No se ha olvidado todavía en Bogotá lo que sucedió hace algún tiempo al infortunado niño de ocho años, a quien un hombre llamado Pedro José Luque ató con cuerdas los pies y las manos, le sujetó las mandíbulas para que no pudiera gritar, encendió una hoguera en la cañada que hay al Sur del cerro de Guadalupe, y allá, en ese paraje solitario, sin más testigo que Dios, le carbonizó los pies y las manos, y lo dejó abandonado para que el hambre y la sed concluyeran lo que él había empezado con el fuego! A los tres días de abandonado ese mártir, pasó cerca de la choza en que yacía agonizante, un transeúnte que oyó un débil gemido y dio aviso a la autoridad. Llevada la víctima al Hopital de San Juan de Dios, consiguióse poner una tregua a la muerte: el criminal confesó con pasmosa frialdad que había castigado a su sobrino porque había roído un hueso, hecho que calificó de robo, que lo había azotado con crueldad y obligado a que trajera leña para la hoguera en que lo quemó. Este hombre, que apenas tenía la figura de tál, pues era más bruto que los brutos, fue condenado apenas a seis años de presidio, en atención a que no podía tener conciencia de la enormidad de su falta.

En las calles de Bogotá vemos todos los días un muchacho a quien el padre quemó las manos, y hubo necesidad de amputárselas para que no muriera.

En la Inspección de policía estaba a la vista el retrato fotográfico de una jovencita que tendría catorce años, cuyo nombre se ignora, encontrada muerta al pie de los farallones de La Peña, con señales evidentes de la más

brutal profanación, sin que hasta el presente se haya descubierto el autor de crimen tan nefando.

*

En una falda del cerro de Guadalupe vivía en el año de 1882 una familia que se componía de los hermanos Ruperto, María, Consolación y Chiquinquirá Hernández, conocidos con el apodo de los *Prefacios*, de enormes estaturas, especialmente las mujeres, que podrían pasar por patagonas. Se ocupaban en el comercio de hojas de frailejón que bajaban de la montaña en altos tercios, que añadidos a la corpulencia de los conductores les daban el aspecto de fantasmas colosales. Por contraste, estaba casada una de estas mujeres—María—con José Cuervo, verdadero pigmeo.

Salvo una que otra tunda que de vez en cuando le aplicaba María a su raquítico esposo, no marchaba tan mal el matrimonio; hasta que en una de tántas palizas con que ésta le medía las costillas, Cuervo recordó que era hombre, y resolvió pagar amor con amor a su afectuosa consorte: se armó de un leño y le aplicó unos cuántos garrotazos por buena parte para no lastimarla. Sorprendida nuestra cosaca con el procedimiento de su liliputiense, ocurrió a la justicia y lo hizo castigar, después de lo cual quedaron aparentemente en paz.

Pasado algún tiempo, las tres mujeres y el hermano aprovecharon una ausencia de Cuervo, y a usanza de las brujas de Macbeth, tuvieron consejo de familia en una cueva donde nadie podía oírlos y resolvieron deshacerse del chiquitín, que ya no satisfacía a María.

En la tarde del sábado siguiente bajaron todos al barrio de Egipto conduciendo el cargamento de frailejón, y después de venderlo se entraron a una chichería situada en la plazuela. Allí pidieron chicha y aguardiente, que propinaron a Cuervo en abundancia hasta que lo pusieron *jarocho*, operación que no les cos-

tó trabajo, porque éste era muy inclinado a empinar el codo.

Al ver que la víctima ya estaba como los *piscos* a los cuales se emborracha para que mueran bien, salieron de la venta conduciendo al marido casi en peso, porque no podía dar paso y tenía perdido el poco sentido que solía tener. Serían las ocho de la noche cuando emprendieron marcha cerro arriba, por las orillas del riachuelo de San Bruno, y treparon a una eminencia que domina un precipicio; allí sujetaron con lazos al infeliz Cuervo, que no podía darse cuenta de su situación, lo apalearon hasta que el cuerpo quedó convertido en un saco de huesos triturados, le hicieron con una hoz cortadas en la cara para acabarlo de desfigurar, le ataron una cuerda al cuello con intenciones de hacer creer que se había ahorcado, y lo precipitaron a la profunda sima, a donde descendió produciendo un ruido siniestro que retumbó en la montaña, parecido al que haría un cuero de res al arrastrarlo, según declaró un muchacho que ocasionalmente pasaba por esos parajes y lo oyó sin comprender la causa.

Después de cinco días, y cuando ya el revoloteo de los gallinazos podía dar indicios de que por esos lugares se encontraba algún cuerpo en descomposición, se presentó en la Alcaldía la esposa de Cuervo dando gritos y diciendo qué le habían matado a su marido. Trasladados los gendarmes al lugar del siniestro, trajeron a la ciudad el cadáver en tan horrible estado, que más que cuerpo humano parecía una gran morcilla, fermentado por la maceración que produjeron los garrotazos. En la comitiva venían todos los *Prefacios*, incluso el hermano Ruperto, tan compungidos y llorosos, que a todos se la metieron, como dicen vulgarmente, menos a un gendarme que tuvo el presentimiento de que los dolientes de Cuervo eran sus asesinos.

Eran de oírse los términos en que los bribones hacían el elogio del difunto, mesándose las melenas, dán-

dose palmadas en las mejillas y empleando los diminutivos en grado superlativo: ay! mi maridito! decía la María; ¡cómo le pusieron sus bracitos! replicaba la Consolación; ¡aínas le revientan sus costillitas! añadía la Chiquinquirá; ¡los indinos mataron a palo a mi hermanito! agregaba Ruperto; y de aquí no los sacaron, porque sólo era comparable a la brutalidad de esas gentes la malicia que se albergaba en sus desalmados corazones.

Al preguntarles por qué no habían dado parte antes, contestaron que creían que Cuervo estuviera en el páramo «en busca de un bueicito negro» que se les había perdido; los malditos tenían la manía del diminutivo, según acabamos de ver.

El funcionario de instrucción había perdido la esperanza de que los sindicados confesaran la verdad, cuando se ocurrió como último recurso al expediente de volverlos a interrogar por separado, sin que lo advirtieran.

—Tengo orden de ponerlos en libertad—le dijo a María el que instruía el sumario; pero Consolación dice que fue usted la que llevó el lazo con que ataron a Cuervo para que no se cayera cuando lo llevaban a dormir a su rancho.

—Miente la fullera!—contestó la interpelada con un ademán de arrebato; y si no, que diga quién preparó la leña que sirvió para apalear a José.

Por este resquicio se descubrió todo, y los *Prefacios* confesaron de llano en plano; sólo Ruperto negó obstinada y estúpidamente, lo cual no impidió que a las hembras y al macho de los colosales Hernández los condenaran a presidio. Hasta hace poco vivían dos de estos vestiglos, y se ocupaban en conducir a la espalda materiales de construcción que bajaban del cerro.

En tiempo de reclutamiento suelen caer en la redada algunos de aquellos *armadillos* de dos pies; pero como sucede siempre, pagan justos por pecadores, por-

que es muy cierto que la hebra se revienta por lo más delgado.

*

Al pie de la montaña que domina la iglesia de La Peña, vivía en el año de 1859 un matrimonio de dos ancianos que habían perdido en la guerra de Melo el único hijo que les concedió el cielo, dejándoles a su cuidado una niña llamada Mercedes. Las crecientes necesidades de los pobres viejos los obligaban al trabajo diario en el tejar de Roque Pacheco, hombre de constitución pletórica, avaro y consiguientemente duro de corazón, de costumbres relajadas y dispuesto siempre a satisfacer sus pasiones brutales, abusando de la relativa superioridad que le daba la condición de patrón de infelices, acostumbrado a exclamar como el tío de Rosa en *El Rey que rabió*, cada vez que hacía una nueva víctima entre las hijas de los desheredados de la fortuna.

D. Roque era el tirano de su esposa, buena mujer, a la que obligaba a que admitiera en su casa, en calidad de sirvientas, a las jóvenes labriegas que vivían en sus dominios y con las cuales poblaba el harem, sin que nadie se atreviera a molestarlo por lo que él juzgaba travesuras de muchacho, que se saldaban con despedir a la favorita que le fastidiaba, sin perjuicio de reponerla con otra. Entre las condiciones que adornaban el alma de ese bellaco, no era la menor una hipócrita bonhomía, con la que ocultaba la doblez de su carácter, la malicia y astucia, único criterio que, según él, debía emplearse en todas las acciones humanas.

A pocas vueltas murió Andrés, el abuelo de Mercedes, y quedó ésta al lado de su abuelita Teresa, ayudándola en los quehaceres domésticos de la pobre cabaña en que vivían, en tanto que ésta se ocupaba en bajar rama al tejar, acompañada de Santiago, hijo de su vecina Rita, cuyo padre también había muerto en la guerra civil de 1851.

Si el transporte de materiales de construcción hacía necesario el empleo de más trabajadores en el tejar de Pacheco, solía éste ocupar a Teresa y a Santiago como arrieros de los burros que conducían las tejas y ladrillos, y en este caso Mercedes bajaba a la casa del patrón, llevándoles los alimentos a fin de ahorrarles la fatiga de subir durante el día hasta las cabañas.

Ya para entonces era Mercedes una chica muy guapa, entrada en los quice años, y es sabido que a esta edad no hay muchacha fea; pero en realidad de verdad, todos los gañanes de la comarca se hacían lenguas del garbo, donaire y hermosura de la nieta de Teresa; en su estúpida sencillez creían como artículo de fe que la misión natural de ella sería formar parte del rebaño de D. Roque y esperar a que éste la repudiara para proponerle matrimonio.

¡Qué incomprensible es el destino que reserva la Providencia a sus criaturas, y qué efectos tan contradictorios producen las causas aparentemente iguales!

Si Mercedes hubiera nacido en casa solariega, de padres ricos que le dieran educación, habría sido un adorno de nuestra sociedad, y los jóvenes se habrían creído muy felices al poder unir su suerte a la de ella; pero vino al mundo de padres humildes, circulaba en sus venas sangre española a juzgar por la regularidad y pureza de sus facciones, y esta circunstancia, que debía influír en favor suyo, unida a una inteligencia y honradez innatas, sólo le sirvieron para despertar deseos impuros en los que la veían, porque todos se creen con derecho a cortejar a la mujer del pueblo pobre a quien la naturaleza concedió el funesto dón de la hermosura, sin parar mientes en que a veces destruyen con mano impía el purísimo santuario que encierra una alma inocente, hasta que una palabra de doble sentido, dicha al oído de esa otra Eva, le enseña la ciencia del bien y del mal.

—Madre, dijo un día Mercedes a su abuela, ¿cuándo

vamos a Santafé? me han dicho que allá todo es lindo, y así será, porque desde aquí se oyen gritos alegres y ruidos distintos de los que resuenan del lado de la montaña.

—Pronto llegará la fiesta de la Octava de Santa Bárbara, y para entonces iremos a llevar laurel al amo Cura y me acompañarás.

En efecto, en una tarde serena los lechuguinos vieron que por la calle real del barrio entraban dos mujeres que traían en la espalda haces de rama de laurel y cestas de flores silvestres en la mano; la anciana pasó inadvertida, pero los transeúntes quedaron sorprendidos de la belleza de la joven *paramuna*, cuya corta falda de indiana dejaba ver la pierna bien torneada; llevaba cubierta la cabeza con un sombrerito de paja, debajo del cual se desprendían dos hermosas trenzas de color castaño. Un seno virginal velado apenas por una camisa bordada de lana de colores, y los brazos desnudos, todo lo cual servía de rústico pedestal a una cara blanca y sonrosada, a la que daban vida dos ojos negros, de mirar tranquilo, y una dentadura como no se vio mejor en boca humana.

Ya entrada la noche, volvieron nuestras conocidas a su cabaña, donde las esperaba Santiago con el ánimo inquieto, porque, sin darse cuenta de ello, experimentaba indefinible tristeza cada vez que Mercedes iba a casa del patrón o se alejaba de la estancia. Los vagos presentimientos del pobre mozo no carecían de fundamento, porque a Pacheco se le había despertado la *codicia*, y en esta vez el brutal seductor tenía resuelto acudir al sistema que había empleado para atrapar otras víctimas; al efecto, notificó a la abuela Teresa que llevara a la *niña Mercedes* para que le sirviera en su casa. Fue en vano que la anciana suplicara al patrón que le dejara su nieta, porque éste se mostró inexorable y amenazó con lanzamiento de la tierra si no obedecían sus órdenes.

La esposa de D. Roque recibió con cariño a la pobre

aldeana, que llegó con los ojos arrasados de lágrimas, pues era la primera vez que se veía separada de lo que para ella constituía el universo: su abuelita y Santiago, con el cual se había criado desde muy niña, y de quien, en sus ensueños de oro, sólo esperaba que él hablara claro para darle un *sí* rotundo y continuar el penoso camino de la vida, apoyados uno en otro bajo la egida del matrimonio.

En la casa de Pacheco iba Mercedes a encontrarse como el arenque acosado por el tiburón y la tintorera.

Entre los concertados de D. Roque había uno que era el preferido de éste, llamado Patricio, mozo bien formado, aunque tenía un ojo blanco, por lo cual era conocido con el apodo de *ojo de virola*, rasgueador de tiple que le servía para acompañarse en los *bambucos* que cantaba con primor y eran el cebo que empleaba con las incautas zagalas. En las comisiones que desempeñaba por encargo de su patrón, había conocido el *río grande de la Magdalena*, a donde había ido en busca de cerdos que arreaba sin dejarlos rezagados; el cantón de Cáqueza, en donde compraba maíz para hacer la mazamorra, y la Mesa de Juan Díaz, de donde traía la miel que se empleaba en la elaboración de la chicha, que era el principal aliciente de los gañanes en la venta. Entre los *chircaleños* era reputado como hombre de gran mundo, y además, gozaba de toda la confianza del patrón, por razones que ellos se callaban; pero no era un misterio para nadie que las vivezas de Patricio lo habían tenido varias veces a punto de ser huésped del presidio. Todo fue ver a Mercedes y concebir por ésta una pasión de aquellas que conducen al hombre hasta el crímen o al heroísmo.

Simultáneamente, aunque sin comunicarse sus proyectos, empezaron los dos rivales el ataque a la fortaleza que creían muy fácil de rendir.

Pacheco puso en planta el sistema que hasta entonces le había dado buen éxito en casos análogos: obsequios

de baratijas que encantan a las aldeanas, palabras melosas de doble sentido y licencias eróticas; pero la primera vez que se permitió retener entre sus manos las de Mercedes, y tocarle las mejillas, ésta no tuvo empacho en darle un revés que "*le inundó la cara de dedos. ...*" Atónito el patrón con lo que acababa de pasarle, se convenció de que la codiciada fruta no estaba reservada para él, y en esta vez comprendió que merecía la lección que le había dado una pobre niña desvalida, que no tenía otra defensa sino el instinto de honradez que la animaba. Hizo de la necesidad virtud, se resignó a no perseguir más a la que ya contaba por suya, y la despidió del establecimiento.

Patricio tomó desde el principio la vía recta y trató a fondo la cuestión. Al ver que Mercedes no le hacía caso cuando la requería de amores, soltó el trueno gordo y le propuso resueltamente matrimonio; pero como ni aun así era de recibo para la serrana, se trocó en odio el amor que antes le inspirara, y juró vengarse, cnando y como pudiera, juramento que cumplió de modo que dejó satisfecho al mismo infierno.

Entretanto, Teresa vivía como en ascuas con su nieta, porque bien comprendía, aunque rústica, que:

Es de vidrio la mujer;
Pero no se ha de probar
Si se puede o no quebrar,
Porque todo podría ser.
Y es más fácil el quebrarse,
Y no es cordura ponerse
A peligro de romperse
Lo que no puede soldarse.
Y en esta opinión estén
Todos, y en razón la fundo,
Que si hay Dáneas en el mundo.
Hay pluvias de oro también.

Algunas pláticas de la abuela a la nieta, y más que todo, la inclinación que Mercedes y Santiago se profe-

saban desde niños, allanaron las dificultades que se presentaban para el arreglo del matrimonio, hecho que tuvo lugar en una espléndida mañana del mes de diciembre en la iglesia de La Peña.

En medio de numeroso concurso de labriegos, entre los cuales se hallaba Patricio con el demonio de la envidia y los celos que le destrozaban el alma, bendijo el capellán de la hermita a los desposados, quienes llamaban la atención por la belleza de la novia y la gallardía de Santiago. En el momento en que el sacerdote intimó al varón que le daba esposa y no esclava, éste le contestó con acento de profunda ternura y sencillez: "sí, mi amo, la quiero como esposa!"

Aunados los esfuerzos de Santiago y Mercedes bajo las miradas de Teresa, progresaron a ojos vistas en sus pequeños negocios; dejaron el oficio de alfareros y se dedicaron a conducir piedras y arena con destino a la construcción de edificios en la ciudad. Tomaron en arrendamiento otra estancia inmediata a las vertientes de la quebrada *Manzanares*, donde levantaron una casita de *bahareque* y paja, en medio de un jardincito en que ostentaban su belleza las novias rojas, los claveles y las rosas, rodeada de madreselvas y curubos que trepaban sobre los cerezos, los arbolocos y los aromáticos borracheros, con sementeras de maíz, habas y judías, sin faltar los vigilantes perros ni las aves domésticas, entre ellas el gallo que sirve de atalaya en la campiña y saluda a la aurora con su alegre canto.

Un año después de cumplidos los sucesos que dejamos escritos, llevó Mercedes a su hijo primogénito a presentarlo a la Virgen de Egipto, en compañía de Santiago, Teresa y Patricio, que a fuerza de astucia había logrado ganarse la amistad de los incautos labriegos. La fortuna había sonreído a este feliz matrimonio, y ya gozaban de un relativo bienestar cual nunca se lo habían imaginado; Santiago asistía al templo en los días festivos con ropa de paño y calzado, y Mercedes, vestida al estilo

de la gente acomodada del pueblo, llevaba a su hijo con el legítimo orgullo de la esposa que amamanta el fruto de su amor. De la plazuela de La Peña se divisaba la casita blanqueada, reclinada en un nido de vigorosa vegetación, y al costado el bosquecillo de arrayanes y cerezos que daban sombra al pozo donde Mercedes acudía, y lavaba, cantando, los pañales de su hijo, mientras éste dormía en la gruta natural formada de helechos y uvas camaronas, a las orillas de la *quebrada* de purísimas aguas que por allí bajan juguetonas y traviesas, antes de confundirse con el letal presunto río de San Agustín.

Dos años transcurrieron, y Mercedes dio a luz una niña que era el encanto de la casa, en cuyo tiempo aumentó la fortuna de Santiago, hasta serle necesario buscar a un concertado que les ayudara en los trabajos a que estaban dedicados, y una sirvienta que cuidara de los niños durante las excursiones que hacían los amos de la casa a la ciudad. Sabedor Patricio de los proyectos de los que espiaba a todas horas, creyó llegado el tiempo de dar forma práctica a la concentrada venganza que abrigaba desde que Mercedes lo desechó como amante o como esposo.

En las cercanías de *Los Laches* vivía Luisa Rojas, moza bien parecida y audaz, con quien Patricio había tenido relaciones de aquellas que, aunque se rompan, siempre dejan asidero para reanudarlas, y Jenaro Arévalo, compañero de éste en sus viajes y aventuras, sobre el cual tenía influencia porque le debía dinero. Con fingido interés por los asuntos de Santiago y Mercedes, les indicó a sus dos conocidos, de quienes dijo que respondía, y sin más averiguaciones, aquéllos los recibieron en su casa, quedando así desde ese mismo instante, sembrada la semilla de la discordia en el pacífico matrimonio.

En una de tántas ocasiones en que se veían Santiago y Patricio, éste dijo al primero que tuviera cuidado con Jenaro, porque había oído decir en la venta, que cortejaba a Mercedes. Por su parte le ofreció, como buen

amigo, averiguar lo que hubiera de cierto en el asunto, y darle cuenta del resultado de las investigaciones que hiciera. Santiago volvió taciturno a su casa, en donde supo que Mercedes había ido con Jenaro a la ciudad, conduciendo los bueyes y burros cargados de piedras y arena; esta circunstancia tan natural en atención al negocio a que estaban dedicados, le causó un arranque de celos que no pudo menos de comunicar a Teresa. Al oír la pobre anciana las infundadas sospechas de Santiago, trató de desvanecerle la idea que lo atormentaba, y lo conjuró a que no dudara, ni por mal pensamiento, de la fidelidad de su esposa; éste ofreció hacerlo así; pero el dardo que Patricio le había clavado en el corazón, no podría ya arrancarlo mientras tuviera vida!

No pasaron muchos días sin que cundiera entre los moradores de la comarca la calumnia propalada, — por supuesto en reserva, — con infernal habilidad por Patricio, y Santiago era víctima de las indirectas que oía cada vez que se encontraba entre sus antiguos compañeros de labor, que no le perdonaban la posición ventajosa que a fuerza de trabajo había conquistado.

Entretanto, las relaciones de los dos esposos se hacían cada vez más tirantes: Santiago apenas dirigía la palabra a Mercedes, llegaba tarde a su casa, y lo que era más triste, había veces en que se presentaba con evidentes señales del abuso del licor.

Consternada Mercedes con el procedimiento de su marido, y sin saber a qué atribuír la causa, refirió a Teresa el cambio notable en la conducta de Santiago, y le pidió consejo en su angustiada situación; la abuela, que ya estaba al cabo de lo que ocurría, trató de tranquilizarla y la encareció tuviera paciencia y resignación, echándose en brazos de la Providencia, que no la abandonaría.

Impuesto Patricio por Luisa de lo que pasaba en la estancia de *Manzanares*, se presentó allí en la hora en

que sabía que encontraría sola a Mercedes, y sin preámbulos le dijo que había oído decir que Santiago andaba en malos pasos con Luisa, por lo que le aconsejaba despedirla; pero que no fuera boba, y que el mejor remedio para enderezar al marido, era darle celos a fin de que no se apartara de la casa.

Ofendida la crédula Mercedes con lo que acababa de oír, e indignada por la falsía de Santiago, que ya daba por cierta, sólo pensó en seguir el pérfido consejo que le sugirió el infame Patricio, sin recordar que éste la había pretendido, ni menos sospechar la influencia satánica que debía tener en su funesto destino.

A pesar de todo, Mercedes no podía resolverse a echar, como se dice, *por la calle del medio*, visto lo cual por Patricio, acudió a un estratagema que le dio el resultado que perseguía. En el domingo inmediato preparó un baile al que invitó, entre otros, a Santiago y a Luisa; la relajación de costumbres de ésta facilitó la ejecución de sus inicuos proyectos. Con el fin de hacer desaparecer los escrúpulos de Mercedes, le dijo que si quería convencerse de la infidelidad de Santiago, no tenía sino oír y ver por sus propios ojos lo que hubiera en el baile que darían en la casa de la venta. En efecto, desde por la mañana del día citado notificó Luisa a Mercedes, que en esa noche no se quedaría en la casa, porque tenía a la madre enferma y debía cuidarla; sabedora la última de las verdaderas intenciones de la que ya consideraba como rival, no opuso dificultad, y antes bien comprendió que se le presentaba la oportunidad de saber si Patricio le había dicho verdad.

Llegada la noche, Mercedes ayudó a su abuela en la tarea de hacer dormir a sus hijos, y dijo a ésta que podía acostarse, porque ella se quedaba esperando a Santiago; pero apenas sintió que todos dormían, se envolvió en su mantilla y se deslizó como una sombra hacia la casa del baile. Las campanadas del reloj de la Catedral daban las once cuando Mercedes se aproximó a una

de las ventanas de la pieza en que bailaban, alumbrada por unas pocas velas de sebo que apenas se veían por entre el humo del cigarro, el polvo que levantaban los danzantes sobre un piso sin enladrillar y los vapores del aguardiente; a juzgar por los gritos y algazara que se oían a distancia en consorcio del golpear de la tambora y los acordes de los tiples, los fiesteros debían estar de muy buen humor.

La pobre Mercedes cerró los ojos porque presentía que estaba próxima al momento en que iba a conocer la extensión de su desgracia, cuando los gritos estentóreos de *¡viva quien baila!* la hicieron dirigir la mirada al interior de la pieza, y vio que el entusiasmo provenía de que en esos momentos bailaban Santiago y Luisa un torbellino *pespunteado* que causaba la admiración de los circunstantes: terminada la danza cambió de sombrero la pareja y libaron los dos en una misma copa ...

Herida la últrajada esposa en lo vivo de sus afecciones, volvió a su casa sintiendo el despecho que produce en la mujer honrada el aguijón de los celos, al mismo tiempo que le vino a la imaginación la eficacia del consejo de Patricio. La excitación de que era víctima, y el deseo de obtener una prueba más de la infidelidad de Santiago, la mantuvo de pie hasta que, ya al amanecer, sintió que éste llegaba a la casa; a medio desvestir se arrojó al lecho y fingió que dormía, para hacer desaparecer las sospechas que pudieran despertarse acerca de la excursión que le dio por resultado el pleno conocimiento de que su esposo la engañaba.

Luisa volvió al día siguiente y saludó a Santiago como si nada hubiera habido entre los dos: hecho que observó Mercedes, y le sirvió de lección en la vía de disimulo y engaño con que pensaba corresponder a la perfidia de su marido.

No pasó mucho tiempo sin que el hogar feliz por excelencia, se trocara en un campo de discordia: el amor y mutuas consideraciones que se profesaban Mer-

cedes y Santiago, habían sido reemplazados por la frialdad y el abandono de los deberes domésticos; los más furiosos celos producían escenas de escándalo que espantaban a los niños y minaban la salud de la buena Teresa, que nada podía remediar.

Entretanto avanzaba la obra de iniquidad y venganza de Patricio. A instigaciones de este espíritu de tinieblas, Jenaro acometió la ya fácil empresa de vencer la fortaleza de Mercedes que, deseosa de dar en qué entender a Santiago, daba oídos a las promesas falaces con que la asediaba el que debía ser instrumento de su perdición.

Mercedes tenía por costumbre ir a lavar ropa en el pozo sombreado de arrayanes en el riachuelo. En las confidencias que Jenaro hizo a Patricio, le refirió que aquélla le había dado una cita para el día siguiente en dicho sitio. El fingido amigo lo felicitó por el buen suceso, y le ofreció guardarle las espaldas, entreteniendo a Santiago para evitar que pudiera sorprenderlos.

¡Cuán cierto es que la venganza sólo se anida en los pechos viles!

Patricio pudo haberse casado con otra muchacha que le hiciera olvidar los desdenes de Mercedes, en vez de acechar la víctima como hace el chacal después de larga espera, para gozarse en la destrucción de un hogar feliz; pero el rencor de este hombre implacable en sus odios, sin freno religioso que lo morigerara ni cultivo intelectual que le hiciera comprender la enormidad de su infame conducta, no le permitió tener en cuenta que su venganza envolvería a seres inocentes que en nada le habían ofendido.

Al separarse, como amigo de Jenaro, después de ofrecerle que lo ayudaría en la mala acción que éste iba a ejecutar, Patricio fue a la venta donde tenía seguridad de encontrar a Santiago, lo llamó aparte, y con ademanes de fingida indignación, le descubrió el secreto que le había confiado el amante de Mercedes, como una prue-

ba de lo que a este respecto le había dicho antes y no había querido creerle.

Santiago no se dio cuenta exacta de la gravedad de sus extravíos, hasta el momento en que palpó las funestas consecuencias. La revelación que le hizo el pérfido Patricio le trajo a la memoria, en confuso tropel, el recuerdo de su niñez, pasada al lado de Mercedes, la fortuna que le había sonreido desde que se casó con ésta, y la perdida tranquilidad de su hogar; pero no meditó en que él había sido el primero en faltar a la fe jurada, porque, como sucede con la generalidad de los hombres, creía que la fidelidad conyugal sólo obliga a la mujer.

A la tempestad de celos que estalló en el pecho del marido burlado, hizo eco el deseo de la venganza, y sin más consideraciones, convino con Patricio en que al día siguiente irían juntos a sorprender a Mercedes y a Jenaro.

Entre diez y once de la mañana salió Mercedes de su casa, en dirección al pozo de los arrayanes, llevando una cesta con ropa para lavar, según tenía de costumbre; cuando llegó al sitio que debía serle fatal, ya la esperaba Jenaro.

Santiago había salido antes, de manera que lo viera Mercedes, a fin de no infundirle sospechas de que la espiaba; se reunió con Patricio en un soto que los ocultaba, y desde allí vieron a Jenaro que se dirigía al lugar de la cita, y a Mercedes que llegó después. Cuando aquéllos creyeron que era tiempo de sorprender a los amantes, se acercaron con cautela hasta una abertura de la maleza, por la cual vio Santiago a su esposa en brazos de Jenaro.....

Aunque villano, se sublevó en Santiago la dignidad de esposo ultrajado, y al ver la ruina de su honor, se abalanzó sobre los culpables, cuchillo en mano, rugiendo de furor. Jenaro huyó, dejando a Mercedes en poder de Santiago, quien fuera de sí, la apuñaleó sin miseri-

cordia. Al verla exánime, se arrojó frenético sobre el cadáver palpitante de la desgraciada, le mordió los labios que un día le juraron amor, y extinguió con mano sacrílega las convulsiones que daba su hijo en el seno de la madre, antes de anonadarse en la muerte!

Mientras tenía lugar la escena que dejamos descrita, Patricio permaneció impasible, gozándose en su obra de iniquidad; y cuando vio que las aguas purísimas del arroyo corrían enrojecidas con la sangre de Mercedes, voló a denunciar el crimen que él había preparado con la mayor infamia.

Calmado un tanto el paroxismo feroz de Santiago, pasó al extremo contrario; lloró sobre los despojos sangrientos de su esposa, y fue a dar aviso a Teresa, a la que dijo estas sencillas como aterradoras palabras: maté a Mercedes! La anciana recogió con mano piadosa el cadáver de su nieta, y lo expuso en improvisada y humilde cámara ardiente, que preparó en la casa que antes había sido como un templo de amor y felicidad.

Santiago confesó su delito, y fue condenado a cinco años de presidio, que no cumplió porque la muerte puso fin a su mísera existencia. Teresa quedó sirviendo de madre a los hijos de la infortunada Mercedes; pero los gastos que hubo que hacer en honorarios del defensor y en aliviar en lo posible la triste suerte de Santiago, consumieron en poco tiempo los ahorros acumulados en tres años de incesante labor. La pesadumbre y la miseria abreviaron los días de la buena anciana, que murió en la paz del Señor, después de que el Capellán de La Peña colocó los huérfanos en la Casa de Refugio.

*

La guerra civil de 1876 alcanzó su mayor intensidad en el mes de diciembre. Las fuerzas revolucionarias emprendieron marcha hacia el norte, en busca de recursos bélicos para continuar la lucha; y el Gobierno, por su parte, hacía grandes esfuerzos para dominar la

revolución en el menor tiempo posible. Al efecto se activó el reclutamiento con inusitado rigor, a fin de reponer las constantes bajas producidas en el ejército por la deserción, los heridos y la muerte. Y como ya no había hombres hábiles en las ciudades, las patrullas recorrían los campos y despoblados, estableciendo una verdadera casería de hombres.

En una excursión que hicieron las patrullas el 8 de diciembre citado, por los lados de La Peña, los que iban en busca de gañanes para trocarlos en soldados percibieron una fetidez insoportable, y al acercarse a las vertientes de la quebrada *Manzanares* encontraron, pendiente de un arrayán, el cadáver de un hombre de cabellos y áspera barba, blanco de canas, en tan completa putrefacción, que al pie del árbol caían los gusanos que se desprendían del cuerpo. Al principio creyeron que lo hubieran colgado después de matarlo, porque los pies tocaban la tierra; pero examinado despacio el lugar, vieron que el árbol en que se había ahorcado el suicida estaba inclinado con el peso de éste. Extendido el cadáver sobre unas ramas en forma de barbacoa, lo condujeron al cementerio para darle sepultura. Al pasar la comitiva por la plazuela de La Peña, empezaron a santiguarse unas mujeres que lo vieron, y a exclamar con desenfado: «¡Al fin cargó el diablo con lo que era suyo! Este era *ñor* Patricio, que tenía pacto con Satanás y trataba con las brujas; todas las noches andaba por el pozo de los arrayanes y lo seguía una luz a dondequiera que iba. Entiérrenlo en las *Tapias de Pilatos*, y písenlo bien para que no se salga!»

En el mismo sitio en que Santiago apuñaleó a Mercedes, puso Patricio fin a la desdichada vida que llevó desde que, satisfecha la venganza preparada con tánto artificio y malicia, reclamó sus fueros la inexorable conciencia.

La justicia de Dios a veces tarda, pero siempre llega!

LOS GUERRILLEROS

Si prestamos atención a los fenómenos que se cumplen en el Universo, ya en el orden físico, ya en el inmaterial, se observará que la ley de las compensaciones rige con una precisión en que se admira la sabiduría de la Providencia, que conserva sus creaciones, todas a cual más portentosas. Quitad la ayuda mutua, no sólo de la materia inorgánica, sino también de los seres que obran en virtud de un espíritu que los anima, y volveríamos al caos.

El conjunto armónico que reina entre las criaturas, requiere que los fuertes no puedan existir sin el concurso de los débiles, ni éstos sin el apoyo de aquéllos.

Nada hay más imponente que una noche serena con su inmensa bóveda estrellada, en donde ostentan su brillantez los millones de astros, en la aparente confusión que arrancó al Rey D. Alfonso el Sabio, primero, y después a Lutero, esta blasfemia: « Si yo hubiese estado en los consejos de Dios cuando creó el firmamento, habría aconsejado mejor arreglo en las estrellas,» según lo refiere Audin, biógrafo del último, lo que prueba que tanto el legislador de Castilla como el audaz reformador, ignoraban las nociones triviales de que un cuerpo no puede ocupar el espacio ocupado por otro cuerpo; que la materia es divisible y sufre transformaciones, pero no se aniquila; que la existencia de los astros estriba en el

cumplimiento ineludible de las leyes de atracción y repulsión de los diversos sistemas que giran en el espacio; que la desaparición de cualquier cuerpo celeste produciría un cataclismo inconcebible; y que la tierra tiene forma esférica, y gira sobre su eje y al rededor del sol.

Descendamos de las alturas inconmensurables a que nos hemos elevado, y veremos en los tres reinos de la naturaleza la misma ley de compensación.

Desde que apareció el hombre sobre la tierra con el cortejo de animales puestos a su servicio, quedó fundada la sociedad en las condiciones que la hacen practicable, esto es, con diferencias sensibles de ricos que pagan el salario de los pobres, y de éstos que trabajan con la esperanza de remuneración por el servicio que prestan a los primeros.

De la nivelación forzada que se pretende fundar entre los hombres de distintas condiciones, va resultando el pavoroso monstruo del socialismo, que ya se presenta como amenazante factor de la moderna civilización.

No son menos admirables las leyes que rigen el desarrollo y existencia de la vegetación y de los metales, por el mutuo apoyo que se prestan: al corpulento cedro trepa la débil enredadera que moriría al nacer si no encontrara un asidero para alzarse del suelo, y la aleación de los metales los hace más resistentes y sonoros.

De la anterior ligera exposición debiera deducirse que la paz y armonía ejercen su imperio en el mundo; pero no es así, pues por otra que parece fatal ley, la materia evoluciona sujeta a convulsiones que esparcen el espanto y desolación dondequiera que se presentan, desde el diluvio que anegó la tierra hasta la erupción del volcán de Java, fenómeno apenas comparable al cataclismo por el cual se sumergió la Atlántida y surgió la América.

La humanidad también está sujeta al implacable destino de no poder hallar su desarrollo y progreso sino

por entre charcas de sangre y exterminio en las escenas que conocemos con el nombre de GUERRA, palabra terrible que encierra en sí el conjunto más complejo de todos los males.

*

Dado el hecho de que los hombres hemos de vivir haciéndonos la guerra, con razón o sin ella, hagamos un ligero recuento de los medios empleados para destruírnos, y de las consecuencias mediatas e inmediatas de un estado de cosas funesto a todas luces; pero que a pesar de todo se ha trocado de mal agudo en crónico, especialmente en la que fue América española.

Una tradición popular dice que el Salvador del mundo dejó en herencia a los creyentes una cantidad como de cinco centavos al doce por ciento anual de interés compuesto, para que se repartiesen el capital y los intereses en el año de dos mil. Pues bien: si fuese cierta esta quimera, resultaría que no se podría pagar la herencia, porque no habría oro y plata suficientes para ello.

Si lo que dejamos expuesto apenas se refiere al aumento de cinco centavos en dos mil años, ¿qué población tendría nuestro globo por la reproducción de la especie, desde que se creó el hombre, si no hubieran desaparecido los hombres muertos en las guerras?

¡Para mejor será! según dicen nuestros indios, porque si los que somos no podemos vivir en paz, ¿qué sucedería si tuviésemos más prójimos, con obligación de sobrellevar sus flaquezas y adversidades?

La primera arma de guerra de que se hizo uso fue la quijada de un asno, con la cual mató Caín a su hermano Abel; dos mil quinientos años después, Sansón arremetió con otra quijada de jumento a trescientos filisteos, a quienes no quedó hueso sano, y murieron en la pelea. Si estos hechos no constaran en la Biblia, podrían tomarse en el sentido de metáfora irónica, en que figu-

ra el pacífico pollino como instrumento de castigo por el inicuo trato que le da el hombre,

Los guijarros, la maza y las flechas con púas de espinas de pescado o astillas de hueso, fueron las armas primitivas de que se valieron los hombres para destruírse, hasta que Tubalcaín forjó el hierro, indudablemente por revelación divina, porque no de otra manera se comprende que hubiera podido hacer la operación de pudlar dicho metal para hacerlo maleable en determinadas condiciones, por un procedimiento metalúrgico antediluviano, que la industria moderna con todos sus adelantos no ha podido mejorar.

Puesto el hierro al servicio de la guerra, se forjaron con este metal espadas, lanzas, mazas ferradas, puñales, ballestas y armaduras que protegían contra aquellas armas.

Con los agentes destructores que hemos mencionado, hizo la guerra la humanidad durante muchos siglos; pero al menos los combatientes tenían necesidad de hallarse animados de valor y destreza en el manejo de su arma, porque en las batallas de entonces se combatía cuerpo a cuerpo, y regularmente los vencidos quedaban muertos, o prisioneros condenados a la servidumbre. Y como la ciencia no podía excusarse de poner su contingente destructor, se emplearon los espejos ustorios de Arquimedes, que incendiaban, y el fuego griego inextinguible.

Así marcharon las cosas hasta que un fraile mezcló azufre, nitro y carbón con el objeto de curar la sarna a un perro; la casualidad hizo que el animal se aproximara a una hoguera y se incendiara. Este hecho llamó la atención del religioso, que era dado al estudio; quiso averiguar la fuerza que tuviese el explosivo, y en el experimento perdió la vida.

Con la infernal inventiva del hombre se aplicó tan preciosa mixtura a la destrucción, para lo cual se inventó el arcabuz, que daba fuego por medio de una mecha

encendida, añadiéndole una especie de confite de plomo que hizo ineficaz la coraza. Desde entonces se cumple el anatema de Miguel de Cervantes Saavedra:

« Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa para que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que sin saber cómo o por donde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corte y acabe en un instante los pensamientos y la vida de quien la merecía gozar luengos siglos.»

La aplicó más tarde al arcabuz la ley del progreso, y se inventó el cañón de artillería que hace más ruido y causa mayor estrago. El Sultán Mahomet hizo experimentar la potencia de la nueva arma contra Constantinopla, después de que se había ensayado, entre otras batallas, en Crecy.

El perfeccionamiento de las armas de fuego ha sido semejante a lo que reza la parábola del diminuto grano de mostaza, que germina y es el fundamento del árbol majestuoso donde se anidan las aves del cielo.

Del arcabuz de mecha se pasó al fusil de sílex y bayoneta; después, sucesivamente a los rifles rayados de percución y de aguja.

Se empezó por construír cañones del calibre de una libra, y hemos llegado a la fundición de monstruos de acero en cuya ánima se introduce un hombre para limpiarlos, y que arrojan proyectiles de más de quinientos kilogramos de peso que hacen zozobrar al acorazado que tocan, o abren amplias avenidas en las ciudades en donde caen, disparados a veinte kilómetros de distancia; o bombas de explosivos incendiarios que causan estragos

semejantes a los que se produjeron en las catástrofes de Pompeya y Herculano, inundadas con las llamas del Vesubio al principio de nuestra éra. A estas máquinas de guerra hacen cortejo los traidores torpedos, que en pocos instantes pueden hacer hnndir en los abismos del océano al más poderoso acorazado, y otros explosivos que, bien manejados, podrán dividir en cuartos el globo terráqueo.

Más parcos hemos sido en el peso de los proyectiles que arrojan las armas menores de fuego; se disminuyó en cantidad, pero se aumentó en fuerza y alcance.

El fusil de pedernal y bayoneta que sustituyó al arcabuz del mismo calibre, se cargaba con bala que tenía una onza de peso, alcanzaba hasta trescientos metros y se disparaba cada dos minutos. Hoy tenemos para escoger, los fusiles de Lebel, Mauser, Grass, Manlicher y Rémington, con lo que se puede matar a un hombre a la distancia de ochocientos, mil y mil quinientos metros, aunque se escondiera detrás de una encina,—como hizo Wellington en Waterloo,—y se hacen hasta quince disparos en un minuto.

Ya parecían suficientes estas armas para destruír no una, sino muchas especies; pero la ambición del hombre es insaciable. Al lado del fusil de tiro rápido ostentan su poder destructor las ametralladoras, que disparan doscientas cincuenta veces en cada minuto, y el cañón automático Maxim, que envía sobre el enemigo un torrente de proyectiles a razón de trescientos por minuto!

Nuestros lectores convendrán con nosotros en que de la quijada del asno de Caín hasta el cañón Maxim se ha progresado algo en el arte de destrucción, y tánto, que Europa, provista de los terribles armamentos modernos, ha permanecido tranquila, temerosa de los estragos que en sus ejércitos causaría la guerra; y sus gobiernos se han contentado con hacer el experimento de sus armas sobre pueblos débiles, bien que parece les va sa-

liendo *el tiro por la culata*, porque ya pasaron los tiempos de hacer conquistas sobre enemigos que, a más de carecer de disciplina militar, peleaban con flechas y hondas.

Abisinia con su rey Menelik, curó a los italianos de las tentativas para parodiar a Hernán Cortés. Aguinaldo en Filipinas demostró a los yanquis que no es empresa fácil asimilarse un pueblo como si fuera chuleta de cordero; y los Boers fueron tal vez los escogidos de Dios para dar la voz de alto a la codicia británica. Por inescrutables designios de lo Alto, las naciones que, llevadas de un espíritu mercantil suministran armas para fomentar guerras y revoluciones entre pueblos que necesitan de la paz para prosperar, van siendo ya víctimas de su indigno proceder.

Un esfuerzo más, y se acabará la guerra: el día en que entren en juego la electricidad y el aire líquido como elemento de destrucción, de manera que el primero que se sirva de ellos fulmine a todos sus contrarios, buscaremos otro medio menos expedito para destruírnos, y tal vez volveremos a las cebollas de Egipto, a la quijada jumentil, que duele más y mata menos.

*

El estado de guerra presupone batallas en proporciones más o menos grandes, según el número de los combatientes.

Cada uno de los contendores llama enemigo al conjunto de sus contrarios, y por mucho que sea el valor de todos ellos, es lo cierto que al ponerse a la vista aquellas masas de hombres armados, y de caballos que arrastran instrumentos de muerte, se experimentan impulsos de odio y sensaciones de calofrío que dominan los beligerantes avezados a la guerra; pero no los novicios en la profesión, en quienes se produce el desfallecimiento de los músculos que llaman *canillera* los veteranos. Al mi-

litar a quien acontece este percance, llaman cobarde y debe cambiar las charreteras por cualquiera de los emblemas que distinguen a los pacíficos.

El miedo es natural en el prudente,
Y el saberlo vencer es ser valiente,

según lo canta Ercilla en *La Araucana*, y así lo creemos, porque dada nuestra manera de apreciar los hechos, tiene más mérito el que afronta las balas dominando el instinto de conservación, que el hombre acostumbrado a combatir.

Murat sentía la fascinación de la batalla desde que veía al enemigo, y se engalanaba con sus mejores arreos militares para dirigir la carga a la cabeza de sus brillantes coraceros.

Ney no podía dominar las neuralgias que lo acometían en los momentos de entrar en combate, y sólo después de que el cuerpo le hacía de las suyas, aparecía el formidable hombre de guerra que no pestañó ante las balas, ni en el momento de fusilársele.

A Páez le acometían accesos de epilepsia después de los primeros disparos de la batalla, lo que estuvo a punto de serle fatal en Carabobo.

Carlos XII y Napoleón I fueron de los pocos capitanes que conservaban en perfecto equilibrio sus facultades mentales durante todas las peripecias que se consuman en el complicado drama de conducir los hombres a que rindan la vida en una batalla.

La sublimidad del heroísmo consiste en que, siendo potestativo el evitarlo, se haga no obstante el sacrificio deliberado y espontáneo en beneficio público.

Leonidas invitó a sus trescientos compañeros a cenar en los infiernos para la noche que había de seguir a la batalla de las Termópilas; y cuando sus soldados le advirtieron que las saetas del millón de hombres de Jerjes oscurecían el sol, contestó la magnífica frase que confir-

mó su resolución inquebrantable y que conserva la historia como un monumento indestructible:

"Mejor: pelearemos a la sombra!"

De todas maneras, el hecho de enfrentarse a las balas, es un acto tanto más meritorio cuanto menos valor tenga el que lo hace: en cuanto a la gloria que se obtiene en la guerra, aquélla es una diosa antojadiza que tiene por fundamento la sangre de las víctimas inmoladas, y las ruinas que se amontonan dondequiera que Belona asienta su planta, porque todo en el hombre es relativo.

De las innumerables batallas libradas en el mundo, sólo dieciséis han tenido por objeto la libertad de los pueblos: la sangre vertida en las demás, probablemente sólo ha servido al sostenimiento de dinastías que necesitaron de la fuerza para dominar, a la imposición de creencias religiosas contrarias a las que profesaban los asociados, o a la conquista de naciones débiles, porque los lobos entre sí reflexionan mucho antes de darse dentelladas.

Hay otro hecho digno de notarse en la historia: muchas batallas de mediana significación numérica han cambiando la faz de las naciones. Farsalia, Marengo y Ayacucho confirman nuestro aserto.

La toma y destrucción de Babilonia por Ciro, aniquiló la civilización de los Asirios, y de éstos nos queda el recuerdo de la fastuosa Semíramis, que lloró en medio de la opulencia de sus jardines suspendidos, al recordar que debía morir como todos los mortales; su momia figura en el museo de Londres, y Rossini la inmortalizó en la ópera que lleva su nombre.

En la toma de Jerusalén por Tito se vertió tánta sangre judía, que salpicó el pecho de los caballos; el fuego casual destruyó el templo que ya no era agradable a Jheová, y los prisioneros crucificados presencial an desde las colinas que dominan las murallas, la expiación de la ciudad deicida.

En los montes Cataláunicos se libró la descomunal

batalla entre más de millón y medio de combatientes, que destruyó el poder de Atila en el Occidente de Europa; ciento cincuenta mil cadáveres quedaron insepultos en el campo.

La batalla de la Moskowa fue otro hecho de armas comparable en sus estragos al anterior, aunque muy inferior en resultados. Cien mil hombres perdieron allí la vida; pero al menos se libraron de caer confundidos en el inmenso desastre conocido con el pavoroso nombre de la retirada de Rusia, que acarreó la ruina del primer imperio francés.

Este ligero esbozo de hecatombes humanas, nos servirá para formarnos aproximada idea de los estragos que ha causado la guerra desde que hubo dos hombres que riñeron entre sí.

Sean cuales fueren los fundamentos de una guerra, según la opinión del Conde José de Maistre, la gloria que puede el soldado adquirir en ella le corresponde sin menoscabo alguno, puesto que expone su vida en servicio de la patria, y los ejércitos no son cuerpos deliberantes.

*

Rotas las hostilidades entre los beligerantes, ya sea en guerra internacional, ya en guerra civil, se empiezan las maniobras tendientes a la aglomeración del mayor número de soldados en determinado punto; las emboscadas, asaltos, sorpresas, celadas y demás estratagemas con el fin de que, en la imponente tragedia que se llama batalla campal, la victoria corone las sienes del más audaz y advertido, aunque bien visto, es en la guerra donde se comprueba la falibilidad humana. ¡Cuántas batallas han perdido los más reputados militares después de ajustarse a las reglas del arte! De aquí proviene tal vez que a la Divinidad se le llame Dios de los Ejércitos, porque da el triunfo a quien le place.

Entre las muchas desgracias que apareja la guerra,

se cuenta la autorización de hechos que entre particulares y a la luz del derecho común se reputan prohibidos. Así vemos en la Biblia que Joel violó la hospitalidad matando a Sísara con un clavo que le atravesó las sienes mientras dormía; y a Judit que corta la cabeza de Holofernes embriagado, sin sospechar que en vez del amor que creía satisfacer en brazos de la seductora viuda judía, ésta le cortaría la cabeza para presentarla a los atemorizados habitantes de Betulia.

Todos los grandes militares han hecho uso de sorpresas y celadas en grande escala: con una de ellas principió Aníbal la batalla de Trebia; insidia fue el paso de los Alpes en 1800; lazo tendió Piar a los españoles en San Félix; Nariño falsificó la orden de Baraya a Girardot la víspera del ataque a Bogotá en 1813; aún se recuerda en Amiens la sorpresa de las nueces; Espínola engañó a Enrique IV diciéndole la verdad, y Bayardo, el caballero sin tacha ni miedo, llevó a buen término la célebre emboscada que le dio por resultado apoderarse del dinero que conducían fuerzas españolas para el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba bloqueado en Barletta.

Una vez puestos los ejércitos en campaña, se ven asediados de fuerzas más o menos organizadas que los hostilizan por todos los medios que están a su alcance, compensando la inferioridad numérica de sus fuerzas con la astucia y audacia; estos cuerpos se denominan francos-tiradores en conflictos internacionales, y guerrillas en las guerras civiles.

Aquí volvemos a encontrarnos, como factor principal en achaques de astucia, con nuestro antiguo conocido el asno, que por antítesis de su paciente catadura, ocurrió a una feliz estratagema, *quando animalia parlabant*, para salvarse de los colmillos de un lobo.

Se refiere en las fábulas de Samaniego que a un burro cojo lo seguía un lobo hambriento en un sitio enmarañado, de donde no le era posible huír con probabilidades de salvarse.

El peligro aguzó el magín del jumento, quien propuso a su feroz contendor que, visto su estado lastimoso, se consignaba en su poder para que le extrajera un clavo que le había metido el herrero cuando lo herró, y después se lo comiera de *cabo a rabo*.

«Con su estuche molar desenvainado
El nuevo profesor llega al doliente;
Mas éste le dispara de contado,
Una coz que lo deja sin un diente.»

Mientras el lobo con las mandíbulas vacías lloraba su desventura, el pollino tomó el trote, subióse a una colina, y desde allá espetó estentóreo rebuzno de triunfo a su enemigo.

Cada gavilán tiene su cernícalo, dice un refrán: así es en realidad; y nosotros añadimos que para un valiente hay un cobarde, y al fuerte lo persigue el débil.

El *titiribí* es una avecilla diminuta, de plumaje rojo y negro, que acomete en los aires a todas las aves de rapiña, inclusa el águila; su táctica estriba en la rapidez de su vuelo que la hace pasar sobre el enemigo, que persigue con la velocidad de una saeta, y lo aturde a picotazos, hasta que lo reduce a fijarse en algún árbol en donde lo mantiene en jaque durante el día.

Es de presumirse que el hombre debió de tomar de los animales lecciones de astucia y estrategia, para luchar contra los poderosos, y que de aquí surgiera el sistema de guerrillas que, bien dirigido, tiene grandes ventajas en la guerra.

Viriato fue un guerrillero lusitano que hostilizó con fortuna varia a las legiones romanas hasta que el Cónsul Servilio Cepión concertó con dos oficiales traidores del héroe, el villano asesinato de que fue víctima en una emboscada el año 141 antes de Jesucristo. Viriato fue el primero que implantó en España el modo de equilibrarse el débil con el fuerte, por medio de las guerrillas, ejemplo que no fue estéril para el porvenir.

El valor tenaz de los españoles y la topografía especial de su península han contruibuído para que la guerra de partidas figure con ventaja en la historia de la madre patria.

Después de la primera invasión de los árabes, y de la consiguiente conquista y destrucción de los diferentes reinos en que estaba dividida España, no quedó a los pocos castellanos que quisieron sustraerse a la dominación musulmana, sino una roca escarpada en las montañas de Asturias. Pelayo, con un grupo de esforzados caballeros, desafió desde su nido de águila al ejército que avasallaba su patria, y logró rechazar las huestes mahometanas, que, engreídas con la facilidad de sus triunfos anteriores, dieron poca importancia a la guerrilla de Covadonga: error de apreciación favorable a la causa de la cristiandad, porque en ese mismo día tuvo principio la reconquista de España para sus hijos.

Napoleón I, después de vencer a los mejores ejércitos de Europa, creyó empresa muy hacedera el sometimiento de España a su carro de conquistador; pero no contaba con la energía que los españoles manifestaron en todos los actos de un pueblo que no quiere ser esclavo, especialmente en el sistema de guerrillas que hostilizaron sin tregua a los franceses.

El patriotismo de los iberos no tuvo límites: el clero combatía con el crucifijo en una mano y el trabuco en la otra; las mujeres luchaban desesperadamente al lado de sus esposos y de sus hijos, y cuando algunos jefes invasores ordenaron actos crueles en castigo del valor indomable de sus adversarios, éstos ejecutaron en represalias horribles y repugnantes crueldades que la pluma se resiste a describir.

Goya, el pintor del odio y de la matanza, perpetuó en sus cuadros el recuerdo de las ejecuciones llevadas a cabo por los franceses contra los guerrilleros, a quienes no se les reconoció el carácter de beligerantes. Sesenta años después, los prusianos, siguiendo el ejemplo de los

franceses en España, fusilaron sin misericordia a los franco-tiradores que caían en sus manos combatiendo contra el invasor de la patria!

Durante la primera guerra de los carlistas en España, surgieron varios Jefes de guerrillas a cual más valerosos y entendidos, entre éstos Zumalacárregui y Ramón Cabrera; desgraciadamente se consumaron repetidos actos de crueldad por parte de los beligerantes en aquella larga contienda civil que dieron por resultado inmediato sangrientas retaliaciones; fue una de ellas la ejecución de la madre de Cabrera, quien al saber la ignominiosa suerte que le cupo a la que debía el sér, juró tomar la represalia de matar un servidor de la causa de doña Isabel II, por cada gota de sangre de su difunta madre; horrible venganza que produjo centenares de víctimas, muchas de ellas inocentes.

En la segunda guerra civil de los carlistas también combatieron las guerrillas a los ejércitos republicanos en la Península; uno de los que más llamó la atención entonces fue D. Enrique Loydy, cura de Santacruz, implacable guerrillero fanático que llevó su fervor hasta fusilar a una mujer por espía, después de que la confesó y le prestó los auxilios que prescribe la religión de paz!...

El supuesto Abate Cimourdain de Víctor Hugo, el cura de Santacruz y el clérigo D. Ildefonso de las Muñecas, de Bolivia, que no pedía ni daba cuartel en la guerra de la Independencia, son tipos que tienen mucha analogía entre sí, porque no se cambian impunemente las insignias del sacerdote por los arreos militares.

*

De la beatífica tranquilidad que gozaban los colonos del Nuevo Reino de Granada, los sacó la llegada a Santafé del Visitador Regente D. Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres en el año de 1780, con facultades omnímodas para el arreglo de la Hacienda de su Majestad Católica

D. Carlos III, empeñado en guerra con el inglés. Todo lo cual quería decir que las necesidades del erario español exigían un recargo de contribuciones, y la creación de otras para sacar airoso al monarca de su belicosa empresa, a costa de los pacíficos y laboriosos colonos, quienes apenas ganaban con qué atender a sus más indispensables necesidades, después de pagar al fisco los pesados impuestos con que se les abrumaba.

Desde el año de 1635 se estableció en el Virreinato granadino, de orden de la Corona, la contribución llamada *Sisa*, que, según lo indica el diccionario de la lengua, es la parte que se hurta en el expendio de víveres, lo que quitan los sastres en las telas que se les entregan para hacer vestidos, y la imposición sobre géneros comestibles, rebajando el peso y medida, contribución odiosa que cayó en desuso por su impopularidad.

El Regente Gutiérrez de Piñeres dio principio a su cometido restableciendo la contribución de *sisa*, cuyo producto se destinaba al sostenimiento de la marina de guerra española llamada del barlovento, pero haciéndola extensiva a los efectos que se introdujeran de España, único país de Europa que proveía a las colonias de la madre patria; a todos los productos del Virreinato en cualquiera de sus formas; a las pulperías, tiendas de comercio y a las carnicerías; a los ganaderos y hacendados; a las fincas urbanas y rurales; a la imposición y redención de censos; a las almonedas y contratos extendidos en escritura pública; a los buhoneros, artesanos, mayordomos, rematadores de rentas, multas y a unas cuantas etcéteras más, con la obligación impuesta a cada individuo de llevar cuenta comprobada de las operaciones mercantiles que hiciera, para presentarla en el momento que se la exigieran los administradores de la renta.

Añádase a la contribución de *sisa* los monopolios de la sal, del aguardiente, del tabaco y los naipes; con más la Santa Bula, los peajes, tributos, capitación, alcabalas, pontazgos, pasos de ríos, papel sellado, vacantes, anatas,

medias anatas, diezmo y primicia, con otros que se nos quedan en el tintero, y podrá el lector formarse cabal idea de las socaliñas que se empleaban en aquellos buenos tiempos para chupar el quilo y aprovechar el trabajo de los que tenían la desgracia de vivir de su industria o del comercio.

En previsión de que los corderos no se dejasen esquilmar sin dar un balido, se instituyeron resguardos encargados de consumar el saqueo por medio de violencias repugnantes, llegando la insania de aquellos cancerberos hasta ofender el honor de las mujeres.

Inútiles fueron los reclamos y súplicas de los cabildos al Regente, en los que se le pedía alivio para los pueblos arruinados con el peso de los fuertes pechos que los gravaban; vanos esfuerzos, porque la protesta es recurso de los débiles, y al Gobierno español lo que le importaba era repletar, con el dinero de los americanos, sus arcas vacías, para atender al brillo de la monarquía, que en ese entonces quería recuperar su antigua grandeza.

Perdida toda esperanza de la disminución de los fuertes nuevos impuestos, empezó a notarse cierta efervescencia en los ánimos, prontos a estallar al primer pretexto que se presentara.

Un hecho de poca significación, según acontece en algunos sucesos de la vida, fue el origen del movimiento insurreccional conocido con el nombre de *Los Comuneros.*

La Provincia del Socorro, la más industriosa del Virreinato, y, en consecuencia, la más extorsionada con los impuestos, fue la primera en dar la voz de alto a las autoridades de la colonia

El primer acto de resistencia al pago de los injustos impuestos tuvo lugar el 22 de octubre de 1780, con la batida de los guardas que iban a cobrarles a los habitantes de Simacota, en el cual encuentro quedaron gravemente heridos D. Ignacio Uribe y su compañero Joa-

quín Sepúlveda: el 29 del mismo mes, y el 17 de diciembre siguiente también hubo movimientos sediciosos en los distritos de Mogotes y Charalá, con caracteres de protesta armada en contra de estas contribuciones.

Ya fuese la poca importancia que la Audiencia de Santafé diera a estos actos, o la falta de fuerzas suficientes para dominarlos, el hecho fue que la autoridad no hizo gran cosa con el fin de contener y prevenir los sucesos posteriores que turbaron entonces la tranquilidad en las Capitanías Generales de Quito y Venezuela, y en los Virreinatos del Perú y Nuevo Reino de Granada.

Algunos escritores respetables creen que el movimiento de insurrección de los Comuneros tenía concomitancias con el grito de independencia lanzado por el inca Tupac-Amarú el 4 de noviembre de dicho año, y aun se asegura que en el villorrio de Silos y en otros pueblos del Virreinato granadino se le proclamó Rey. No abrigamos la misma opinión, atendidas las dificultades de las comunicaciones en aquella época de atraso, y, más que todo, la índole que caracterizó el movimiento iniciado en Simacota, primero, y después en el Socorro.

Con el fin de que los contribuyentes se enteraran de las reformas introducidas en el arancel de contribuciones, se había fijado en las puertas de las alcaldías el edicto del Visitador, en que se intimaba su pago con fuertes apremios y vejámenes personales a los refractarios: esto bastó para colmar la medida de la paciencia entre los oprimidos.

Los santandereanos comen hormigas; pero son y han sido gentes que no aguantan pulgas ni ahorran sacrificios cuando se trata de defender sus derechos.

El día 16 de marzo de 1781 era día de mercado en el Socorro; desde muy temprano empezó a llenarse la plaza con los vivanderos que llevaban sus frutos, y con los industriosos habitantes de la ciudad y sus contornos,

que extendían en toldas y barracas las manufacturas del país, que entonces abastecían a los habitantes del centro del Virreinato.

Un observador perspicaz habría podido advertir que los mercaderes reunidos en la plaza echaban miradas recelosas hacia la puerta de la Alcaldía, donde se veía fijado un papel blanco con caracteres manuscritos: este era el antipático edicto que hacía hervir la sangre a los pacíficos contribuyentes.

De repente surgieron, sin saberse de dónde, varios individuos guiados por José Delgadillo, tocando generala en un tambor, rodeado de unos cuántos compañeros resueltos; se dirigieron a la Alcaldía, que estaba servida por D. José de Angulo y Olarte, a quien gritaron en són de protesta contra el pago de los nuevos impuestos.

Alarmado el Alcalde con la actitud de los bochincheros, les habló en términos comedidos con el propósito de aquietarlos; en ello estaba cuando salió de entre la multitud que ya llenaba la plaza, Manuela Beltrán, mujer de la clase media y de gran ánimo; volvió trizas el papel maldito, cuyos fragmentos arrojó al viento en medio de los vítores y rechifla de la multitud, y gritó: "Viva el Rey y muera el mal Gobierno!" aunando a sus palabras ademanes altaneros y sugestivos, que arrastraron a los circunstantes.

Al ver el amedrentado Alcalde que se irrespetaba su autoridad, se puso en salvo mientras los sediciosos recorrían las calles vitoreando la libertad y gritando mueras al odiado Regente. El Cabildo, apoyado por el pueblo, ordenó la suspensión del cobro de los impuestos motivo de la asonada, y dio cuenta de lo ocurrido a la Audiencia de Santafé; pero esta Corporación se limitó a dar autorizaciones al Alcalde del Socorro en el sentido de que se obrara con cautela en esta delicada emergencia, y se recogieran las pruebas justificativas de las medidas

de rigor que deberían emplearse contra los autores del desorden.

*

Esparcida en las poblaciones vecinas la noticia de lo ocurrido en el Socorro, halló eco de simpatía el grito de libertad en San Gil, primero, y después en otras poblaciones más o menos importantes; pero el carácter de resistencia al pago de impuestos que tuvo en un principio el movimiento, se trocó en el de rebelión a mano armada por un impulso espontáneo de los pueblos supeditados. En otros lugares destruyeron los objetos estancados, despedazaron las pesas y medidas y rompieron los escudos de las Armas Reales, hechos en que tomó parte Lorenzo Alcantuz, una de las víctimas de la venganza española.

Con el fin de dar forma práctica al nuevo estado de cosas, los insurrectos nombraron capitanes generales a los señores Juan Francisco Berbeo, Francisco Rosillo, Salvador Plata y José Antonio Monsalve, quienes se erigieron en Supremo Consejo de Guerra, bajo la inmediata influencia del señor Berbeo, que los dirigía.

Los cabildos de las otras poblaciones rebeladas también eligieron Capitanes Generales que debían ponerse a órdenes de los nombrados en el Socorro, con el propósito de establecer unidad de acción en las medidas que debían adoptarse, si llegaba el caso de que se viesen precisados a ocurrir a las armas como *ultima ratio*, porque no se atendieran los justos reclamos interpuestos ante la Audiencia de Santafé, en el sentido de la disminución de contribuciones. Este fue el origen de los Comuneros, nombre con el cual se les designa en la Historia.

Grande era la espectativa que reinaba en la capital, a donde llegaron muy exageradas las noticias de lo ocurrido en el Norte, y, además, el estado de la opinión favorecía la causa de los Comuneros a tal extremo, que

muchos esperaban propicia coyuntura para anexarse a la causa que aquellos proclamaban.

Como era natural, las autoridades de Santafé pintaban a los Comuneros como si fuesen una horda de facinerosos, enemigos de Dios y del Rey, que cometían atropellos y crímenes inauditos donde quiera que ponían el pie; palpable injusticia, porque en aquel movimiento sólo se hizo uso de la fuerza para defenderse, y se dieron amplias garantías a los españoles y criollos que no les eran adictos; la propiedad particular se respetó escrupulosamente, y en cuanto a los bienes del Fisco, se tomó lo indispensable para el sostenimiento de la fuerza armada que organizaran únicamente con el fin de mejorar su suerte, sin tratar de emanciparse de la metrópoli, siendo muy digno de llamar la atención el hecho de que aquellos primitivos patriotas salieron inmaculados de la prematura e impremeditada empresa que acometieron.

Temeroso el visitador Gutiérrez de Piñeres del giro que tomaban los acontecimientos, de los cuales era principal responsable, reunió unos cien hombres reclutas que no sabían manejar el fusil que se les puso en mano, resultado del sistema empleado por las autoridades españolas que mantenían a los colonos en entredicho con el servicio militar.

El Capitán D. Joaquín de la Barrera, del ejército del Rey, fue el jefe de aquella ridícula expedición, que salió de Santafé en compañía del Oidor D. José Osorio como asesor autorizado para impartir justicia en pro o en contra de los rebeldes.

Los Comuneros estaban informados de las medidas de guerra que se preparaban contra ellos por las autoridades de Santafé, y al saber que se les aproximaba en són de guerra el Capitán La Barrera, se aprestó a recibirlo una guerrilla de quinientos voluntarios armados con lanzas, hondas y garrotes, al mando de Ignacio Calviño y Antonio José Araque.

En el Puente Real se hallaba el Capitán La Barrera con sus cien soldados cuando recibió la intimación que le hicieron los expresados jefes para que se rindiera con su gente. Al recibir la negativa de aquél, lo atacaron en la casa que les servía de cuartel, y fue tál el pánico que se apoderó de los expedicionarios realistas, que se saltaron por las ventanas y huyeron en unión del Ayudante D. Francisco Ponce, quien para mayor seguridad se disfrazó de fraile, y así vestido llegó a Santafé a dar cuenta del fracaso sufrido por las armas de Su Majestad Católica. La Barrera, Osorio, los soldados que no pudieron huír con sus armas, y doscientos fusiles que éstos llevaban para aumentar las fuerzas con el objeto de pacificar el Norte del Virreinato, fue el botín de guerra que obtuvieron los Comuneros en el combate del Puente Real, más el consiguiente prestigio que rodea al vencedor, y la favorable decisión de los adoradores del dios éxito.

No es nuestro ánimo seguir las peripecias de lo que se llamó guerra de los Comuneros, porque, en realidad, lo menos que hubo entonces fueron batallas, y lo más, impericia militar de los americanos, candidez de parte de sus caudillos, y perfidia y crueldad de las autoridades de la colonia.

Berbeo reunió un ejército de voluntarios en número de cerca de veinte mil, alistados en las poblaciones que habían secundado el movimiento, mal armados, sin disciplina, aunque sumisos a sus jefes, con los cuales emprendió marcha sin encontrar resistencia, hasta la ciudad de Zipaquirá.

El arrogante Visitador Regente Gutiérrez de Piñeres tomó las de *villadiego* con dirección a Honda, por lo cual Berbeo comisionó a José Antonio Galán para que sublevara los pueblos y persiguiera al fugitivo, a quien no pudo alcanzar.

Galán libró un ligero combate en el alto de *El Roble;* a su paso por Guaduas tomó algunos efectos, cuyo va-

lor pagó a sus dueños, se encaminó con su tropa a la ciudad de Honda, la que tomó a fuego y sangre, y continuó su marcha triunfal hasta Mariquita y Ambalema.

Al saberse en Santafé la ocupación de Zipaquirá por los Comuneros, y que los nemocones reclamaban como propia la salina, se atemorizaron sobremanera, pues no tenían medios de oponer resistencia en caso de ataque por parte de las fuerzas del Norte. Esto influyó para que la Audiencia se prestara a enviar los comisionados que exigía el Comandante General Berbeo, para tratar con ellos las capitulaciones que debían poner término al conflicto, en el sentido de modificar el edicto del Visitador, consultándose la justicia que asistía a los pueblos sublevados.

Al fin, después de largas discusiones de los comisionados de ambas partes, entre los cuales se hallaba el Arzobispo de Santafé, señor D. Antonio Caballero y Góngora, se ajustaron las capitulaciones en los términos presentados por los Comuneros, bien que a ello contribuyeron las vociferaciones de éstos en la plaza de Zipaquirá, donde se oyó el grito de «¡guerra a Santafé!»

Las capitulaciones se enviaron a la Audiencia de Santafé en solicitud de su sanción; este alto Tribunal se hallaba impresionado con los sucesos ocurridos en el Virreinato, motivados por el edicto del Visitador Regente, que ya tendían a tomar un sesgo peligroso para la paz secular de las colonias, por lo cual les impartió su solemne aprobación, jurando su cumplimiento todos sus miembros sobre los Santos Evangelios, por salir de la dificultad, mientras se daba cuenta al Virrey, que se hallaba en Cartegena atendiendo a la defensa de las costas contra la armada inglesa.

Devueltas las capitulaciones a Zipaquirá, se las recibió con gran pompa y regocijo, y el día 8 de junio del mismo año pontificó el Arzobispo en la iglesia de aquella ciudad ante un gran concurso, y expuso la Majestad en la custodia como testigo de la solemnidad del acto.

Los comisionados D. Joaquín Vasco y Vargas, del Consejo del Rey, y D. Eustaquio Galavís, Alcalde Ordinario de Santafé, se arrodillaron ante el Arzobispo, posaron las manos sobre el libro de los Evangelios, y juraron el cumplimiento de las capitulaciones en nombre de Dios y del Rey.

En seguida se cantó el *Te Deum* en el templo, mientras en la plaza se hacían salvas de fusilería y cohetes, más el repique de las campanas, lo que infundió gran regocijo en todos los ánimos por el feliz término de la situación de alarma en que se vivía después de la venida del funesto Visitador Regente, porque no había faltado quien vaticinara mal fin a las revueltas de los Comuneros; éstos se dispersaron para volver a sus pueblos llevando consigo copias de las capitulaciones, satisfechos de los sacrificios hechos para conseguirlas, y en la firme persuasión de que serían cumplidas.

Entretanto, el Virrey Flórez tuvo en Cartagena noticia de las capitulaciones, las improbó porque las consideró como un acto arrancado por la violencia, y despachó a Santafé el batallón *Fijo*, compuesto de quinientos veteranos españoles que debían prestar mano fuerte a las autoridades civiles del interior del Virreinato, para restablecer el orden y hacer ejemplar castigo de los que se considerasen delincuentes.

El primer acto de hostilidad de dicho batallón fue el ataque con una Compañía a los indios de Nemocón, con el fin de recuperar la salina. Las cabezas que se cortaron a los indios muertos en aquel ligero combate, sirvieron de adorno en los extramuros de Santafé.

Resueltas las autoridades superiores del Virreinato a violar lo pactado en las capitulaciones de Zipaquirá, se dio principio a la felonía, reduciendo a prisión a los comprometidos en el movimiento de los Comuneros, entre éstos al infortunado Galán, a quien se capturó en el sitio de *Chaganuele;* de la escolta que lo perseguía hicieron parte sus antiguos copartidarios Salvador Plata y Francisco Rosillo.

Aunque tarde, los Comuneros advirtieron que la aceptación de las capitulaciones por parte de los altos funcionarios de la Corona en Santafé, fue una trampa en que cayeron incautamente; trataron de rehacerse convocando a sus copartidarios para oponer resistencia; pero las tentativas que hicieron les demostraron su impotencia. Además, la desconfianza entre ellos cundió a causa de que los maldicientes aseguraban que la Audiencia de Santafé había comprado la traicion de Berbeo nombrándole Corregidor del Socorro, imputación evidentemente calumniosa, según lo demostraron los hechos posteriores cuando le destituyeron del Corregimiento.

De acuerdo con la absurda legislación penal de aquella época, a todos los que resultaron más o menos complicados en la insurrección de los Comuneros, se les sometió a un simulacro de juicio cuyo resultado final no podía ser dudoso. Nada más expresivo podemos presentar al lector que la parte conducente de la horrible sentencia que parece dictada por los *Pieles Rojas*, en que contrastan lo infundado de los cargos con la crueldad de sus disposiciones, a la vez que se hace resaltar en ella la clemencia del Soberano, la LENIDAD DE LAS PENAS, y las *causas* ATENUANTES que favorecían a los procesados.

"Siendo, pues, forzoso dar satisfacción al público y usar de severidad lavando con la sangre de los culpados los negros borrones de infidelidad con que han manchado el amor y ternura con que los fieles habitantes de este Reino gloriosamente se lisonjean obedecer a su Soberano: condenamos a Joseph Antonio Galán a que sea sacado de la cárcel, arrastrado y llevado al suplicio, donde sea puesto en la horca, hasta que naturalmente muera; que bajado, se le corte la cabeza, se divida su cuerpo en cuatro partes y pasado el resto por las llamas (para lo que se encenderá una hoguera delante del patíbulo); su cabeza será conducida a las Guaduas, teatro de sus escandalosos insultos; la mano derecha puesta en la plaza

del Socorro: la izquierda en la villa de San Gil: el pie derecho en Charalá, lugar de su nacimiento; y el pie izquierdo en el lugar de Mogotes: declarada por infame su descendencia, ocupados todos sus bienes y aplicados al Real Fisco; asolada su casa y sembrada de sal, para que de esta manera se dé al olvido su infame nombre, y acabe con tan vil persona, tan detestable memoria, sin que quede otra que del odio y espanto que inspira la fealdad del delito. Así mismo atendiendo a la correspondencia, amistad y alianza que mantenían con este infame Reo, comunicándole las noticias que ocurrían, fomentando sus ideas, levantando pueblos y ofreciendo sus personas para los más execrables proyectos, condenamos a Isidro Molina, Lorenzo Alcantuz y Manuel Ortiz, quienes ciegamente obstinados insistieron en llevar adelante el fuego de la rebelión, a que siendo sacados de la cárcel y arrastrados hasta el lugar del suplicio, sean puestos en la horca hasta que naturalmente mueran, bajados después se les corten sus cabezas y conduzcan, la de Manuel Ortiz al Socorro, en donde fue Portero de aquel Cabildo: la de Lorenzo Alcantuz a San Gil; y la de Molina, colocada a la entrada de esta capital: confiscados sus bienes, demolidas sus casas y declaradas por infames sus descendencias, para que tan terrible espectáculo sirva de vergüenza y confusión a los que han seguido a estos cabezas, inspirando el horror que es debido a los que han mirado con indiferencia estos infames vasallos del Rey Cathólico, bastardos hijos de su Patria! Y atendida la rusticidad, ignorancia y ninguna instrucción de Hipólito Galán, Hilario Galán, Joseph Velandia, Tomás Velandia, Francisco Peñuela, Agustín Plata, Carlos Plata, Hipólito Martín, Pedro Delgado, Joseph Joaquín Porras, Pedro José Martínez y Rugeles, Ignacio Parada, Ignacio Jiménez, Antonio Pabón, Antonio Díaz, Blas Antonio de Torres y Balthazar de los Reyes, los condenamos a que sean sacados por las calles públicas y acostumbradas, sufriendo la pena de doscientos azotes,

pasados por debajo de la horca con un dogal al cuello, asistan a la ejecución del último suplicio, a que quedan condenados sus capitanes y cabezas; confiscados sus bienes, sean conducidos a los presidios de Africa por toda su vida natural, proscritos para siempre de estos Reinos, remitiéndose hasta nueva providencia a uno de los castillos de Cartagena, con especial encargo para su seguridad y custodia. Y usando de la misma equidad, considerada la involuntaria y casual compañía en que se hallaron con Joseph Antonio Galán, Fulgencio de Vargas, Nicolás Pedraza, Francisco Meza y Julián Losada, les condenamos en que para siempre sean desterrados cuarenta leguas en contorno de esta Capital, del Socorro y de San Gil, y declaramos que esta sentencia debe ser ejecutada sin embargo de súplica, ni otro recurso, como pronunciada como a reos convictos, confesos y notorios; de la cual cumplida que sea, y puesto de ello certificación, se sacarán los testimonios correspondientes para remitirlos a los Jueces y Justicias de Su Magestad en todo el distrito de este Virreinato, para que leyéndola los tres días primeros de mayor concurso, y fijada en el lugar más público, llegue a noticia de todos, sin que nadie sea osado de quitarla, rasgarla ni borrarla, so pena de ser tratado como infiel y traidor al Rey y a la Patria, sirviendo este auténtico monumento de afrenta, confusión y bochorno a los que se hayan manifestado díscolos y menos obedientes, y de consuelo, satisfacción, seguridad y confianza a los fieles y leales vasallos de Su Magestad, reconociendo todos el superior brazo de su justicia, que sin olvidar su innata clemencia, castiga a los delincuentes y premia a los beneméritos, no pudiendo nadie, en lo sucesivo, disculparse en tan horrendos crímenes de conjuración, levantamiento o resistencia al Rey o a sus Ministros, con el afectado pretexto de ignorancia, rusticidad o justo miedo; y mandamos a todos los Jueces y Justicias de Su Magestad celen con la mayor escrupulocidad y vigilancia el evitar toda concurrencia o conversación diri-

gida a criticar las providencias del Gobierno, procediendo con el más activo celo contra los agresores o autores, ya de especies sediciosas, ya de Pasquines y Libelos infamatorios por todo rigor de derecho, dando oportuna y circunstanciada noticia de cuanto ocurra a este Superior Tribunal, pues su más leve omisión o disimulo en tan importante encargo, será de más grave y culpable descuido, que sin remisión les hará experimentar toda la indignación y desagrado de Nuestro Muy amado Soberano, quedando manchada su conducta con la fea nota de infidelidad, y de haber ejecutado esta sentencia en la parte que les toca, darán cuenta a este Tribunal; por la cual definitivamente juzgando, así lo mandamos, fallamos y firmamos en consocio del Sr. Francisco Javier de Serna, nuestro Alguacil Mayor de Corte y Abogado de la Real Audiencia como Conjuez de esta causa.»

¡Qué hubiera sucedido sin la magnanimidad del Rey y las causas atenuantes!....

La sentencia se cumplió en Santafé en los primeros días de febrero de 1782, sin suprimirle ni una tilde; la cabeza de Galán se envió entre un cajón a Guaduas, donde se expuso en escarpia para solaz de los guadueros. En Facatativá y Villeta se le hizo pernoctar en la respectiva cárcel, custodiada con centinelas de vista.

Uno de los primeros actos del Arzobispo-Virrey Caballero y Góngora fue la promulgación de un indulto por las penas impuestas a los Comuneros, en virtud del cual se pudieron inhumar cristianamente los restos insepultos de Galán y sus compañeros de martirio.

Así terminó la tragedia de los Comuneros, en la que si éstos perdieron la vida y la libertad, los mandones de España en Santafé mancharon el honor castellano con su perfidia y deslealtad.

*

Y el Virreinato volvió a quedar adormecido en paz y sosiego hasta que por el correo de las brujas recibió D. Antonio Nariño *Los Derechos del Hombre*, que publicó la Asamblea Constituyente de Francia, y los dio a la estampa en Santafé. El hecho causó gran escándalo en las autoridades de la capital, por cuanto en aquel papelucho se propalaban noticias entonces reputadas perniciosas e inaceptables, que podrían producir otro conflicto parecido al que hubo de ahogarse en la sangre de los Comuneros; y como es mejor prevenir que remediar, a D. Antonio se le remitió bajo partida de registro a Cádiz, donde estuvo en prisión hasta que logró fugarse en el año de 1797.

Pasado este incidente quedó tranquila Santafé; aunque se notaba cierta vaguedad e incoherencia en el procedimiento del Virrey y de la Audiencia: era claro que en la atmósfera se sentía algo misterioso e indescriptible, que trataban de tener oculto los encargados de velar por la seguridad de la colonia.

Por el mismo tiempo llegaron al país, con miras puramente científicas, el Barón Alejandro de Humboldt, Bonpland y el sabio Celestino Mutis, encargado de estudiar la flora del Virreinato, quien se asoció dos jóvenes de los muchos que se distinguían en los colegios de Santafé: Francisco José de Caldas y Francisco Javier Matiz.

Fue entonces cuando se dijo que una monja del monasterio de Santa Clara, en un éxtasis milagroso, había visto cortar la cabeza de un rey y a muchas gentes más; que el Antecristo había salido de una isla en el Mediterráneo para conquistar el mundo y extirpar la religión, empezando por el Papa, con otros horrores que traían intranquilo el ánimo de las personas crédulas.

Si las relaciones con la madre patria eran tardías en tiempos normales, con la guerra europea de entonces estaban casi interrumpidas. De aquí provenía que de los gravísimos acontecimientos que se cumplían en el Viejo

Mundo a fines del siglo XVIII y a principios del XIX, sólo tenía noticias el Virrey y sus allegados íntimos, porque estaban temerosos del contagio revolucionario, con tanta mayor razón cuanto que en los colegios de Santafé se estaban formando muchos jóvenes de las primeras familias del país, que empezaban a dar evidentes pruebas de independencia de carácter y lucidez de entendimiento.

Por último, sonó la hora fatal para España respecto de sus colonias en América, con la noticia, que no pudo ocultarse más, de la cautividad de su Rey por el Emperador de los franceses, y las determinaciones acordadas por la Junta de Sevilla para salvar la dinastía de los Borbones en la Península.

El bofetón del español Llorente a un paisano en Santafé, motivado por el negocio de un pequeño florero de porcelana ordinaria de escasísimo valor, sirvió de pretexto para insurreccionarse el 20 de julio de 1810, y fue el primer átomo de la piedra angular del edificio de nuestra emancipación política.

La casi simultaneidad de los movimientos en contra de las autoridades españolas en la América latina, pudiera tomarse como argumento demostrativo de la connivencia entre las diversas secciones, en el sentido de proclamarse independientes. Sin embargo, ignoramos la existencia de algún documento histórico que así lo corrobore.

De los muchos próceres que iniciaron el movimiento separatista, muy pocos vieron el fin, porque los más de ellos desaparecieron entre la ola de sangre y ruinas amontonadas por la guerra de la Independencia, sin que hubiesen dejado nada escrito acerca de este punto oscuro, por lo cual nos inclinamos a creer en la coincidencia que hubo en la mayoría de las proclamaciones de independencia, casi todas embozadas con el propósito de sumisión a Fernando VII, en frases algo ambiguas e indeterminadas, como si se quisiera dejar una puerta de salva-

mento para el caso posible de mal éxito en la peligrosísima empresa que se acometía.

Sabemos de dos entidades que no se dejaron sorprender con las protestas de adhesión a la monarquía española, hechas en las respectivas actas de las Juntas formadas con el pretexto de "sustituír la Junta de Sevilla, declarada extinguida por fuerza de los acontecimientos en España, con otra establecida en Quito con el tratamiento de Majestad, para asumir la soberanía y gobernar en nombre de Fernando VII mientras recuperaba la Península o venía a imperar en la América": el Ilustre Cabildo Justicia y Regimiento de la ciudad de Pasto y el Gobernador de Popayán, D. Miguel Tacón, que después figuró con brillo como Capitán general de la isla de Cuba.

*

El 16 de agosto de 1809 se recibió en Pasto un pliego cerrado que con un propio remitía el Marqués de Selva Alegre, en su calidad de Presidente de la Junta Suprema de Quito, dirigido al Cabildo de Pasto.

A fuerza de cavilaciones y preguntas al conductor de dicho pliego, se averiguó que su contenido encerraba asuntos políticos de suma gravedad, en relación con los sucesos ocurridos en Quito, de los cuales ya circulaban varios rumores en Pasto. Aquello bastó para que ninguno se atreviera a tocarlo, temerosos de contaminarse; así fue que la comunicación del Marqués se recibió en el Cabildo con tánta desconfianza y recelo, como si fuese un depósito de dinamita, que anonada a quien la frota.

Reunidos los Regidores de Pasto con ademán de temerosa curiosidad y cautela, se dio principio a la lectura del cabalístico oficio, en que tras del pretexto de proteger los derechos del Rey de España "cautivo y destronado por los pícaros franceses," se les invitaba con frases ambiguas a entrar lisa y llanamente en una conspiración contra la Metrópoli, y a que traicionaran su pa-

tria anexándose a la entonces Capitanía General de Quito, en vez de continuar perteneciendo al Virreinato granadino, "cuya capital les quedaba muy distante para labrarles su dicha y prosperidad."

Con el pliego para el Cabildo de Pasto venía otro del mismo Selva Alegre, dirigido a Tacón, y un oficio reservado para éste, en que se le ofrecía "dejarlo de Gobernador de Popayán con un sueldo anual de seis mil pesos, el grado de brigadier y la Comandancia de Armas de la Provincia, si secundaba la empresa de la Junta Suprema de Quito, y anexaba a ese gobierno el territorio de su Gobernación."

Como se ve, data de tiempo atrás el deseo del Ecuador de extenderse hacia el Norte a expensas nuéstras.

La actitud del ilustre Cabildo pastuso se desarrollaba por grados, a medida que se iba dando lectura a la propuesta del Marqués quiteño. De la curiosidad que los dominó al principio de la sesión, pasaron a la sorpresa, después al desprecio, en seguida a la indignación, y por último, al furor que manifestaron en imprecaciones condimentadas con frases de desafío a cual más hirientes, vertidas con la garantía de que de las amenazas se pasaría a los hechos, si llegaba el caso de hacerlas efectivas, como sucedió poco tiempo después ...

Pero el frenesí de nuestros ediles subió de punto cuando se llegó a la lectura de la oferta o soborno de "dos mil pesos ofrecidos de remuneración a los delegados que enviaran los pastusos a representarlos en Quito."

Rechazadas con dignidad las proposiciones de la Junta Suprema de Quito, se siguió un altercado enojoso que dio lugar a recriminaciones, amenazas y preparativos bélicos por ambas partes.

En previsión de un ataque de los quiteños, Tacón envió de Popayán a los pastusos un refuerzo de cien hombres de milicias y veintiún veteranos armados, a órdenes del Comandante Gregorio Angulo, el nombramiento de D. Tomás de Santacruz para Capitán de la primera Com-

pañía de las fuerzas que éste levantara, en Almaguer, a disposición de Angulo, pólvora, plomo y algunos pocos fusiles de más, para que se armaran e hicieran frente a los acontecimientos que surgieran de aquella anómala situación.

Se ha dicho que los pastusos fueron asérrimos amigos del Rey, y tenaces enemigos de la Patria; aserción que merece un distingo.

De todas las colonias sudamericanas, la provincia de los Pastos, por su excepcional situación topográfica, incrustada entre breñas, con la incomparable fertilidad de sus sabanas y valles, y aislada por falta de caminos, fue el país que más se asimiló a las provincias vascongadas de España. De esta posición derivó sus ventajas, porque la necesidad hizo industriosos a sus habitantes, y la agricultura alcanzó un grado de prosperidad desconocido en el resto del Virreinato.

Creyente por temperamento y por herencia de sangre, el pastuso consideró siempre los asuntos religiosos superiores a toda consideración mundana; por esto le basta la sospecha de posible ataque a las creencias de sus padres para trocarlo en terrible guerrero dispuesto al sacrificio en cualquier forma.

Dotados los pastusos de constitución vigorosa, extraen con asiduo trabajo los productos que la tierra les da como munífica recompensa del sudor con que la riegan en los pequeños predios en que está distribuída.

De ahí proviene que la independencia personal sea característica en los pastusos y que sean constantes tanto en sus afectos como en sus odios, y amen su tierra con toda la efusión de su alma.

Ahora: si se toma en cuenta que el pastuso vivía contento bajo la dominación española, que no lo trataba con vara de hierro como a los otros pueblos del Virreinato, se comprenderá que no cambiara de opinión como quien muda de camisa, a la simple propuesta que les hacían en términos vagos; porque en su modo práctico

de ver las cosas, los moradores de la región comprendida del Juanambú al Carchi descubrían un peligro para su credo religioso y político, sintetizado en estas tres palabras: Dios, Rey, Patria. De manera que la oferta hecha por el Marqués de Selva Alegre al Cabildo de Pasto, podría formularse así: cambien ustedes uno bueno conocido por uno malo por conocer.

Los pastusos defendieron la causa del Rey hasta que se convencieron de la inutilidad de sus esfuerzos; incorporados en la República han venido a ser nuestro baluarte en la frontera del Sur, y hecho rarísimo en Sur América, han permanecido en paz durante un cuarto de siglo.

Los pastusos exigieron con sobrada justicia, que se les erijiera en décimo Departamento, con la misma tenacidad que antes desplegaron en defensa de su Rey. Los legisladores de Colombia tuvieron en cuenta que era mejor conceder lo que podía tomarse.

*

Una vez resuelta negativamente la contestación que debía darse por el Cabildo de Pasto al Marqués de Selva Alegre, se promulgó por bando el entredicho decretado contra los habitantes que moraban al Sur del Carchi, con el fin de precaver a los incautos del contagio de las "infames pretensiones," que según su modo de entender las cosas, encerraban las proposiciones de la Junta de Quito.

La tirantez de relaciones entre el gobierno de Pasto y el gobierno de hecho establecido allende el Carchi, hizo necesario dictar medidas eficaces dentro de la esfera de los recursos disponibles, con el propósito de resistir la invasión que se preparaba en Quito para someter a los pastusos y anexarlos a la Capitanía general del mismo nombre.

Picado el amor propio de los pastusos, se convoca-

ron a una especie de plebiscito en la plaza principal de la ciudad, con el objeto de hacer un recuento de los hombres aptos para el combate, capitaneados por D. Tomás de Santacruz, nombrado por el Gobernador Tacón, Teniente de Gobernador en la ciudad de Pasto y su jurisdicción, sujeto leal a la causa del Rey, inteligente y de valor a toda prueba, según lo desmostró en diferentes combates.

A pesar de la interrupción de relaciones decretada entre los dos países, las notas atestadas de insultos, amenazas y baladronadas, menudearon por ambas partes, hasta que al fin se tradujeron en hechos las hostilidades de los quiteños. El 25 de septiembre de 1809 pasaron éstos la frontera, en actitud belicosa, y se situaron en posiciones ventajosas al Sur del río Guáitara, enfrente del paso del pueblo de Funes, en número considerable, "con tres cañones de bronce, de vara y cuarta de largo y cinco dedos de diámetro interior," según se lee en el parte oficial de la batalla librada el 6 de octubre siguiente.

Los pastusos, en número de doscientos hombres mal armados, "la mayor parte con porras y hondas, al mando del Capitán Miguel Nieto Polo," pasaron a nado el torrentoso río, al frente del enemigo, y acometieron a éste con tal denuedo y coraje, que lo pusieron en precipitada fuga, matándole algunos hombres y haciéndole varios prisioneros de gente principal.

De parte de los pastusos sólo murió el soldado Pedro Díaz Luna, que creyó en la lealtad de un enemigo tendido y le tendió los brazos para favorecerlo; pero éste cometió la felonía de dispararle una pistola a quemarropa, por detrás, y después de muerto le dieron varias lanzadas.

Dos incidentes llaman la atención en aquel hecho de armas, que deben consignarse en la historia.

Los quiteños pusieron bandera blanca al aproximar-

se las fuerzas de Pasto; pero al presentarse un parlamentario de éstas, "la contestación fue pegar fuego a los tres cañones, que no causaron avería alguna, porque al fogonaso se postraron de bruces los nuéstros, e inmediatamente avanzaron," según se refiere en el respectivo parte detallado del combate.

La viuda de Díaz Luna se presentó al jefe de las fuerzas pastusas para pedirle que le entregasen al matador de su marido.

En la creencia de que aquella petición entrañase deseos de venganza, se le respondió a la viuda que era excusada su demanda, puesto que al prisionero culpable se le ahorcaría.

—Eso es precisamente lo que yo quiero impedir, interrumpió la desolada mujer: "a los muertos se les honra con el perdón de los vivos, no con la venganza. La única recompensa a que aspiro es la gracia de ese prisionero para atenderlo como si fuese mi mayor amigo."

Ante tánta magnanimidad, el jefe de la fuerza victoriosa concedió la vida del prisionero y permitió que la viuda de Díaz Luna le suministrara todo lo que aquél pudo necesitar mientras permaneció cautivo. Es muy de sentirse que se ignore el nombre de aquella sublime mujer, honor de los pastusos.

La rota de los quiteños en Funes originó el dicho, hoy tan general, de "meterse a Funes," que se aplica a todo el que se entromete en los asuntos de otro y sale mal.

Como una prueba real del amor que los indios de los pueblos circunvecinos de Pasto tenían al Soberano español, citaremos el hecho de que éstos renunciaron la gracia de la rebaja de la tercera parte del tributo anual que pagaban al Rey, en atención a las dificultades en que lo tenían "las maldades y traiciones de los franceses."

¡Y les cogieron la palabra a los pobres indios!

*

Apenas se dio en el Virreinato granadino el grito de Independencia, surgieron tantos Estados con pretensiones de autonomía, cuantas ciudades o provincias la habían proclamado: funesto error que nos hace recordar una chistosa anécdota.

D. Vicente Holguín, de Cali, rodeado una vez de su familia, se forjaba la ilusión de que llegaría a ser poseedor de una famosa hacienda con su hato de vacas para ordeñarlas. Al oír Carlos, que era el primogénito, el proyecto fantástico de su padre, saltó de contento y gritó entusiasmado:

¡Y yo monto en los terneritos para aprender a jinetear!

—Cójanlo, bájenle los calzones, cárguenlo y dénle seis azotes para que no me maltrate los terneros.... interrumpió D. Vicente en actitud cómica, que despertó la hilaridad de los circunstantes.

A poco tiempo la América que fue española parecía un campo de Agramante; por doquiera combatían los americanos entre sí, disputándose un poder quimérico cuando debían estar unidos contra el verdadero enemigo común.

Por lo pronto quedaron los pastusos entre dos fuegos: los patriotas del Nuevo Reino los atacaron por el Norte a órdenes del Presidente de la Junta de Gobierno de Popayán, D. Joaquín Caicedo Cuero, y del "inglés-americano" Alejandro Macaulay, y los patriotas quiteños por el Sur; siendo lo mejor de aquel enredo que a los pastusos los califican de rebeldes y a los patriotas de legitimistas.

Los valientes pastusos no se amilanaron, y antes bien, por el contrario, hicieron frente con sus guerrillas a todos sus enemigos; el esforzado capitán Juan María de la Villota hizo morder el polvo a los del Sur, matando él solo ocho hombres con su formidable machete.

D. Francisco Delgado con una guerrilla de treinta fusileros triunfó de más de cuatrocientos patriotas a inmediaciones de Juanambú, y no teniendo cómo guardar tantos prisioneros como hizo, "se contentó con cortar media oreja a los que no quiso llevar."

El Presidente Caicedo y Cuero y su ejército cayeron prisioneros cuando intentaron tomarse a Pasto el 21 de mayo de 1812, en cuya defensa tomaron parte "hasta las monjas *conceptas* de la ciudad"; a Macaulay también lo cogieron prisionero, después de faltar éste a los tratados que había ajustado con los pastusos, a pesar de las aterradoras intimaciones que les había hecho para que se le rindieran. Estos dos próceres, por orden del Jefe español Montes, que ya era dueño de Quito, fueron fusilados juntos el 26 de enero de 1813, en la ciudad que habían querido ganar a la causa patriota.

—¡Hurra por la patria! - gritó Macaulay al recibir las balas de la primera descarga, y como quedara vivo en muy incómoda posición, Caicedo Cuero, que no estaba herido mortalmente, tuvo presencia de ánimo para tender de espaldas a su compañero de suplicio, durante el intervalo que pasó mientras tenía lugar la relativamente dilatada operación de volver a cargar los fusiles. En esa actitud, y en estrecho abrazo de mártires, recibieron las balas que los ultimaron.

El mayor esfuerzo que hicieron los pastusos en favor de España fue el 10 de mayo de 1814, en los sitios llamados *El Calvario* y *El Ejido* de dicha ciudad. Allí sufrió la patria rudo quebranto con la destrucción del cuerpo de ejército cundinamarqués que imprudentemente hizo avanzar su Jefe, D. Antonio Nariño, donde todos cayeron con la artillería, parque, fusiles, tiendas y equipajes.

La noticia del triunfo sobre Nariño entusiasmó tánto a los realistas de Quito, que entre muchas donaciones enviadas a los pastusos, se cuenta la de doña María Manuela de Vicuña, consistente en " veinte cabos de bayeta

para vestir la desnudez de las pobres, valerosas y devotas vecinas de Pasto (que habían peleado como soldados) y quince varas de terciopelo carmesí de Italia, de buena calidad y color, para que se hiciera un velo a dicha Soberana Reina." (A la imagen de la Virgen de las Mercedes, que había sido sacada en andas durante el combate).

El último esfuerzo que hicieron los pastusos en favor de España durante el período que se llamó *Patria boba,* fue la cooperación que prestaron a Sámano para vencer a los patriotas en la tristemente célebre *Cuchilla del Tambo.*

Apenas restablecida la efímera paz en el sur del Virreinato granadino, el Cabildo de Pasto reclamó del pacificador D. Pablo Morillo la recompensa a que se creía acreedora dicha ciudad por sus leales y valiosos servicios prestados en toda época a la causa de Fernando VII. En un extenso memorial se exponían, entre muchos otros agravios recibidos de las autoridades reales, "el no cumplimiento de las magníficas promesas de poner en Pasto la capital del Gobierno del obispado, la real casa de moneda y otras; mas pasado el susto sucedió el olvido y aun la envidia y emulación."

Hacían el recuento de los sacrificios hechos en favor de su Rey y señor, y pedían que, "a ejemplo de Cuenca, deseaban un Colegio real y Seminario, siquiera con dos cátedras de Filosofía y Teología, la libertad del ramo de alcabalas para las manufacturas de Pasto y su comercio, la exención del pago de las guarniciones necesarias para conservar la paz en la provincia, disminución en la mitad del tributo que pagaban los indios en atención a la fidelidad demostrada por éstos al tomar las armas y perder muchos la vida."

En cuanto a honores y condecoraciones, tanto generales como individuales, "se atenían los pastusos a la real munificencia, según fuera la soberana voluntad; en el concepto de que dicha ciudad había tenido especial cuidado en mantener la limpieza de sus familias ilustres,

por manera que, a más de los actuales servicios, podrían recaer en muchos, con mérito, las cruces y distinciones."

Morillo era un gran zorro, y contestó al valiente Cabildo de Pasto, por medio del siguiente rimbombante oficio:

"D. Pablo Morillo, Teniente General de los Reales Ejércitos, General en Jefe del Expedicionario Pacificador de la Costa firme, etc., etc.

"En virtud de las facultades que me tiene conferidas el Rey nuestro señor D. Fernando VII, en sus reales instrucciones de 18 de noviembre de 1814; y atendiendo a la acendrada fidelidad, buenos servicios y adhesión a la causa del Rey con que se han distinguido el Ayuntamiento y habitantes de la Provincia de Pasto, en toda la época de la revolución, de que tienen dadas las más evidentes pruebas, he venido en conceder al dicho Ayuntamiento reunido, los honores y tratamiento de Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos; por tanto mando en nombre de Su Majestad a todos los Jefes militares y demás autoridades, reconozcan en el Ayuntamiento de Pasto esta condecoración, por las facultades con que me hallo autorizado, y no le embaracen por pretexto alguno su goce, por ser así conforme con las reales intenciones de Su Majestad.

"Dado en el cuartel general de Santafé de Bogotá, a 23 de septiembre de 1816.

"PABLO MORILLO

"*Gabriel de Avilés*, Secretario."

Esto sí se llama recompensa, y lo demás es pamemas!

*

Es punto fuera de discusión que José Antonio Páez fue el más valiente, audaz y afortunado de los guerrilleros de la América, a tal extremo, que su fama salió de los estrechos límites del territorio donde llevó a cabo sus

acciones portentosas, y causó el asombro del mundo. Se necesitó de un *llanero* como Páez para abonar el dicho de Homero cuando relata las hazañas de los héroes griegos.

Páez tuvo a sus órdenes un número muy reducido de compañeros a cual más esforzados y resueltos, montados en pelo en potros cerriles, con bridas tejidas de *moriche*, vestidos de *guayuco* y sombreros de palma, alimentados con carne sin sal, asada al fuego en *tasajeras*, o sancochada con el sudor del caballo, cuando la necesidad los obligaba a usarla como cojín para recorrer largas distancias en las inmensas llanuras de Apure, retirándose o buscando al enemigo, armados de una gran *cuchara* o lanza de cuarenta centímetros de longitud, encabada en una asta corta que hace más fácil su manejo y más terribles sus estragos.

La ciencia militar del *León de Payara* consistía en sorprender a su adversario y cargarle desesperadamente, sin entrar en consideración acerca de la desproporción numérica del enemigo a quien combatía. Páez mismo refiere con franqueza militar en su *Autobiografía* los ardides que empleaba con el fin de compensar la inferioridad de sus fuerzas en relación con las del adversario.

Por lo regular los *llaneros* de Páez combatían simulando retiradas o derrotas, para volver caras en el momento propicio y destrozar a lanzasos a cuantos se les ponían por delante. Otras veces caracoleaban sobre terrenos arenosos de cuyas nubes de polvo salían como de un Sinaí, despidiendo siniestros reflejos con el acero de sus lanzas al enmistrarlas para hundirlas en el pecho de sus contendores.

En una ocasión tenía Páez a su frente un cuadro de infantería española que no podía atacar por falta de artillería y fusiles; pero como a sus hombres nada les arredraba, resolvió dividir su fuerza en dos porciones: a los unos les puso en mano rejos de enlazar para que, tomándolos por los extremos, se lanzaran a todo escape

de sus caballos, con dirección paralela a los costados del cuadro, y el resto de su gente la puso en acecho del resultado, que no se hizo esperar.

Los españoles esperaban el ataque ajustado al arte de la guerra; pero nunca pudieron figurarse que con una cuerda atezada por jinetes a todo correr los derribaran como cartas de baraja, mientras les caía encima un torbellino de *llaneros* con sus terribles lanzas, que de un golpe dividían en dos a un hombre.

Para aquellos jinetes extraordinarios no había río crecido que los detuviera en sus expediciones, y los caimanes huían al oírlos gritar cuando se lanzaban al agua como avalancha de centauros, para tomarse con caballería las flotillas españolas.

Entre los héroes que acompañaron a Páez en sus indauditas proezas, se cuentan los neogranadinos Francisco de P. Santander, José María Córdoba, José Concha, Fernando Serrano, Pedro Arrubla.

Por una irrisión del destino, Páez murió pobre y anciano en el destierro, porque el General Antonio Guzmán Blanco, autócrata de Venezuela, a quien nada debe la independencia americana, no le permitió volver a reclinar su encanecida cabeza sobre la tierra que contribuyó a libertar.

Guzmán Blanco impidió que se hiciera manifestación ni señal alguna de duelo por la muerte de Páez, acaecida en Nueva York en el año de 1873, por lo cual los Ministros extranjeros en Caracas no pudieron, como lo deseaban, izar sus pabellones a media asta.

*

En la primera acción de los patriotas contra el Gobernador de Popayán D. Miguel Tacón, en Palacé, el año de 1811, murió el Coronel Miguel Cabal, hermano del General José María, quien continuó la campaña; pero una circunstancia inexplicable para sus soldados contribuyó a que por las deserciones disminuyera la

guerrilla de su mando en términos que corría peligro de quedarse solo.

Cabal y su gente se hallaban acampados una noche en la vía de Cali, al pie de un bosque, cuando se empezaron a oír ayes lastimeros acompañados de imprecaciones amenazantes. Fijada la atención de los patriotas se distinguió con toda claridad que las voces las daban el difunto Coronel Cabal y otros compañeros muertos en Palacé, que venían del infierno, donde estaban condenados porque habían muerto en pecado mortal insurreccionados contra Dios y su Rey, advirtiéndoles que si deseaban no correr su misma suerte, debían separarse de los malditos insurgentes e ingresar en los ejércitos de España.

Aunque la patraña era burda por demás, sí surtió el efecto que se proponían sus autores, pues al día siguiente fueron muy pocos los soldados que permanecieron en las filas de Cabal; mas éste ocurrió a un expediente decisivo, a fin de neutralizar los efectos supersticiosos de que eran víctimas sus compañeros de armas.

En previsión de que en la noche siguiente se repitiese la misma escena, Cabal hizo emboscar unos cuantos tiradores con los fusiles preparados para que, al oírse las voces infernales, hicieran fuego en la dirección de donde éstas saliesen; así se hizo, y al día siguiente aparecieron atravesados a balazos y tendidos en el campo dos frailes capuchinos españoles, autores de la farsa, que no volvió a repetirse, y cesaron las deserciones.

*

Entre los guerrilleros valientes y astutos que hemos tenido en nuestras contiendas civiles, ocupa distinguido lugar el General José María Obando, durante la revolución que encabezó en el Sur de Nueva Granada en los años de 1840 a 1842, que tuvo por teatro el extenso territorio que media entre la ciudad de Cali y la frontera ecuatoriana.

Obando aprendió de los ejércitos españoles el arte de la guerra durante el tiempo que se ocupó en el servicio del Rey, quienes lo adiestraron en el sistema de guerrillas a que aquéllos son muy inclinados; conocía todos los puntos militares que se encuentran desde las vegas del Cauca hasta las breñas de Pasto, como ningún otro.

Luchó con éxito vario: fue vencido en el campo de Huilquipamba por los ejércitos combinados de Nueva Granada y Ecuador, al mando de los Generales Pedro Alcántara Herrán, Tomás C. de Mosquera y Juan José Flórez, con fuerzas triples de las de Obando. Esta batalla se llamó de *Los tres Federicos*, haciéndose alusión a la que ganaron los franceses a tres príncipes alemanes de ese nombre.

La guerrilla de Obando combatió hasta quemar el último cartucho, y su jefe debió la vida a un soldado muy adicto que alcanzó a cubrirlo con la hojarasca que caía de unos robles inmediatos al lugar de la acción. Allí permaneció Obando oyendo las amenazas de los tres jefes enemigos, que ofrecían una fuerte suma de dinero al que lo entregase, sin sospechar que le tenían tan inmediato, hasta que la oscuridad de la noche le permitió levantarse y continuar la guerra, a pesar de que en el respectivo parte de la *gran batalla*, en la cual sólo perdieron los aliados un sargento, un corneta, tres soldados muertos y cinco heridos, se aseguraba que todo estaba terminado.

La señora D.ª Soledad Obando, hija del General, conservaba el pequeño crucifijo de bronce que uno de los soldados de éste tenía suspendido del cuello cuando una bala se estrelló contra el costado de la efigie, que desprendió uno de los brazos clavados y abrazó el proyectil en actitud de proteger al que lo llevaba.

*

Ninguno de los guerreros nacidos en el Cauca ha conquistado tánta reputación de valiente como el Coronel Juan Gregorio Sarria, hijo de Popayán.

Ganadero de profesión, dejaba el oficio para empuñar las armas cada vez que se le llamaba al servicio. Empezó su carrera militando en los tercios del Rey de España, y siguió al General José María Obando cuando éste abandonó la causa de los españoles para enrolarse en las tropas independientes a órdenes inmediatas del Libertador.

Sarria era de complexión sanguínea, ancho de espalda, de musculación vigorosa y de mediana estatura. Desde su niñez se acostumbró a lidiar ganado bravío, a la cacería de osos y venados en el Puracé y el Sotará y a domar potros; puede decirse que recibió una educación igual a la que dio el negro *Manuelote* al General Páez; pero en Sarria dominaba en absoluto la sangre meridional que le hervía a borbotones, desarrollando en su espíritu inculto las pasiones incontenibles en el hombre que sólo atiende a la fuerza física.

No pretendemos en este ligero bosquejo hacer una biografía de aquel terrible payanés; sólo queremos referir algunos rasgos que darán idea del hombre para el cual no ha llegado aún la época de las rectificaciones históricas.

A juzgar por las relaciones que se escribieron acerca de Sarria, éste debió ser un monstruo mitológico; pero no debemos perder de vista que fueron sus enemigos personales o políticos los que emprendieron la tarea sistemática de presentarlo ante la historia como un sér abominable.

Hé aquí cómo se expresó Antonio José de Irisarri en la *Historia crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho*, respecto de Sarria:

" Pero debemos advertir aquí que este mismo Sarria no carecía de cualidades muy recomendables de virtud, diremos, que hubieran hecho de él un grande héroe, si

hubiera debido a su suerte otra educación. Tan lejos de haber sacado de la naturaleza un carácter cruel, estaba dotado de sentimientos nobilísimos de generosidad, y conocía la gratitud como el que más. Era delicado y puntual en el cumplimiento de sus empeños. Cuéntanse de él anécdotas que le honran en extremo, de las cuales referiremos algunas. Hallándose una vez en Popayán entre una multitud de jinetes que corrían por el camino atropellándose mutuamente, advierte Sarria que un niño de muy corta edad, desconocido para él, iba a ser víctima de la alegría general; y usando entonces de su destreza y fuerza extraordinaria, levanta al niño de la tierra, lo sostiene en el aire, y no lo deja hasta que no ha pasado el peligro, sin atender a que mientras él favorecía a aquella criatura corría el riesgo de ser atropellado por los otros. Esto no lo hace sino el que naturalmente se halla inclinado a proteger a la humanidad desvalida. El mismo Sarria, mientras en las guerras civiles saqueaba las propiedades de sus conciudadanos, impedía que nadie de los suyos tocase las de aquellas familias a quienes él había servido antes de seguir la carrera de las armas, y a quienes conservó la mayor adhesión; siendo estos sentimientos el producto de una verdadera gratitud. El mismo hombre, que no temía dar cuenta a Dios de los saqueos que había cometido contra todo derecho, hallándose muriendo en Popayán, encargaba que se pagase con la mayor exactitud lo que quedaba debiendo en virtud de los contratos que había celebrado con algunos individuos. Era, pues, Sarria un hombre muy estimable cuando vivía en paz, y otro hombre muy distinto cuando dejaba de ser ciudadano pacífico para meterse a guerrillero. Entonces creía sin duda que el hombre debía dejar de ser hombre para convertirse en una fiera; y en efecto, él cometía en aquellas circunstancias cuanta abominación era imaginable, excepto siempre la de no proteger a sus antiguos protectores. Tenía, además de estas cualidades contradictorias, la de un valor extraordinario,

la de una serenidad perfecta en los mayores conflictos, la de una suma astucia para prevenir las celadas y ardides del enemigo, y la de aquella suspicacia que es el talento del hábil guerrillero. Si Obando hubiera oído los consejos de este hombre, hubiera evitado su derrota en *La Chanca*, y hubiera podido dar mucho que hacer a las tropas del Gobierno. Creo yo, pues, que no me engaño cuando pienso que Sarria hubiera sido un héroe muy distinguido, un hombre muy respetable, si la suerte lo hubiera colocado en otra ocasión distinta y le hubiera proporcionado otra mejor educación; pero por desgracia suya y de sus conciudadanos, las buenas cualidades naturales de aquel hombre se perdieron, porque en la carrera que abrazó no tuvo quien le enseñase a conciliar el uso de las armas con la observancia de los buenos principios, y así no ha dejado sino recuerdos dolorosos de sus atentados."

Si fuéramos a juzgar a nuestros hombres públicos por lo que escriben sus adversarios dominados por las pasiones políticas, sacaríamos la forzosa consecuencia de que Colombia ha sido gobernada por los más grandes forajidos; pero que muera uno de éstos, y en el acto se truecan los sentimientos de odio por los de conmiseración para llevar la hipérbole del elogio hasta el extremo de *colonizarlos*, si pudiéramos. De manera que si andando los tiempos caen en manos de un historiador las alabanzas y los vituperios escritos respecto de determinada personalidad, no podrá menos de quedarse perplejo, sin saber a qué atenerse o a quién creer.

Y esto es precisamente lo que sucede con Sarria. Nos refieren las atrocidades que le atribuyeron sus contemporáneos; pero tienen buen cuidado de callar las causas que las motivaron, más claro: aceptan incondicionalmente las acciones malas que les achacaban, y hacen aparecer a los enemigos de aquél como inocentes gacelas devoradas por el león.

Entre los muchos crímenes que se imputaron a Sa-

rria, figura el de su complicidad en el asesinato del General Antonio José de Sucre. No entra en nuestros propósitos engolfarnos en el maremágnum de los documentos que formaron el voluminoso expediente de 951 fojas útiles, relativo al crimen perpetuado en Berruecos; sólo deseamos que alguien nos dé respuesta a la siguiente pregunta:

¿Qué razón hubo para que a Sarria no se le juzgase y condenase por su participación en la muerte de Sucre, cuando aquel cayó en poder del Gobierno, poco tiempo antes de fusilar a Apolinar Morillo, el 30 de noviembre de 1842, como reo confeso del mismo crimen?

A Sarria lo trajeron de Neiva a Bogotá sentado en un *sillón de mujer* para que pudiera soportar la barra de grillos que le pusieron, más una cadena con los extremos remachados en la cintura y a la montura. En un sótano del cuartel de caballería estuvo encerrado, encadenado a un poste, con el aditamento de los grillos para mayor seguridad. Del mismo modo que lo trajeron de Neiva lo mandaron hasta Honda, y de esta ciudad a la de Cartagena fue con grillos y cadenas remachadas al *champán*. El Gobierno dio orden de que lo deportaran al Africa; pero como no se encontró nave que hiciera el viaje, se le sepultó en el castillo de Chagres, en un calabozo situado debajo del agua, de donde lo sacó a los seis años el indulto que por delitos políticos expidió el Presidente Mosquera en los primeros meses del año de 1849.

El clima mortífero de Chagres minó la salud de aquel hombre de constitución de hierro, quien murió en el Sube de regreso para Popayán, donde permanecían su segunda esposa y sus hijos, entre los cuales se contaba Juan, de un valor igual al de su padre, como lo demostró en la defensa del Convento de San Agustín en el año de 1862, y en la *Cuchilla del Tambo*, donde murió de un balazo al asaltar esta inexpugnable posición militar. Y como un ejemplo palpable de que el enemigo político

de la víspera puede ser el amigo del día siguiente, el General Carlos Sarria, nieto del Coronel Juan Gregorio Sarria, es un Jefe distinguido del partido contrario.

De los datos que hemos podido recoger sobre Sarria, deducimos, con alguna aproximación a la verdad, que fue hombre de valor excepcional, que cobraba *ojo por ojo y diente por diente;* pero que jamás fue jefe de bandidos ni asesino vulgar.

Shakespeare pone en boca de Hamlet estas espantosas palabras, cuando el príncipe acechaba al Rey de Dinamarca para darle muerte, y lo encontró haciendo oración:

Propicia es la ocasión; está rezando:
Le mato ahora. Así se irá a la gloria;
Y logro así vengarme? Meditemos.
Mata a mi padre un vil bellaco; en pago
De su traición, yo, su único hijo, envío
A aquel malvado al cielo. No, eso fuera
Premiar al asesino, no vengarme.
El sorprendió a mi padre descuidado,
Saliendo del festín, harto de vino,
Cubierto de pecados cual de flores
Por mayo el prado; y cuán estrecha cuenta
Hubo de dar, tan sólo sabe el Cielo:
Pero, según concibe nuestra mente,
Debe pasarlo mal. ¿Y esto es vengarme?
¿Matar en oración al asesino
Cuando contrito purifica su alma,
Y se dispone para el viaje eterno?
Vuélve a tu vaina, espada, y coyuntura
Más espantosa aguarda: cuando ronque
En ebrio sueño, cuando esté entregado
A la ira, o a los goces incestuosos
Del mancillado lecho, o bien al juego,
Jurando u ocupado en algún acto
Contrario a la salud de su alma eterna;

Hiérele entonces, y rebelde al Cielo
Húndase su alma, negra y condenada
Como el infierno, en su antro más profundo.

Vamos a presentar la antítesis de este rasgo del genio dramático más poderoso que ha producido el mundo, para compararlo con lo que hizo un hombre que probablemente ignoraba que hubiera existido Shakespeare.

Pío Quinto Agreda Toro infirió a Sarria uno de los mayores ultrajes que puede hacerse a un hombre, hasta el extremo de que aun la más severa legislación autoriza al ofendido para dar muerte al ofensor.

Sarria sorprendió a Agreda Toro *in fraganti*, y, en vez de matarlo, se arrodilló para implorar de la Virgen en la advocación de los Dolores, de quien era fervoroso devoto, que le *iluminara* lo que debía hacer en aquel trance, después de lo cual retribuyó la ofensa imponiendo a Agreda Toro un castigo que le impidiera repetir el ultraje en el curso de su vida.

Al acto de administrar el Santo Viático a Agreda Toro, por la postración en que lo puso la venganza de Sarria, asistió éste para ganar la indulgencia otorgada a los que llevan vela encendida en estas solemnidades.

El asunto llegó a oídos de la justicia y se instruyó el correspondiente sumario. Al rendir Sarria su declaración indagatoria, el Juez le hizo esta pregunta:

—¿Por qué no dio usted muerte a Agreda cuando lo sorprendió, en vez de aplazar la venganza para el día siguiente, después de larga premeditación?

—Porque tenía seguridad de que Agreda Toro estaba en pecado mortal y YO NO QUERÍA QUE SE CONDENARA... contestó Sarria con la sencilla convicción del mejor cristiano.

*

La devoción de Sarria por Nuestra Señora rayaba en fanatismo. Siempre llevaba consigo la imagen de los Dolores, y cada vez que lanceaba a algún enemigo, se santiguaba sobre la parte del cuerpo que correspondía a la herida de aquél, e invocaba la intercesión de la Virgen para que lo librara de una herida semejante a la que él había causado, diciendo: "Dios me salve la parte."

En las procesiones que se hacen en Popayán, especialmente las de Semana Santa, se ostenta un lujo y buen gusto como no se ve en ninguna otra población de Colombia. El aspecto de la ciudad es deslumbrador mientras la recorre la procesión, la cual sale del templo respectivo a las siete de la noche; los habitantes concurren a la fiesta cada uno con un cirio encendido y se colocan en hileras, las mujeres a la derecha y los hombres a la izquierda, todos en actitud de piadoso recogimiento; y como el pueblo es aseado en extremo y usa vestidos de diversos colores, la procesión, vista de lejos, semeja una guirnalda ambulante, brillantemente iluminada por los millares de luces que pululan bajo un cielo tachonado de estrellas, al mismo tiempo que se aspira el delicioso y embriagador ambiente de los jazmines de Malabar y los azahares sin número que se producen en la patria de Pubenza, cuyas campiñas no tienen rival.

De la iglesia de San Agustín sacan, entre otros, el famoso paso de Nuestra Señora de los Dolores, ricamente vestida sobre andas de plata, carey y concha nácar, regalo de nuestra antecesora D.ª Asunción Tenorio, y conducida por diez y seis robustos penitentes vestidos de negro, con los pies descalzos, una soga envuelta en la cintura y la cara cubierta con capucha; pero para tener derecho a este honor debe pertenecer el carguero a la respectiva cofradía. De ésta formaba parte

Sarria de tiempo atrás, y no había tradición de que hubiese faltado ni una sola vez a dar cumplimiento al voto ofrecido.

En el año de 1841 parecía imposible que el hermano Sarria viniese a ocupar el puesto que le correspondía al frente de las andas, porque la guerra civil lo tenía ocupado en el Sur de la República en asuntos muy diferentes del de cargar santos; así fue que, en previsión de la ausencia de Sarria, el capellán de San Agustín designó a otro hermano para que hiciera las veces de aquél. Ni era presumible que viniese, en atención a que, en su condición de rebelde, estaba fuera de la ley, y por añadidura el Gobernador de Popayán tenía ofrecidos dos mil pesos al que entregara vivo o muerto al temido guerrillero.

Ya estaba lista para salir la procesión, cuando entró en la iglesia un penitente de mediana estatura y de aspecto fornido, con la horquilla en una mano; se acercó al paso de Nuestra Señora y rezó algo de rodillas. Al levantarse se dirigió al frente de las andas, y con voz de autoridad que no admitía réplica dijo estas breves palabras al penitente que hacía cabeza: ESTE ES MI PUESTO, al mismo tiempo que golpeó en las andas para indicar que había llegado el momento de salir, apartó al que iba a cargar y ocupó el lugar de éste.

La procesión recorrió el trayecto de costumbre, para volver a las nueve de la noche a la iglesia de donde había salido. Entre los concurrentes circuló la voz de que Sarria estaba cargando el paso de Nuestra Señora; pero nadie se atrevió a denunciarlo.

*

El 11 de julio de 1841 se aproximó el General José María Obando a la ciudad de Cali con el objeto de atacar las fuerzas que, a órdenes del entonces Coronel Joaquín Barriga, envió el Gobierno de Bogotá para debelar la revolución que aquel encabezaba en el Sur.

Entre los tenientes que acompañaban a Obando se contaba Sarria, Jefe de los timbianos, reputados como los mejores soldados de la antigua provincia de Popayán.

Por la primera vez en su vida, Sarria tuvo el presentimiento de que los *patojos de Bogotá*, nombre con el cual llamaba éste a los soldados de Cundinamarca, lo iban a derrotar. Y esta aprensión no le nacía de miedo, pues nunca lo conoció, sino de que había visto la disciplina y aplomo del Batallón 2.° de Bogotá, compuesto, en su mayor parte de artesanos, y mandado por escogida oficialidad, entre la cual figuraba el capitán José Manuel Penagos.

A fin de desvanecer en Sarria la idea que lo preocupaba, el General Obando le dijo, en el momento de entrar en combate, estas halagadoras palabras:

—Mi comandante Sarria, esta tarde comeremos bizcochuelos frescos en Cali.

—Así será mi General si antes no se achicharran, porque *el pan se quema muchas veces en la boca del horno.*

Los presentimientos de Sarria se cumplieron, y a éste le tocó dirigir a los derrotados con orden de que tomaran la ruta de Popayán, después de pasar el río Cauca.

Sarria montaba su caballo favorito de batalla, que era un corcel castaño oscuro muy brioso, y en la seguridad de que el noble animal no lo dejaría a pie, se quedó atrás de los derrotados para proteger la retirada de éstos, armado con un buen trabuco repleto de balas.

Entre los mejores oficiales que llevó el General Barriga, figuraba, como ya dijimos, el joven Penagos, quien siguió en persecución del enemigo hasta picar la retaguardia de Sarria; pero como aquél iba mal montado en una mula, no podía dar alcance al jinete del caballo castaño, quien le gritaba y provocaba a que se le aproximara para verle la cara de cerca. En varias tentativas

que hizo Penagos para alcanzar a Sarria, éste paraba su caballo y enseñaba el trabuco en ademán de dispararlo; pero como esta operación se repitiera sin que el derrotado disparara el arma, Penagos llegó probablemente a creer que no estaba cargada, y, en consecuencia, hizo un supremo esfuerzo para acercarse a Sarria, y antes de que éste tuviera tiempo de alejarse, le arrojó la lanza que llevaba, logrando atravesar a Sarria por el vacío izquierdo del vientre.

Al sentirse herido Sarria, detuvo el caballo y disparó hacia atrás el trabuco, con lo cual desbarató la cara del valiente Penagos. En seguida se sacó la lanza recorriendo la herida con el asta y el regatón como si fuera aguja de arria, pasó el río Cauca, se hizo poner una faja en la herida, y ocho días después estaba en Pasto! ...

*

Hay dos hechos ejecutados por Sarria durante la guerra civil de 1840 a 1842 que consignamos como rasgos del carácter de este atrevido guerrillero.

Una de las causas que se asegura determinaron al General José María Obando a insurreccionarse en el Sur de la República, fue el proceso instruído con el objeto de descubrir y juzgar a los asesinos del Gran Mariscal de Ayacucho, entre los cuales se halló sindicado aquél.

El Gobierno envió a debelar la guerra del Sur al General Pedro Alcántara Herrán, con instrucciones para apoderarse de Obando a cualquier costa. Este tuvo conocimiento del objeto de la misión de aquel distinguido General y de acuerdo con Sarria resolvió darle una sorpresa en el sitio llamado *Los Arboles*, en el trayecto que media entre Timbío y Patía; allí se trocaron los papeles, porque Herrán con su poca gente quedó prisionero de Obando y Sarria.

Ya fuese diplomacia de Obando, o un rasgo de ge-

nerosidad de éste para con el noble General Herrán, el hecho fue que vencedores y vencidos siguieron como buenos amigos hasta Pasto, donde el General vencedor se constituyó prisionero para que se continuase el juicio que no pudo seguirse respecto de Obando, porque sucesos posteriores lo impidieron.

En el pueblo de Cajibío vivía un hijo de Sarria, agricultor, que solía ir a Popayán con el objeto de vender los productos de su estancia, sin mezclarse en la política, que era ajena a su oficio; por antítesis muy común, Juan Gregorio fue siempre guerrero, en tanto que su hijo Vicente era tipo del hombre pacífico.

Alguien propaló en mala hora en Popayán la especie de que Vicente era espía de su padre durante aquella guerra civil, y, sin entrarse en averiguaciones de la verdad que encerrara el denuncio, el Jefe Militar de la plaza envió una escolta con orden de aprehender, vivo o muerto, al presunto cómplice de su padre, que entonces atraía sobre su cabeza el odio de los partidarios del Gobierno.

A las cinco de la tarde del día en que se dio la imprudente cuanto injusta orden, los payanenses vieron entrar a la ciudad, por la calle del Humilladero, un grupo de soldados que conducían, guindado en una vara de la que pendía envuelto en una ruana, un bulto horrible que chorreaba sangre, con los pies y las manos arrastrando por el suelo, sobre el cual dejaba huellas rojizas: era el infeliz Vicente, a quien se sacrificó sin piedad!

Entre los que presenciaban aquel repugnante espectáculo se hallaba el doctor Ramón Rebolledo, a la sazón Ministro del Tribunal del Cauca, notable abogado conocido con el apodo de *doctor Maravilla*, por el talento privilegiado que todos le reconecían. Al verlo el oficial que mandaba el pelotón de soldados, se le acercó para decirle que estaban cumplidos sus deseos, a lo que respondió Rebolledo, diciéndole que mentía. De aquí resultó un violento altercado que cada cual comentó según el criterio del partido político de su filiación.

Algún malqueriente de Rebolledo dio noticia a Sarria de la muerte de su hijo, añadiendo de su peculio, que el oficial de la escolta había dicho públicamente que el responsable de aquel acto era el *doctor Maravilla.*

Atendidos el carácter de Sarria y la ferocidad que se ostentó en aquella guerra, el doctor Rebolledo debió tener mucho cuidado de no presentarse en ningún punto de la tierra donde pudiera verse con aquel hombre. No lo hizo así, tal vez porque hay un sino implacable e inevitable.

Profundamente irritado Sarria por el fin desastroso de su hijo, atribuído sin fundamento a Rebolledo, le envió a decir a éste que donde cayera en sus manos, le pagaría en la misma moneda ...

Pocos días después se encontraron las huestes legitimistas al mando del General Eusebio Borrero, con las revolucionarias que encabezaba el General José María Obando en la hacienda de *García:* el General Borrero con la mayor parte de su ejército quedó prisionero, y entre éstos el doctor Rebolledo en poder de Sarria, que mandaba la vanguardia.

Hay organizaciones que no pueden comprender el perdón de las injurias, y Sarria era una de ellas.

Al ver a Rebolledo en su poder, el terrible guerrillero se acercó, y a sangre fría lo ató a un árbol: *rece lo que sepa*, le dijo con expresión de glacial rencor, y ordenó a cuatro soldados que le hicieran fuego.

Cuando se presentó el General Obando para impedir aquel asesinato, vio con horror el cadáver del infortunado prisionero, que dejó una interesante viuda, y un hijo a quien conocimos en el distinguido caballero Aparicio Rebolledo.

*

Lorenzo Ibito, jefe de los feroces indios de Tierradentro, fue otro guerrillero sagaz, astuto y valiente, que figuró en la guerra civil de 1840; tenía sus reales en las heladas cimas de la Cordillera Central en un territorio abierto y escarpado.

Para vencerlo fue preciso ponerle muchas emboscadas, porque hacía uso de *caballos de paja* hechos de una armazón de raíz de cierto árbol consistente, forrada en paja para darle la figura del pecho de un cisne, cuya cabeza servía de apoyo al jinete.

Ibito esperaba siempre al enemigo en las eminencias de los cerros que están cubiertos de pajonal, y sostenía el combate con su guerrilla armada de fusiles de eslabón y pedernal. Si la suerte le daba la victoria, sabía aprovecharla; pero en caso contrario, y cuando sus enemigos creían tenerlo ya en su poder, el Capitán y sus soldados se echaban el fusil a la espalda, montaban en sus *caballos* y descendían como exhalación a la sima inmediata, llevando una palanca en la mano que les servía de brida para dar dirección a tan extraña montura.

En un asalto quitó aquel Capitán indígena, con un golpe de audacia increíble, los cañones del ejército que mandaba el entonces Coronel Joaquín Posada Gutiérrez, percance que nunca olvidó este valiente militar.

Ibito fue traicionado por un blanco; hecho prisionero se le condujo a Bogotá, y murió en el Hospital Militar establecido en el edificio de Las Aguas, aquejado de nostalgia y rematado por un cólico miserere en el año de 1842. Esto dio motivo a los enemigos del Gobierno para propalar la voz de que el terrible caudillo indígena había muerto envenenado.

*

Juan José Neira fue uno de los más notables guerreros boyacenses; desde la edad de diez y siete años empezó a servir a su patria, en el año de 1815, cuando todo se creía perdido para la causa de la libertad. Se incorporó

a la guerrilla que levantaron los hermanos Ambrosio y Vicente Almeida en Chocontá en 1816. Atacados por las fuerzas realistas, tocó al joven Neira proteger la retirada con unos pocos hombres que murieron batiéndose desesperadamente al lado de su impávido oficial hecho prisionero cuando no tenía ni un soldado para continuar la lucha.

El Jefe español dio parte a Morillo del triunfo alcanzado sobre la guerrilla de los Almeidas, y ya que no podía hacer otra cosa, le remitió al único tenaz insurgente que se había cogido con vida, para que se hiciera con él público escarmiento. Al efecto, a Neira se le remacharon grillos y esposas, y sentado en un sillón de los usados entonces para montura de las mujeres, se le encaminó con buena escolta a Santafé.

Neira no opuso resistencia a sus conductores ni cruzó palabra alguna con ellos; silencio que hizo creer a éstos en el amilanamiento del prisionero, a quien cada paso de la cabalgadura aproximaba a su fin trágico.

La escolta y su víctima seguían su camino, seguros de que ningún acontecimiento se opondría al buen desempeño de su comisión, cuando al pasar por el *Volador* de Machetá se vieron precisados a desfilar, porque lo estrecho de la peligrosa vereda así lo exigía.

En la persuasión de que en aquel precipicio no se les podría escapar el prisionero, los soldados caminaban con algún descuido, advertido lo cual por Neira, resolvió aventurar el todo por el todo: entre morir despeñado y después hartar con su cuerpo a los gallinazos, o morir pasado por las armas en Santafé para solaz de los *pacificadores* que adornarían las avenidas de la capital con sus despojos sangrientos, era preferible lo primero.

Tomada su resolución en aquel sentido, el temerario Neira se arrojó al abismo arrastrando tras de sí los pedrejones que se desprendían de las breñas al impulso del vertiginoso descenso del prisionero hasta que, exánime, llegó el fugitivo a la profundidad del *Volador*. Sus con-

ductores lo creyeron irremisiblemente muerto, por lo cual no se tomaron el trabajo ni aun de intentar buscarlo en aquella hondura, exclamando el oficial de la escolta en descargo de su conciencia: "Cargó el diablo con lo suyo," y continuaron su marcha a Santafé, con la nueva de que el prisionero se había hecho justicia por sí mismo.

Por una de aquellas visibles protecciones de la Providencia, los hierros que aseguraban a Neira le sirvieron de punto de apoyo en un espino del cual quedó suspendido, aminorándose así la velocidad del descenso. Ya entrada la noche pudo el fugitivo bajar arrastrándose a las márgenes del río *Barbosa,* que corre al pie del *Volador;* allí permaneció hasta la madrugada del día siguiente, en que hambriento y exhausto por las heridas que le causaron los abrojos y peñascos, fue descubierto por unos labriegos y llevado a una choza inmediata donde fue bien acogido; un patriota, amigo de Neira, tuvo noticia de la aventura de éste y lo asistió con cariño hasta su completa reposición.

Después de la peripecia en el *Volador* de Machetá, Neira buscó un refugio en la aldea de Pacho; denunciado por un traidor, se trató de prenderle, pero al verse rodeado aquel hombre indomable, acometió puñal en mano a los veinte soldados que trataron de apoderarse de su persona, y huyó sin que éstos se atreviesen a seguirlo.

Neira se incorporó al ejército libertador que hizo la campaña del sur, y se halló en muchos encuentros de armas en los que se distinguió por su temerario valor.

En los trastornos que precedieron a la disolución de la antigua Colombia en 1831, recibió Neira una herida grave al tomarse un cuartel en Ubaté, y como hubiera corrido igual suerte el centinela enemigo que lo había herido, no permitió que lo ultimasen los suyos, y antes bien, lo tomó bajo su protección gritando con nobleza de sentimientos: "es un soldado valiente que ha cumplido con su deber."

Después de establecida definitivamente la nacionali-

dad de Nueva Granada, Neira se retiró a la vida privada, fundó hogar y se entregó a labores campestres en su hacienda de *Tiche*, en la jurisdicción de Ubaté, de donde lo sacaron los acontecimientos políticos de 1840.

Entregado a los cuidados domésticos y a los quehaceres consiguientes de quien gusta vivir de su trabajo, se hallaba Neira en la casa de su hacienda cuando se le presentó el joven Víctor Lago, hijo de su amigo íntimo D. Ramón Lago, que le llevó correspondencia de los Generales José María Ortega y Francisco de Paula Vélez.

Después de los mutuos saludos de costumbre entre personas cultas, Neira inquirió del joven Lago el motivo que hubiese tenido para proporcionarle el placer de verlo en su casa, en circunstancias tan azarosas como las que atravesaba el país.

El joven Lago entregó a Neira las cartas que conducía, en las cuales le exponían dichos Generales la situación desesperada de la legitimidad a causa de la guerra civil que azotaba a la República desde el Táchira hasta el Carchi; el terror y desconfianza que reinaba en Bogotá; que el Coronel Manuel González al frente de tres mil hombres victoriosos en *La Polonia* se acercaba a marchas forzadas y amenazaba la capital con entregarla al saqueo, y a sus defensores con hacerlos pasar a cuchillo si no se le rendían a discreción. Terminaban conjurándole a que cooperase a salvarlos de semejante oprobio.

Neira manifestó al joven Lago las dificultades que le impedían tomar servicio, entre otras razones, por el mal estado de su salud quebrantada por una herida que había recibido en el reciente ataque de Tunja antes del combate de Paipa, donde venció a trescientos hombres con cuarenta soldados que llevaba.

Fue tal la porfía del joven Lago, que Neira le dijo como para dejarse vencer:

—Si yo encontrara diez hombres como tu padre, iría a Bogotá.

—Sí los hay, contestó Lago con altivez, y yo me comprometo a contarme entre ellos.

Aceptado el compromiso por Neira, se dirigió a Bogotá, adonde llegó a mediados de octubre de 1840; pero antes ordenó a su fiel mayordomo de *Ticha*, que hiciera un hoyo profundo en determinado lugar de la casa para depositar diez mil pesos, con la advertencia de que si moría en la próxima campaña, se le diera aviso a su esposa para que los sacara, porque de ese secreto no tenía conocimiento ningúna otra perona. El mayordomo cumplió honradamente la orden de su señor.

No bien estuvo Neira en su alojamiento de Bogotá, empezaron a presentársele sus amigos con los periódicos de oposición que se editaban en una imprenta contigua al puente de San Francisco. Irritado con el lenguaje descomedido y netamente revolucionario de aquellas publicaciones, volvió a montar a caballo llevando en las manos los periódicos, que rompió a medida que avanzaba; llegó al atrio de la Catedral, donde vio a D. Florentino González que le dirigía miradas de provocación, y encarándosele, le dijo con ademán de supremo desdén:

—Los facciosos no entrarán a Bogotá mientras viva Neira.

Acto continuo se dirigió Neira al local de la imprenta, y personalmente desbarató las composiciones en tipo y arrojó todo al río.

Cuando los amedrentados bogotanos vieron la actitud de aquel hombre, cobraron ánimo y le ofrecieron obedecerlo y acompañarlo a donde los condujera.

Neira era de estatura regular, cuerpo esbelto, fisonomía de aspecto severo y líneas correctas como signo inequívoco de firmeza; levantado el arranque de la nariz, indicio de nobleza de alma; patillas negras unidas al bigote espeso, cabellos crespos sedosos del mismo color, frente ancha, despejada, tez de color blanco de marfil, en la que resaltaban dos ojos profundamente negros, sombreados por cejas que indicaban la resolución

inquebrantable de su alma, cuyas manifestaciones podían adivinarse en los destellos de unas pupilas chispeantes.

A pesar de que Neira ganó el grado de Coronel después de veinte años de servicio, el traje ordinario con que se le veía en la calle era el de un hombre civil, envuelto en capa española de paño azul turquí con cuello gris de piel y sombrero de pelo blanco; era rápido en el hablar y pronunciaba las erres con mucha énfasis.

Neira fue tan desinteresado que renunció el coronelato para que otros numerosos jefes beneméritos que estaban sin colocación en el ejército, pudieran ascender; nunca recibió sueldos ni emolumentos por sus importantes servicios al país, y el grado de General no se le concedió sino después de muerto, para que su viuda y sus huérfanos disfrutaran de la pensión que corresponde a los que rinden la vida en ejercicio del más alto puesto de la jerarquía militar, porque entonces correspondía únicamente al Congreso conceder ascensos de Coronel o General.

Levantado el ánimo de los bogotanos, logró Neira reunir sesenta infantes, cien úsares bien montados, entre los que figuraban jóvenes de las primeras familias de Bogotá, y cien jinetes de las caballerías de las guardias nacionales levantadas en Funza y Facatativá; doscientos setenta hombres entre todos, de los cuales la mayor parte no habían recibido aún el bautismo de fuego, y debían enfrentarse con la vanguardia del enemigo, compuesta de setecientos infantes y caballeros al mando del valeroso General Juan José Reyes Patria, uno de los vencedores en Gámeza, Pantano de Vargas y Boyacá, con el aditamento de que a poca distancia estaba acampado el grueso de la fuerza del Coronel González, compuesta de dos mil trescientos hombres bien armados y aguerridos.

Neira y su guerrilla salieron de Bogotá en la tarde del 26 de octubre de 1840 en busca de los facciosos;

pero no pudieron pasar de Fontibón, porque la violencia del tiempo lluvioso se lo impidió.

El 27 continuaron su marcha hasta llegar con la tarde a *La Culebrera*, al frente del llano de *La Herradura*, al Sudeste del cerro de Buenavista, donde los esperaba Reyes Patria en muy buenas posiciones para recibir el ataque.

La guerrilla de Neira acampó cerca de un callejón separado de las dehesas por vallados; de manera que para llegar a combatir de frente a las fuerzas de Reyes Patria, era indispensable tomarse ese camino defendido por la infantería enemiga.

Determinada la llave de la posición, nuestro héroe situó sus tiradores a distancia de los flancos contrarios, de manera que pudiesen ofenderlos sin causar daño a los suyos.

Neira y su reducido Estado Mayor, entre el cual figuraba como Ayudante el joven Víctor Lago, pasaron la noche lluviosa debajo de toldas inmediatas a una sementera de maíz, que sirvió de abrigo y forraje a la caballería, listos para combatir al toque de *a la carga !*

El día 28 amaneció muy opaco por la espesa niebla que se posaba en la superficie de la sabana; mientras el sol no la hiciera levantar, era imposible que ninguno de los contendores emprendiera el ataque.

A las ocho de la mañana empezó el sol a disipar la niebla, haciendo claros por entre los cuales se divisaban, como en un cosmorama, los rientes paisajes que dentro de breves momentos debían trocarse en campos de muerte.

Neira había pasado en completo insomnio la noche anterior, no sólo por la responsabilidad que pesaba sobre él, sino también por el quebranto de salud a consecuencia de anteriores heridas que con el frío húmedo se le recrudecieron. Desde muy de mañana se puso en pie, abrigado con un bayetón y guantes blancos de ante, en espera de los sucesos decisivos que debían desarrollarse en ese día.

Apenas hubo luz suficiente, Neira se encaminó a inspeccionar las posiciones de sus guerrilleros, y les dio instrucciones precisas de los movimientos que debían ejecutar. De vuelta a su tolda, en medio del imponente silencio que precede a toda acción de guerra, pidió su corcel de batalla, ensillado con galápago de dos cabezas y pistoleras provistas.

El caballo que debía conducir a su señor al campo de la gloria, era un rucio mosqueado de la afamada raza *Chacón*, de origen andaluz, nervioso y ágil como lo son los potros que se crían en las fértiles dehesas de Ubaté y sus contornos; un asistente lo tenía de la brida y hacía esfuerzos inútiles por mantenerlo en reposo. Al ver a Neira que se le acercaba para montarlo, el noble animal dio un relincho de gozo, como si comprendiese el papel importante que le tocaba desempeñar.

Entretanto se disiparon los vapores que como un velo ocultaban a los contendientes contrarios el reducido número de los guerrilleros de Neira, y apareció un sol de fuego que con su fulgor iluminó toda la campiña; este fue el momento solemne de empeñar el combate de cuyo éxito dependía la suerte de la legitimidad.

Neira se despojó del bayetón que le servía de abrigo; luégo advirtió que llevaba calzados los guantes, e inmediatamente se los quitó exclamando con desenfado:

—No necesito de *esto* para manejar la lanza.

Y como estuviese allí su amigo D. Luis de Silvestre, se los regaló como un recuerdo de su querido condiscípulo, por si aquella fuese la última vez que se vieran en la tierra.

Cómo hombre experto, Neira examinó cuidadosamente los aperos de su montura, lo halló todo a su satisfacción, y montó ágil en su corcel, que se encabritó y tascó inquieto el freno, al sentir en sus lomos al jinete consumado.

Neira tomó su lanza con banderola roja, enclavada al frente de la tolda en que había pernoctado. Vestía dol-

mán y pantalones de paño azul oscuro con vueltas verdes, galones y botonadura de metal blanco, botas de campaña con espolines, sable al cinto y sombrero enfundado de hule amarillo.

Aún no había terminado Neira de posesionarse de su caballo impaciente de emprender camino, cuando se oyó un disparo de fusil, y tras de éste, otro y otro; eran los infantes enemigos desplegados en los flancos del callejón de *Buenavista*, que empezaban el ataque contestado por los setenta soldados de infantería de las fuerzas legitimistas.

El fin que se propuso Reyes Patria fue despejar el callejón de todo estorbo que le impidiera dar una carga de caballería, decisiva y favorable para él, por cuanto a más del valor probado de sus jinetes, contaba con la superioridad numérica; pero aquél no recordaba que a su frente se hallaba Neira dispuesto a todo, menos a ceder el campo mientras viviera.

Apenas creyó Reyes Patria propicio el momento para hacer maniobrar su caballería, la lanzó al galope seguro del triunfo. Neira vio ejecutar el movimiento que había previsto, su clarín de órdenes tocó *atencion!* y *á la carga!* y a la cabeza de sus CIEN húsares salió al encuentro de los jinetes rebeldes.

Allí se reveló el héroe en toda su grandeza: semejante a los arcángeles exterminadores que el genio de Gustavo Doré interpreta en sus ilustraciones apocalípticas, Neira se metió entre los enemigos sin parar mientes en quienes lo siguiesen; con su arma en ristre lanceaba de frente, a retaguardia y a sus costados en incesante molinete que destrozaba sin piedad a los temerarios que osaban resistirle,—ayudado de su noble corcel, que daba manotones y mordiscos a los caballos contrarios,—con la cabeza descubierta y la sedosa cabellera flotando al viento, porque desde el principio del combate una bala le había quitado el sombrero.

Animados con la actitud de aquel guerrero formida-

ble, los compañeros de Neira no trepidaron en seguir las huellas de su valiente Jefe, hasta que después de hora y media de recio batallar huyeron los enemigos por donde y como pudieron, abandonando las ventajosas posiciones que ocupaban en el cerro de *Buenavista* y en el llano de *La Herradura*.

Terminado el combate se dirigió Neira a la casa de *Buenavista*, en donde sus compañeros le notaron con dolorosa sorpresa, suma palidez en la cara, y que de la punta de la bota del pie izquierdo le brotaba una fuente de sangre. En efecto, desde el principio de la acción recibió Neira un balazo en la parte interna de la rodilla izquierda, que a cualquiera otro le hubiera impedido continuar luchando; pero Neira a nadie dijo que estaba herido, hasta que terminado el combate con tan brillante triunfo, no lo pudo ocultar.

Neira llegó a la casa de *Buenavista*, y se desmontó solo, haciendo un esfuerzo violento que le produjo un síncope al poner pie en tierra.

Los resultados obtenidos por Neira y sus doscientos setenta guerrilleros en el combate que se llamó de *Buenavista* y *La Culebrera*, fueron los siguientes:

Captura de gran número de armas, ciento veinte muertos de los rebeldes, entre éstos el Coronel D. Juan Antonio Samper, uno de sus principales caudillos, sesenta y tres heridos y doscientos cincuenta prisioneros, o sea casi doble número de las fuerzas legitimistas que los vencieron, prueba evidente de la fuerza del ataque por parte de éstos.

En la guerrilla de Neira hubo ocho individuos de tropa muertos, entre los cuales se contó el Sargento Pacífico Bonilla y el Cabo de húsares Juan París, unos pocos heridos, incluso el mismo Neira, y los oficiales Antonio Calderón y Manuel Ricaurte.

Al saber el Coronel González en Zipaquirá la suerte que había corrido su vanguardia en *Buenavista*, se retiró precipitadamente con el grueso de su ejército hacia el

Norte, sin esperar las fuerzas enviadas a perseguirlo a órdenes de los Generales Joaquín París y Francisco de Paula Vélez.

En el parte detallado del combate que relatamos se hace especial mención de los militares y caballeros particulares que en él se distinguieron, cuyos nombres reproducimos como un timbre de honor para sus descendientes:

Sargento Mayor José Vargas París; Comandante Mariano Posse; Capitán Decrox; Tenientes Antonio Calderón y N. Betancourt; Sargento Francisco Cristancho y N. Correa; caballeros José María Ardila, José Cornelio Borda, Joaquín, Camilo y Antonio Sarmiento, José Agudelo, Andrés Solórzano, Joaquín Santos, José María, Alejo y Evaristo de la Torre, Juan Silva, Antonio París, Mariano Lagos, David Forero, Lino Peña, Victo Lago y el Capellán Presbítero José Antonio Durán.

En la tarde del expresado 28 de octubre entró a Bogotá un apuesto jinete, a todo correr de su caballo negro, cubierto de sudor y chorreándole sangre de la herida en una oreja; era el joven doctor Alejo de la Torre, que traía la noticia del triunfo sobre los rebeldes en *Buenavista*.

—¿Qué hubo?—le preguntaron unos curiosos con quienes se encontró.

—"Algo regular" — contestó el joven de la Torre, con la jactancia de quien venía de exponer su vida en un combate.

Esparcida la fausta noticia en la capital, se echaron a vuelo las campanas con el respectivo séquito de cohetes y música; de las iglesias salían los fieles entusiasmados, después de que habían pasado el día implorando al Cielo en favor de las armas legitimistas, y ni aun las monjas pudieron sobreponerse a la curiosidad que las acometió de asomarse a las ventanas de sus monasterios, con el fin de tener plena certidumbre de la veracidad del triunfo, que no se esperaba.

A Neira se le condujo el siguiente día en una camilla a Bogotá: su llegada despertó mucho entusiasmo, pero costó gran trabajo aquietar el delirio de los circunstantes, porque todos se disputaban a un tiempo el honor de alzar el guando del héroe que iba a ser presa de la muerte. Su sacrificio debió ser acepto a Dios, puesto que inclinó definitivamente la balanza al lado de la legitimidad.

Neira puede compararse con aquellos astros que brillan por brevísimos instantes en el cielo, y después se pierden en las inmensidades del éter, para no volver a presentarse a la vista sino después de que hayan pasado muchas generaciones de hombres.

*

Después que dos atletas luchan desesperadamente por vencerse el uno al otro, se retiran del palenque: a restañar las heridas el vencido, y a sacar provecho de la victoria el vencedor.

Así sucedió al terminarse la guerra civil en el año de 1842.

Reorganizado el país, se entró de lleno en las reformas que implantó la progresista administración presidida por el General Mosquera, quien al tomar posesión de la Presidencia de la República el 1.° de abril de 1845, pronunció estas patrióticas frases que hizo efectivas:

"En materias administrativas seguiré siempre la opinión pública, aun contra mis propios convencimientos. ¡Feliz si logro conocer la opinión de la mayoría inteligente!"

La paz se restableció en Nueva Granada durante el período relativamente largo de nueve años; pero la elección del General José Hilario López para suceder al General Mosquera fue origen de una oposición violentísima a la Administración que se inauguró el 1.° de abril de 1849, con el pretexto de la violencia hecha al Con-

greso en la memorable sesión del 7 de marzo del mismo año.

Más de medio de siglo ha transcurrido desde aquella fecha, tiempo suficiente para formarnos juicio sobre ese acontecimiento, que concretaremos en los siguientes términos.

La pasión política del partido que perdió el poder con la elección del General López, prefirió acriminar a los liberales por aquel suceso, a levantar muy en alto el timbre de honor que le cupo con el hecho de haber transmitido regularmente la dirección del Gobierno a su adversario político, único caso que se registra en nuestros anales históricos.

¿Qué comparación puede hacerse entre lo ocurrido el 7 de marzo de 1849, con el ataque de los artesanos al Congreso el 19 de mayo de 1853, el combate de tiros de revólvers en el recinto de la Cámara de Representantes y la lapidación del Congreso en el año de 1879, y muchas otras sesiones borrascosísimas de nuestros Cuerpos legislativos, de las que sólo presentamos las anteriores muestras?

El resultado de la sistemática oposición de aquella época fue la rebelión a mano armada, que principió a mediados de 1851 y estalló simultáneamente en el país hasta el mes de octubre de dicho año, en que terminó.

Aquel movimiento armado fue de los más parcos que hemos tenido, tanto en sangre como en riqueza destruída; no lo secundó la opinión de la mayoría de los conservadores, y sólo tuvo de notable los personajes que intervinieron en él; llamarada de paja que se incendió y extinguió casi simultáneamente.

Hé aquí el recuento de los notables hechos de armas de aquella rebelión, en la que no ganaron sus jefes ni el más insignificante tiroteo.

D. Julio Arboleda fue derrotado en Buesaco el 10 de julio por el General Manuel María Franco, después de un reñidísimo combate; pudo escapar con unos pocos

compañeros, y se internó en el Ecuador, salvando riscos y torrentes inaccesibles.

La guerrilla que combatió a órdenes de D. Pastor Ospina, cerca del boquerón de Gachetá, en *Pajarilo*, fue batida el 29 del mismo mes de julio por el Coronel Evaristo de la Torre, que hacía parte de la columna comandanda por el General Joaquín Barriga; el señor Ospina quedó prisionero, y el bravo Francisco Cristancho que lo acompañaba, pudo salvarse arrojándose por un despeñadero.

El 5 de agosto tuvo lugar el sangriento combate de *Garrapata*, a órdenes del General Rafael Mendoza y del entonces Coronel Joaquín Acosta; la guerrilla estaba capitaneada por el Coronel José Vargas París (a. *El Mocho)* y los valerosísimos caballeros Francisco Caicedo Jurado y Vicente Ibáñez Caicedo, quienes dieron furiosa sorpresa a una compañía del Batallón número 5.°, compuesta de soldados boyacenses, en marcha para la hacienda de *La Esperanza*. Aquellos veteranos, al mando del intrépido Capitán Mariano Muñoz, gravemente herido en la refriega, formaron un cuadro que rompió por dos veces el joven Ibáñez, y murió al intentar por tercera vez la misma proeza.

En los días 7 y 10 de septiembre venció el General Tomás Herrera al General Eusebio Borrero en los campos de Abejorral y Rionegro, con lo cual quedó terminada la malhadada rebelión de 1851: menos de dos meses de trastornos que sólo sirvieron para demostrar la impotencia y desconcierto del partido conservador en aquella época. Prescindimos de tomar cuenta de algunos disturbios insignificantes en el Sur de la República, que terminaron poco tiempo después con la definitiva derrota de los sediciosos en Anganoy.

No debemos pasar en silencio dos hechos que hacen honor a las instituciones militares de entonces, y que ojalá se tuvieran presentes en todo tiempo.

El General Joaquín Barriga era *progresista* en 1841,

y fue quien batió al General José María Obando en *La Chanca*. El Coronel Joaquín Acosta era conservador y tomó parte en el combate de *Garrapata*, a órdenes del General Rafael Mendoza.

A los espíritus superficiales parecerá eso una inconsecuencia o falta de firmeza en las opiniones políticas de aquellos dos jefes, a cual más distinguidos. El proceder de Acosta y Barriga se explica en la ordenanza y en las leyes militares, que no afilian a los merecedores de altos grados a ningún círculo ni partido, sino al servicio de la República representada en sus legítimos funcionarios, a quienes se debe obediencia.

*

La República volvió a quedar en paz, hasta que empezaron en 1853 los conflictos en la capital entre los gólgotas de un lado y los artesanos y el ejército de otro, lo que condujo a que el General José María Melo surgiera con su dictadura carnavalesca.

Melo era un buen instructor mecánico de batallones, sin ninguna instrucción ni pericia militar, que prestó servicios y fue valiente en la guerra de la Independencia, de la cual sacó el nombramiento de Coronel, y *planto* hasta el año de 1851, en que el Congreso lo hizo General. El escuadrón de húsares mejor organizado y equipado que ha tenido el país, estuvo mucho tiempo a sus órdenes, hasta que el Presidente Obando lo nombró Comandante General; pero Melo continuó viviendo en un departamento que se arregló en el cuartel de caballería, instalado entonces en la casa que forma el ángulo sudoeste de la carrera 7.ª con el parque de Santander.

Melo era pulcro en su persona, siempre vestía de militar, con capa corta igual a la de sus húsares, cachucha galonada, ancho pantalón y sable al cinto; era de mediana estatura, lampiño, ancho de espaldas, nariz abultada un tanto corva, y gruesa cabeza con los cabellos cortados al rape. Cuando se presentaba en la plaza

de Bolívar, al frente del ejército, para mandar la parada, parecía un mariscal francés por la elegancia de su uniforme y por su apostura militar.

El cuartel de húsares se distinguía por su aseo, y a no haber sido por los soldados que allí se veían, hubiera podido creerse que era una casa particular, igual en su arreglo y cultivo de flores, al actual edificio, que pasó a ser propiedad de la familia Valenzuela.

Melo tenía dos magníficos caballos: uno zaíno retinto y otro bayo overo, y una preciosa vaca que tenía la rareza de piel sin adherencia, que le arrancaba del cuello hasta la ubre. Estos tres animales puede decirse que constituían la pasión favorita del futuro dictador, quien se gozaba al verlos en su salón de recibo cuando se miraban reproducidos en los espejos, haciendo genuflexiones y otros movimientos para cerciorarse de que eran ellos mismos los que se veían.

Melo era de carácter reposado, taciturno y tolerante; si hubiese sido agresivo, lo habríamos pasado muy mal los que, instigados por la pasión política, nos burlábamos de él en su cara y lo provocábamos en todas ocasiones. En la brigada de caballos mantenía una docena de bestias resabiadas para prestarlas a los cachacos que las solicitaban. Aún nos duele el porrazo que nos dio una de ellas después de violentos corcovos, porque hasta entonces supimos la condición de los caballos que prestaba el Comandante General.

Un suceso secundario vino a ser origen de la conflagración que a todos nos debía comprender.

Entraba el General Melo tarde de la noche a su cuartel en el año de 1853; al subir la escalera principal se encontró con el cabo Ramón Quiroz, que bajaba en completa beodez, y, de buenas a primeras, sin antecedente alguno, amagó atacarlo con su lanza. Melo sacó la espada que llebaba al cinto, y en su defensa le causó una herida de la cual murió Quiroz al siguiente día.

La actitud de Melo en aquella ocasión fue correcta;

pero cometió la torpeza de hacer correr la voz de que el cabo había muerto de una pulmonía fulminante, alegando para ello la conveniencia de no dar pretexto a la prensa de oposición para que se levantara un caramillo sobre ese incidente.

Las cosas sucedieron al revés de las previsiones de Melo, porque se empezó a susurrar por lo bajo que de la muerte de Quiroz no era responsable la pulmonía sino el Comandante General; la prensa periódica denunció el hecho; al asunto metió el ruido suficiente para elevarlo a la categoría de arma de partido; un funcionario de instrucción asumió el conocimiento del presunto delito; varios oficiales descontentos rindieron declaraciones desfavorables a Melo, que ya no podía retroceder en el sentido de esclarecer los hechos desde su verdadero punto de vista, y se levantó un voluminoso expediente en el cual resaltaba que aquella *empapeladura* de covachuela, no tenía por objeto rendir culto a la justicia, sino perder al sindicado.

Mal dirigido, Melo creyó salvarse de aquel enredo por medio de un golpe de Estado que propuso al Presidente Obando, halagándolo con librarlo de los *gólgotas*, que lo tenían desesperado con sus reformas inconsultas.

Obando rechazó la propuesta; pero entonces Melo resolvió dar aquel paso por su propia cuenta, en la errada suposición de que el Presidente entraría de grado o por fuerza en la calaverada que él hiciera.

En efecto, al amanecer del 17 de abril de 1854, los bogotanos fueron sorprendidos por veintiuna salvas de artillería en la Plaza de Bolívar, con el fin de saludar militarmente el nuevo orden de cosas que imponía Melo al país, en virtud de la fuerza representada en esos momentos por los batallones que tenía bajo sus órdenes.

Entre los curiosos que acudieron a la plaza para inquirir la causa de tánto ruído, se hallaba Ricardo Becerra, quien, al imponerse del atentado de Melo, gritó con entereza: ¡Viva la Constitución del 21 de mayo! en cas-

tigo de lo cual se le llevó a culatazos a un cuartel inmediato, de donde pudo evadirse para ingresar en las filas constitucionales.

Obando rechazó con entereza las reiteradas ofertas que Melo le hizo del Poder Supremo, y entonces, guiado por sus consejeros que tenían más de truhanes que de hombres de Estado, el Comandante General se proclamó Dictador por cuenta propia y aprisionó en su palacio al incauto Presidente.

Aquel motín de cuartel sin cohesión en la República fue debidamente secundado en algunas ciudades importantes, entre ellas Popayán, donde se *pronunció* el Teniente Coronel José del Rosario Guerrero, con dos compañías del Batallón número 5.°, los guerrilleros de *Calicanto*, y algunos voluntarios de *El Jambo*, el 16 de mayo siguiente.

Es posible que algunos de nuestros lectores ignoren el significado de los actos complejos que entraña la palabra *pronunciamiento;* relataremos el que presenciámos entonces en nuestra ciudad natal, en la inteligencia de que todo acto de alzarse contra la Constitución y leyes parece cortado con unas mismas tijeras.

Apenas llegó a Popayán la noticia de lo sucedido en Bogotá el 17 de abril, se extendió la creencia de que el Teniente Coronel Guerrero, Jefe de la Guarnición, tenía deseos de imitar a su compadre Melo; creencia fundada en los conciliábulos secretos que con algunos adeptos de escasa significación política se verificaban de una manera misteriosa en el cuartel, y en las idas y venidas de emisarios sospechosos al pueblo de Timbío con el fin de comprometer a sus valientes hijos en el movimiento de insurrección.

Cuando Guerrero consideró *maduro el absceso* para *reventar*, salió a la plaza de Popayán a la cabeza de sus soldados que conducían dos cañones, listos para atacar a quien tratara de impedirles el atentado que iban a cometer.

Momentos antes nos encontrábamos en el ejido de dicha ciudad, de visita en casa de Rosa Troches, viuda del Coronel Juan Gregorio Sarria, cuando se presentaron de improviso una docena de malas caras y figuras medrosas, armados de fusiles, con fornituras ocultas debajo de las ruanas, y los calzones remangados como se usan cuando se viaja a pie; estos sujetos eran los *Calicantos*, que acudían a la cita para tomar parte en el pronunciamiento.

Al vernos los conjurados no pudieron ocultar el desagrado que les produjo la presencia de una persona desconocida para ellos; era la falsa creencia de que se encontraban con un espía, porque su nada limpia conciencia les hacía juzgar de los demás por lo que pasaba en sus interioridades. Por pronta providencia se nos declaró prisioneros de guerra, aunque todavía no se habían roto las hostilidades, y ya se nos enviaba a sus guaridas con uno de los guerrilleros; pero Rosa, que era su confidenta e hilaba la trama en la misma rueca, nos sirvió de fiadora. Esto fue suficiente para que los *Calicantos* fraternizaran con nosotros y nos brindaran un trago de ron que libamos a la salud de los futuros revolucionarios.

Los *Calicantos* nos invitaron a que fuésemos a la plaza en su amable compañía, donde esperaba su presencia el Comandante Guerrero para dar el grito; aceptamos la oferta y seguimos detrás de ellos a prudente distancia.

—¡Los de guardia! pelotón de gente! gritó el centinela del cuartel cuando los *Calicantos* estuvieron a su vista. En acatamiento a la disciplina militar se les ordenó hacer alto por pura fórmula, pues bien sabían Guerrero y sus soldados quiénes eran los huéspedes que llegaban; declarados amigos se les hizo entrar al cuartel, de donde volvieron a salir, después de breves instantes, formando la cola de los veteranos con bandera desplegada y tambor batiente, que iban a ser omnipotentes a virtud de las armas puestas en sus manos para defensa de las instituciones republicanas.

Guerrero se presentó a pie al frente de sus secuaces, armado, con la espada desnuda, un par de pistolas al cinto y un trabuco terciado a la espalda; se situó en mitad de la plaza, hizo dar un prolongado redoble de tambor en señal de atención, y una vez acallado el parche, se irguió para gritar levantado sobre la punta de los pies, a fin de hacer más vibrante su voz:

—¡Batallones y escuadrones, al orden de parada!

Los escuadrones eran unos veinte voluntarios del Tambo, vestidos con camisa y anchos calzoncillos de lienzo, armados de lanzas mohosas, a horcajadas en bestias trapicheras con enjalma.

—¡Ciudadanos todos: Viva la paz! ¡Abajo la Constitución golgótica! ¡Viva la dictadura! ¡Viva Melo! exclamó Guerrero sin ruborizarse.

—Viva! Viva! Viva! contestaron los batallones y escuadrones a tiempo que la artillería de a cuatro empezó las salvas acompañadas de la música militar que tocó un *bambuco* llamado *El derrumbado*, y de los aturdidores sonidos estridentes de las cornetas y tambores.

Aún permanecían los pronunciados en la plaza, cuando se destacó un pelotón de éstos a cuyo frente marchaba un oficial que hizo señas al tambor para que tocara marcha de bando, e inmediatamente se dirigió la comitiva a una de las bocacalles de la plaza, hicieron alto, y un entrometido dictatorial leyó tartamudeando un remedo de úkase, por el cual se declaraba Guerrero Comandante General de la plaza de Popayán y Jefe Civil y Militar de la Provincia, en uso de falcultades extraordinarias de que se hallaba investido por la voluntad del pueblo, manifestada en actas firmadas por vecinos respetables.

Se prohibieron las reuniones de más de tres individuos; no se podía salir de la ciudad sin pasaporte, todos los varones de diez y ocho a sesenta años debían alistarse. Declaróse propiedad nacional los ganados, bestias mulares y caballares que existieran en la Provincia,

y los elementos de guerra, de todo lo cual debían presentar sus poseedores una relación juramentada, y ofrecía tratar con todo rigor militar a los *rebeldes* que lo desobedeciesen.

A medida que el lector iba entrando en materia con el famoso bando, palidecían los oyentes, puesto que no quedaba un solo individuo a quien no afectaran sus tiránicas disposiciones, empezando por quien esto escribe, que sólo tenía el bagaje de su indispensable uso, y ya estaba secuestrado, en razón a que la viveza de los dictatoriales consistió en publicar su bando después de que tenían aseguradas las cabalgaduras de Popayán y sus contornos.

Acto continuo supimos que se estaba formando la lista del empréstito con el cual los "ciudadanos todos" debíamos contribuír, dentro de veinticuatro horas, para el mantenimiento de las fuerzas encargadas de afianzar la verdadera República.

Aunque nos considerábamos invulnerables respecto del empréstito, porque a un bagazo seco no se le saca jugo, no sucedía lo mismo con el servicio militar que se nos quería imponer en contra de nuestras opiniones políticas, por lo cual salimos huyendo a pie de Popayán con dirección a Silvia, antes de que pudiesen atajarnos en el puente del Cauca.

Por fortuna para los payaneses, la dictadura de Guerrero apenas les duró cinco días, porque el 21 de mayo, a la misma hora en que los *melistas* batían a los constitucionales en Zipaquirá, los timbianos atacaron y vencieron a los dictatoriales en Popayán; éstos se batieron con valor, y Guerrero quedó gravemente herido, lo que fue en su provecho, pues no volvió a tomar parte con los dictatoriales.

Mutatis mutandis la dictadura corrió igual suerte en todo el país; pero el Capua de Melo fue Facatativá, donde fijó su cuartel general: allí pasó el tiempo engordando sus caballos y su vaca, refrigerándose en piquetes y

paseos y bailando con las damas, mientras que sus tenientes se batían sin concierto ni plan militar en las provincias. Según la expresión de Joaquín Pablo Posada, Dracón se trocó en Heliogábalo.

Del marasmo del dictador lo sacaron Julio Arboleda, Pedro Gutiérrez Lee y José María Ardila. Los primeros dieron un brillante asalto nocturno en Guaduas, a mediados de dicho año, a trescientos melistas encerrados en sus respectivos cuarteles, con una guerrilla de 96 hombres, divididos en dos porciones de 48 soldados cada una.

Mientras Arboleda atacaba al arma blanca a uno de los cuarteles situado en la esquina de la plaza, Gutiérrez Lee se entendía con el otro cuartel contiguo a la torre de la iglesia. Arboleda, el primero, se acercó al centinela, lo desarmó y entró intimando rendición a los melistas, que sorprendidos con aquella temeraria audacia, se rindieron después de seria resistencia.

Gutiérrez Lee no pudo romper la puerta del cuartel que atacaba de frente, porque sus defensores se pusieron alerta con el bochinche que se hizo en el cuartel que rindió Arboleda, y rompieron sus fuegos sobre la gente de Gutiérrez Lee; pero éste era un militar avisado, no se arredró, y atacó por retaguardia la fortaleza hasta que la rindió.

Los melistas perdieron 100 hombres muertos o heridos en aquellos asaltos, mientras que de los constitucionales murieron tres soldados, y quedaron heridos la mitad de los asaltantes.

El Coronel José María Ardila, con otros compañeros, formó la guerrilla que más atormentó a Melo en la Sabana. Sentó sus reales en *El Hato*, entre Chipaque y Soacha, de donde caía como una tempestad sobre las fuerzas del dictador cuando las tenía a su alcance.

A D. Ramón Beriñas, Gobernador de Bogotá, era tal la antipatía que le inspiraba el *Orejón* Ardila, como aquél lo llamaba, que pidió a Melo las fuerzas suficien-

tes para salir a buscarlo, batirlo, tomarlo prisionero y entrar a la capital con él atado a la cola de su caballo. Beriñas salió con una legión dictatorial de quinientos hombres, al mando del Coronel Rafael Peña, por los lados de Tunjuelo; alguien le dijo al Gobernador que el guerrillero y su gente habían huído al páramo de Usme porque no se creían fuertes para batirse con las fuerzas melistas.

Beriñas cayó en el lazo y se dirigió al Sur por el camino que conduce a Yomasa; pero en el momento menos esperado, Ardila y sus terribles guerrilleros salieron de los barrancos como brotados de la tierra, y dieron tal paliza a los dictatoriales, que se les rompieron las astas de las lanzas en las costillas de los que no huyeron. En su desatentada carrera, Beriñas y los pocos compañeros que lograron salvarse de aquella tormenta, iban dejando un rastro de sombreros y prendas militares, con el objeto de que los guerrilleros les dieran tregua en la persecución, mientras se detenían a recoger aquellos despojos.

Cuando ya entraban los fugitivos a Bogotá, les gritaban a los guerrilleros con ademán de amenaza:

—¡Cobardes, ya volveremos a buscarlos con más gente, porque ustedes son muchos y nosotros pocos, y entonces nos veremos las caras!

Pero no se las volvieron a ver, porque las circunstancias no les fueron favorables.

Melo se enredó en los once mil hombres que tenía al principio de su dictadura para hacer frente a las emergencias que sobreviniesen; y cuando le cayó encima toda la República en cuyos ejércitos venían enroladas hasta mujeres, como la llamada Clemencia Celis, no le quedaban ya cuatro mil soldados, contándose entre éstos los artesanos de Bogotá.

Cuando los íntimos de Melo le llamaban la atención hacia los progresos que hacían sus enemigos, les contestaba con la mayor tranquilidad apoyándose en la frente el dedo índice:

—Aquí tengo mi plan: déjenlos ustedes que se acerquen, y ya verán cómo los derroto en menos tiempo del que emplea un cura loco para santiguarse.

Los constitucionales llegaron a la Sabana por todas partes. Melo tuvo una oportunidad que no aprovechó para equilibrar la suerte de las armas.

Cuando se supo en Bogotá que el Ejército constitucional del Sur estaba acampado en *Tres Esquinas de Fucha,* concertó Melo con Diego Castro, su mejor teniente, un combate simultáneo: el dictador debía atacar a los constitucionales por el lado de *Las Cruces,* hacia el Occidente, y Castro por el camino de la *Estanzuela*, de Norte a Sur.

Castro ejecutó valientemente la parte que le correspondía en aquel plan con una brilante sorpresa, e introdujo tal desorden y confusión entre sus contrarios, que el General José Hilario López, con su corneta de órdenes, se montó sobre la cumbrera de la única casa que allí había, con el objeto de hacer tocar reunión al centro y evitar la derrota que ya se iniciaba de su ejército.

Si Melo hubiese concurrido a la cita convenida, habría sido seguro su triunfo entonces; pero no lo hizo, y frustró con su conducta equívoca los esfuerzos de Castro, quien, al volver a Bogotá, indignado con la deslealtad del dictador, lo apostrofó de cobarde y traidor al verlo paseándose muy tranquilo en el balcón del cuartel que daba a la entonces plazuela de San Francisco. Este fue el golpe moral de gracia que sufrió la dictadura de Melo, porque desde ese momento cundió la especie entre sus amigos, de que la inacción de aquél fue la forma práctica que dio a su traición, en cambio del expediente levantado para averiguar la responsabilidad que le cupiera en la muerte del cabo Quiroz.

Reunidos los ejércitos constitucionales del norte y del sur en número de doce mil hombres, se emprendieron operaciones, y una vez establecida la línea de batalla

al rededor de Bogotá, sin solución de continuidad, se rompieron los fuegos contra menos de cuatro mil hombres desalentados que defendían la capital, sin que a ninguno de los asaltantes comandados por los Generales José Hilario López, Pedro Alcántara Herrán, Tomás C. de Mosquera, y por muchos otros jefes valientes y meritorios por más de un título, se les ocurriera proponer una capitulación que tal vez hubiese sido aceptada por parte de Melo, sin el sacrificio de mil hombres muertos, para rendirlo con garantía de la vida después de tres días de combate.

Cualquiera que lea los boletines legitimistas de aquella época, y las publicaciones de la prensa enemiga de Melo, creerá que tanto éste como sus compañeros de aventura dictatorial eran una cuadrilla de bandidos sin Dios ni ley, y así se les trató después de vencidos. Error de apreciación, porque los melistas apenas expropiaron lo necesario para el sostenimiento de sus tropas; la capital estuvo en poder de los artesanos durante los siete meses de dictadura, en tiempos en que no había serenos ni alumbrado público; y la crónica criminal no registró entonces el robo de ningún almacén en Bogotá.

A Melo se le condujo prisionero al Colegio de San Bartolomé, donde le hizo remachar un par de grillos D. Lino Peña, su custodio; al verlo en aquel triste estado el General José María Mantilla, su compañero de infortunio, dijo a Melo con expresión de doloroso sarcasmo:

—General, su plan de campaña se le bajó a los tobillos!....

Con los artesanos se cometió la crueldad de enviarlos a Panamá, cuyo clima era muy malsano con motivo del movimiento de tierras para construír el ferrocarril interoceánico; los más de ellos murieron en aquellas playas inhospitalarias, dejando a sus familias en el mayor abandono.

A Melo y sus compañeros de alguna importancia se les desterró fuera del territorio granadino, o se les con-

finó dentro del país por tiempo más o menos largo; pero el doctor Manuel María Mallarino, a quien tocó restañar las heridas de la patria, en su calidad de Vicepresidente de la República, Encargado del Poder Ejecutivo, abrevió compasivo las torturas de los que comían el amargo pan del ostracismo en la miseria.

*

El doctor Mariano Ospina Rodríguez recibió la República en paz el 1.º de abril de 1857, en virtud de elección popular de indiscutible legalidad: pareció que empezaba entonces una éra de paz y progreso para el país, con caracteres de estabilidad. El comercio tomó un vuelo desconocido hasta entonces: las quinas, que volvieron a subir de precio en Europa, y el cultivo del tabaco en Ambalema, eran dos fuentes de riqueza explotable, que hizo exceder el valor de nuestras exportaciones al de las importaciones; la agricultura se desarrolló al amparo de aquella situación, que parecía duradera, y eran suficientes seiscientos hombres de ejército permanente para conservar el orden; en una palabra, los dos primeros años de la Administración Ospina, fueron como un oasis tranquilo en medio del tenebroso desierto de nuestra política de partido.

Hay ciertos acontecimientos de los pueblos que se aprecian mejor a medida que corre el tiempo.

El Presidente Obando era decididamente adverso a que se extremaran las libertades, e hizo grande esfuerzo porque no se cometiera el disparate de romper el Patronato que regulaba las relaciones de la Iglesia con el Estado; de manera que por este aspecto, aquel infortunado General era conservador sin saberlo.

Los *gólgotas*, dirigidos por el doctor Florentino González, pseudo conservador, septembrista, e imbuídos en las teorías de que la bondad de un gobierno se mide por su debilidad, se anticiparon a Cavour cuando dieron solución práctica a la célebre teoría anatematizada des-

pués por el Concilio Vaticano: "La Iglesia libre en el Estado libre," y obligaron al Presidente de la República a que sancionara la Constitución política de 1853, que arrancó esta frase sarcástica a Lord Palmerston:

—Buena, buena para gobernar a los ángeles en la patria celestial.

Por una aberración inconcebible, el partido conservador combatió la política de la Administración Obando, y prestó decidido apoyo a los gólgotas. Este fue el pecado original que más tarde debía purgar el partido que inconsultamente zapó los fundamentos de su credo político y religioso.

Otra inconsecuencia deplorable cometió en aquella época el partido conservador.

Las doctrinas *golgóticas* elevadas a instituciones fueron puestas en práctica en el Estado de Santander, única sección regida por un escogido personal de aquella escuela; pero lo que pareció bien a los conservadores cuando se trataba de hostilizar a Obando, se creyó después tan detestable, que se ocurrió a la guerra para destruír un régimen legítimamente constituído, imitando en esto a Clodoveo cuando quemó lo que había adorado, y adoró lo que antes había quemado.

Después se presentó el espectro eleccionario, y se trató de darle solución pacífica cuando ya era tarde; el doctor Manuel Murillo Toro lanzó en *El Tiempo* su renombrado editorial *Alea jacta est*, el Intendente Pedro José Carrillo se enfrentó al General Mosquera en el Cauca, y quedamos sumergidos en un océano de sangre y ruinas, que se llamó la guerra civil de 1859 a 1862.

*

Cuando los pueblos pacíficos y laboriosos cambian sus costumbres para lanzarse en aventuras guerreras, no ceden en sus pretensiones, y manifiestan incontrastable tenacidad para sostener la causa a que pertenecen. Como

ejemplo de este hecho presentamos lo que sucedió en el Estado de Santander en los años de 1859 a 1862. Esta sección de la República era adicta al sistema federal y a los hombres que lo implantaron en su suelo; y cuando los extraños, primero, y el Gobierno general después, llevaron la guerra al seno de aquel pueblo serio y trabajador, éste no ahorró ningún sacrificio que tendiera al triunfo de los ideales que entonces perseguía.

Después del triunfo del Gobierno de la Confederación en la batalla de *El Oratorio*, donde quedó herido, prisionero o muerto el ejército santandereano, creyó el vencedor que enrolando en sus filas a los prisioneros, impediría la reacción en favor de los vencidos; pero no fue así: dondequiera que se presentaba la ocasión, éstos desertaban o se pasaban a su antiguo campo. Al día siguiente de una derrota volvían a renovar las hostilidades, sin contar el número de los enemigos ni pensar en otra cosa que en vencer o morir.

En el puente de Guillermo tuvo lugar uno de los combates que perdieron los santandereanos, después de que ambos contendores pelearon con denuedo. Para continuar la lucha los vencidos necesitaban armas, las que por el momento era poco menos que imposible procurárselas, a menos de tomarlas al ejército del Gobierno: pero qué no puede esperarse de pechos resueltos!

Entre los jefes notables de aquella época se distinguían por su audacia y temeridad guerreras, el Coronel Vicente Zúñiga, nacido en Timbío, Juan de Dios Bárcenas, jefe de guerrilla, y Fausto Vargas, compañero de éstos.

Por conducto fidedigno supieron nuestros héroes que en el cuartel de Chiquinquirá, al mando del terrible Comandante Bartolomé Cobos, había fusiles y municiones suficientes para armar la guerrilla que estaba a órdenes de aquéllos. Tal noticia les aguzó el ingenio, de tal modo, que les hizo concebir y ejecutar el más atrevido y original plan de operaciones.

Dio principio Zúñiga a su estratagema, enviando a Vargas a Chiquinquirá, a fin de que pidiera cuartel a Cobos, para la escolta que conducía al renombrado guerrillero Bárcenas a quien decía que habían hecho prisionero.

Tanto Zúñiga como Vargas eran desconocidos en Chiquinquirá, en donde nunca habían puesto los pies.

Cobos recibió el mensaje con una satisfacción que le rebozaba, y en el supuesto de que el hecho asegurado por Vargas, era cierto, espareció la buena noticia en la ciudad, invitando a los moradores para que la festejaran, porque la presa que le traían valía bien la pena de alegrarse; proporcionó caballo al mensajero para que volviera a decir a los conductores de Bárcenas, que los esperaba en el cuartel, donde recibirían cordial acogida y seguridades para el cautivo.

A medio día entró Zúñiga a Chiquinquirá con su mal armada guerrilla, en el centro de la cual se veía a Bárcenas montado en un caballo, pero bien asegurado por medio de fuertes y ostentosas sogas. La llegada de éstos a la ciudad se anunció con repiques de campanas, los cohetes de costumbre, y con los correspondientes vivas al Gobierno y mueras a los rojos. Al verlos se frotaba las manos el Comandante Cobos y empezó a fraguar en su ardiente imaginación de legitimista exaltado, el boletín que debía principiar con el mote retumbante de ¡Gran batalla y gran victoria!

Llegado que hubieron los guerrilleros al cuartel codiciado donde los esperaba Cobos, se adelantó Vargas, quien después del saludo de *gaudeamus*, que le contestó aquél, le dijo con mucha gravedad:

"Aquí tiene mi Comandante al cojo Juan de Dios Bárcenas, uno de los pillastrones que más fraterna nos han dado; ya verá cómo cae Zúñiga, su compañero, en la trampa que le tenemos armada." Y esto diciendo fueron entrando al cuartel en cuyo zaguán no más empezaron a desligar a Bárcenas para que lo metieran en un cala-

bozo. No bien estuvo suelto éste, cuando Zúñiga dio la señal convenida; con audacia y celeridad increíbles, metieron de gollete al centinela, cerraron las puertas, desarmaron a los soldados que estaban de guardia, se apoderaron de la armas y pertrechos que encontraron, y a la caída de la tarde tomaron las de *Villadiego*, después de que dejaron bien asegurados a los soldados del Gobierno, y a D. Bartolomé encerrado en la pieza de la Comandancia, para que redactara el boletín que había pensadò escribir con tanto donaire .....

Algún tiempo después, el 10 de abril de 1860, murió Zúñiga vilmente asesinado, al caer prisionero cerca de Onzaga, en el sitio llamado *Agua Clara*.

*

El día 6 de agosto de 1851 se libró la primera batalla de *Garrapata*, en la llanura del mismo nombre en que más tarde, el 20 de noviembre de 1876, se dio otra; pero si en la segunda peleó atrincherado uno de los contendores, en la primera se batieron todos a pecho descubierto, teniendo lugar un episodio semejante al de la batalla de Carabobo.

La caballería de los revolucionarios al mando del entonces Coronel José Vargas París, el *Mocho*, apodo con el cual era conocido, porque así lo llamaban en el colegio a causa de que perdió la oreja de uno de sus zapatos, atacó a una Compañía del *Batallón 5.º de Vargas* y demás fuerzas que llevaba el General Rafael Mendoza, de reconocido valor y arrojo, quien hizo formar un cuadro que rompieron aquéllos sin poderlo destruír, y al fin se vieron obligados a retirarse. En definitiva, el *Mocho* salió derrotado.

El 29 de agosto de 1859 se libró en el pueblo de Concepción en el Departamento de Santander, uno de los combates más sangrientos que registran los anales militares de esa época. En ese campo se dieron cita los

liberales y conservadores para dirimir la contienda que de tiempo atrás tenían pendiente; los primeros representaban la legitimidad del Estado de Santander, gobernado por los antiguos gólgotas, a cuya cabeza figuraban el doctor Manuel Murillo Toro y lo más brillante de la juventud de ese partido, a las órdenes del entonces Coronel Santos Gutiérrez, y los últimos al mando de los valientes Jefes Juan José Márquez y Melchor Corena, que eran los caudillos de la reacción conservadora que, en son de guerra, combatían las doctrinas implantadas en la patria de Santander y de Soto.

De los mil hombres que entraron en combate quedaron muertos doscientos, y heridos ochenta, con la notabilísima circunstancia que, de todos los jefes y oficiales liberales, el que no murió quedó herido, menos Foción Soto. En muy pocas batallas habrá habido el 28 por 100 de bajas, como sucedió en la de Concepción!

El *Mocho* Vargas y el Coronel Corena eran dos militares cortados de la misma tela de D'Artagnan de Alejandro Dumas, en los *Tres Mosqueteros*. De apuesta presencia y de fisonomía simpática, tomaban los sucesos favorables o adversos de la vida con la filosofía y resignación del más estoico fatalismo; no tenían otro haber sino su espada, para esgrimir la cual no sacrificaron nunca sus convicciones. Valientes y arrojados en el combate al arma blanca, que era su fuerte, tendían la mano al enemigo vencido sin echar en olvido el refrán que dice: *Hoy por ti mañana por mí*. Escrupulosos guardadores de las ordenanzas militares, vestían el estricto uniforme de su grado, sin perdonar el corbatín de cuero que usaron toda la vida.

Este par de modernos Cástor y Pólux no reconocían entre ellos *tuyo* ni *mío*, porque todo les era común, y era tal el cariño que se profesaban que cualquiera de los dos habría dado la vida por el otro.

Pero no sólo eran militares, sino también trovadores y músicos, decidores de historietas y chistes que se hi-

cieron populares, y desinteresados amigos para los cuales no escatimaban los pocos reales que llegaban a economizar por algún milagro, pues según decían Corena y el *Mocho*, el dinero debe gastarse en el mismo día en que se gana, a fin de dormir por la noche con tranquilidad de conciencia....

Los dos eran decididos partidarios de D. Mariano Ospina, a quien sus adversarios aplicaban, entre otros, el epíteto de *camandulero*; pues bien: el 1.º de abril de 1857, en que aquél tomó posesión de la Presidencia de la República, el *Mocho* y Corena compraron dos camándulas en la tienda de D. Justo Pastor Losada, que negociaba en artículos piadosos, y las sustituyeron a las cadenas de los relojes, porque decían que era *costumbre en los buenos súbditos llevar la condecoración que usaban sus soberanos*.

En otra ocasión se hospedó el *Mocho* en un cuartel en que abundaban las plagas; al día siguiente se puso a espulgar la ropa, y como alguien le señalara un robusto piojo, aquel le dijo en el acto: "Primero ataco a la caballería—las pulgas—porque la infantería—los piojos—la tengo segura!

En el terrible combate de Concepción tocó a Corena defender la iglesia, que fue el último punto que se rindió, y donde éste cayó prisionero, después de lo cual pasó algún tiempo sin que nuestros dos paladines se vieran las caras, hasta que a principios del año de 1860 se encontraron de manos a boca en la Calle Real. Todo fue verse y descubrirse las cabezas con afectada y respetuosa cortesía; pero antes de echarse en brazos el uno del otro, el *Mocho* se detuvo en mitad del camino, y con zalamero ademán y voz de ferviente devoto, dijo a Corena:

—Echame tu bendición,
Sacristán de Concepción!
—Te la daré con la pata,
Vencedor en Garrapata!

fue la respuesta que dio el último con admirable oportunidad.

*

Entre los prisioneros de guerra que tomaron las fuerzas nacionales en diferentes combates en 1860 se contaba el Coronel Ramón Perea, a quien trajeron a Bogotá para juzgarlo como revolucionario, y encerráronlo en la antigua cárcel en que estaban los señores Antonio María Pradilla, Aquileo Parra, Eustorgio Salgar, Jacinto Hernández, Felipe Zapata y otros.

En el mes de mayo de 1861 se aumentó el número de prisioneros con los que cogieron las tropas legitimistas en los combates librados en *Santa Bárbara* o *Campo Amalia* y en *El Rosal*, en los días 25 y 29 de abril del mismo año.

No tenemos necesidad de hacer la descripción del estado a que queda reducido el que tiene la desgracia de caer prisionero en una guerra civil; baste decir que cada soldado de los aprensores se cree con perfecto derecho a desvalijar y desnudar al prisionero, y juzgan que andan muy generosos con el vencido cuando lo dejan *en cueros*, así es que no es fácil distinguir la condición de éste, si no se le ha conocido de antemano; sin contar las variaciones producidas en la persona por causa de la mala vida en la campaña y el consiguiente terror que produce la derrota.

Y esta era precisamente la situación personal de los prisioneros que guardaba el Gobierno en la cárcel citada: los que no tenían relaciones en esta ciudad, que eran los más, o los que carecían de recursos, permanecían con las mismas ropas despedazadas y sucias con que los trajeron, todo lo cual influía para que, con raras excepciones, la mayor parte presentaran el aspecto de mendigos haraposos, cuyos nombres figuraban en las listas de prisioneros; pero que podía decirse que nadie los distinguía individualmente, ni aun el mismo carcelero.

Es cierto que el alcaide tenía singular recomendación para vigilar como hombre peligroso y audaz a Ramón Perea, a quien veía con especial atención; pero a juzgar por el aspecto del prisionero éste debía ser algún pobre diablo, de alta estatura, de movimientos lentos, mal vestido, y por añadidura lo creía tuerto de un ojo y del otro "no muy sano," porque usaba anteojos azules llamados de cuatro ojos. Esta creencia errónea del alcaide fue la que supo explotar Perea.

El reglamento de la cárcel disponía que el oficial de la guardia saliente entregara los presos al de la entrante, después de lo cual relevaban la guardia, hecho que tenía lugar en el zaguán del edificio. Entre el trasportón y las secciones destinadas a los presos, había sólidos rastrillos custodiados por centinelas colocados al lado exterior para seguridad de éstos, de manera que era muy difícil salvar esa barrera por medio de la fuerza.

Impuesto Perea de los usos y costumbres de los celadores de la prisión, se proveyó de un vestido de caballero, incluso el paraguas de cabo de marfil, se quitó los anteojos, se lavó la cara y se afeitó la barba dejándose los bigotes y la pera, y en el momento en que el carcelero abría el rastrillo para entrar con el oficial de guardia a entregarle los presos, Perea se les aproximó con garbo, les saludó con énfasis y salvó este primer obstáculo; el alcaide creyó que el individuo que salía debía ser uno de tántos personajes adictos al Gobierno que solían visitar a los presos, por lo cual no puso el menor inconveniente para que pasara el rastrillo, visto lo cual por el centinela que estaba al lado de afuera, correspondió el saludo de Perea echando el arma al hombro.

Ya se creía el preso en libertad; pero en el zaguán estaban formadas las escoltas que debían relevarse, y ya se sabe que no es permitido pasar por en medio de la formación de dos filas de soldados; y para acabar de hacer más crítica la situación de Perea, se presentó en ese momento el Prefecto de Bogotá, D. Plácido Morales,

quien se manifestó muy contrariado por el fuerte aguacero que inopinadamente caía, obligándole a refugiarse en el zaguán mientras pasaba el chubasco, y a perder miserablemente el tiempo mientras que su presencia era urgentísima en la Prefectura.

Los momentos no podían ser más preciosos para Perea; si no salía de la cárcel antes de que el alcaide acabara de llamar la lista de presos, estaba perdido!

Sin desmentir la serenidad que le conquistó el apelativo de *Bravo Perea*, se acercó al señor Morales y le ofreció su paraguas para que continuara su camino, diciéndole que en la Prefectura no le faltaría con quién devolvérselo!

Don Plácido, que era la misma cortesía, rehusó la oferta; pero Perea insistió con tal vehemencia a la vez que hablaba con sumo interés de los asuntos del Gobierno, que aquél hubo de dirimir la controversia proponiendo al prisionero que saliesen juntos de brazo, abrigados por el paraguas que llevaba Perea con admirable desenfado. Llegado que hubieron a la puerta de la Gobernación, establecida en la casa que pertenecía al doctor Emiliano Restrepo, en la calle 9.ª, abajo de Santa Clara, se despidieron después de *deshacerse* en mutuas e interminables cortesías.

Al llamar la lista de presos faltaba Ramón Perea; pero al inquirir por el paradero de éste, informó el oficial de la guardia que salía, que por la puerta no había pasado sino un arrogante caballero de brazo del señor Prefecto, y que, en consecuencia, debían buscar el preso en la cárcel. Para desenredar el embrollo fue el carcelero a la Prefectura; el señor Morales sostenía que no era preso el caballero con quien salió de la cárcel, y el carcelero aseguraba que el Prefecto había sacado a Perea. Los primeros boletines revolucionarios que circularon en Bogotá los sacaron de la duda, porque en ellos se referían las nuevas hazañas del fugitivo, acerca de lo cual no pudieron conformarse el señor Morales ni el carcelero.

*

De los que pudieron escapar después de la toma de Bogotá por el ejército federalista el 18 de julio de 1861, unos tomaron la vía del Tolima, donde formaron un núcleo de fuerzas de alguna consideración, y el resto se dirigió a Guasca en espera de una ocasión favorable, que no se hizo esperar, para emprender el movimiento de reacción centralista.

La ocupación de Popayán por D. Julio Arboleda coincidió con el pronunciamiento de la guerrilla de Guasca al mando del Coronel Manuel de Jesús Obando, Jefe valeroso que había hecho varias campañas en el centro y sur de la República, distinguiéndose por su habilidad en la guerra de partidas.

La guerrilla de Guasca se hizo célebre por la tenacidad y arrojo con que desafió las iras del General Mosquera vencedor, en términos que éste se creyó obligado a emprender personalmente su persecución, porque atribuía a impericia de sus tenientes las constantes ventajas de los *guascas* sobre las fuerzas liberales.

El acto mayor de audacia que ejecutó aquella guerrilla fue la entrada a Bogotá el 4 de febrero de 1862, por medio de un movimiento estratégico, mientras el General Mosquera la perseguía por los páramos cercanos a la ciudad.

De mil hombres constaba dicha guerrilla cuando entró a la capital; pero aquel hecho le fue funesto, entre otras causas, porque Obando, que era el alma de aquélla, recibió una herida de bala que lo inutilizó por el resto de su vida; muchos guerrilleros se quedaron ocultos en la ciudad, y la desorganización empezó a cundir en sus filas.

Al aproximarse el ejército del General Leonardo Canal a Bogotá, dicha guerrilla se le incorporó para acompañarlo en el ataque al convento de San Agustín; después de aquel desastre para las armas legitimistas, los

guascas volvieron a sus antiguas posiciones para continuar la guerra de partidas con éxito vario; pero la guerrilla no volvió a alcanzar la importancia que tuvo en sus principios.

Con la *expedición* que tenía el General Mosquera para arbitrar recursos, ofreció patente de corso en tierra, a los que quisiesen formar guerrillas federalistas para oponerse a las legitimistas que pululaban en todo el territorio del país, deplorable medida por los funestos resultados que produjo.

En aquella época se combatía con el furor que producen las guerras civiles en los beligerantes convencidos; y como el fusilamiento de las víctimas del 19 de julio de 1861 acarreó sangrientas represalias, los guerrilleros legitimistas de entonces guardaban sus prisioneros empleando medios crueles a falta de cárceles, como rehenes para el caso de que se repitieran las ejecuciones por parte de los liberales.

Las guerrillas se hacen tolerables cuando están a órdenes de jefes que tienen influencia con sus subordinados para no permitirles excesos, y que pueden conciliar en cierto modo los fueros de la humanidad con los sangrientos sacrificios que impone la guerra; de lo contrario no son sino cuadrillas de salteadores amparados con el pretexto de sostener cualquier causa política, que sólo tienen en mira satisfacer mezquinas venganzas o enriquecerse con los despojos de lo que arrebatan a los hombres pacíficos.

Entre los favorecidos con patente de corso en el año de 1862, encontramos a Justo Román, oriundo de Villeta, enemigo de los curas, mozo robusto, valiente y por añadidura de aspecto simpático; fue uno de los que escaparon del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en la tarde del 7 de marzo de 1861, a donde le volvieron a traer herido de un sablazo en el hombro.

Román escogió por escenario el territorio comprendido entre Guaduas, Bituima, Nocaima, Vergara y Vi-

lleta; era suficiente que se supiese la aproximación de aquél con sus compañeros, para que las gentes huyesen por donde podían.

La última hazaña de Román la ejecutó a tiempo que los ejércitos de ambos partidos iban a empeñar el combate del convento de San Agustín. En una estancia cercana al villorrio de Nocaima vivía José María Vega con su esposa, de donde lo sacó Román y lo puso preso en la estrecha cárcel del lugar, colocándolo para mayor seguridad en el cepo con cuatro agujeros de por medio; después expropió éste de la estancia de Vega unas yeguas con el caballo padrote, los encerró en la misma cárcel, cerró la puerta con candado y se fue a una venta riéndose a carcajadas de la *volada* que había jugado a su víctima....

La esposa de Vega aprovechó la retirada de Román para romper el candado de la cárcel y sacar a su marido, quien se fue directamente a su casa, tomó un fusil de silex que tenía oculto, lo cargó con cartucho de dos balas y unos pedazos de vidrio de botella, se internó en un sendero cubierto de maleza, y esperó al pie de un árbol a la vera del camino que conduce de Nocaima a Villeta.

A poco rato se presentaron los compañeros de Román, que conducían una recua de bestias *avanzadas* por ellos en su correría; detrás iba su jefe a caballo, con el ala del sombrero lavantada sobre la frente y un tiple en la mano, cantando coplas al són de su instrumento.

Al aproximarse Román al árbol que ocultaba a Vega, se oyó una tremenda detonación. Vega herido por su arma que reventó al disparar, huyó a incorporarse con los restos del ejército del General Canal en vía para Antioquia.

Román cayó a los pies de su montura; uno de sus compañeros al verlo cubierto por la sangre que vertía a borbotones, le dijo a otro de los guerrilleros que fuera en busca de un médico para su jefe.

—¡Qué médico! dijo Román con despecho; traigan un cura que me absuelva, porque lo que es en esta vez, me *lograron los godos!*

Los proyectiles del arma de Vega despedazaron las entrañas de Román, quien antes de expirar vomitaba pedazos de vidrio. No se halló cura que lo absolviera, porque el moribundo había ahuyentado a todos los sacerdotes que pudieran ejercer su ministerio en diez leguas a la redonda.

Fue en aquella época de inseguridad desesperante, con los moradores de los campos y poblaciones pequeñas a merced de partidas armadas, con jefes irresponsables y desconocidos, cuando Mister Johns, Ministro de los Estados Unidos de América, preguntó al doctor Ezequiel Rojas, qué diferencias sustanciales existían entre aquellas partidas de merodeadores amparados por principios políticos opuestos.

El doctor Rojas permaneció abstraído por breves instantes, como si quisiese encontrar la fórmula de sus ideas, y se expresó así:

—Mire usted, señor Ministro: de esas partidas, las de los que se llaman liberales, son muy ladrones y algo asesinos; y las de los que se apellidan conservadores, son muy asesinos y algo ladrones.

Aquella opinión del ilustrado doctor Rojas se confirmó después por D. José María Reyes, dueño de la hacienda de *Palo bayo* en el distrito de Venadillo, cuando el doctor Aníbal Galindo le preguntó cómo lo habían tratado las partidas armadas que obraban sin sujeción a jefes respetables.

—Lo único que he sacado en limpio, mi querido doctor, es esto, respondió el señor Reyes, meneando la cabeza con ademán melancólico: veinte *conservativos* y veinte *liberales* suman cuarenta ladrones.

El modesto José María Vergara y Vergara había de tiempo atrás formulado la misma idea por causas idénticas en esta frase: "Olivos y aceitunos, todos son unos."

*

En el Estado de Boyacá, durante la guerra civil de 1862, formaron guerrillas D. Antonio Valderrama y el Coronel Baltasar Gil, con los dispersos en diferentes encuentros de armas en aquella región; se hicieron respetar de sus enemigos por el arrojo y valor probado con que combatieron.

En una ocasión supo D. Baltasar que se iba a proceder al deshorne de una *cochada* de sal en la Salina de Chita; con diez y siete hombres se atrevió a descender a aquella hondura, se apoderó de la sal y salió con su cargamento al páramo de Chita, donde fue atacado por fuerzas infinitamente superiores a las suyas.

Mientras le llegaba un refuerzo que había pedido al General Monsalve, no halló mejor medio de resistir que encerrarse en una casa, resuelto a defenderse a todo trance; pero no contaba con la ferocidad y arrojo de los indios de Chita, que apenas vieron encerrados a los guerrilleros, comenzaron a tocar cuerno como señal convenida de reunión. Al anochecer había un enjambre de mas de diez mil indios resueltos a lapidar a sus enemigos, operación muy fácil para esto, porque los alrededores de aquel pueblo ofrecen un conjunto inmenso de piedras erráticas de todos tamaños, excelentes para el fin que se proponían.

Al efecto, apenas se extendieron las tinieblas sobre la tierra, empezaron los indios su obra de lapidación arrojando un diluvio de piedras sobre la casa que en poco tiempo empezó a quedar sumergida en ellas, amén de uno que otro tiro disparado por mano certera.

Los sitiados contestaban el ataque con el fuego de sus fusiles; pero las municiones escasearon, y al amanecer no tenían ni un cartucho.

En aquella angustiosa situación no quedó a D. Baltasar otro recurso que hacer una salida desesperada o perecer a manos de aquellos bárbaros; la necesidad lo

obligó a montarse en su famoso macho en el zaguán de la casa, con su arma lista para atravesar a los que intentasen detenerlo, y dispuso que en un momento dado abriesen los suyos la puerta que daba a la calle.

D. Baltasar salió de la casa como una centella, tirando lanzazos a derecha e izquierda; los indios que intentaron detenerlo pagaron caro su audacia, aunque quedaron en sus manos los pedazos del vestido que habían desgarrado al que huía por el deseo de contenerlo. De los compañeros de D. Baltasar no se salvaron dos: nuestro amigo el señor Gil nos decía una vez, que su fe de vida debía empezarse a contar desde aquel entonces.

Cuando ya no era posible oponer más resistencia al orden de cosas que surgió de la revolución a que nos referimos, el señor Valderrama y su amigo el Coronel Baltasar Gil depusieron las armas y se retiraron a vivir de su trabajo honrado.

*

Merece mención honrosa en nuestras contiendas civiles la guerrilla que en 1876 se organizó en el sitio de *El Mochuelo*, a inmediaciones del páramo de Pasca, de donde le vino el nombre de *Mochuelos* con que se calificó a sus miembros, entre los cuales se contaban muchos jóvenes de las principales familias del país, bajo las inmediatas órdenes del General Carlos Urdaneta.

En nuestro concepto, la guerrilla de *Los Mochuelos* llenó el fin que se proponen los que hostilizan un ejército superior a ellos, por medio de asaltos, sorpresas, astucia y valor. Fueron hidalgos con los vencidos, canjearon prisioneros, honraron a sus enemigos muertos, y confiaron en la lealtad del Gobierno para inhumar los suyos, entre otros, el cadáver del malogrado joven Abraham Pulido, a quien sus copartidarios hicieron suntuosos funerales en Bogotá.

En Puente de Bosa, en Yomasa, a orillas del río Fucha y especialmente en *La Estanzuela* de Bogotá, de donde

una partida de *Mochuelos* se llevó en pleno día las brigadas del Gobierno, dieron muestras aquellos guerrilleros de lo que puede el arrojo y la audacia entre hombres de honor. Capitularon con honra cuando ya todo estaba perdido para la causa que los puso en armas.

*

Entre los guerreros vencidos por el partido federalista en los combates que precedieron a la toma de Bogotá en 1861, se contaban los hermanos Miguel y Román Carranza, vecinos del Municipio de Tibirita. Los dos hermanos continuaron la guerra enrolándose en la guerrilla de Guasca; pero después del ataque al convento de San Agustín, pasaron a formar parte de otra guerrilla legitimista que hostilizaba a las fuerzas del Gobierno provisional acantonadas en la frontera Nordeste de Cundinamarca.

La historia del mundo nos presenta el funesto ejemplo de venganzas atroces motivadas por agravios inferidos sin medio para repararlos. Ya hemos visto la sangre que costó a España el fusilamiento de la madre del guerrillero D. Ramón Cabrera; aquí hemos tenido otro caso análogo, aunque la víctima no era una madre, sino un hermano.

Miguel se retiró de la guerra, emprendió viaje al Puente Nacional de Vélez, donde permaneció dos meses, y volvió a hospedarse en casa de una tía, a inmediaciones de Guateque. Denunciado por sus adversarios políticos, se le sacrificó cruelmente por una partida de sesenta y tres hombres de caballería que lo sorprendió.

Al saber Román Carranza la suerte aciaga de su hermano, fue a la casa donde se le había velado, y al ver los rastros sangrientos que dejó el cadáver, trazó una cruz con su lanza, y juró por este signo sagrado y por la sangre de la víctima, tomar venganza, no sólo de la partida en cuyas manos había caído Miguel, sino de todos

los miembros de la comunión liberal que estuviesen a su alcance. Aquel juramento lo cumplió Román con tal rigor, que de los sesenta y tres hombres sindicados en la muerte de su hermano, fusiló sesenta y dos. No pudo completar el número redondo, porque la unidad que le faltaba tuvo buen cuidado de venirse a Bogotá, de donde no volvió a salir hasta después de muerto el guerrillero.

Carranza formó su guerrilla con un personal escogido en los distritos de Tibirita, Manta, Machetá y algunas poblaciones del Estado de Boyacá, cuyo territorio es un laberinto de peñas escarpadas, bosques sombríos, torrentes infranqueables, medrosos precipicios, y constantes nieblas, que dificultan el tránsito por aquellas comarcas, recorridas apenas por veteranos cazadores en persecución de venados.

A poco tiempo de establecido Carranza con su guerrilla en aquellos sitios, se referían escenas de aterradores fusilamientos ejecutados en liberales, muchos de ellos apresados sin que hubiesen tomado parte activa en la guerra, o por sospechas de que fuesen espías. La dominación de aquel guerrillero en las comarcas situadas al Nordeste de Cundinamarca, desde Chocontá hasta los riscos de Soatama en Boyacá, se hizo intolerable, y ninguno que no fuera reconocido conservador se atrevía a recorrer esos caminos sin arriesgar la vida.

Román Carranza era un joven de veintidós años de edad, de tez blanca sonrosada, pequeños ojos azules, de mirada recelosa, fisonomía un tanto femenina, cabellos rubios sedosos, apenas le apuntaba ligero bozo que le delineaba una hermosa boca guarnecida de magnífica dentadura, de talla regular, sin cultura que mitigara sus instintos sanguinarios, carácter dominante, brusco en sus maneras, complexión robusta y fuerza hercúlea, sagaz y astuto en sus combinaciones de ataque, y de un valor jactancioso para desafiar el peligro.

Muchas tentativas inútiles se hicieron para apoderarse de aquel hombre terrible, porque siempre lograba escapar.

En una ocasión se le creyó cogido porque se le tenía rodeado por una fuerza respetable; mas al verse perdido, Carranza se vistió de mujer en una choza, se acurrucó junto al fogón en actitud de mondar unas papas, y los que lo perseguían con ahínco no se figuraron nunca que debajo de la mantilla que le cubría la cara estuviera aquel a quien buscaban con tántos afanes. El astuto guerrillero recorría los caminos y solía entrar a las poblaciones disfrazado de sacerdote, de mendigo y de mujer, con el objeto de cerciorarse de las noticias que le comunicaban sus espías.

El General Sergio Camargo, Jefe de operaciones del Estado de Boyacá, obtuvo una entrevista con Carranza, en el sitio que éste designó.

Camargo acudió a la cita en unión del doctor Indalecio Camacho, respetable conservador; pero al verlos Carranza les increpó la falta de palabra, porque se había convenido en que Camargo iría solo y sin armas, mientras que se le presentaba acompañado y con la espada al cinto. Probablemente aquel fué uno de los momentos en que más peligro corriera la vida del General Camargo, porque hubo la coincidencia de que en tal instante apareciera una fuerza liberal por aquellos contornos, y Carranza creyó que se le había tendido una celada; el guerrillero tenía sus fuerzas emboscadas en un lugar inmediato, de donde podían acudir al llamamiento de su jefe.

Carranza era un hombre irreflexivo, dio por cierta la supuesta felonía de Camargo, y sin dar tiempo a éste para ponerse en guardia, se le abalanzó con evidentes intenciones de estrangularlo; felizmente se interpuso el señor Camacho, mientras el agredido se cruzó de brazos con imperturbable serenidad, que impuso al guerrillero.

Carranza se apaciguó con la actitud de Camargo, cuando éste le dijo con altivez:

—¡Asesíname, si te atreves!

Convencido el guerrillero de la buena fe de Camargo, le pidió su espada para ceñírsela, se la recibió con rudeza y le dijo con ademán de soberana jactancia:

—La gente de los liberales no vale nada; voy a darles la prueba: permítame usted su caballo para ir a entenderme con ellos; y sin esperar respuesta de Camargo, montó en el caballo de éste y partió al encuentro de la partida armada que estaba a la vista.

Carranza saludó al Jefe que comandaba la fuerza liberal y le dijo con el mayor desenfado:

—He arreglado la paz con el General Camargo, y en prueba de la verdad de mi aserto, mire usted su espada y su caballo; vuelvo donde él, pero deseo que cambiemos caballos, para que el General se convenza de que me he visto con usted. El Jefe aceptó el cambio, en la persuasión de que Carranza no lo engañaba.

Carranza volvió a donde Camargo y Camacho lo esperaban.

—¿Se convencen ustedes de lo que les dije?—expuso el guerrillero, con aire de satisfacción. Con el oficial le dejé su caballo; tome su espada. No acepto tratados, porque todavía tengo con qué pelear: los *rojos* me vencerán cuando estas montañas desaparezcan,—y espoleando su montura, se internó en el bosque.

Al saberse la inutilidad del esfuerzo hecho por Camargo para reducir a Carranza a que aceptara la paz, se comprendió la necesidad de adoptar un plan distinto de los seguidos hasta entonces, combinando la astucia y el valor como medios eficaces de asegurar su captura.

En la hacienda de Baganique, a inmediaciones de Jenesano, vivía el entonces Coronel D. Pedro Rueda, de reconocido valor, que había militado como guerrillero en las mismas breñas que en ese entonces servían de escenario a Carranza, y por ende atrevido cazador en aquellas comarcas llenas de quiebras, que en sus constantes excursiones había recorrido palmo a palmo; aquél era el

hombre que se necesitaba, y así se lo advirtieron varias personas al doctor Pedro Cortés Holguín, Gobernador del Estado de Boyacá, quien logró que el Coronel Rueda fuese a Tunja, con el fin de reducirlo a que prestara el importante servicio de coadyuvar con su persona a destruír la guerrilla de Carranza.

Rueda aceptó el nombramiento hecho por el señor Cortés; pero exigió que no se le hiciera público reconocimiento de segundo Jefe del *Batallón Boyacá*, puesto a sus órdenes, para no despertar sospechas en los espías de Carranza. En seguida se convino en que el General Camargo saliese adelante el 1.° de octubre de aquel año de 1863, para encontrarse indefectiblemente en Tibirita el 16 del mismo mes. En esta población expuso Rueda a Camargo su plan de operaciones, que consistía en asaltar durante la noche al guerrillero donde éste pernoctaba, dato que se obtendría por medio de espías de ambos sexos, conocedores de las costumbres de Carranza.

En Tibirita se dio el Coronel Rueda a reconocer del *Batallón Boyacá*, y se dirigieron los expedicionarios al sitio conocido con el nombre de *Volador de Soatama*, adonde llegaron a la caída de la tarde; allí tomó Rueda cincuenta hombres del batallón, y se aprestó a emprender marcha directa al punto llamado *El Molino*, cuando a la tenebrosa oscuridad de la noche se agregó una imponente tempestad, que a intervalos iluminaba la lobreguez de aquellas breñas siniestras, en las que los desbordados torrentes, con sus amenazadoras avalanchas, producidas por un aguacero torrencial, hacían coro a los mugidos amenazantes de los truenos.

Camargo hizo inútiles esfuerzos para disuadir a Rueda de su temerario propósito de emprendar marcha con aquella noche por intransitables veredas; pero éste le demostró que si antes de amanecer no daban con el lugar donde hubiese pernoctado Carranza, se debía desistir por entonces de perseguirlo.

El hecho fue que la tenacidad de Rueda venció; mas

al dar éste los primeros pasos fuera de la casa que les servía de posada, resbaló y cayó a tierra, causándose una contusión en la cabeza; Camargo volvió a instar al Coronel para que desistiera por esa noche de su intento; pero Rueda era de aquellos caracteres reposados que cuando toman una resolución la llevan a cabo, aunque en ello pierdan la vida, y continuó su camino, advirtiendo con insistencia a Camargo que al día siguiente ocupara el punto de *El Molino*, listo para acudir a donde los acontecimientos lo exigiesen.

Hacia la media noche llegó Rueda a *El Molino* con sus cincuenta hombres, extenuados de fatiga, transidos de frío y calados de agua hasta los huesos, quienes manifestaron a su Jefe la imposibilidad material de continuar la marcha.

Rueda estaba tan convencido como sus soldados del estado lastimoso en que éstos se hallaban; pero también tenía la persuasión de que si al amanecer no se apoderaba de Carranza, el asalto fracasaba.

En último resultado provocó el amor propio de los que quisieran acompañarlo, y así logró que ocho soldados y un corneta saliesen de las filas, resueltos a seguir a su valeroso Jefe.

Antes de continuar los expedicionarios su aventurada y peligrosa empresa, dispuso el Coronel Rueda que los cuarenta y un hombres restantes se situasen en el punto de *Loma gorda* y permaneciesen en acecho para capturar a cualquier persona que pasase a su alcance, especialmente si era mendigo, sacerdote o mujer, por ser éstas las maneras predilectas de disfrazarse Carranza.

Según los informes dados por los espías al Coronel Rueda, Carranza debía hallarse con su guerrilla en una casa situada al pie de la cuchilla que separa las vertientes de Hatoviejo.

Por entre jarales y despeñaderos llegó Rueda, antes de amanecer, con sus soldados, al frente de la casa que debía asaltar, y en el mayor sigilo formó un cuadro alre-

dedor de ella con sus ocho hombres, a prudente distancia, advirtiéndoles que cuando oyesen el toque de *atención* en la corneta, gritasen *alto* repetidas veces, con el fin de hacer creer que formaban un batallón.

El Coronel Rueda permanecía con el corneta en acecho, armado de un buen trabuco y de una lanza enastada, en espera para dar el asalto a la casa donde debía hallarse Carranza. Con la claridad que esparce el sol antes de asomar en el horizonte, Rueda y sus soldados vieron abrirse con cautela la puerta de la casa, y a un hombre envuelto en un bayetón, que salía en actitud de husmear.

Era llegado el momento de dar el asalto; pero contra lo prevenido, uno de los soldados disparó su fusil, y la detonación fue la voz de alarma para Carranza.

El Coronel Rueda comprendió que no debía perder ni un segundo de tiempo, para aprovechar esa oportunidad de apoderarse del guerrillero; ordenó al corneta que lo siguiese, preparó su trabuco, y con paso resuelto llegó a la casa, de un empellón abrió la puerta, que apenas estaba entornada, y gritó con voz de mando que no admite contradicción:

—¡Ríndanse!

Probablemente los guerrilleros no habían oído el disparo de fusil, porque permanecían acostados en completa tranquilidad; mas al ver a un hombre de pie que les cerraba el paso en la única puerta de salida, con un trabuco listo a disparar, se incorporaron sorprendidos, sin darse cuenta exacta de la verdadera situación.

—¡Ríndanse, o los hago fusilar a todos!, volvió a intimarles el valiente Rueda, a tiempo que el corneta dio el toque de *atención y centro.*

Los guerrilleros, en número de sesenta, creyeron que tenían al frente cuando menos un batallón, no opusieron resistencia y se entregaron sumisos. Estaban cogidos los cachorros, pero el león había huído.

Con las cuerdas de los arreos de labranza que se

hallaron en la casa, Rueda hizo atar a los prisioneros, quienes le señalaron la banca desocupada en que había dormido su Jefe, y al pie de ésta una alpargata; el hombre que en la madrugada habían visto salir era Carranza, que huyó con un pie descalzo al advertir el peligro que corría.

Carranza creyó haber escapado de fuerzas superiores, y tomó casualmente la vereda que conducía a *Loma gorda*, donde permanecían en expectativa los cuarenta y un hombres dejados allí por Rueda, haciendo conjeturas sobre la detonación que se había oído al amanecer, cuando de improviso se les presentó Carranza, a quien ninguno de los circunstantes conocía personalmente. Con asombrosa presencia de ánimo, el fugitivo se encaró a los soldados para felicitarlos por la prisión del temido Carranza y de sus guerrilleros; empero advirtió señales de duda en sus interlocutores, para desvanecer las cuales los invitó a que fuesen con él a cerciorarse de la verdad, y lo fusilasen si los había engañado.

Allí también dejaron de cumplirse las instrucciones precisas dadas por Rueda a su tropa en el sentido de que se aprisionase a quienquiera que viesen, ya fuese sacerdote, mujer o mendigo. El Oficial aceptó la oferta de aquella persona extraña para los presentes, y todos juntos se dirigieron a la casa donde Carranza había pernoctado, por senderos en extremo fragosos y resbaladizos, a causa de las constantes lluvias; de manera que bastante hacían los expedicionarios con cuidar de sus personas a fin de no rodar, y mal podrían atender, como debieran hacerlo, a la seguridad del desconocido que los guiaba; éste iba sobre aviso, y al pasar a inmediaciones de un barranco, en cuyo fondo rodaba una quebrada, saltó ágil al lado opuesto y desapareció entre la alta maleza.

Un toque de corneta sacó al pelotón de la perplejidad en que los puso la fuga de su fingido guía, y continuaron la marcha en dirección a donde les pareció que se les llamaba.

A poco andar llegaron al frente de la casa donde los esperaba con ansiedad el Coronel Rueda para que se hiciesen cargo de los guerrilleros prisioneros y poder continuar la persecución de Carranza.

Nunca pudo aquel hombre sospechar que la alpargata encontrada al pie de su improvisado lecho, porque no alcanzó a calzársela para huír más ligero, fuese señal de la ruta que tomó al fugarse.

El Coronel Rueda dio garantías a los prisioneros que quisieran guiarlo para indicarle los sitios en que solía pernoctar Carranza, y como aquella gente ya estaba cansada de llevar esa vida de aventuras y peligros, le fue fácil escoger los que le parecieron más a propósito de entre los que se le ofrecieron.

Sin pérdida de tiempo regresó el Coronel hasta el punto donde había huído Carranza; allí se hallaron huellas de un pie descalzo y otro con alpargata. Guiados por la pista, los prisioneros indicaron que su Jefe solía pernoctar en una estancia situada en el partido de Socoatá, que correspondía a la dirección señalada por las pisadas de Carranza.

Era de todo punto indispensable apoderarse de Carranza en la madrugada del 18 de octubre, o su captura se dificultaría, pues era muy posible que éste se pusiera fuera del alcance de los que lo perseguían.

El Coronel Rueda escogió treinta hombres para llevar a término la arriesgada empresa de enfrentarse con el terrible señor de aquellas selvas. Remitió los prisioneros con los veinte soldados restantes, y la invitación al General Camargo para que le protegiera la retaguardia en el sitio de *El Molino;* y en una noche lluviosa, parecida a la anterior, emprendió camino en dirección a la estancia de Socoatá, en cuya casa debía pernoctar Carranza, según toda probabilidad.

Después de pasar a tientas por veredas atestadas de troncos caídos y descendiendo por los resbaladeros que hacen las rastras de madera, Rueda y sus soldados lle-

garon antes del alba al frente de la casa que debían asaltar; a conveniente distancia hizo formar un cuadro de soldados con la misma consigna que se les había dado en la madrugada del día anterior.

La espesa niebla que se posaba sobre el suelo, impedía emprender el asalto antes de que el sol la disipara.

Entretanto los expedicionarios permanecían agazapados en medroso silencio entre la maleza, cuando los perros de la estancia dieron la voz de alarma con la tenacidad de sus ladridos.

Felizmente para Rueda y sus soldados, el alboroto que hacían los perros coincidió con el soplo de una fuerte brisa que levantó la niebla como si fuese una cortina, dejando en descubierto la casa de Socoatá, construída al frente de una esplanada, a tiempo que un hombre salía precipitadamente hacia el Sur. y que ocho compañeros de éste se internaron en una labranza de maíz, cuya dirección iba indicando el traquido de las cañas que rompían en su sendero.

Era llegado el momento decisivo.

Carranza, pues no era otro el hombre que huyó solo, siguió en dicha dirección hasta que oyó las voces de *¡alto!* que daban los soldados. Entonces retrocedió con intenciones de cambiar de ruta; pero el Coronel Rueda, que no había perdido de vista al fugitivo, se colocó en un punto de paso obligado para éste, y cuando lo tuvo al alcance de su arma le salió al encuentro intimándole rendición.

Carranza se detuvo con brusquedad y trató instintivamente de huír en otra dirección; mas al ver la terrible actitud de Rueda con un trabuco listo para dar fuego, se contuvo.

—Ríndase, le gritó con imperio el Coronel, o lo desbarato de un trabucazo!

Aún vacilaba Carranza en rendirse, cuando los soldados de Rueda rompieron el fuego por cuenta pro-

pia; este incidente llevó la persuasión al ánimo del guerrillero de que estaba definitivamente perdido, y se entregó.

—Siéntese usted y entrégueme las armas que lleve consigo, dijo Rueda a Carranza, quien vaciló en acatar esta orden; pero al ver la imponente resolución del que se lo mandaba, obedeció y puso en manos de su vencedor un revólver, un puñal, un bastón fino con estoque y un binóculo.

—Entrégueme usted el dinero que tenga, añadió Rueda a su prisionero.

—No lo tengo aquí, respondió Carranza con dignidad: mi capital en dinero consiste en cien condores que me tiene en depósito mi cuñado José Guerrero. Sé que se me acusa de ladrón, pero en esto se me calumnia; mi guerrilla la he sostenido con el producto de la venta de una estancia de mi propiedad, y con algunos recursos que recibía de los conservadores. Si hubiese sabido que usted era quien debía aprehenderme, lo habría atacado en su hacienda de *Baganique*.

Carranza recibió del Coronel Rueda atenciones compatibles con su seguridad; y cuando éste dirigió frases de consuelo a su prisionero en su desesperada situación, Carranza le dijo con ademán de supremo desdén:

—Esto no me sorprende porque hace días que *la frente me huele a pólvora;* estoy satisfecho, porque he vengado a mi hermano con la muerte de seiscientos enemigos.

A Carranza se le condujo a Guateque, a disposición del General Sergio Camargo, Jefe de las operaciones que dieron por resultado la captura de aquel hombre terrible y la extinción de su guerrilla.

Reclamado el prisionero por el General Daniel Aldana, segundo Jefe de las fuerzas de Cundinamarca, en cuyo territorio había sido capturado, en acatamiento a la soberanía de los Estados, se le condujo de Guateque a Tibirita, donde se le fusiló el 20 de dicho mes de oc-

tubre, después de prepararse para morir como cristiano. Delante del prisionero y a su vista se condujo en un asno el ataùd que debía guardar su cuerpo después de fusilado.

Antes de ejecutarlo se le hizo recorrer la plaza de Tibirita, para que oyera leer en cada uno de sus ángulos la sentencia que le condenó al último suplicio.

Carranza oyó la pavorosa lectura con glacial indiferencia. En seguida se le colocó en el centro de un círculo formado por sauces, sitio que el prisionero había hecho fatal, porque allí mismo había fusilado a varias de sus víctimas, sobre el asiento despedazado a balazos y manchado con sangre que entonces le tocaba ocupar.

—Deseo que se me permita hablar con mi esposa que está presente, para darle algunas instrucciones, dijo Carranza al Jefe de la escolta; pero se le negó esta gracia.

En seguida se sentó animoso en el asiento en que debía morir, sacó un pañuelo de uno de sus bolsillos, y dirigiéndose a los soldados listos para la ejecución, les dijo con ademán de jactanciosa reconvención:

—Yo hice vendar los ojos a los que fusilé; y puesto que ustedes no lo han hecho conmigo, yo mismo voy a vendarme....

En ello estaba Carranza cuando recibió cuatro balazos en el pecho que lo mataron instantáneamente. El párroco de Guateque dio en el cementerio de esta población decorosa sepultura a los despojos sangrientos del guerrillero.

Aquel acto mereció censuras, porque ya regía la Constitución política de Ríonegro que garantizaba la *inviolabilidad de la vida humana;* pero aún no se conocían los curiosos alcances del artículo 91 de la misma, que incorporó en ella el *Derecho de Gentes*, tan socorrido para los militares en campaña.

Por una aberración del destino, un hijo de Román Carranza pereció defendiendo los principios liberales en la espantosa hecatombe de *La Humareda* en 1885.

El modesto General Pedro Rueda murió en respetable ancianidad, y fue el centro del hogar modelo que fundó.

*

La conducta hostil del Gobierno del Ecuador durante la guerra civil tántas veces citada, impuso a D. Julio Arboleda, Jefe de los ejércitos conservadores en el Cauca, el imprescindible deber de acercarse con parte de sus tropas a la frontera ecuatoriana, en solicitud de una explicación, necesaria para ajustarse a los hechos que resultasen de ella, en el caso probable de un conflicto internacional.

Las previsiones de Arboleda se cumplieron: el ejército granadino se vio obligado a pasar la frontera y libró un combate en las Gradas de Tulcán, desfavorable al Presidente García Moreno, que cayó prisionero con sus tropas, y recuperó su libertad mediante ciertas condiciones que no cumplió.

Al emprender Arboleda su marcha al sur, dejó instrucciones precisas al General Braulio Henao y demás Jefes a cuyas órdenes quedó el ejército del centro del Cauca, en el sentido de que no debían combatir hasta su regreso de la frontera, dentro de veinte días, y que, si llegaba el caso de una invasión del ejército liberal al Cauca, se retirasen hacia el sur para que, reunidos y equipados con el armamento que probablemente traería de allende el Carchi, presentaran un cuerpo de ejército capaz de medirse con las fuerzas que pudiera traer el General Mosquera.

Arboleda regresaba de Pasto con ánimo resuelto a continuar la guerra, más a poca distancia de Popayán supo con gran sorpresa que, contrariando sus órdenes, los ejércitos unidos del Cauca y Antioquia habían presentado batalla en Santa Bárbara de Cartago, donde fueron derrotados; que el Estado de Antioquia estaba en

poder de los liberales, y el General Mosquera ocupaba la capital del Cauca.

En aquella crítica situación, Arboleda no halló por el momento otro remedio que retroceder hacia Pasto, y tomarse tiempo, antes de resolver lo conveniente a los intereses de la causa puesta en sus manos.

Hay ciertos sitios en determinadas regiones que parecen hechos para servir de teatro a escenas de horror: nos confirma en esta creencia los innúmeros crímenes cometidos en el pedazo de tierra que media entre el Salto de Mayo y la funesta montaña de Berruecos. Allí debe morar algún espíritu sugestivo del mal.

Por aquellos escarpados y tenebrosos sitios existía una partida de guerrilleros, capitaneados por José Obando, hijo de José María Obando, fusilado con diez y nueve individuos más, en la plaza de San Camilo, en Popayán, el 31 de octubre de 1861, por orden verbal de D. Julio Arboleda; aquellos espiaban cualquier momento propicio para asesinar al caudillo conservador que más se había distinguido en la reacción legitimista, después de que ésta cayó vencida en Bogotá, el 18 de julio de 1861.

Probablemente aquellos guerrilleros supieron, cuando ya era tarde para sus criminales intentos, que su víctima había salido de la zona fatal en que podían maniobrar impunemente; mas al saberse que volvía al sur el ejército de Arboleda, sus asesinos concertaron el modo de asegurar el golpe que habían premeditado con infernal sangre fría.

Juan María López, mozo inculto, de unos veinticuatro años de edad, fue el brazo que ejecutó, y el citado José Obando, el director en la realización del complot, para lo cual aquellos hicieron contribuír a un niño de diez años de edad, de apellido Cadena.

López no conocía personalmente a D. Julio, y para obviar esta dificultad en la ejecución de su plan, se ocultó con el niño Cadena entre el bosque a la vera del camino

que media entre *La Venta* y *El Arenal*, con el objeto de conocer a su víctima, operación fácil para el asesino, porque del sitio donde éste se hallaba se veían los pasajeros que llegaran del norte en las revueltas del camino.

Al fin se presentó un grupo de viajeros que a paso mesurado se acercó al sitio donde se ocultaba López: rompía la marcha el Coronel Manuel Barreda (a. el *Patojo)*, de aspecto distinguido, con abundante barba e insignias militares; inmediatamente detrás iba Arboleda montado en una mula parda, vestido de sombrero alón de suaza, ruana de color oscuro, un pañuelo de seda atado al cuello, botas altas y una maletera a la grupa. Con excepción de la espada ceñida, no llevaba ningún distintivo que denotara su alta jerarquía militar. Después seguían Joaquín García, Ayudante de Arboleda, y dos compañeros más.

El niño Cadena llamó la atención de López, que estaba agazapado en la maleza, y le señaló a D. Julio Arboleda; pero el futuro asesino creyó que Barreda era el señalado por el niño como si fuese Arboleda; se fijó bien en su imponente fisonomía y se preparó a consumar su crimen.

Obando y sus diez y siete compañeros se ocupaban entretanto en abrir una trocha en el bosque contiguo al sitio de *El Arenal*, lugar designado de antemano para la perpetración del asesinato de Arboleda.

La comitiva que hemos descrito continuó su camino sin ningún accidente que entorpeciera su marcha. En la población de *La Venta* pernoctaron, y allí se acercó una mujer a D. Julio para rogarle que no siguiese adelante, porque sabía que lo iban a asesinar; pero Arboleda no hizo caso de aquella advertencia, porque lo menos que lo preocupaba era su seguridad personal.

Entre ocho y nueve de la mañana del día 12 de noviembre de 1862, la comitiva continuó su camino; a un kilómetro de *La Venta*, hacia el sur, se encuentra el sitio de Jacoba, donde se levantan tres rústicas cruces que

señalan el mismo punto en el cual cayó vilmente asesinado el Gran Mariscal de Ayacucho. Al llegar allí, Arboleda se descubrió reverentemente ante aquellos signos de redención, al mismo tiempo que exclamó con acento indefinible:

—¡Así quisiera yo morir!

¡Funesto vaticinio que desgraciadamente estaba próximo a cumplirse!

Del pueblecito de El Cabuyal se desprenden veredas que dan al camino de la montaña; por una de ellas ascendieron Obando y sus compañeros hasta el sitio del crimen, en donde hicieron una trocha para salir a la angostura del camino dominado por un barranco. Allí permanecieron en acecho del cumplimiento de su proyecto, emboscados en la cima de El Arenal, seguros de escapar cualquiera que fuese el éxito del plan confiado a la pericia de López.

La situación que ocupaban los viajeros al continuar su marcha, unos en pos de otros, era la misma que hemos descrito: al empezar a subir la cuesta al paso tardo de las cabalgaduras, Arboleda cambió la posición que llevaba en su montura y posó una pierna sobre el cuello de la mula, con el fin de tomarse algún descanso que mitigara el cansancio producido por lo pesado del camino que recorría.

Imposible hubiera sido imaginarse que aquella monótona tranquilidad fuese turbada por una tragedia sangrienta.

López caminaba con su arma lista en la actitud del jaguar, que se lame el hocico y bate la cola cuando tiene la presa al alcance de sus garras; ya iba a disparar sobre Barreda; pero la conversación de éste con Arboleda lo sacó del error en que estaba, y esperó impasible a que pasara el último.

Aún no había pasado D. Julio la angostura del camino en el punto culminante de El Arenal, sitio convenido entre los asesinos para consumar el crimen. López pre-

paró su fusil, y con mano segura y a mansalva hizo fuego!....Al violento impulso que le imprimió el disparo del fusil a quemarropa por detrás, Arboleda se inclinó bruscamente hacia adelante, como si fuese impulsado por una mano invisible, y tuvo que apoyarse en el cuello de la mula para no caer. García, que caminaba detrás de la víctima, quiso hacer un escarmiento en el asesino; pero en el mismo instante se oyó la descarga de varias armas en el interior del bosque, y el silbido de las balas que hirieron primero a García y después a Barreda en un brazo. El eco lúgubre de la detonación de aquellas armas repercutió en el núcleo de los Andes que allí se forma, como una protesta contra aquel asesinato.

López se internó en el bosque con sus cómplices y auxiliadores, sin que fuese posible perseguirlos entre aquellas breñas.

La escena de sangre y alevosía que dejamos descrita, se cumplió en brevísimos e imprevistos instantes, a las dos de la tarde del día 12 de noviembre de 1862.

—Estoy herido, pero podemos continuar, fueron las primeras palabras que vertió Arboleda. Después se incorporó en la montura y siguió su camino con una energía que logró engañar a sus consternados amigos; pero a menos de un kilómetro de distancia de donde lo habían herido, empezó a sufrir atroces dolores y la debilidad producida por la hemorragia de las heridas que le causaron una bala y cuatro *cortados* de la carga del arma homicida; se desmontó y anduvo otro trecho a pie, apoyándose en su espada, hasta que, imposiblitado para continuar, tomó asiento en una piedra a la vera del camino, junto a una purísima vertiente de la que tomó agua para mitigar la sed. De allí se le condujo en brazos de sus afligidos compañeros hasta unas casas situadas al Oriente del camino en la hacienda de *Olaya*, donde se le arregló modesto tendido sobre una cuja de cuero que debía ser su lecho de muerte.

Inmediatamente se envió un propio a la ciudad de

Pasto, en busca de médicos que vinieran siquiera a disputar su presa a la muerte; vana esperanza porque estaban contadas las horas de vida del ilustre caudillo.

Allí, en esa localidad, privado de todo recurso humano, rodeado de unos pocos amigos aterrorizados con el horrible acontecimiento que les embargaba el ánimo hasta para llorar, comprendió Arboleda que se aproximaba su fin. Recordó con gran ternura a su digna madre, D.ª Matilde Pombo, a su esposa e hijos abandonados en tierra extraña, dispuso que se enviara su espada a su hijo Julián, residente en París; y como en esos momentos oyese los quejidos de Barreda a causa del dolor que le producía su herida, lo interrumpió para decirle en tono de amistosa reconvención:

—Barreda, yo tengo despedazadas las entrañas; moriré dentro de pocos minutos, y no me quejo tánto como usted.

Con entereza de ánimo vio Arboleda que se acercaba el temido espectro de la muerte; perdonó a sus asesinos; el bardo y guerrero granadino rindió un último tributo al Rey-poeta, recitando en su agonía los salmos penitenciales, hasta que su espíritu, purificado por el sacrificio, voló al seno de Dios misericordioso, en la madrugada del día 13.

En un ataúd provisional hecho de *latas de guadua*, se condujo a Pasto el cadáver de Arboleda, donde sus hospitalarios habitantes enlutaron la ciudad para recibirlo y hacerle funerales con la posible solemnidad, después de embalsamarlo. Fue entonces cuando se advirtió que la férrea organización de aquel caudillo habría podido resistir las consecuencias de las heridas que le causaron la muerte, si hubiese llegado a tiempo un hábil cirujano para extraer los proyectiles.

A tiempo que los amigos y compañeros de Arboleda le daban sepultura sumidos en la inmensa pena que les causó el trágico y prematuro fin de su caudillo, un fran-

cés sin corazón tuvo la osadía de expresar su regocijo ante aquel infortunio irreparable.

El cadáver ensangrentado de Arboleda, con la imponente majestad de la muerte, atraía las miradas de los circunstantes, y de los pechos de sus consternados amigos en el paroxismo del dolor, se escapaban sollozos semejantes a rugidos amenazadores. Al ver uno de éstos la actitud insolente de aquel extranjero, lo atravesó con su espada en un momento de extravío mental.

La guerra civil, que en sus albores sacrificó a Vicente Herrera en Suratá, terminó con el asesinato de Julio Arboleda en Berruecos; dos ciudadanos distinguidos, en la plenitud de la vida, de quienes la patria tenía derecho de esperar que continuasen sirviéndola con lealtad e inteligencia.

Paz a su memoria!

El 21 de noviembre de 1876, a las dos de la tarde, al pie de la eminencia donde Juan María López asesinó a Julio Arboleda, se libró el combate de *Cusillo*, a órdenes del General Euclides Angulo, Jefe de las fuerzas conservadoras; al reconocerse el campo se encontró entre los muertos el cadáver de López con seis heridas de bala en el pecho..... Catorce años demoró la Justicia de lo Alto en caer inexorable sobre el vil asesino.

En el cementerio circular antiguo de Bogotá, en un modesto sarcófago, están depositados los despojos que dejó la muerte de aquel americano distinguido, guardados por una lápida de mármol blanco, en cuya parte superior se lee el siguiente verso tomado de una estrofa del mismo Arboleda:

YO NO ESTOY TODO AQUÍ.

Al pie esta inscripción:

JULIO ARBOLEDA

9 de Junio de 1817. † 13 de Noviembre de 1862

En el centro, en alto relieve, orladas de olivo y laurel, las insignias de guerrero y escritor, y una lira de la cual pende un rollo con el fragmento de una octava escrita por el poeta:

PATRIA! POR TI SACRIFICARSE DEBEN
BIENES, Y FAMA, Y GLORIA, Y DICHA, Y PADRE,
TODO, AUN LOS HIJOS, LA MUJER, LA MADRE,
Y CUANTO DIOS EN SU BONDAD NOS DÈ.

CONTENIDO

Páginas.

PRÓLOGO..... 3 a 7

RAZA MALDITA—La Biblia y los descendientes de Cham—Los primitivos habitantes de América y sus riquezas—Los Chibchas—Los tesoros de Siecha, Tugumaco y Guatavita—*El Dorado*, el *Hoyo del Venado* y el *Trono del Cacique* de Anolaima—Una expedición estudiantil con M. Bergeron en busca del *Hoyo del Venado*—Los Conquistadores y la primera organización gubernamental—Introducción de negros para la minería—La esclavitud—La trata de negros y sus héroes—Cartagena depósito de la trata—San Pedro Claver—Reales Cédulas para mejorar la condición de los esclavos—La muerte de D. Pedro Crespo en Popayán—La ley de Antioquia, primera que prepara la libertad de los esclavos—La ley de 1821—La Administración López declara libres los esclavos—Proyecto de J. M. Rojas Garrido y Carlos Martín—Discurso del Barón Gury de Roslan, Ministro de Francia—La historia de dos negros:

Páginas.

San Benito y San Martín de Porres—Negros célebres: Petión, Piar, Camejo, Carvajal, Rendón, Infante, el Almirante Padilla—El antiguo *champán*—Los bogas—Candelario Obeso—*Canción der boga ausente*..... 9 a 71

DOÑA MANUELA SÁENZ—La fascinación de los héroes—Un baile en Quito en 1822—La entrada del Libertador a la ciudad—Manuelita Sáenz de Thorme—D.ª Manuela Sáenz llega a Bogotá—D. Ventura Ahumada y D.ª Manuela—Un altercado que salva al Libertador—D.ª Manuela Sáenz en la noche del 25 de septiembre—La *Libertadora del Libertador*—Sumario contra D.ª Manuela por actos subversivos—Salida de Bogotá—Ultimos días en Paita—Cartas del Libertador y D.ª Manuela Sáenz..... 72 a 93

UN VIAJE DE RECREO—El *bautismo de fuego* de un novel abogado—Los conflictos entre *cachacos* y artesanos en 1854—Salida del hogar paterno—Un combate en Popayán en 1854—En viaje para Pasto. La montaña de Berruecos—Pasto—Los hermanos Schloss—Salomón Koppel—El Ejido de Pasto—El recuerdo del *Batallón Rifles* en Pasto—Un día de Carnaval—Una excursión a Tumaco—La *tarabita* del Guáitara—Túquerres y San Pablo—Buenavista—Un *sancocho* de culebras—Barbacoas—El vestido del Paraíso—Los agüeros del General Mosquera y el apodo de *Mascachochas*—La navegación de Barbacoas a Salahonda—Una tempestad—En el mar—Arribo a Tuma-

Páginas.

co —Peripecias del regreso a Barbacoas. Otra vez en Pasto—D. Zoilo y D. Cecilio Cárdenas—Vuelta a Bogotá..... 94 a 162

MIGUEL PERDOMO NEIRA—Lugar de su nacimiento—Empieza en el Ecuador su ministerio médico-religioso—Un nuevo Mahoma—Los portentos del taumaturgo. Su llegada a Bogotá—Entusiasmo del populacho—Las dos primeras víctimas. Los millones del héroe—El *despacho* del médico—La prosperidad del *Profeta*—Los doctores D. Andrés María Pardo y Manuel Plata Azuero—La operación del tumor de Tomás Sabogal—Muerte del paciente—Se trata de hacer aparecer un asesinato—La autopsia científica—Los doctores D. A. Vargas Reyes, Rafael Rocha Castilla, Lucio Davoren, Joaquín Sarmiento, Policarpo Pizarro y Abraham Aparicio—Motines populares—Sale Perdomo de la ciudad—Sienta sus reales en *Riachuelo*—Se proclama en el púlpito a Perdomo como *Nuevo Mesías*—La *chispa eléctrica*, el *trueno* y el *toro:* sus estragos. Triunfos de *Perdomo* costeando *Cuarenta Horas* y ofreciendo levantar iglesias y torres—Perdomo hombre político—Su excursión por Boyacá y Santander—Pasa a Venezuela—Perdomo prototipo de *charlatanes* y explotadores de las masas. 163 a 192

NIEVES RAMOS—La población de Pacho—El Cura *Lucas Gómez*, autor de *Pacho en la mano*—Sus anécdotas—Una joven que no se alimenta—La santa de Pacho—Nieves Ramos en éxtasis—La madre de la santa. Relato de apariciones milagrosas—Nue-

Páginas.

vo Lourdes—El concepto de un inglés. El doctor Manuel Fernández Saavedra.. La santa en Chapinero—Peregrinaciones de Bogotá—Los estigmas—El Arzobispo Arbeláez ordena el examen médico—La santa en San Juan de Dios—La prueba de la impostura—Informe de la Junta de médicos—La muerte de Nieves Ramos.. 193 a 217

JUICIO DE DIOS—El perdón de las ofensas—Anécdota histórica de D. Matías Coronado y D. José de la Serna—La familia González Manrique—Primeros años y juventud de Leonardo Manrique—D. Manuel María Madiedo—Sus padres y primeros años—El doctor Madiedo en la vida pública—Un proyecto matrimonial y desavenencias de familia—Primer episodio sangriento entre Manrique y Madiedo—El Jurado absuelve al doctor Madiedo—El doctor Madiedo pide perdón a Manrique y no se le oye—Persecuciones de Manrique—Sale éste del país. Tentativa de asesinato del doctor Zamarra, defensor de Madiedo—Epílogo trágico—Muerte de Manrique—Absolución del doctor Madiedo—Sus últimos días.. 218 a 259

EL ALACRÁN—La política de la Nueva Granada en 1848—La aparición de *El Alacrán*—Escándalo en la sociedad—Joaquín Pablo Posada se hace conocer como redactor del periódico—Quién era Germán Gutiérrez de Piñeres—Las ensaladillas—D. Patricio Armero intenta juicio de calumnia—Memorial en verso de Posada y Gutiérrez—Los *Alacranes* indultados—Los caracteres verdaderos de

Páginas.

Posada y Gutiérrez de Piñeres—Poesías de Piñeres—Su muerte—Poesías de Posada—Su muerte..... 260 a 282

UN DUELO—D. José María Torres Caicedo agonizante—Manifestación política con ocasión de llevársele el Viático—La causa del duelo—Torres se niega a batirse con Germán Gutiérrez de Piñeres—Estratagema de Joaquín Pablo Posada—En el campo de combate se cambian los adversarios—Preliminares del duelo—Torres Caicedo herido—Relato de Joaquín Pablo Posada—Sale Torres Caicedo del país—Su brillante carrera en Europa.... 283 a 297

LOS CHIRCALEÑOS—La población nómade de los arrabales de Bogotá—Quiénes fueron los *Capuchinos* y cuáles sus hazañas—La familia de los *Prefacios*—Un parricidio horrendo—El Tejar de D. Roque Pacheco—Mercedes, la niña abandonada—El prometido de Mercedes—Peligros que ésta vence—Su matrimonio—Idilio—Un Yago montaraz—Horrible drama de celos y final trágico—Judas se ahorca en el teatro de su crimen..... 298 a 319

LOS GUERRILLEROS—La humanidad progresa por entre charcas de sangre—La guerra desde Caín—De la quijada del asno al Lebel y el Manliger—"El miedo es natural en el prudente."—Murat, Ney, Páez, Carlos XII y Napoleón I—Las malas artes de la guerra—Viriato—Zumalacárregui y Ramón Cabrera—El Visitador Gutiérrez de Piñeres viene a turbar la tranquilidad del Nuevo Reino en 1780, con los impuestos—La *sisa*—Los mono-

Páginas.

polios de la sal, del aguardiente, del tabaco, los peajes, capitación, pontazgos, papel sellado—Los resguardos para esquilmar con seguridad los corderos—La protesta, recurso de los débiles—La insurrección de los *Comuneros*—La provincia del Socorro da el ejemplo—Manuela Beltrán grita "viva el Rey y muera el mal gobierno"—Primer triunfo de los *Comuneros*—El arrogante Visitador Gutiérrez de Piñeres toma las de Villadiego—Berbeo a la cabeza de 20,000 hombres en Zipaquirá—Capitulaciones y paz—El Virrey imprueba las capitulaciones—Felonía y traición de los gobernantes—Sacrificio de Galán—Cruel sentencia de la audiencia—Reposo del Virreinato—Los *Derechos del hombre* y D. Antonio Nariño. El 20 de julio—La Junta de Quito—Comunicación al Cabildo de Pasto—El realismo de los pastusos—La derrota de los quiteños en Funes—Derrota de D. Joaquín Caicedo y Cuero—Fusilamiento de Macaulay—Derrota y prisión de Nariño. José Antonio Páez y sus legendarias hazañas—José María Obando—Juan Gregorio Sarria, juzgado por Irisarri—Un contraste con Hamlet—La piedad de Sarria—Una anécdota célebre—Un combate en Cali en 1841—El General Herrán prisionero de Obando y Sarria—Las venganzas de Sarria—Fusilamiento del doctor Ramón Rebolledo—El indio Ibito. Juan José Neira salva a Bogotá—*La Culebrera*—La guerra de 1851—La dictadura en 1853—Retrato de Melo—El

Páginas.

conflicto en Popayán—El asalto de Guaduas por Julio Arboleda y Pedro Gutiérrez Lee—Combates alrededor de Bogotá—Melo prisionero—La Administración Ospina—La guerra en Santander en 1859. Los célebres guerrilleros Zúñiga y Bárcenas en Chiquinquirá—Atrevida toma de un cuartel—Los Coroneles José Vargas París y Melchor Corena—La fuga de Ramón Perea en 1861—La guerrilla de Guasca—Justo Román—D. Baltasar Gil. La guerrilla de *Mochuelo*—Román Carranza fusila 62 responsables de la muerte de su hermano—Captura y fusilamiento de Carranza por orden del General Aldana—Relato del asesinato de Julio Arboleda..... 320 a 435

TODOS LOS CODIGOS

DE VENTA EN LA "LIBRERIA AMERICANA"

Calle 14, números 107 a 111

PRECIOS EN ORO:

Código Militar	$	3 00
Código Civil		3 00
Código Judicial. . . . . , ...		3 00
Código de Minas..		0 80
Código de Comercio Marítimo . . .		1 00
Código de Comercio Terrestre . . .		2 00
Código Político y Municipal		0 80
Código Fiscal		2 00

DERECHO CONSTITUCIONAL

por

José Vicente Concha

OBRAS de venta en la Librería Americana

Gramática de la lengua latina para uso de los que hablan castellano, por M. A. CARO y R. J. CUERVO.

6.ª edición cuidadosamente revisada. Un vol. en 4.°, pasta, $ 3.

Método para aprender el inglés según el excelente método de Robertson, arreglado en forma de lecciones progresivas, por Francisco Marulanda. Un vol. en 4.° menor, con clave, $ 1.20.

Tratado del Participio por don MIGUEL ANTONIO CARO,

Importante estudio gramatical, indispensable para los estudiantes de segunda enseñanza, y para los aficionados al estudio de la lengua castellana. Un vol. en 8.° mayor, rústica, $ 0.50; pasta, $ 0.70.

Tratado de Ortología y Métrica de la lengua castellana, por don ANDRÉS BELLO, con anotaciones y apéndices, por don MIGUEL ANTONIO CARO.

Un vol. en 8.° mayor, rústica, $ 0.80; pasta, $ 1.

Aritmética del niño. Primeras nociones para la enseñanza infantil, conforme a los novísimos métodos pedagógicos, por R. J. CARDONA. Libros 1.° y 2.°

Un vol. en 8.° menor, con numerosas ilustraciones, holandesa, $ 0.30. Rústica, $ 0.20.

La Citolegia. Nuevo método de lectura práctica, sin deletrear, para el uso de las escuelas primarias. Precedida de un grabado de la estatua del Libertador, por Tenerani. Un folleto en 4.°, $ 0.05 el ejemplar; $ 0.50 docena.

IMPRENTA

DE "LA LUZ"

Bogotá, carrera 7.ª, núm. 590

(Puente de San Francisco)

Maquinaria moderna

Tipos nuevos y elegantes

Especialidad en obras de texto

Puntualidad en sus compromisos

Allí mismo está la conocida

Encuadernación

de Lisandro Franco B.

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 061686413